

LA SALVACIÓN PERSONAL

ESTUDIOS SOBRE LAS DOCTRINAS CRISTIANAS

QUE SE REFIEREN Á

LA VIDA ESPIRITUAL

POR

WILBUR F. TILLETT,

DOCTOR EN AMBOS DERECHOS, DEÁN DE LA FACULTAD TEOLÓGICA Y CATEDRÁTICO DE TEOLOGÍA DOGMÁTICA EN LA UNIVERSIDAD DE VANDERBILT.

VERSIÓN CASTELLANA

DE

PRIMITIVO A. RODRÍGUEZ,

Bachiller en Sagrada Teología.

NASHVILLE, TENN., ESTADOS UNIDOS

CASA EDITORIAL DE LA IGLESIA METODISTA EPISCOPAL DEL SUR,

Á CARGO DE LOS AGENTES, SMITH Y LAMAR

1905

Dedicatoria

Á Laura McLoud Tillett

EN SEÑAL DE GRATITUD POR LA AYUDA CARIÑOSA QUE SIEMPRE HA PRESTADO Á SU ESPOSO EN TODO SU TRABAJO.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

HAY ciertas doctrinas, muy propias de la religión cristiana, que apenas se mencionan en los sermones predicados en nuestra época, y, sin embargo, su omisión en nada perjudica á la vida espiritual de los oyentes, porque no tienen ellas relación directa con las experiencias del alma; pero existen otras cuya enseñanza es del todo indispensable en todo tiempo y lugar, hasta el punto de constituir el tema principal para cuantos merecen el título de predicadores de la verdad, si se quiere conservar la espiritualidad de la Iglesia. Á esta última categoría pertenecen las que exponemos en la presente obra, las cuales son á la vez tan sencillas en sí mismas como esenciales en el sistema cristiano.

En el lenguaje de las escuelas suele hacerse una distinción entre la teología bíblica y la sistemática, y en efecto no deben confundirse, si sólo se atiende á la manera que cada una hace uso de las Santas Escrituras; mas su distinción desaparece cuando se ven las conclusiones que ambas deducen del divino Libro. Obsérvase, no obstante, en muchas obras, calificadas de teología bíblica, cierta tendencia á demostrar por la Palabra revelada una doctrina concreta, en vez de limitarse á la exposición clara y terminante de lo que se propone enseñar. La teología sistemática, por lo contrario, emplea de tal modo la Sagrada Escritura y demás fuentes de conocimiento, que pueda llegar á una definición exacta de la verdad. Nosotros intentamos combinar, en cuanto es posible, los mejores elementos de ambos métodos, por una parte con el ánimo de ser tan fieles á las Escrituras como si se tratara exclusivamente de la teología bíblica, y por otra con la esperanza de lograr algo de aquella claridad de expresión que caracteriza á la teología sistemática.

No puede ocultarse la satisfacción que nos ha causado el saber que muchos predicadores del Evangelio y jóvenes que estudian para el ministerio en países del habla castellana han solicitado una traducción de estos bosquejos de doctrina cris-

tiana en su propio idioma; y aumenta también nuestro placer el que se haya confiado este trabajo á un amigo personal y antiguo colega en la facultad de la Universidad Vanderbilt como el Rev. P. A. Rodríguez, persona cuya modestia, genuina cultura cristiana y fervoroso espíritu evangélico le han unido con lazos afectuosísimos á un gran número de discípulos de Cristo en más de una rama de la Iglesia cristiana tanto en México como en los Estados Unidos de América. En esta tarea el Sr. Rodríguez ha sido auxiliado por el Rev. H. L. Gray, antiguo alumno nuestro en la antedicha Universidad Vanderbilt, lo que también consideramos como circunstancia venturosa, ya que le tenemos en tan alta estima no sólo por sus propios merecimientos, sino por sus valiosos trabajos en pro del reino de Cristo en la América latina. Cualquier bien que esta obra pueda efectuar entre los que hablan el idioma español, será debido no menos al traductor y al revisor oficial que á nuestro propio esfuerzo.

Esperamos humildemente que los siguientes estudios de doctrina cristiana y de religión personal ayudarán á patentizar á cuantos los lean la verdad indeciblemente preciosa de que, mientras como hijos de los hombres y súbditos de la naciones de la tierra hablamos diferentes lenguas, con todo como creyentes en Cristo y ciudadanos de su reino espiritual poseemos una misma lengua y no hablamos sino un solo idioma, y que la única traducción necesaria para ese lenguaje es la que el mismo Espíritu Santo concede á cada investigador sincero y reverente de la Palabra Santa.

El elemento de verdad contenido en este tomo es de Dios; cualquier error que en él se encuentre es del autor. Que el Dios de toda verdad dé claridad de vista á los lectores, á fin de que logren discernir tanto el error como la verdad, aquél para ser rechazado y olvidado, ésta para que permanezca con ellos eternamente.

WILBUR F. TILLETT.

Universidad Vanderbilt,
Mayo de 1905.

ÍNDICE.

*

PÁGINA

I

LA PATERNIDAD DE DIOS

"Nosotros empero no tenemos más de un Dios, el Padre, del cual son todas las cosas, y nosotros en Él; y un Señor, Jesucristo, por el cual son todas las cosas, y nosotros por Él." (1a Corintios 8.6.)

"Á Dios nadie le vió jamás: el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él nos le declaró." "Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren." "Yo y el Padre una cosa somos." "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador para que esté con vosotros para siempre, al Espíritu de verdad." (Juan 1.18; 4.23, 24; 10.30; 14.16.)

"Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos." "Tu Padre, que ve en secreto, te recompensará en público." "Nadie conoció al Hijo sino el Padre, ni al Padre conoció alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo le quisiere revelar." "No es la voluntad de vuestro Padre, que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños." (Mateo 5.44, 45; 6.18; 11.27; 18.14.)

"Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió á su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por Él." (1a Juan 4.8, 9.)

Dios es amor, pero el amor es social: no puede existir en la soledad como tampoco se puede respirar en el vacío. Para que el amor exista, es menester que haya un sujeto que ame y un objeto que se deleite en dicho amor. Un estado de soledad completa y absoluta sería un estado enteramente extraño al amor. Así como la Paternidad y la Filiación son eternas, eterno también es el amor. Dios no ama á la criatura porque la creó, sino que la creó porque la amó; de lo cual deducimos que, en su sentido más íntimo y verdadero, la creación es la producción de un sér capaz de ser amado y, por lo tanto, de amar. El hombre es hijo de Dios no sólo porque es su criatura, sino porque su Creador es Dios. La paternidad de Dios no se debe á la creación, sino la creación á la paternidad divina.—*M. A. Fairbairn.*

Todo el mensaje de Jesús puede resumirse en estos dos puntos: la paternidad divina, y el alma humana elevada á tal grado que puede unirse, y de hecho se une con Él. Al dirigirse el hombre al Sér que gobierna los cielos y la tierra, llamándole "Padre mío," se eleva sobre el cielo y sobre la tierra, y vale más que todo el mundo material. Jesucristo dice á todas las almas: Sois los hijos del Dios Viviente y no sólo valéis más que muchos pajarrillos, sino más que todo el mundo. El valor de todo hombre verdaderamente grande depende de lo que haga por aumentar la dignidad del género humano. Y nadie antes de Jesucristo reveló el valor de cada alma, y lo que Él hizo ningún hombre puede deshacer.—*Adolfo Harnack.*

CAPÍTULO PRIMERO

LA PATERNIDAD DE DIOS

"Menester es que el que á Dios se allega, crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan." Tan evidente es este hecho, que no alcanzamos á comprender la razón por que el escritor inspirado creyó necesario mencionarlo. Por sabido se calla que cualquiera alma que se acerca á Dios, cree en la existencia divina; de otra manera, no se acercaría nunca: ni es de creer que un hombre buscaría á Dios, si antes no estuviera seguro de hacerlo con provecho. ¿Por qué, pues, creyóse necesario mencionar una verdad tan patente? Se hizo con el fin de enseñarnos que cuando uno se aproxima á Dios, no debe hacerlo dando sólo por supuesta la existencia divina; sino que debe tener una convicción profunda y un sentimiento íntimo de dicha verdad y de su significado moral. Por consiguiente, lo primero que se debe hacer á fin de explicar el plan divino de la salvación y guiar rectamente á los que buscan á Dios, es avivar sus pensamientos respecto del Sér divino de tal manera que no se contenten con suponer la realidad de la existencia divina y la fidelidad del carácter de Dios, ó asentir simplemente á estas verdades; sino que las crean con gran firmeza. ¿Cuál es el mejor método de llevar esto á cabo? La respuesta es muy sencilla: Debemos acer-

carnos á Dios guiados por la revelación que de Él hizo nuestro Señor Jesucristo.

Perfección del concepto de Díos revelado por Cristo.—El primer servicio, y tal vez el más grande, que Jesucristo hizo con sus enseñanzas al género humano, fué revelar á los hombres el hecho de que Dios es un sér amable, y su primer paso para salvarnos fué manifestar el carácter de Dios de tal modo que los hombres se sintieran atraídos hacia Él, y comprendieran que es un sér á quien debemos amar y no sólo temer. Es cierto que se había enseñado á los hombres el deber de amar á Dios; mas amar simplemente porque se nos manda, simplemente porque es un deber, sobre ser muy difícil de cumplir, este amor es muy inferior cuando se llega á ofrecer. El atributo divino que dió á conocer más ampliamente el carácter de Dios antes de la venida de Jesucristo, fué la santidad; mas para los hombres de aquellos tiempos, el carácter principal de la santidad era la separación, el aislamiento no solamente del pecado, sino de los pecadores. Había que temer, adorar y enaltecer con pavor al Dios Santo, concepto para ellos muy claro y fácil; pero ¡amarle! ¿Enseñaron esto la Ley y los Profetas? Lo enseñaron hasta cierto punto y de tal manera que unos cuantos individuos aprendieron la lección; pero estaba reservado para Jesucristo enseñar á los hombres la más divina y hermosa de todas las lecciones respecto de Dios, y de tal modo que todos pudieran aprenderla.

Los nombres de Díos.—De los muchos nombres de Dios que se encuentran en la Sagrada Escritura, se puede decir que dos fueron los que Él escogió, y que, por consiguiente, expresan su carácter divino de una manera especial. Estos nombres son: "Jehová," en el Antiguo Testamento, Éxodo 6.3, y "Padre," en el Nuevo. Etimológicamente el nombre "Jehová" se deriva del verbo hebreo *hava*, forma primitiva de *haya*, "ser." Algunos opinan que sería más lógico afirmar que el verbo "ser" se deriva del nombre "Jehová," puesto que Dios es el único sér que existe por sí mismo, y la causa de todos los demás seres, es decir, el Creador. Hay otra forma de la misma palabra en Éxodo 3.14, donde á la idea anterior se añade la de personalidad, cuando Dios se llama, "Yo soy," "Yo soy el que soy." Sólo Dios es un sér puro, esencial y personal; todos los demás seres son derivados y personales ó impersonales conforme á la voluntad del que los creó.

El atributo de Jehová que está sobre todos los demás con que se reviste, por decirlo así, de una luz tan refulgente que ningún hombre puede acercarse á Él, es el de la santidad. De aquí es que hasta el advenimiento de nuestro Señor Jesucristo, el concepto más alto de la Divinidad que la mente humana se había formado era, "Jehová, el Santo de Israel." Jesús no hace uso ni una sola vez de este nombre que ins-

piraba temor, sino que, en vez de Jehová, el Santo de Israel, usa el nombre querido de "Padre," esto es, el que ama. Al principio del Nuevo Testamento, sólo en el Sermón del Monte, llama á Dios "Padre nuestro," nada menos de diez y seis veces, y en el curso de su ministerio continuó usando ese nombre hasta que con su postrer aliento exclamó: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen." En este nombre divino y en sus atributos tenemos, pues, la revelación última y perfecta que de Sí mismo Dios hizo á los hombres.

La personalidad, espiritualidad y unidad de Dios.—La verdadera idea de Dios comprende ciertos conceptos fundamentales de la Divinidad que sirven en conjunto para definir al Dios de la Biblia, y á la vez para diferenciarle de los dioses de los demás pueblos y religiones. Dichos conceptos son los siguientes:

1. *La personalidad.* Toda la Sagrada Escritura reconoce á Dios como sér inteligente, distinto y separado de todo lo demás que existe en el universo. Esta idea es contraria á la concepción panteística que confunde á la Divinidad con la materia, afirmando que, en su último análisis, la naturaleza es Dios, y que la materia no es otra cosa sino "la forma existente," fenomenal y siempre variable de Dios; que Dios no es consciente sino cuando llega á tener conciencia de Sí mismo en los seres finitos, y que, por consiguiente, se debe hablar de la Divinidad en abstracto y no como

un sér concreto. Pero nuestra individualidad y personalidad suponen y exigen la personalidad de Dios: si Dios no fuera personal, no podría haber *religión personal.*

2. *La espiritualidad.* "Dios es espíritu, y los que le adoran, en espíritu y en verdad es menester que le adoren." Los espíritus no tienen ninguna de las cualidades de la materia: el espíritu tiene conciencia, inteligencia, naturaleza moral, libertad y otros atributos semejantes, ninguno de los cuales califica á la materia. El hombre se compone de una naturaleza física y de otra espiritual, de un cuerpo visible y de un espíritu invisible: éste es el verdadero sér, el verdadero *yo*, lo que le constituye en sér religioso. Si Dios no fuera espíritu, no habría *religión espiritual.* Todo aquello que en su conciencia habla al hombre de su naturaleza espiritual, le prueba simultáneamente que Dios es espíritu. Sólo el Sér personal puede crear personas: sólo el Espíritu puede crear espíritus.

3. *La unidad.* Significa este atributo que no hay sino un solo Dios, y que no puede existir ningún otro; lo cual se opone al politeísmo de las religiones paganas. Afirmar la existencia de muchos dioses equivale á negar la existencia de un Dios real y verdadero, puesto que la idea de muchos dioses contradice á la existencia de un solo Dios. Á la pregunta de cuál es el principal mandamiento de todos, el Señor respondió: El más principal mandamiento de todos es: Oye,

Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor, uno es. Con mucha frecuencia nos olvidamos de esta cláusula de la respuesta del divino Maestro, en la que afirma que la fe de Israel se basa principalmente en la unidad y personalidad de Dios; pero sería igualmente impropio el detenernos aquí y no citar las palabras tan significativas que siguen y forman parte de la misma respuesta: Amarás pues al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento. Esta conjunción de la unidad divina y el amor humano significa que la fe en la unidad de Dios es esencial al verdadero amor de Dios. El creer en muchos dioses es tanto como no amar á ningún Dios: los politeístas temen, pero no aman á sus dioses. Sólo aquellos que creen en un solo Dios son capaces de ejercitar el acto más elevado de la adoración, que es el amor.

Dios trino y uno.—La paternidad divina debe considerarse bajo dos aspectos diferentes: el uno se refiere al Hijo Eterno, y el otro al género humano. El primero nos revela el hecho de que Dios es trino y uno, mas estas frases y cuanto se ha dicho para definir su significado, son asuntos de origen más bien teológico que bíblico. En la Sagrada Escritura se mencionan como Dios á tres Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Al hablar una á otra, ó una de otra, estas personas usan los pronombres Yo, Tú, Él, y, sin embargo, unida á esta distinción personal va siempre la afirmación de la unidad de Dios. Esto sig-

nifica simplemente que Dios es uno en un sentido, y tres en otro. Decir que Dios es uno en el mismo sentido en que es trino sería una contradicción, y no podríamos creerlo aunque lo enseñara la Sagráda Escritura; pero afirmar que Dios es uno en un sentido y trino en otro, si bien sobrepuja á la razón, no la contradice.

Puedo muy bien creer en una cosa aunque no entienda *cómo* sea ni comprenda claramente *lo que* sea: con frecuencia nos vemos precisados á hacer esta distinción cuando se trata de asuntos que no pertenecen á la religión. Sé perfectamente que el sol es el verdadero centro y manantial de vida en el sistema solar, y que de él proceden constantemente la luz y el calor, esparciéndose por todo el universo. Creo que lógicamente, es decir, en el orden de las ideas, el sol existe antes que la luz y el calor que de él proceden; y, sin embargo, cronológicamente, á saber, en el orden de los sucesos, empiezan al mismo tiempo, de tal manera que no podría existir el sol un solo día, pero ni un momento, siquiera sin luz y sin calor. Podemos hablar del sol distinguiéndolo muy á las claras de su luz y su calor, y podemos también hablar del sol y sus efectos sin distinción alguna. Hablo de la luz como si ésta fuera el astro, y digo: El sol disipa las tinieblas; y del calor como si fuese el sol, diciendo: El sol calienta. Sin el menor temor de contradecirme, hablo del sol, de la luz y del calor como si fuesen una

unidad, y otras veces distinguiendo el astro de sus efectos, y viceversa.

Hablando lógicamente, la Primera Persona en la esencia trina es el centro y origen de la Deidad, el *principatus* de la Divinidad, como la llamó uno de los primeros padres de la Iglesia latina. Lógicamente el Padre es antes que el Hijo, y antes que el Espíritu Santo que proceden de Él; mas cronológicamente pueden y deben ser coeternos. En la naturaleza material no existe imagen que represente con perfección la trinidad en la unidad divina, ni puede existir, puesto que, como dejamos dicho, el espíritu y la materia no tienen atributos comunes. Sin embargo, abundan analogías en el universo que nos enseñan que una cosa *es* aunque no comprendamos *cómo* es; y hay también analogías según las cuales hay cosas que pueden ser una en cierto sentido y tres en otro, puesto que no siempre la unidad y la trinidad implican contradicción. Por ejemplo: la naturaleza tripartita y espiritual del hombre se divide en entendimiento, sensibilidad y voluntad; aquí, pues, tenemos sin contradicción, la unidad y la trinidad. Cuando un hombre piensa, siente, ó quiere, no ejercita una parte de su personalidad, sino que todo su sér piensa, siente, ó quiere. Y así la Divinidad toda está presente en todo lo que hace una de las Personas de la Deidad. Mas al tratar de este asunto, debemos tener presente que la mente finita del hombre no puede absolutamente comprender á Dios,

que es infinito: si el hombre alcanzara á comprenderle, ese hecho probaría que Dios no es infinito; lo que equivaldría á mostrar que no es Dios. Todo lo que podemos esperar en este asunto es que no haya contradicción entre lo que se nos ha revelado del Dios infinito y la razón finita del hombre.

Método de la revelación de Dios.—¿De qué manera reveló Jesucristo que Dios es un sér amable? Contestamos:

1. Revelándole como *Padre.* Los profetas que hablaron de Jehová como del Dios de Israel, Santo de Israel, Creador, Rey, Juez, y le designaron con otros nombres por el estilo, usaron de este término en un sentido figurado; pero estaba reservado á Cristo el convertir todos estos calificativos en nombres figurados y darle su nombre real y verdadero que es *Padre.* En otro capítulo habremos de distinguir entre el modo como Dios es Padre de todos los hombres, y como lo es más íntima y preciosamente de aquellos que, habiendo nacido del Espíritu Santo, han sido hechos hijos suyos. Por ahora bástenos admitir como el concepto más elevado y verdadero de la Divinidad que se ha revelado al género humano, la universalidad de la paternidad de Dios.

2. Mostrando que *el amor es el atributo principal de la naturaleza de Dios*, y que este amor divino comprende á toda la raza humana. "De tal manera amó Dios *al mundo.*" Y la *intensidad* de este amor es tan

profunda como amplia su *extensión*. "*De tal manera amó* Dios al mundo, que ha dado á su Hijo unigénito." No hay prueba de amor más grande en toda la historia que la de un padre que sacrifica á su único hijo. El amor engendra el amor, y sólo él puede inspirar amor. Dios conquista nuestro amor con el amor que nos tiene: le amamos porque Él nos amó primero.

3. Revelándose *á sí mismo como Hijo del Padre*, y mostrando que Éste, Padre nuestro también, es semejante á Él. Como es la imagen del Padre, verle á Él era tanto como vér al Padre; y como el Hijo visible es la encarnación personal de todo lo amable y atractivo, era imposible dejar de amar al Padre invisible, que en todos sentidos se asemeja al Hijo.

4. Mostrando que *Dios anhela nuestro amor* antes de todo y sobre todas las cosas. Los deseos vehementes del alma revelan su verdadera naturaleza interior. Dios no solamente nos manda que le amemos, sino que desea con vehemencia nuestro amor; lo cual muestra que lo que más caracteriza su naturaleza es el amor. Todo lo que revela que Dios es amor prueba que Dios es un sér amable.

5. Revelando *la unión indisoluble que existe entre la santidad y el amor*. El afecto de un sér impuro y pecaminoso no es amor, sino lujuria. Mas Cristo, al enseñar que el afecto para convertirse en amor debe ser puro y santo, elevó la santidad de la esfera terrible donde era simplemente temida y adorada, y la hizo

digna de ser amada. Si queremos amar á Dios y que Dios nos ame, precisa ser santos: mientras permanezcamos en el pecado, es tan imposible amar como el ser amados.

6. Enseñándonos que *Dios es bueno.* Con su cuidado providencial de todas sus criaturas, al derramar bendiciones materiales sobre buenos y malos, y al hacer que todas las cosas redunden en el provecho *espiritual* de los que le aman, el Padre amante está dando pruebas diarias de su bondad y cariño. Tiene en su mano los bienes materiales, y por eso los da aun á sus enemigos; pero las bendiciones espirituales las da solamente bajo la condición de aceptarlas libremente y usar de ellas con piedad. La benignidad activa del Padre para con los hombres no conoce más límites que el carácter y la capacidad de cada individuo.

7. Enseñando que *todas las criaturas pueden acercarse á Dios.* El privilegio de hablar á Dios en la oración pertenece á todo el género humano, y significa que cualquiera puede pedir lo que ha menester y estar seguro de que lo obtendrá. Sin embargo, esta promesa no se refiere principalmente á las cosas materiales, las cuales, como hemos visto, entran en el orden de la Providencia; sino á las bendiciones espirituales y á todas las temporales que tienen un fin espiritual. Todo aquel que permanece en el pecado y no quiere arrepentirse, no pide nunca sinceramente las bendiciones espirituales. La oración modelo y uni-

versal, llamada del *Padre Nuestro*, contiene siete peticiones, de las cuales todas menos la cuarta imploran bendiciones espirituales; y aun ésta parece muy espiritualizada por el lugar que ocupa. Claro es, no obstante, como la luz del día, que el transgresor contumaz no puede usar esa oración con sinceridad y verdad. Con esta sola excepción, la promesa es absolutamente cierta: "Todo lo que quisiereis pediréis, y os será hecho."

8. Enseñándonos que *Dios es sumamente fiel*, premiando á todos los hombres según las obras de cada uno. He aquí su palabra: "Tu Padre que ve en secreto, Él te recompensará en público." La Sagrada Escritura habla frecuentemente de Dios como premiador de los que le buscan con diligencia; no se debe olvidar, sin embargo, el hecho de que este principio de recompensa se aplica lo mismo á los malos que á los buenos. Tan natural es la miseria que una vida pecaminosa engendra y desarrolla, como la felicidad que trae la práctica de la virtud: la cosecha de la maldad es el fruto inevitable de la semilla que se plantó. Mas aun este principio de la economía divina constituye una prueba tanto del amor como de la justicia de Dios, puesto que su primer fin no es castigar el pecado, sino impedir á los hombres que pequen, reduciendo así la iniquidad y la miseria á su ínfimo grado, y consiguiendo el más alto de santidad y de dicha entre los seres racionales.

9. Enseñando que *el Padre busca á los pecadores.* Dios desea no solamente salvar á los transgresores que se acercan á Él, sino que todos los inicuos se le acojan; más aun, viene en busca de los pecadores: "busca á los tales que le adoren." ¿Qué garantía más consoladora pueden tener los que "le buscan diligentemente," que la de saber que el Dios á quien buscan anda también tras ellos? Los pecadores obstinados pueden continuar huyendo de este Redentor divino; por otra parte, podemos estar perfectamente seguros de que, si un pecador anda buscando á Dios con diligencia y de corazón, y Dios le busca también, no ha de pasar mucho tiempo sin encontrarse ambos, tanto más cierto cuanto quien busca es Dios Padre, y el buscado es un hijo suyo, pródigo sí, pero arrepentido, y además el Primogénito de Dios anda también tras el pecador para salvarle.

CHRISTI CATERVA CLAMITET.

Al Padre de cuanto existe
El pueblo gracias ofrezca,
Y tribútele alabanzas,
Porque la salud se acerca.

El Hijo en quien se complace,
Á redimirnos se apresta;
Los oráculos se cumplen
De los antiguos Profetas.

Verbo de Dios engendrado,
Se apropia las culpas nuestras,
Y asumiendo nuestro polvo
Vence al rey de las tinieblas.

De humana madre nacido,
Pero de eterna existencia,
Una Persona divina
Es en dos naturalezas.

Desciende Dios hecho hombre,
Y á los hombres regenera,
Para que siendo hombres nuevos
En santidad resplandezcan.

Y á las cristianas falanjes
De gratitud y amor llenas,
El sagrado natalicio
Con santo gozo recuerdan. Amén.

—*J. B. Cabrera.*

II

¿QUÉ ES EL HOMBRE?

"Y dijo Dios: Hagamos al hombre á nuestra imagen, conforme á nuestra semejanza; y señoree en los peces de la mar, y en las aves de los cielos, y en las bestias, y en toda la tierra, y en todo animal que anda arrastrando sobre la tierra. Y creó Dios al hombre á su imagen, á imagen de Dios le creó; macho y hembra los creó." (Génesis 1.26, 27.)

"Los hombres, los cuales son hechos á la semejanza de Dios." (Santiago 3.9.)

"¿De qué aprovecha al hombre si granjeare todo el mundo, y perdiere su alma? Ó ¿qué recompensa dará el hombre por su alma?" (Mateo 16.26.)

La Sagrada Escritura no es un tratado de Historia Natural: basta un solo capítulo para decirnos que "Dios creó los cielos y la tierra." El hombre es la figura central ó, mejor dicho, la única figura en ese cuadro; todo lo demás que existe le sirve como de fondo. No es solamente una de las criaturas del planeta, la más elevada de todas ellas, sino su rey: el sol, la luna, las estrellas y toda la creación reciben su importancia y valor de sus relaciones con el hombre.—*El Arzobispo Trench.*

Si bien en las demás criaturas no vemos sino rastro de las huellas de Dios, en el hombre tenemos su misma imagen trazada por sus manos.—*El Obispo South.*

Dice una tradición antigua que cuando Dios concibió la idea de crear al hombre, llamó á los tres ministros que están siempre delante de su trono, la Justicia, la Verdad y la Misericordia, y les preguntó: ¿Haremos al hombre? La Justicia respondió: ¡Oh Dios, no le hagas, porque pisoteará tus leyes! La Verdad contestó: ¡Oh Dios, no le hagas, porque contaminará tus santuarios! Cayendo de rodillas y derramando lágrimas, la Misericordia exclamó: ¡Hazle, oh Dios! Yo le protegeré y guiaré por todas las sendas tortuosas por que tenga de pasar. Entonces Dios hizo al hombre y le dijo: ¡Oh, Hombre! hijo eres de la Misericordia; y como tal, anda y trata con tu hermano.

CAPÍTULO II

¿QUE ES EL HOMBRE?

"¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, que lo visites?" Esta pregunta que tiende á fijar el verdadero lugar del hombre en el universo y el fin que Dios se propuso al crearle, se encuentra tres veces en la Sagrada Escritura. Al proponerla, el Salmista compara y contrasta al hombre con el universo material. La relación del hombre con el mal y el pecado hace que Job se maraville de que Dios le magnifique y considere, y el autor de la Epístola á los Hebreos indudablemente estaba pensando en la relación del hombre con Jesucristo y de Jesucristo con toda la raza humana, cuando intenta descubrir por qué Dios se acuerda de él. Á fin de dar una respuesta que defina satisfactoriamente la naturaleza humana, y muestre el fin que Dios se propuso al crear y redimir al hombre, precisa examinar la cuestión bajo todos estos puntos de vista.

El lugar del hombre en la economía de la naturaleza.—Si comparamos al hombre con el universo material y nos limitamos á ponderar su naturaleza física, no vemos en él sino un átomo insignificante comparado con "los cielos, la luna y las estrellas" que Dios ha creado. Sin embargo, á pesar de su insignificancia, posee tal dignidad natural, tal gloria y honra, que sobrepu-

ja á todo el universo material. Fué creado un poco menor que los ángeles, mas ha recibido dominio sobre todas las obras de Dios, sobre la naturaleza tanto animada como inanimada. Esta exaltación del hombre al lugar prominente y al poder que tiene sobre las demás criaturas no es mera poesía; el juicio que de él formó el Salmista, lo confirman los antropólogos, ora consideren el asunto desde el punto de vista de la teología, ora de la ciencia ó de la filosofía. La teología natural y la revelada difieren en la substancia de pensamiento y en el método de la prueba, pero se adunan al reconocer al hombre como la única criatura, cuya naturaleza y atributos la colocan sobre los demás seres del mundo. Para la ciencia, cuyo objeto principal es descubrir, examinar y clasificar los hechos de la existencia, el hombre es el hecho más interesante. Para la filosofía y la metafísica, cuya misión no es simplemente saber los hechos, sino interpretar, entender y explicarlos, el hombre es el único sér á quien los principios y las leyes subyacentes de su existencia han colocado en un puesto mucho más elevado que el de las otras formas de la existencia de que tratan.

Según el relato del Génesis, que es el único que satisface á la razón, el hombre es el postrer y más elevado producto de la creación, y esto es cierto ya se interprete la narración literalmente, ya de una manera simbólica y alegórica. Bien se entienda como enseñando que el hombre recibió su sér físico y espiri-

tual debido á un acto especial é instantáneo del Creador, según ha enseñado siempre la gran mayoría de los cristianos, bien á un proceso de evolución divinamente guiado y ascendiendo por grados de las formas inferiores de la existencia, como enseñan muchos científicos y teólogos modernos, la conclusión que sacamos de uno ú otro caso es idéntica: el hombre representa el grado más elevado en la escala de las existencias mundanales. Ya estudiemos la cuestión, "¿Qué es el hombre?" desde el punto de vista de la ciencia y de la filosofía, que son la interpretación de la naturaleza y sus leyes, ya desde el punto de vista de la teología, la cual interpreta la Sagrada Escritura, deducimos ser el hombre de tal naturaleza y dignidad, que todas las cosas inferiores que miran hacia arriba, y todas las cosas más elevadas que miran hacia abajo, le señalan como la más noble de las criaturas en la economía de la naturaleza.

La naturaleza espíritual del hombre.—Sin embargo, el descubrimiento de este lugar elevado que el hombre ocupa en la creación no es bastante para contestar plenamente á la pregunta, "¿Por qué el Gobernador supremo y eterno del universo se acuerda de él y le visita con preferencia á las demás criaturas?" Debemos, pues, estudiar más esmeradamente la naturaleza del hombre y ver si en ella podemos descubrir el secreto de la consideración que Dios le tiene. Y este esfuerzo alcanza luego su premio. El hombre

tiene dos naturalezas: una material ó física, y la otra inmaterial ó espiritual. Como sér físico el hombre es una parte tan genuina del mundo material como cualquiera de las formas animadas de existencia que le rodean; mas si esta existencia material constituyera todo el hombre, no podríamos explicarnos el cuidado que Jehová tiene de él, ni las visitas tan frecuentes que le hace. Luego lo que forma nuestra más esplendente aureola, y nos da una importancia suprema en la economía y el gobierno de Dios haciéndonos objeto de la solicitud divina, es nuestra naturaleza inmortal y espiritual. Por otra parte, no carece en absoluto de significado moral la naturaleza física, por afectar ésta más ó menos directamente al sér espiritual, y relacionarse de un modo muy íntimo con el método y los resultados de la prueba á que el hombre está sujeto.

En la Sagrada Escritura nuestra naturaleza inferior y material tiene dos nombres: carne y cuerpo. Aquélla significa su enlace y relaciones con el mundo material y físico á que pertenece; éste, con el espíritu libre y personal que habita en dicha naturaleza. Asimismo nuestra naturaleza inmaterial se conoce con dos nombres distintos: alma y espíritu. Cuando se la considera en sus relaciones con la naturaleza inferior y se la ve desde el punto de vista sensible, la llamamos alma; en sus relaciones con las inteligencias superiores y considerada desde el punto de vista divino, la lla-

mamos espíritu. Á fin de entender bien las doctrinas que se refieren á la salvación individual, es de la mayor importancia, si no absolutamente indispensable, tener un idea muy clara del significado de estas cuatro palabras y del uso que de ellas hacen los escritores del Nuevo Testamento.

Mas lo único que por ahora y en este lugar deseamos con énfasis é interés notar es que el hombre posee no solamente cuerpo y alma, sino también espíritu; y que á esta naturaleza espiritual debe por completo su importancia y superioridad trascendental sobre todas las demás criaturas. Dejando, pues, la carne, el cuerpo y el alma que con éste se relaciona, vamos á estudiar y analizar por partes la naturaleza espiritual del hombre.

La mente y la razón del hombre.—La naturaleza espiritual del hombre se manifiesta primeramente como mente ó razón, puesto que posee atributos intelectuales y racionales por medio de los cuales el hombre piensa, siente y quiere. Para describir estas tres funciones de la naturaleza espiritual, ó sean estas tres manifestaciones de la actividad del espíritu, la psicología usa tres términos, á saber: el entendimiento, la sensibilidad y la voluntad. Este análisis de la mente humana es, sin embargo, más bien lógico que numérico, es decir, que el espíritu del hombre no se divide en tres partes separadas, una de las cuales piensa, otra que siente y otra que quiere; sino que todo el hombre

piensa, todo el hombre siente y todo el hombre quiere.

Cuando afirmamos que el hombre es un sér racional y que ejercita su criterio en todo lo que hace, llamamos simplemente la atención á una de las funciones de su mente, ó, mejor dicho, á una de las formas de su actividad intelectual que le distingue principalmente de todos los animales inferiores, los que, si bien le sobrepujan en el instinto natural, no son capaces de raciocinar. Cuando el hombre raciocina, usa del entendimiento y de la voluntad, mas no ejercita su sensibilidad. Y esto es tan cierto, que muchas veces contrastamos la razón con la sensibilidad y decimos que fulano se deja guiar más bien por sus sentimientos que por su razón, es decir, que obra como si no ejerciera su criterio para determinar su conducta. Raciocinar es usar del entendimiento para obrar con criterio, con algún motivo, con cierto fin. El raciocinio es el acto más grande de la mente. Citamos estos hechos sin referirnos especialmente á la psicología ó á la metafísica y, por consiguiente, no empleamos términos técnicos y exactos. Al hacer este análisis de la parte intelectual de la naturaleza espiritual del hombre, nos referimos exclusivamente á las funciones que el entendimiento y la razón ejercen en la esfera de la religión, y de una manera aun más especial en el asunto de la salvación personal; con tal fin hemos creído más conveniente usar vocablos sencillos y populares evitando las distinciones técnicas y exactas tan

necesarias en los tratados de psicología y metafísica.

El entendimiento y la razón tienen en la religión un lugar de importancia primaria y fundamental. Con estas palabras, "Venid pues y estemos á cuenta," el Creador invita al hombre á dejar el pecado y aceptar la salvación. Siendo el pecado tan contrario á la razón como la justicia es conforme á ella, Dios tiene el derecho moral de prohibir el uno y exigir la otra. No se puede creer lo que contradice á la razón, si bien podemos creer y aceptamos muchas cosas que trascienden á la razón. Á fin de comprender bien las doctrinas que se refieren á la religión personal, precisa tener el conocimiento inestimable de los tres elementos de la mente, que llamamos entendimiento, sensibilidad y voluntad. Con la ayuda de este análisis trino de la mente no hay una sola doctrina que no se pueda dilucidar satisfactoriamente: tales son, por ejemplo, las enseñanzas que se refieren al arrepentimiento y la fe, que más adelante discutiremos extensa y singularmente, y las que en este particular ofrecen un análisis muy fecundo.

Conforme á su equivalente griego *metanoia*, el término arrepentimiento significa en primer lugar, un cambio de mente y modo de pensar y es un acto del entendimiento; en segundo lugar, es un cambio del corazón y de los sentimientos, al cual llamamos contrición ó dolor por el pecado; en tercer lugar, es el propósito de abandonar el pecado, lo cual constituye

un acto libre de la voluntad. De la misma manera, como vamos á ver, puede decirse que la fe es un asentimiento de la inteligencia á lo que es evidente, siendo éste un mero acto intelectual; es también una expresión de la confianza que tiene el corazón, la cual muestra la relación que existe entre la fe y la sensibilidad; más aun; es un consentimiento que dicta el elemento de la voluntad, diferente del asentimiento intelectual, puesto que el alma se rinde á la persona ó á la verdad en que cree, lo cual constituye un acto de la voluntad.

Todas las verdades, pues, que ejercen su influencia salvadora en la naturaleza espiritual del hombre, pueden analizarse de acuerdo con sus relaciones al entendimiento, la sensibilidad y la voluntad. Deben presentarse al entendimiento para que éste las perciba; deben encontrar alojamiento en el corazón á fin de mover la sensibilidad y los sentimientos: sólo entonces está preparada la voluntad para obrar y tomar las decisiones que han de determinar el carácter y fijar por último el destino. Muy importante en la teología es la voluntad, esa última función del alma, y con especialidad en el estudio de las doctrinas que se refieren á la salvación individual, puesto que la enseñanza de que el hombre es un agente libre y moral se basa en una concepción verdadera de la voluntad libre. Pasamos pues á considerarla y estudiarla con especial atención y cuidado.

La naturaleza moral del hombre.—Á pesar de su grandeza, el entendimiento y la razón no son el mayor don que el hombre ha recibido, puesto que posee atributos más elevados que los meramente intelectuales y racionales: tiene una naturaleza moral y cualidades morales. Éstas sobrepujan tanto á la mente y á la razón, como la mente y la razón superan al instinto bruto y á la vida animal. Solamente cuando llegamos á reconocer este elemento sublime de la naturaleza espiritual del hombre, podemos comprender su verdadera naturaleza, fin y destino en la economía moral de Dios. Á la verdad que sólo cuando nos ponemos á considerar la naturaleza de los seres morales, comprendemos lo que significa el gobierno moral de Dios. Si bien podemos imaginarnos un sér puramente intelectual, dotado de entendimiento, razón y voluntad, sin naturaleza ni obligación moral, lo cierto es que en todo el universo no existe semejante criatura; pero si podemos concebir la idea de un sér racional que carezca de naturaleza moral y religiosa, no podemos representarnos un sér moral que no sea racional, que no tenga entendimiento y razón.

Debido, pues, á este hecho de que todos los seres espirituales que poseen entendimiento y razón, son también seres morales, y de que todos los seres morales poseen necesariamente entendimiento y razón, los adjetivos moral, espiritual y racional son prácticamente sinónimos y convertibles. Por esto suelen usar-

se como equivalentes los términos naturaleza moral y naturaleza espiritual. Al mismo tiempo, no debe olvidarse que el elemento exclusivamente moral en la naturaleza del hombre es el que le hace semejante á Dios, divino é inmortal. Esto es lo que le da "más valor" á los ojos de Dios "que muchos pajarillos," sí, y que muchos mundos de formas de existencia material é irracional.

La naturaleza moral supone la dignidad de hijo.—El hombre es no solamente la última y más digna criatura de Dios, sino que lleva en un sentido más profundo y elevado la imagen del Creador, como no la tienen ni pueden llevar las criaturas inferiores. "Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza," dijo el Creador, y en esto se diferencía el origen del hombre del de todas las criaturas inferiores, y le da su naturaleza moral y espiritual. Esta distinción especial le hace más que mera criatura; le da la dignidad de hijo. Dios es el Creador de todas las formas inferiores de existencia, pero nada más; del hombre es no solamente el Creador, sino el Padre en todo el sentido de ese nombre poderoso y sublime. Dios es Espíritu, y todo lo que lleva su imagen moral tiene una naturaleza moral y espiritual. Como el hombre posee una naturaleza moral que incluye la dignidad de hijo, es el objeto especial de la consideración continua de Jehová.

La encarnación es una prueba de la naturaleza exaltada del hombre.—La predilección que Dios tiene al hombre se manifestó de la manera más completa y suprema en la encarnación de Jesucristo. Las visitas que Dios hizo de tiempo en tiempo á los hijos de los hombres, fueron símbolos proféticos de la visitación divina más solemne en Aquel que, siendo Dios desde la eternidad, se revistió de la naturaleza humana á fin de visitar á los hombres y vivir entre ellos. Esa encarnación de nuestro Salvador es la mayor gloria con que Dios tuvo á bien coronar la naturaleza humana. En la creación el hombre fué hecho á imagen y semejanza de Dios; en la encarnación Dios se hizo á imagen y semejanza del hombre. Este hecho glorioso no se habría realizado nunca si el hombre no poseyera una naturaleza moral, porque, si bien en la encarnación se asumió la naturaleza inferior y material del hombre, esta unión de la Divinidad y la criatura en la Persona de Cristo no habría podido verificarse sin la naturaleza moral del hombre, que fué la base y el elemento de dicha unión.

El libre albedrío del hombre.—Pasamos ahora á considerar la dignidad y superioridad de la naturaleza humana demostradas por la posesión del libre albedrío. Consiste en el poder que la voluntad humana tiene de determinarse por sí misma; es imposible que sea movida á ejecutar un acto por un agente distinto de sí misma, sin destruir, en lo concerniente á aquel acto,

su propia libertad. No importa nada que el poder que domina á la voluntad sea externo ó interno, el resultado es idéntico: destruye el libre albedrío. Es también indiferente que este poder dominador sea la voluntad divina, la humana ó una influencia satánica; en el mero hecho de dominar la voluntad, destruye el libre albedrío. Algunos dicen que la libertad consiste en hacer lo que se quiere, y añaden que, pudiendo Dios influir en nuestra voluntad y subyugarla, el individuo obra con libertad aun sometido á las voliciones divinamente impuestas, ya que "hace lo que quiere." Este argumento no es sino un esfuerzo que hacen por reconciliar la predestinación con el libre albedrío. Mas este dominio sería la esclavitud más absoluta, y no debería llamarse libertad, sino servidumbre de la voluntad. Una persona bajo el influjo del mesmerismo ó hipnotismo, "hace lo que quiere," mas la sujeción en que la tiene otro individuo es casi absoluta. No negamos que haya voliciones divinamente impuestas, ni que algunas decisiones del libre albedrío se deban á una causa divina; pero sí afirmamos que dichas voliciones, divinamente producidas, no son actos libres de la voluntad.

Influencia de los motivos en el libre albedrío.—El hombre obra impulsado por motivos. Todo lo que apela á una personalidad libre, y ejerce influjo en la voluntad, es un motivo; pero los motivos no se imponen á la voluntad libre de modo que sean ellos las causas

principales, sino solamente influyentes. Decir que el hombre debe obrar en fuerza de los motivos más poderosos, y luego definir éstos como aquello por lo cual se guía, es raciocinar en un círculo vicioso. El motivo no es el que produce la voluntad humana, sino que la voluntad humana es la que escoge el motivo. Por supuesto que la influencia que un motivo ejerce en el hombre depende del carácter de éste, el cual es á la vez el resultado del uso que haya hecho de su libre albedrío, y un factor importante en la determinación de dicha libertad en todos los hechos presentes y futuros. Pero mientras el carácter esté en su estado formativo, libre y de prueba, el influjo de los motivos en el libre albedrío no es exacto ni fijo, sino contingente; y el mismo agente libre, bajo circunstancias y motivos idénticos, obrará de un modo un día y de otro al siguiente. Si se puede probar que ciertas condiciones influyeron en la voluntad de tal manera que impusieron necesariamente tal ó cual volición, entonces se habrá probado que el individuo no era libre ni responsable de dicho acto. De la energía ó debilidad de una persona depende siempre su responsabilidad, á no ser que la falta de aquélla sea por culpa propia. Un sér libre que por sus transgresiones pasadas haya perdido el poder de resistir la tentación (un ebrio consuetudinario, por ejemplo) es responsable, puesto que por su culpa no puede ya dominarse.

La esencia de la voluntad es la elección libre.—Oímos

decir con frecuencia que la voluntad produce libremente sus voliciones. ¿Significa esto que el hombre puede ó no hacer su voluntad según le plazca? Según nuestro parecer, sería más exacto decir que la voluntad humana tiene necesariamente que producir *una* volición, puesto que no puede evitarlo; pero ejerce libremente este acto de la voluntad con preferencia á otros. La voluntad no puede menos de funcionar y producir voliciones; pero no está obligada á producir una volición determinada con preferencia á otras. Aun la inercia más completa, aun el no hacer absolutamente nada, es una volición, un acto, del cual el hombre es tan responsable como de una volición positiva que se convierte en un hecho. Hay pecados de ociosidad, lo mismo que pecados de obra; transgresiones por omisión, lo mismo que transgresiones por comisión. La verdadera libertad de la voluntad, pues, no consiste en el poder de producir ó no producir una volición, ya que la voluntad no puede menos de obrar; sino en decidir y escoger una de las muchas voliciones que pueden realizarse y en producir un acto. Todo esto constituye la que muy bien podemos llamar libertad natural ó metafísica.

Potencialidad moral.—La mente humana funciona como agente libre, y por tanto moral, siempre que resuelve algo reefrente al bien ó al mal que influyen en la conducta moral, en el carácter ó en el destino. Por consiguiente, al decir que el hombre es un agente li-

bre moral, damos á entender que en todo lo que se refiere al bien y al mal, su voluntad obra con entera libertad y no la determina ni la fuerza ningún hecho exterior; que si bien Dios, Satanás, otros seres humanos, las circunstancias exteriores y un sinnúmero de motivos apelan á ella como influencias, sin embargo, no pueden obligarla á obrar de tal ó cual manera. En cierto sentido, Diós limitó su omnipotencia cuando dió al hombre el libre albedrío, porque, si bien en su voluntad puede hacer que la voluntad humana prefiera cierta volición por Él escogida, esto sólo sucedería destruyendo la libertad con la mencionada volición particular. No es factible que un hecho de la voluntad sea libre é impuesto al mismo tiempo. Siendo esto cierto, ya no es posible reconciliar con la libre actividad humana esa predestinación divina que desde la eternidad dicta todas las voliciones y actos del hombre. El conocimiento divino de lo futuro y el libre albedrío humano pueden muy bien conciliarse; pero no así la predestinación incondicional y la libre actividad. Y sin embargo, puede haber ciertas voliciones de los seres libres producidas divinamente.

Posibilidad de voliciones forzosas en seres libres.—La sabia dirección y providencia de Dios requieren en circunstancias determinadas que algunas de nuestras voliciones sean necesarias, como cuando un padre al mismo tiempo que permite á su hijo obrar de ordinario con entera libertad, algunas veces interpone su in-

teligencia y fuerza de voluntad, superiores á las de su vástago, y determina y precisa cierto modo de obrar; mas á esta acción no puede llamarla libre, ni siquiera considerarla como un acto propio de su hijo, sino es en cierto sentido secundario. De la misma manera nuestras propias voliciones y las causadas en nosotros directamente por Dios, pueden existir en perfecta armonía en la misma vida; mas éstas últimas, no pueden llamarse verdaderamente libres; como tampoco puede ser moral una volición impuesta, por la sencilla razón de que no siendo libre, ni es buena ni mala. La doctrina de la predestinación se ha enseñado de tal modo que hace imposible la libre actividad moral reconocida por la conciencia humana como por la Sagrada Escritura; y, por otra parte, la enseñanza del libre albedrío se ha inculcado de tal manera que, según el parecer de algunos, excluye la posibilidad de esa intervención real de la voluntad divina en la vida humana, sin la cual no se pueden explicar la dirección y providencia especiales de Dios para con todas sus criaturas.

Si Dios pudiera determinar y producir todas las voliciones de los hombres, sin que éstos perdieran al mismo tiempo su libertad, entonces aseguraría indudablemente la santidad y salvación de todos ellos; verdad garantizada por la misma naturaleza divina. Mas el hecho de que algunos agentes libres pecan, prueba que Dios no puede subyugar en absoluto la voluntad

de éstos sin privarlos de la libertad. Decir que Dios no puede hacer lo imposible ni contradictorio, no es limitar su omnipotencia; asegurar por medio del poder divino cierta serie de voliciones y hechos que al mismo tiempo sean verdaderamente libres, es una contradicción de ideas y, por consiguiente, imposible de realizar. En los agentes libres la santidad ó la culpa forzosas son igualmente imposibles; aunque existieran, carecerían de carácter moral, ni serían buenas ni malas. Tal santidad ó tal culpa no serían ni culpa ni santidad propias de la criatura que las poseyera; sino del sér que las precisó ó causó á tenerlas.

Todo agente cuyas voliciones y acciones fueran determinadas y causadas por otra persona, cesaría de ser libre en el verdadero sentido de la palabra; sería simplemente una persona bajo el dominio de otra, una máquina humana. Atribuir la santidad ó la culpa á semejante individuo, sería una falsedad, una ficción moral; á lo menos debería llamarse santidad creada ó infundida por fuerza á fin de distinguirla de la verdadera, ó sea de la que pertenece á un sér libre, y es el efecto de un estado de prueba durante el cual hubo la posibilidad de pecar. La virtud por necesidad si concebirse puede, no merece ninguna recompensa; y la culpa forzosa, en caso de existir, tampoco en justicia debiera ser castigada. Si decimos que la santidad es atributo de un sér libre en estado de prueba, y el producto de voliciones rectas y actos virtuosos, y que la

culpabilidad es atributo que resulta de voliciones malas y hechos pecaminosos bajo el mismo estado, tendremos de ambas una definición clara á la vez que consecuente, y la única que puede armonizarse con la doctrina de la potencialidad libre y moral. Pero ¿es, por tanto, imposible que la santidad forzosa exista en el universo de Dios?

Diferencia entre la santidad necesaria y la probada.— No puede negarse que tal vez exista una santidad forzosa, pero si se niega, no debemos hacerlo con tanta seguridad como cuando afirmamos que no puede existir la culpa forzosa y digna de castigo; porque esto es imposible supuesta la justicia eterna de Dios. En efecto nos inclinamos á creer que existe cierto estado, el cual, á pesar de las objeciones á que se expone este lenguaje por falta de un vocabulario moral más rico, habremos de llamar "santidad forzosa." El carácter de Adán antes de su caída se llama algunas veces "santo," pero sería más correcto designar este estado primitivo como de inocencia y pureza más bien que de santidad. Dios no le creó santo, sino le puso en el paraíso para que por medio de la prueba consiguiese la santidad. Pero la santidad de Dios, ¿no es eterna y, por consiguiente, necesaria? Mas los niños que mueren en la infancia y que no han pasado por prueba alguna van al cielo, dotados de una naturaleza moral; y ¿no los llamaremos "santos?"

Desde que, por falta de un término más adecuado,

tenemos que designar estos casos como ejemplos de santidad necesaria, debemos añadir un adjetivo que califique á la otra clase de santidad, á fin de distinguirla de ésta, y llamarla santidad *probada.* Podemos muy bien afirmar que esta santidad es la más elevada que puede alcanzar una criatura; y decir que el gran fin que Dios se propuso al criar al hombre y ponerle bajo la ley de prueba, fué que pudiera alcanzar y obtener este estado de santidad. Afirmamos, pues, que existe el estado de "santidad necesaria." ¿Quién es capaz de negar que existan seres á quienes Dios haya creado y puesto en el cielo sin someterlos á prueba alguna (si bien todos los ángeles, según sabemos, han sido probados), y á los que, por falta de otro vocablo diferente y mejor, habremos de llamar "santos?" Pero si así fuere, podremos decir á lo menos que su santidad es de un grado muy inferior á la de los hombres y de los ángeles que han tenido que pasar por un estado de prueba que incluía la posibilidad tremenda de pecar y, sin embargo, han alcanzado la santidad.

La posibilidad del pecado es idéntica con la de la santidad.—Á fin de hacer posible la santidad probada, fué absolutamente necesario que existiese la posibilidad de pecar. Una prueba debe tener dos alternativas y dos resultados posibles, de otra manera no será una verdadera prueba. Pero de esto no se sigue que el pecado sea actual; se sigue solamente que es posible. El Creador no hizo que el pecado fuera una necesidad,

mas solamente una posibilidad, y podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que no lo habría hecho ni aun una posibilidad, si hubiera podido asegurar el mayor grado de santidad sin dicha posibilidad.

No fué Dios quien hizo actual el pecado, sino el hombre cuando abusó del libre albedrío que le diera su Creador para que consiguiese la santidad y á fin de que, por medio de ella, obtuviese la felicidad más completa y asequible. Es evidente que la santidad de los seres que pasan por un estado de prueba, y que, no obstante múltiples y severas tentaciones, sirven y obedecen á Dios libremente, es la más elevada que puede darse, y que ha de glorificar al Creador mucho más que la santidad creada ó necesaria. Ésta puede glorificar á Dios solamente como el edificio á su arquitecto, la estatua á su escultor; mas no como el hijo bueno honra á su padre, el discípulo á su maestro, ó el ciudadano á su gobernante, ó un soldado á su jefe.

Inmortalidad del hombre.—Á la definición del hombre que dimos, falta únicamente que agreguemos un atributo; y la pregunta con que empezamos este capítulo recibirá una respuesta categórica: el hombre es inmortal. Si esta corta vida fuese toda la existencia, no se podría explicar satisfactoriamente por qué Dios magnificó al hombre hasta el punto de crearle á su imagen y semejanza y hacerle partícipe de su naturaleza divina. Lo que existe por un día y luego desaparece para siempre, no puede tener gran valor intrínse-

co; mas lo que vive por toda la eternidad es de un valor infinito. Las sentencias "comamos y bebamos, que mañana moriremos," y "la muerte todo lo acaba" expresan un ideal de la vida que en todas las épocas ha paralizado las aspiraciones y degradado la naturaleza de cuantos las han creído.

El instinto más profundo del alma, el deseo más ardiente del hombre es vivir para siempre jamás. En todo el Antiguo Testamento se supone la inmortalidad del hombre, y desde el principio del género humano las almas virtuosas y santas han anhelado perpetuar su vida después de la muerte con Aquel en cuya presencia se encuentra la plenitud de la dicha, y á cuya diestra "hay deleites para siempre." Sin embargo, el entendimiento humano no empezó á comprender la incomparable riqueza y plenitud de la vida eterna hasta que Jesucristo "sacó á la luz, la vida y la inmortalidad" por el Evangelio. El cuerpo humano perece, mas su espíritu es inmortal. Lo que se ve es temporal; lo que no se ve, eterno. Si el hombre no fuera inmortal, la actividad libre y moral tendría una esfera muy limitada; pero como lo es, dicha actividad se convierte en el eje sobre el cual gira su destino eterno.

La pregunta contestada.—La respuesta, pues, á la pregunta: ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él? se encuentra en el hecho de que el hombre es la única de todas las criaturas terrenales que lleva la imagen de su Creador, posee una naturaleza espiri-

tual y por tanto, es un agente libre y en esta vida pasa por una prueba que ha de determinar su santidad ó su culpa, y cuyo carácter ha de decidir su destino después de su muerte. Hay otro hecho que añade intensidad é importancia al problema de la existencia humana, y es el del pecado que entró en el mundo y afectó de una manera más ó menos desastrosa á la naturaleza y vida de todos los hombres. La existencia de criaturas libres é inocentes que están pasando por una serie de pruebas cuyo resultado ha de decidir su destino eterno en la vida futura, es un espectáculo que Dios y los ángeles deben de mirar con un interés divino. Mas si ese estado de inocencia se ha convertido en otro de pecado, el problema es mucho más difícil y el espectáculo de un interés mucho más profundo.

Cualquiera que haya sido el estado de prueba primitivo del hombre, es indudable que hoy el pecado lo afecta seriamente. El Padre eterno no puede ver con indiferencia y sin interés la vida de dichos seres y las pruebas por que están pasando, ya que le deben su existencia, y que el cumplimiento de su voluntad es la condición y la ley de su vida. Su divina naturaleza y atributos, con especialidad su justicia y su amor, hacen imposible que pueda olvidarse de los seres humanos que están pasando por una prueba de trascendencia tanta. Pero el amor y la compasión que Dios tiene al hombre no se han manifestado sólo de un modo general, sino que tomaron una forma definida y particu-

lar en la venida de su divino y eterno Hijo, cuya encarnación, vida de sacrificio, pasión y muerte constituyeron la prueba más evidente de que el Dios de la misericordia se interesa por los hombres y desea su salvación. No obstante la caída y naturaleza pecaminosa del hombre, estas influencias divinas le han conferido cierto estado de habilidad llena de gracia para resolver el problema de su existencia, obtener la santidad y cumplir así el objeto que se propuso el Creador.

Todas estas consideraciones muestran que la libre actividad moral del hombre es la clave por medio de la cual podemos descubrir los secretos de su naturaleza y destino. Pero el don del libre albedrío moral incluye necesariamente el estado de prueba por que el hombre tiene que pasar según el plan divino. Vamos ahora á tratar de esta importante doctrina. Como quiera que en la discusión sobre la libertad humana tuvimos que suponer más de una vez que el hombre tiene que pasar por dicho estado de prueba, preciso será repetir algo de lo que llevamos expuesto; porque, si bien el estado del libre albedrío y el de prueba pueden distinguirse como ideas, en su esfera de acción no pueden separarse uno del otro; se suponen y comprenden mutuamente.

Allegaos á Dios, y él se allegará á vosotros.—Santiago 4.8.

Eleva, alma mía, tu mente á los cielos
  Y allí en luz y gloria contempla al Señor;
No temas humilde llegarte á su trono,
  Que es trono de gracia fundado en su amor.

Temiera, Dios mío, si en propia justicia
  Osara apoyado llegar hasta Tí;
Mas ahora tu misma justicia soy hecho
  En Cristo que ha dado su vida por mí.

Me acerco cual hijo que viene á su Padre,
  Cual hijo que acude gozoso al hogar,
Y el grato reposo, las tiernas caricias
  Que esplayan el alma, desea gozar.

Me acerco, y postrado delante del trono
  Do irradian la gracia, perdón y salud,
Humilde te adoro, y ansío ofrecerte
  El fiel homenaje de mi gratitud.

Ansío mis voces unir á las voces
  Del coro que eleva cantar celestial;
Y en santa armonía loar tus bondades,
  Tu eterna justicia, tu gloria inmortal.

Acepta, Dios mío, mi ofrenda aunque pobre;
  Conozco humillado su escaso valor;
Mas hágala grande, valiosa á tus ojos,
  El nombre adorado de Cristo el Señor. Amén.

—*J. B. Cabrera.*

III

LA PROBACIÓN

"Muchos pueblos se juntaron en el valle de la decisión, porque cercano está el día de Jehová en el valle de la decisión." (Joél 3.14.)

"De manera que cada uno de nosotros dará á Dios razón de sí." (Romanos 14.12.)

"El cual pagará á cada uno conforme á sus obras." (Romanos 2.6.)

"Porque es menester que todos nosotros parezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que hubiere hecho por medio del cuerpo, ora sea bueno ó malo." (2a Corintios 5.10.)

"Todo lo que el hombre sembrare, esto también segará, porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna." (Gálatas 6.7, 8.)

"De cualquiera nación el que le teme y hace justicia, se agrada." (Hechos 10.35.)

"Al que encomendaron mucho, más le será pedido." (Lucas 12.48.)

"En lo íntimo de su conciencia, el descendiente de Adán más humilde no se inclina tanto á los placeres de la vida, como á los actos nobles, en cuyo ejercicio él se contempla como una imagen y semejanza de su Creador. Mostradle el modo de llevar á cabo estos actos, y por vulgar que sea, se convertirá en héroe. Juzgan injustamente al hombre los que afirman ser el deseo de tener comodidades el mayor aliciente que influye en su ánimo. Las dificultades, la abnegación, el martirio, la muerte son incentivos que mueven su corazón. Encended la llama de su vida interior, y consumirá toda la hojarasca de motivos innobles. El hombre busca no solamente la felicidad, sino algo más elevado aun."—*Tomás Carlyle.*

"La idea más sublime que jamás mi mente concibiera, es el pensamiento de mi responsabilidad ante el Todopoderoso."—*Daniel Webster.*

"Dios prueba á los hombres; el demonio los tienta."

CAPÍTULO III

LA PROBACIÓN

ENTENDEMOS por estado de probación "las circunstancias en que la divina Providencia constituye al sér libre, y de las cuales puede salir revestido de un carácter firme é invariable." Las enseñanzas de la Sagrada Escritura sobre el hombre en sus relaciones con el tiempo y la eternidad pueden resumirse en esta proposición: La vida presente es un estado, durante el cual el hombre libre está sujeto á ciertas pruebas que han de decidir su felicidad ó miseria en la vida futura y eterna que empieza después de la muerte. Que la conducta libre del hombre en este mundo fije irremisiblemente su destino en el venidero, es el hecho más transcendental de nuestra existencia, y que da á la vida un valor imponderable.

Los cinco grados de probación.—En la probación á que están sujetos los seres libres y racionales y que determina su estado fijo y eterno, hay cinco fases ó grados que pueden expresarse con estos términos: voliciones, hechos, hábitos, carácter y destino. Puestas en práctica, las voliciones se convierten en hechos; los hechos muy repetidos, en hábitos; los hábitos continuados forman el carácter; el carácter, cuando se fija,

determina el destino. Pasemos á considerar estos grados uno por uno y en sus relaciones mutuas, aunque tengamos que repetir algo de lo ya expuesto.

Las voliciones son el ejercicio de nuestro libre albedrío, ó determinaciones de la voluntad que obra sin ser movida por fuerzas extrañas. Nuestra responsabilidad moral se basa en el hecho de que somos agentes libres; y nuestra libertad consiste no tanto en el hecho de que podemos hacer lo que queremos, como en la facultad de sujetar nuestras voluntades y determinar nuestras voliciones. El pecado consiste más bien en el acto de la voluntad que en el hecho externo producido por dicha volición. Nuestras voliciones son cabalmente como las hacemos ó queremos: santas ó pecaminosas, virtuosas ó viciosas. Nuestra potencialidad libre consiste en la posesión consciente de poder obrar el bien ó el mal como nos place. Nuestras voliciones, las decisiones de nuestra voluntad, son más libres que el pensamiento; son la libertad misma. Por otra parte, el destino es un estado ó condición fijo irremisiblemente é inalterable por toda la eternidad. Y, sin embargo, la naturaleza de esta prueba moral y de la agencia libre es tal, que el acto á que llamamos volición en su principio, se convierte al fin en el destino. Veamos cómo sucede esto.

Como las voliciones libres se convierten en destino.—Las voliciones producen hechos. Podemos sujetar nuestras voliciones según nos plazca, pero cuando

esas voliciones se han puesto en práctica y convertido en hechos, han pasado fuera de nuestro dominio y ya no podemos deshacer lo que está hecho. Ni Dios, que es omnipotente, puede deshacer los hechos, ni desdecir las palabras que se han dicho, si bien con su omnipotencia puede hacer que un hecho, en cuanto concierne á sus resultados, sea nulo, y la palabra como si nunca se hubiera dicho.

Mas aunque no podemos deshacer el hecho ya realizado, no estamos obligados á repetirlo si no queremos. Si el acto se repite, entonces nos encontramos es presencia de una nueva ley, á saber, que cada repetición del hecho engendra una tendencia creciente y poderosa para nuevas repeticiones. En otras palabras: Los actos repetidos con frecuencia crean hábitos, que son algo más fijo y poderoso que los actos mismos. Sin embargo, la fuerza de la voluntad humana es tal, que el hombre puede quebrantar sus hábitos aunque sean tan fuertes como cadenas de hierro. Por otra parte, cuando los hombres continúan por largo tiempo en un hábito, éste se robustece y convierte en carácter, el cual ejercitándose algún tiempo, llega á transformarse en destino. Estado semejante, ni la misma omnipotencia divina puede cambiarlo, supuestas las leyes de su sapientísimo gobierno.

El carácter es á la vez el resultado y la causa de las voliciones.—Cuando el carácter se está formando, el libre albedrío y las voliciones son la causa y aquél es el

resultado; mas cuando ya está formado, el carácter es la causa y las voliciones son el resultado. Tal vez debamos modificar esta aserción, de que el carácter es la causa de las voliciones, y añadir que lo es solamente cuando ya está fijo y formado, y en su desarrollo se ha convertido en destino. El hombre, como sér libre, cuando se pervierte y va formando un carácter malo, lo hace simplemente porque prefiere el mal y lo practica con libertad; pero el mal carácter, una vez formado, es responsable y tiende á producir voliciones y hechos perversos. El hombre llega á ser malo en fuerza de sus voliciones malas, pero los inicuos tienen voliciones malas en fuerza de su perversión; y mientras más se aproximan á la estabilidad de su mal carácter, con mayor certeza podremos predecir que sus voliciones y obras serán malas y consecuentes con su carácter.

De la misma manera, otro cualquiera será puro y santo por la sencilla razón de que con entera libertad prefiere practicar la virtud y la santidad; mas cuando ha formado un carácter santo y virtuoso, podemos predecir con bastante seguridad, que las voliciones y obras de dicho agente serán santas y virtuosas. Decimos con *bastante* seguridad, y no con entera, porque la experiencia nos enseña que un agente libre que ha alcanzado la virtud y santidad, puede caer en la tentación y, por medio de voliciones y obras pecaminosas, viciar y destruir el buen carácter que ya había logra-

do obtener, y en su lugar formar otro malo y perverso. Un buen hombre puede volverse malo, y otro malo convertirse en bueno: el carácter puede cambiar. Sin embargo, existe una diferencia: un hombre inicuo y pecador puede lograr un carácter virtuoso y santo sólo por medio de la gracia divina, mas un individuo de buen carácter puede cambiar simplemente con rendirse á la tentación y cometer el pecado.

El carácter no se crea, sino se forma durante el período de prueba.—Ya hemos visto que, hablando propiamente, el carácter no es una creación de Dios, sino formado por un agente libre durante el estado probatorio por que pasa. El carácter del hombre presupone su libre actividad, la probación moral y el tiempo necesario para su perfección; es el resultado de un procedimiento. Ya sea bueno, ya malo, el carácter es no solamente el resultado de las voliciones y hechos que se efectuaron en una serie de pruebas, sino que se convierte á su vez en verdadera causa que predispone, aunque no necesariamente, á otras voliciones y á otros hechos que son sus naturales efectos. La conducta es, pues, indicio del carácter. La Sagrada Escritura dice: "No puede el buen árbol llevar malos frutos, ni el árbol maleado llevar buenos frutos." "¿Mudará el negro su pellejo, y el leopardo sus manchas? Así también podréis vosotros hacer bien, estando habituados á hacer mal." "Cualquiera que es nacido

de Dios no hace pecado; porque su simiente está en él; y no puede pecar porque es nacido de Dios."

Estos pasajes de la Biblia afirman esa gran ley del mundo moral, según la cual la conducta es indicio del carácter, y el carácter determina la conducta. No por eso enseñan que los pecadores de carácter perverso no puedan arrepentirse, y con la ayuda de la gracia divina transformarse y ser hechos santos; ni dicen tampoco que á los hijos de Dios, cuyo carácter es ya santo, sea imposible pecar, hasta el extremo de perder la dignidad divina de hijos y cambiar de carácter; pero sí, que el carácter moral, ora sea bueno ora malo, una vez formado durante el estado probatorio, se manifiesta en voliciones y hechos correspondientes al carácter del agente libre. Con las voliciones y los hechos repetidos, y los hábitos de largo tiempo, el carácter se fortifica diariamente, se debilita más la propensión á cambiar, pudiendo al fin llegar á un alto grado de estabilidad y duración: en este caso se convierte en destino.

Cuando el carácter llega á convertirse en destino.—¿Podemos asegurar cuándo pasa el agente libre que está á prueba, esa línea fija é invisible que separa su carácter alterable de su destino inalterable? ¿Antes de la muerte, ó precisamente en esa hora solemne? Si es cierto que todos los hombres traspasan esa línea divisoria en aquel momento supremo, no es menos cierto que puede ser antes traspasada, lo cual algunos veri-

fican. No hay duda, por ejemplo, que los hijos de Dios pueden llevar una vida tan virtuosa y santa que, siendo fieles en el cumplimiento de todos sus deberes, y diligentes en el uso de todos los medios señalados para el crecimiento en la gracia, lleguen á un estado en que estén moralmente seguros de no cometer voluntariamente ningún pecado. No decimos que sean impecables, sino que su libre albedrío, tanto tiempo acostumbrado á producir voliciones santas, no responde ya á las incitaciones del maligno.

Creemos asimismo que ciertos pecadores llegan á fijar su carácter en esta vida hasta un punto, más allá del cual estamos casi moralmente ciertos de que no se salvan ni pueden salvarse. No decimos que Dios no quiera ni pueda salvarlos si cumplen con las condiciones de la salvación (lo cual no llegará nunca), sino que nos referimos á aquel punto más allá del cual, debido á su contumacia y obstinación persistentes, su voluntad, esclava del vicio, ya no responde á los llamamientos amorosos de la divina gracia. Cuando traspasan ese punto, podemos decir que en él hallan el sello de su destino.

En cuanto concierne á Dios, es una verdad eterna que, mientras no se apague la llama de la vida, el pecador más vil puede convertirse. Ningún hombre llega á tal degradación que Dios no pueda ni quiera salvarle, si él se arrepiente y cree; pero el pecador puede llegar á tal grado de contumacia, y aun á veces

llega, que no puede esperarse cumpla ya las condiciones necesarias para ser salvo. Los transgresores no llegan nunca al punto de que Dios, y no ellos, sea el responsable de su perdición, mas sí desarrollan su carácter y destino hasta cierto término, más allá del cual puede asegurarse que no se arrepentirán ni creerán jamás: en ese término podemos trazar la línea divisoria entre el carácter capaz todavía de cambiar, y el carácter que constituye el destino fijo é inmutable.

Así como en la formación del carácter en la prueba moral, las voliciones libres producen hechos, los hechos hábitos, los hábitos el carácter, y el carácter fija el destino; por el contrario, una vez fijado éste, el orden de estas relaciones se invierte; esto es: el destino fija el carácter, y el carácter determina los hábitos, hechos y voliciones del agente libre. De manera que el estado probatorio tiene su término en virtud de sus propias leyes, fijándose y asegurándose para siempre el carácter bueno en su bondad; y estableciéndose y confirmándose de una manera definitiva el carácter pervertido.

El estado de prueba en su relación con la santidad.—Dos géneros de seres morales sabemos sólo que Dios creara: ángeles y hombres. Á ellos dotó de libre albedrío y sujetó al estado probatorio para que resolvieran el problema de su destino. El estado de prueba de los ángeles concluyó probablemente antes de la creación del hombre. Nos consta que ciertos "ánge-

les, habiendo pecado" (2a Pedro 2.4), "no guardaron su dignidad" (Judas 6), y que Satanás, el príncipe de los ángeles caídos, "no permaneció en la verdad" (Juan 8.44).

Hay también ángeles que no pecaron, mas guardaron su primera dignidad; éstos se llaman "los ángeles electos," y son "los espíritus que ministran," forman la corte celestial, hacen la voluntad del Creador, y son enviados á servir á los futuros herederos de la salvación, así como sirvieron á Jesucristo en la tierra, y han de acompañarle en su segunda venida. Por lo que se refiere al hombre, nada aparece en la Sagrada Escritura tan patente como el hecho de su responsabilidad moral, en virtud de la cual y como agente libre en estado de prueba y responsable de sus actos, está formando su carácter en esta vida, y á la vez fijando su destino para la venidera. El estado probatorio supone la posibilidad de pecar en todo sér libre.

Creen algunos pensadores superficiales que Dios pudo muy bien haber creado un agente libre y haberle sometido á prueba para que formase un carácter virtuoso y santo, haciéndole al mismo tiempo impecable; pero esto envuelve una imposibilidad intrínseca. Hacer impecables á los seres libres en estado de prueba es imposibilitar el logro de la santidad. Mas afirmar la posibilidad del pecado, á fin de que el agente libre alcance su santidad, no es decir, ni por mucho, que el pecado se cometa necesariamente. El pecado

no es necesario á la santidad; su presencia en el mundo no es un defecto de la economía moral de Dios, sino una consecuencia del abuso que el hombre hace de su libre albedrío. Aunque la posibilidad del pecado es necesaria para que el sér libre alcance la santidad, sin embargo, el género humano pudo muy bien haber llegado al más alto grado de ella, si el pecado, no saliendo de la esfera de lo posible, nunca se hubiera convertido en realidad.

Influjo de Adán y Jesucristo en el estado probatorio del hombre.—Usando de su libre albedrío, pecaron nuestros primeros padres, envolviendo en la culpa á todo el género humano. Mas no concluyó entonces para el hombre el estado de prueba, puesto que Dios proveyó inmediatamente la expiación que Cristo había de ofrecer por todos los hombres, estableciendo así otro estado probatorio donde se ostentara su misericordia divina. Mucho antes de la encarnación del Salvador, venía ya influyendo el valor propiciatorio de su muerte. Los beneficios de su redención aprovecharon al hombre desde el momento de su caída, desde que por primera vez se anunció que la semilla de la mujer había de quebrantar la cabeza de la serpiente. Cierto es que en la mente de Dios, Jesucristo "fué muerto desde el principio del mundo," y el género humano jamás careció de los beneficios de su encarnación y muerte. Seguros podemos estar de que el corazón paternal de Dios ha aplicado siempre á las almas los

méritos infinitos de la pasión y muerte de Jesucristo, quien desde el principio fué anticipadamente Salvador del mundo.

Si el género humano heredó de Adán cierta incapacidad moral y tendencia al pecado, también derivó de Jesucristo ciertas aptitudes graciosas para esa obediencia y justicia que le elevan no á las condiciones de su primera prueba, sino á un estado probatorio que en todos sentidos se adapta á la formación de su carácter moral. No puede decirse que el estado primitivo del hombre antes de su caída, cuando Dios no había provisto aún el sacrificio propiciatorio, fuera más favorable al desarrollo del carácter ni más conducente á un feliz éxito que su estado posterior, en el cual existe la compensación de los méritos infinitos del Salvador. En todo el Nuevo Testamento el hombre redimido aparece como un sér libre y responsable, que en este mundo está sujeto á una prueba benévola á fin de que forme su carácter y fije su destino perdurable.

Estado de prueba de los paganos.—Todos los hombres son responsables de sus facultades y serán juzgados conforme á la luz que hayan recibido. Aun los privados de la divina revelación están pasando por un estado probatorio, y se salvarán ó perderán en el gran día del juicio universal de Cristo según su vida se haya ó no conformado á dicha luz. "Porque todos los que sin ley pecaron, sin ley también perecerán, y todos los que en la ley pecaron, por la ley serán juzga-

dos; porque no los oidores de la ley son justos para con Dios, mas los hacedores de la ley serán justificados. Porque los gentiles que no tienen ley, naturalmente haciendo lo que es de la ley, los tales, aunque no tengan la ley, ellos son ley á sí mismos: mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio juntamente sus conciencias, y acusándose y también excusándose sus pensamientos unos con otros." (Romanos 2.12–15.) "El siervo que entendió la voluntad de su señor, y no se apercibió, ni hizo conforme á su voluntad, será azotado mucho. Mas el que no entendió é hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco; porque á cualquiera que fué dado mucho, mucho será vuelto á demandar de él, y al que encomendaron mucho, más le será pedido." (Lucas 12.)

Estos pasajes enseñan muy claramente la posibilidad de que se salven los gentiles, y nos hacen vislumbrar algo de la ley probatoria según la cual todos los hombres han de ser juzgados. Á ningún sér crea Dios incapaz de salvarse. Pero de la posibilidad de que se salven los paganos, nadie infiera que esto sea probable, y por tanto indiferente conducirlos á la luz del Evangelio con toda prontitud, puesto que las Buenas Nuevas no solamente esparcen más luz, sino que ayudan á vivir en mayor armonía con dicha luz.

Influencia de la predestinación en la actividad libre y el estado de prueba del hombre.—Como ya hemos visto, no existe un conflicto necesario entre la libre activi-

dad humana y la presciencia divina, pero sí hay verdadera oposición entre el libre albedrío y el estado probatorio, por una parte, y por otra la elección divina y la predestinación según las define cierta escuela. Por supuesto que *predestinación* y *elección* son términos bíblicos, los cuales, definidos con propiedad, representan doctrinas bíblicas que no pueden contradecir á ninguna otra verdadera. En la Sagrada Escritura, la elección es siempre "según la presciencia de Dios," y solamente "á los que antes conoció, también predestinó." De manera que la elección y la predestinación divinas, si bien fueron decretadas en la eternidad, están basadas en la presciencia, ó sea en el conocimiento divino, de lo que harán los agentes libres en el futuro ejercicio de su libertad, al paso que la definición común y tradicional de estas doctrinas dada por el calvinismo, hace que la presciencia se base en la predestinación y elección: Dios, según ellos, sabe porque decreta; no decreta porque sabe.

Preguntan algunos: ¿Se arrepiente y cree un hombre por haber sido elegido en la eternidad, ó es uno de los elegidos por arrepentirse y creer, habiendo Dios previsto este hecho desde la eternidad? Á la primera parte de la pregunta responde afirmativamente la doctrina de la elección y predestinación absolutas, al paso que los defensores de la elección y predestinación condicionales afirman ser verdadera únicamente la segunda. Á esta última se la llama comúnmente elección y

predestinación condicionales, porque el decreto electivo, en cuanto concierne á los seres libres y á su destino, depende de la presciencia que Dios tiene de lo que dichos seres harán en lo futuro. Podemos muy bien afirmar, sin temor de equivocarnos, que nada hay tan evidente en las enseñanzas cristianas como la verdad de que el arrepentimiento, la fe y la perseverancia de un individuo son determinaciones de su propia libertad y no de la voluntad divina; puesto que si Dios determinara estas cosas, claro está que todos los hombres se arrepentirían, creerían y perseverarían hasta el fin.

Modificación ó renuncia que algunos calvinistas están haciendo de su tradicional doctrina sobre la predestinación. —Enseña la Confesión de Wéstminster que "por decreto de Dios . . . algunos hombres y ángeles están predestinados á la vida eterna, y otros á la muerte; y esta predestinación es irremisible é inmutable: siendo ese número de predestinados tan cierto y tan determinado que no puede aumentar ni disminuir." "Cristo redime, llama efectivamente y salva sólo á los elegidos."

Este sistema forma parte de la teología que predominó en las ideas y en la vida de una vasta sección de la Iglesia Protestante desde el siglo diez y seis hasta fines del diez y nueve; mas está pasando por ciertas modificaciones y revisiones cuyo objeto es adaptarle mejor á la fe más sencilla y bíblica del siglo veinte.

El extracto que sigue, tomado de un libro que acaba de publicarse por el Doctor W. N. Clarke, de la Universidad de Colgate, muestra cómo tratan al presente el asunto de la predestinación varios teólogos de una iglesia que hace poco creía y sostenía la doctrina de la predestinación y elección absolutas:

No se pueden predeterminar los hechos de seres libres, ni hechos predeterminados son actos de seres libres, puesto que las dos ideas se excluyen mutuamente. Si la predestinación existe en el universo, no incluye los actos del hombre, puesto que éste es un sér libre. El nervio de la cuestión está, por consiguiente, en si el hombre es ó no un agente libre. Una respuesta negativa implica el suicidio intelectual y moral. Si no somos libres, no somos responsables: en tal caso, no podemos hacer el bien ni el mal, y nuestra existencia no tiene ningún significado moral. Nuestra naturaleza demuestra que somos libres: si no lo fuéramos, no podríamos fiarnos de ella en las pruebas que nos da de nuestro libre albedrío, ni de los actos de nuestra mente, que lo supone; se acabaría el raciocinio, y la vida humana sería una ilusión. Es cierto que nuestra libertad tiene sus límites, mas de su verdadera realidad no puede dudarse. Algunos opinan que se debe sostener la doctrina de la predestinación, puesto que á ese punto nos lleva el raciocinio *á priori*, y que no podemos gozar de otra libertad sino de la que se halla conforme con dicha predestinación. Mas nosotros afirmamos, por el contrario, la verdad del libre albedrío demostrada irrecusablemente por la experiencia, y no dudamos que la predestinación sólo puede existir hallándose en perfecta armonía con nuestra libertad: de otro modo no sería posible ni la vida racional ni la responsabilidad humana. (Outline of Christian Theology.)

Semejante á la expuesta, hay otra crítica sobre la doctrina de la elección absoluta, en los escritos del finado Doctor L. F. Stearns, del Seminario Teológico de Bangor, por la cual se ve que los calvinistas modernos empiezan á comprender lo insostenible de las enseñanzas de la Confesión de Wéstminster sobre este asunto:

La libertad humana, con relación á las cosas espirituales, es para él una mera ficción. La fe, en vez de ser una libre sumisión de la voluntad del hombre á Dios, se convierte en acto divino que un poder irresistible obra en el alma. Esta doctrina vierte además sobre el concepto de la justicia divina una ley siniestra. Según ella los que no han sido elegidos jamás tendrán esperanza de salvarse. Y no vale decir que se condenan justamente por sus pecados, porque el pecado en realidad de verdad no es suyo, sino de Adán, y son condenados por lo que de ningún modo pudieron evitar. Si Dios determinó el estado de prueba por que pasó el género humano en la persona de Adán, entonces decretó igualmente el pecado, la culpa y toda la miseria que le resultó á la raza humana de esa determinación. Por supuesto que muchos de los que sostienen esta doctrina calvinista encuentran el modo de evadir sus dificultades éticas, pero á expensas de su lógica. Semejante doctrina está sin duda expuesta á objeciones insuperables. Ni la Sagrada Escritura ni la razón misma le prestan la prueba más insignificante. (Present Day Theology.)

Infiérese de lo expuesto que el libre albedrío y la responsabilidad moral del hombre forman una de las doctrinas cardinales y más importantes de la teología cuyo objeto es la salvación de las almas. Esta doctri-

na y la que nos enseña que los méritos del sacrificio propiciatorio de Cristo no tienen límites, son las dos columnas principales sobre que descansa la esperanza de la salvación del mundo. Estas doctrinas se confirman mutua y lógicamente. Por otra parte, si un decreto inmutable de Dios ha fijado desde la eternidad el destino de todo sér humano, es una burla predicar á los hombres, diciéndoles que son seres libres y que pueden decidir su propio destino.

El estado de prueba y el reino de la ley.—Dios gobierna toda la extensión del universo según leyes fijas y uniformes. Podemos dividir el mundo en material ó físico, mental ó intelectual, y moral ó espiritual. Cosa bien sabida es que el universo material se gobierna por ciertas leyes, y los hombres saben perfectamente que si las violan, tienen que sufrir las consecuencias. Saben asimismo que la transgresión por un momento puede acarrear una pena sin fin. Si al pasar la locomotora, coloca uno cualquiera de sus miembros sobre los rieles, debe saber perfectamente que dentro de pocos momentos quedará lisiado por toda la vida. El infeliz no culpa al Autor de la naturaleza ni á sus leyes, de que á la violación de una de ellas se sigue una pena igual en duración á la existencia, antes se reconoce á sí mismo como único responsable de sus sufrimientos.

También el mundo intelectual se gobierna por leyes determinadas y que pueden fácilmente verse. El

fin de todos los sistemas de educación debiera ser el perfeccionamiento de la mente humana de acuerdo con dichas leyes. Á la violación de una de ellas es natural que se siga, como en el caso anterior, el respectivo castigo. Y el que viola las leyes del mundo intelectual, y sufre las consecuencias de su transgresión, no puede quejarse de que Dios le castigue. De la misma manera el mundo moral ó espiritual se gobierna uniformemente por ciertas leyes fijas é inmutables. Como á las demás leyes, podemos igualmente descubrir éstas. Si las violamos, habremos de sufrir las consecuencias y pagar la pena en este caso lo mismo que en los otros. No siempre sufrimos al momento todas las consecuencias de haber violado la ley moral; la imposición de una pena puede quedar reservada, en parte ó en su totalidad, á un estado futuro. "Porque no se ejecuta luego la sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos lleno para hacer mal."

Mas ¡cosa extraña! Cuando los hombres quebrantan las leyes del mundo material y las de la mente, sufriendo luego las naturales consecuencias, no se atreven á decir que Dios sea quien los castiga, sino que reconocen ser ellos mismos quienes se han acarreado la pena; y, sin embargo, al sufrir las consecuencias de haber violado una ley moral, quéjanse de Dios como si Él fuera quien los castiga, olvidando el caso general de que la pena es siempre la consecuencia natural de

la transgresión, y jamás un acto arbitrario de la voluntad divina. El mundo moral está bajo el dominio de la ley universal en el mismo sentido que lo están el mundo físico é intelectual; y estas leyes de la conducta y carácter moral que existen en toda la economía de Dios, llevan consigo después de la muerte el premio de los buenos y el castigo de los malos.

Influencia de la ley de compensación en el estado de prueba.—Una de las leyes del mundo ya físico, ya intelectual ó moral es la de la compensación, según la cual segamos, en primer lugar, la misma especie de lo que sembramos, y además la recolección es siempre más abundante que la siembra. Así como el que siembra trigo cosechará trigo, y el que planta espinas y abrojos, abrojos y espinas recogerá; y como el joven que educa bien su mente y atesora en ella pensamientos nobles y elevados allegará frutos ópimos en la edad madura, y el que la envenena con ideas é influencias viciosas recogerá una cosecha maleada y funesta, así en el mundo moral y espiritual lo que el hombre siembre en esta vida, eso recogerá en la venidera; "porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna."

Igualmente, á la manera que la cosecha material ó intelectual es por ventura cien veces más abundante que la siembra, así será más en perfecta armonía con la ley universal de Dios, si la cosecha en la eternidad

es más abundante que la siembra en este mundo. Época de la sementera es la presente vida, y de la recolección la eternidad. El santo y el pecador recogerá cada uno más allá del sepulcro los frutos de lo que aquí hayan sembrado. El hombre forma su propio carácter, fija su destino, y recoge lo que ha sembrado. El alma que se salva, será premiada "conforme á las obras hechas en el cuerpo." Su bienaventuranza en el cielo así como su capacidad de los eternos goces, estarán en proporción con la santidad personal que en este mundo haya alcanzado. Puede ser que los justos reciban en la vida futura una recompensa mayor de la que merecen, pero podemos estar muy seguros de que ningún pecador ha de sufrir jamás en esta vida ni en la otra, mayor miseria de la que justamente se atrajo. Los mismos atributos de Dios garantizan esta verdad. "El juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?"

¿Es justo que los que mueren sin arrepentirse pasen por una segunda prueba?—Oimos decir con frecuencia ser justo que las almas perdidas pasen por una segunda prueba. Estudiemos, pues, este asunto. Dividamos la actual existencia del hombre en siete décadas, ó períodos sucesivos de diez años. La primera década comprende la niñez, durante la cual no es completa la responsabilidad. En vez de constituir un período largo de prueba los sesenta años que quedan, los dividiremos en seis décadas, que por cierto es muy

razonable. Veamos ahora cómo el hombre, en el ejercicio de su libertad, pasa estos períodos sucesivos de prueba. Lo regular es suponer que durante el primer período, esto es, de los diez á los veinte años, muy pocas almas se arrepienten, puesto que están en la edad de las pasiones, fascinadas por los placeres del pecado, y viendo muy en lontananza la muerte; que durante la segunda década, de los viente á los treinta, algunos, sabios y prudentes, aseguran su llamamiento y elección por medio del arrepentimiento y la fe; que entre los treinta y cuarenta, un gran número de almas buscan la salvación; que durante el cuarto período, de los cuarenta á los cincuenta, es mayor el número de los convertidos; que en la quinta década, de los cincuenta á los sesenta, ese número aumenta, y que en la sexta y última, todas las almas que creen en el estado probatorio y la vida futura, se convierten, sabiendo que el estado de prueba se acerca á su fin.

Esto es lo que diríamos juzgando anticipadamente y sin datos la naturaleza humana y la conducta que debe de observar el hombre libre en tales circunstancias. Mas ¿qué prueban los hechos? Lejos de confirmarnos en esta opinión, demuestran lo contrario. Más de la mitad, casi las dos terceras partes de las almas que se salvan, se convierten durante el primer período de prueba, es decir, de los diez á los veinte años de edad, cuando cualquiera creería que muy pocos se han de salvar. De los demás que se salvan, la

mitad ó las dos terceras partes conviértense entre los veinte y los cuarenta; raro es el que, de los cuarenta á los cincuenta, haga profesión de fe en Cristo. De los cincuenta á los sesenta, ó sea durante la quinta década, de cien almas apenas se salva una; y de los sesenta á los setenta, durante el último período, cuando naturalmente sería de suponer se arrepintiera y creyera todo hombre en pleno uso de su inteligencia, que, sin ser salvo, admite la vida futura, no vemos que se convierta de mil almas una. Estos son hechos que la estadística corrobora.

Y en el caso de que Dios conceda al hombre otro período de prueba, ó sea el séptimo, que dure de los setenta á los ochenta años, ¿cuántas almas se salvarían durante esta década? Ni una entre diez mil. Pero supongamos más todavía, y es que el hombre pasara por esta última prueba después de la muerte; ¿daría mejor resultado? De ninguna manera, ni aun cuando Dios continuase ayudando á las almas al arrepentimiento, lo cual no es probable, antes parece natural que les retire todo auxilio positivo y extraordinario en ese supuesto estado, ya que sus auxilios sobrenaturales se limitan á la presente vida. Ahora bien, si en este mundo, en que el Espíritu Santo está llamando á las puertas del corazón, y los ministros del Evangelio predican, y los amigos amonestan, y las almas cristianas oran por la conversión; si en esta vida, durante la cual está el pecador bajo todas esas influen-

cias y goza de tantos incentivos para su conversión, aun así permanece obstinado hasta la muerte, ¿es de esperar se arrepienta y salve en otro mundo aunque se le concediese nuevo y ulterior estado de prueba?

Tengamos entendido además que allá no habrá ni iglesia que milite, ni Sagrada Escritura que enseñe, ni predicadores que traten de persuadir al arrepentimiento, ni amigos que intercedan con sus oraciones, ni el Espíritu Santo que inspire y mueva los corazones; y sólo, sí, esa prolongación del estado probatorio que se quiere suponer, junta con ocasiones y posibilidad de arrepentimiento y salvación. Aunque pudiera demostrarse que los fallecidos en edad prematura y los paganos destituidos ó no de la divina revelación, no pasan aquí por una prueba justa y completa, y que por tanto, en razón de estricta justicia, es necesario que á dichas almas se les conceda oportunidad de ser probadas en alguna parte y en alguna época, esto no podría de ningún modo excusar á cuantos tienen á su alcance la Sagrada Escritura ó escuchan la predicación del Evangelio. Ningún derecho tienen éstos á reclamar los privilegios de un nuevo estado de prueba, puesto que los tuvieron en abundancia durante la presente vida.

Pero dejemos todos los casos dudosos en manos de Aquel que es la misma justicia, y estemos plenamente seguros que á todos tratará según los privilegios y ocasiones con que hayan sido favorecidos. Podemos

también afirmar, sin temor de equivocarnos, que si Dios no se hubiera propuesto el fin misericordioso de tratar á todos los hombres según los medios con que cuentan en el tiempo, habría provisto otros privilegios probatorios en la eternidad, al menos para ciertos casos. Sin embargo, téngase presente que el objeto de la divina revelación en la Escritura se refiere á la salvación personal del hombre, y no al método que Dios se haya propuesto para salvar á los que mueren en edad prematura y á los que no han recibido dicha revelación. Es indudable que desde el principio hasta el fin, la Biblia supone que cuantos se hallan en posesión del Evangelio están pasando en esta vida su correspondiente estado de prueba.

Ineficacía de nuevo estado de prueba en otra vida.—Tal vez se objete que después de haber probado los tormentos y las penas de los condenados, los pecadores se arrepentirían y salvarían si pudieran estar otra vez á prueba. Sea esto una hipótesis. Mas en tal caso, podríamos igualmente afirmar que un preso, después de permanecer algún tiempo en la cárcel cumpliendo su condena, ajustará en lo sucesivo su conducta á la ley de suerte que nunca más se haga reo de una nueva sentencia. Los hechos, sin embargo, demuestran no ser éste el proceder regular del corazón humano, sino muy al contrario; pues los que una vez han estado en la cárcel presos, suelen después reincidir en los mismos ó semejantes crímenes cuando la ocasión se les

presenta. La mayor parte de los condenados por los tribunales, se compone de ex-presidiarios. El cumplimiento, pues, de una sentencia por haber violado la ley, no convierte al reo en buen ciudadano, antes robustece su mal carácter, en vez de disponerle para la victoria en otro estado futuro de prueba moral.

Resulta, pues, como conclusión cierta que, aun concediendo Dios á las almas perdidas el privilegio de pasar en otro mundo por una nueva prueba, ésta no les cambiaría el destino, y nos fundamos en las siguientes razones: Primera. La humana naturaleza en el estado probatorio se inclina, como ya hemos visto, á aprovechar las primeras ocasiones de salvación, y á menospreciar todas las demás. Segunda. El medio ambiente en que viven todas las almas perdidas, junto con la ausencia de todos los influjos sobrenaturales que coadyuvan á la salvación y sin los cuales nadie en este mundo puede salvarse, haría enteramente inútil un segundo estado probatorio. Tercera. El sufrimiento del castigo y el cumplimiento de la condena por haber cometido un crimen, lejos de rehabilitar al individuo, le incapacitan para salir con buen éxito de de otra prueba; tienden á confirmarle en el mal y á no destruir ó atenuar su culpabilidad.

Eternidad de la probación.—En virtud de estos hechos podemos afirmar que, en cierto sentido y en cuanto atañe á Dios, la prueba por que pasan las almas es eterna, puesto que Él no pone obstáculo alguno para

que el pecador se convierta en bueno y santo. De temer es que sea demasiada la insistencia con que ciertos predicadores se han opuesto á esta doctrina de la probación futura hasta el extremo de presentar á Dios como si por un acto arbitrario y por un acto de su voluntad soberana, pusiera fin al estado probatorio en la hora de la muerte; y como si las almas perdidas pudieran arrepentir y santificarse si este divino decreto no existiera: en otras palabras, enseñan que Dios es el que obliga á los pecadores á permanecer en su iniquidad, y que, si pudieran contar con otra prueba, todos se volverían santos. Teoría semejante es de todo punto falsa, y no puede sostenerse.

Insistimos en que el estado de prueba es eterno con relación á Dios, quien no prohibirá ni hará nada para evitar que el pecador impenitente se convierta en santo. No hay duda que el destino de los pecadores después de la muerte es fijo é irrevocable; pero importa mucho á la verdad cristiana hacer resaltar bien la diferencia que existe entre atribuir á la voluntad soberana de Dios, ó á la naturaleza y carácter del pecador la causa de que éste se perpetúe en el lugar de los réprobos. La causa de que el alma perdida no quiera ni pueda arrepentirse, está en el alma misma, en su carácter pecaminoso, y no en la voluntad de Dios. Y no sólo afirmamos que Dios no impide la conversión de un condenado si éste quiere, sino que en la suposición gratuita de que un alma se arrepintiera en la

otra vida, Dios la sacaría de aquella terrible morada. Más todavía: á ser verdadera esta doctrina, no habría menester ningún poder soberano que la librara; fuerza y poder habría en ella misma para romper sus cadenas, ya que sólo está allí retenida por su transgresión y culpa, las cuales desapareciendo, es imposible permanezca entre los culpables: natural es que ascienda en virtud de la gravitación moral, al lugar que entre los seres puros y santos le corresponde.

El pecado, y sólo el pecado, es lo que constituye el infierno; y él es lo que condena á las almas y las retiene en aquel lugar de tinieblas. ¡Ah! Si los hombres comprendieran como deben cuán horrendo es el pecado, procurarían dejarlo para siempre, y no tratarían de acallar sus conciencias con la crítica de la sabiduría y justicia de Dios que fijó esa ley eterna del universo, según la cual todo el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción, miseria y muerte.

Concluimos, pues, que "do quiera que caiga el árbol allí quedará," y también que "hacia donde el árbol se inclinare allí caerá," bien sea grande bien pequeño, ora alto ora bajo, al lado donde se inclina allí será su caída. Y tú, hombre inmortal, que estás leyendo, ¿hacia dónde te inclinas al presente?

Entrará en la paz.—Isaías 57.2.

Morir sólo es resucitar
  En eternal mansión de amor,
  Donde el mortal, del Salvador
Los ricos dones va á gozar.
Esta existencia sólo es
  Sombra fugaz, ante la luz
  De la que ofrece el buen Jesús
Á quién á Él va con sencillez.

Morir sólo es resucitar
  Para el discípulo, que fiel,
  Sus huellas sigue y cree en Él
Con pura fe sin vacilar.
No es su justicia propia, no,
  Ni de hombre alguno la virtud,
  El que le da eterna salud
Es quien en cruz por él murió.

Morir sólo es resucitar
  Para el que en Tí creyó, Señor;
  Y es tal la gracia de tu amor,
Que quien te amó, se ha de salvar.
Acoge el alma que de aquí
  De eterna dicha vuelve en pos;
  Abre tu seno puro, oh Dios,
Y eternamente viva en Tí. Amén.

IV

EL PECADO

"He aquí, solamente he hallado esto: Que Dios hizo al hombre recto; mas ellos buscaron muchas cuentas." (Eclesiastés 7.29.)

"Y vió Jehová que la malicia de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. (Génesis 6.5.)

"¿No habéis vosotros pecado contra Jehová vuestro Dios?" (2o Crónicas 28.10.)

"Los necios se mofan de cometer pecado." (Proverbios 14.9.)

"Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar su rostro de vosotros." (Isaías 59.2.)

"El alma que pecare, esa morirá." (Ezequiel 18.4.)

"Porque del corazón salen los malos pensamientos," etc. (Mateo 15.19.)

"Todo aquel que hace pecado, es siervo de pecado." (Juan 8.34.)

"El pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, y la muerte así pasó á todos los hombres, pues que todos pecaron." "La paga del pecado es la muerte." "La intención de la carne es enemistad contra Dios; porque no se sujeta á la ley de Dios, ni tampoco puede." (Romanos 5.12; 6.23; 8.7.)

"El pecado es transgresión de la ley." (1a Juan 3.4.)

"Y el pecado, siendo cumplido, engendra muerte." (Santiago 1.15.)

En las criaturas inferiores al hombre era imposible el pecado. La capacidad de pecar es en él una prueba del origen excelente y elevado de su naturaleza, por más que su rebellión le haya ocasionado la funesta ruina de su sér. La Sagrada Escritura nos revela la consecuente proporción que hay entre la gravedad de la caída y ruina humanas y la dignidad primitiva; mas lejos de verse ésta menoscabada en aquel bíblico relato, á causa de la culpa original, danos el más elevado concepto del hombre y de su naturaleza.—*Juan Laidlaw.*

Dos son los hechos fundamentales, cuya defensa enérgica hará siempre el Cristianismo: la corrupción de la naturaleza humana, y su redención por Jesucristo.—*Pascal.*

Si antes de ejercer el santo ministerio los que hoy son predicadores, hubieran practicado la abogacía, sabrían y dirían mucho más de lo que dicen y saben respecto de la depravación del corazón humano. Sólo aceptando la doctrina antigua de la depravación total de los hombres, pueden explicarse las falsedades, los hurtos, el libertinaje y los homicidios que tanto abundan en el mundo. La educación, la pureza de costumbres y hasta un grado muy elevado de inteligencia no son suficientes para vencer esa tendencia al mal que existe en el corazón, y que se ha posesionado de sus más recónditos pliegues.—*El Presidente Thompson, de la Corte de Justicia de Pensilvania.*

CAPÍTULO IV

DEL PECADO

Uno de lo hechos morales más patentes con que nos encontramos es la naturaleza pecaminosa del género humano. ¿Cómo se explica que todos los hombres en todas partes del mundo espontáneamente se inclinan más al mal que á la virtud, á obrar lo malo más bien que á practicar lo bueno? ¿Por qué los niños, cuando se les deja seguir su índole natural, se vuelven luego viciosos, en vez de perfeccionarse en las virtudes y en la santidad? Hechos tan ciertos y tristes son estos, que á ellos debe dárseles una explicación satisfactoria, y debe creerse que una degradación tan universal haya sido reparada por la Providencia de una manera eficaz y perfecta.

Sinónimos bíblicos del término "pecado."—Si se quiere comprender bien la verdadera naturaleza del pecado, preciso será estudiar las palabras empleadas en el Antiguo y Nuevo Testamentos para expresar los diversos significados que contiene el término general. El vocablo que más comúnmente se usa (*anomía*) expresa falta de conformidad con la ley de Dios, ó sea el quebrantamiento de la misma. (1ª Juan 3.4.) Otro término (*ponería*) representa la idea de la carga, la fatiga, la vanidad del pecado. Un tercero (*hamartia*)

quiere decir errar el blanco, desviarse del camino ó del fin que Dios ha señalado. El cuarto (*parábasis*) significa traspasar los límites. "Buscando lo suyo;" "enemistad con Dios;" "rebelión contra la justa autoridad de Dios," y la exaltación de sí mismo, produciendo así un estado de anarquía moral y de desorden interior; "la depravación que resulta de hacer lo malo;" "la transgresión que muestra su actividad incansable" ("Los impíos son como la mar en tempestad, que no puede estarse quieta, y sus aguas arrojan cieno y lodo. No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos," Isaías 57.20); "desobediencia;" "mente carnal" ("la intención de la carne es muerte," Romanos 8.6); "la carne," término usado en este sentido porque la naturaleza sensual ó carnal del hombre ofrece pábulo á la tentación y es causa de pecado ("Los que están en la carne no pueden agradar á Dios," Romanos 8.8); "enfermedad moral" ("Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa ilesa; sino herida, hinchazón, y podrida llaga," Isaías 1.6); "invalidando un pacto," "insistencia en hacer lo malo,"—estos y muchos otros términos, en parte literales y en parte figurados, sirven para describir la naturaleza de ese acto de la voluntad del hombre y esa condición de su alma, que se llama pecado.

Distinción entre las varias clases del pecado.—El pecado se define más generalmente como transgresión

voluntaria de una ley de Dios conocida. En este sentido se le considera como pecado actual y personal, é implica siempre la culpabilidad moral. Debe distinguirse de la naturaleza pecaminosa que se adquiere ó hereda. Los pecados voluntarios frecuentes y muy repetidos de un agente moral en estado de prueba, producen ó se convierten en hábito moral, que se manifiesta como tendencia ó propensión al pecado actual. Mientras con mayor frecuencia continúe pecando el agente libre, más fuerte se hace la tendencia al mal.

Esta influencia refleja ó resultado del pecado actual se convierte en atributo de la naturaleza moral y puede llamarse pecado en el sentido de depravación moral. La tendencia al mal, resultado de la naturaleza pecaminosa transmitida de padres á hijos, es conocida con el nombre de pecado original ó depravación hereditaria. Ahora bien: si por pecado se entiende cualquiera falta de conformidad con la voluntad de Dios, pecado puede muy bien llamarse esa cualidad de la naturaleza moral del hombre que le inclina al pecado, ora se adquiera por la reincidencia en la culpa, ora por sucesión hereditaria. Todo viene á ser transgresión de la ley divina; y la Escritura llama á la transgresión *anomía*, el término más propio del pecado.

El corazón, asiento del pecado.—El verdadero asiento del pecado está en el corazón, que es el término más significativo con que en el Nuevo Testamento se define al hombre interior. Verdad es que el mayor número

de pecados que acarrean la condenación según la ley, son actos exteriores; pero toda transgresión radica en el hombre interior, ó sea en su voluntad, simbolizada en el corazón. La esencia del pecado es el egoísmo, la exaltación de sí mismo frente á frente de Dios, la oposición de la criatura á la voluntad divina. Ningún acto exterior puede ser pecaminoso si no procede de una transgresión en el hombre interior, en el corazón. "De aquí es que el pecado no consiste en los actos exteriores como tales," dice el Doctor G. B. Stevens, hablando de la enseñanzas de Jesús sobre este asunto, "sino en cierto estado del corazón. El odio es la esencia del homicidio, y la impureza de pensamientos lo es del adulterio. Un mal corazón es el manantial de donde proceden las malas obras y las malas pasiones." "Del corazón salen los malos pensamientos." "De aquí resulta que un hombre es corrompido ó puro en proporción á la corrupción ó pureza de su vida interior. El carácter de los hombres determina sus actos y sus palabras, como las cualidades interiores de un árbol determinan su fruto. La vida interior de motivos y principios se manifiesta en palabras y acciones; y como éstas son manifestaciones del verdadero hombre interior, del hombre oculto entre los pliegues de su corazón, á quién sólo Dios ve, caen también bajo la acción de la justicia divina. En su último análisis el pecado y la bondad no están en los actos exteriores, sino en la índole interior; no hay

nada verdaderamente bueno que no tenga sus raíces en la buena voluntad, ni existe nada malo que no proceda de una mala voluntad."

Probación y caída de nuestros primeros padres.—La Sagrada Escritura nos enseña que, habiendo sido creados según la imagen de Dios, nuestros primeros padres eran moralmente inocentes y vivían sin pecado; que fueron dotados de libre albedrío y puestos á prueba para que ensayaran y formasen un carácter moral. Estaban en condiciones favorables al ejercicio de la virtud y de la santidad; mas para que un sér libre pudiera obtener la santidad, era preciso que también fuese posible el pecado, puesto que la santidad *necesaria* de un sér *libre* es una contradicción de ideas, irrealizable á la misma omnipotencia divina. El porvenir de un agente libre á prueba, el convertirse éste en pepecador ó en santo, depende enteramente de la voluntad de dicho agente, puesto que la esencia de su libertad consiste en que ningún otro sér, ni nada absolutamente, puede obligarle á producir cierta volición con preferencia á otras. Habiendo preferido nuestros primeros padres desobedecer á su Creador, cuando estaban á prueba y enteramente libres para cumplir el mandato divino, pecaron y cayeron. La extrema gravedad de su transgresión, con sus terribles consecuencias, consistió en que no tenían disculpa ni existía ninguna causa del pecado fuera de su libre voluntad. Ni el fruto prohibido que tanto apetecían, ni Satanás que,

tomando la forma de serpiente, los tentó, rueron causas necesarias de su pecado. El mero deseo de comer aquel fruto no era pecado. Una tentación y un tentador son simplemente ocasiones, mas no causas del pecado; la única y verdadera causa de la transgresión está en la voluntad del libre agente. Cuando Jesús, el segundo Adán, "fué llevado del Espíritu al desierto, para ser tentado del diablo," sufrió tentaciones semejantes á aquella; allí estaba el mismo tentador, y sin embargo, no pecó.

Adán como cabeza del género humano.—Nuestros primeros padres no fueron los únicos en sufrir las consecuencias de su pecado, sino que, como dice San Pablo en el capítulo quinto de su Epístola á los Romanos, "en Adán todos murieron;" esto es, todos quedaron sujetos á la muerte física y expuestos condicionalmente á la espiritual y eterna. Pero ¿por qué el pecado y la caída de Adán habían de causar la caída y enfermedad de toda su descendencia? Este mismo pasaje de la Epístola á los Romanos da la respuesta. Porque Adán no era solamente cabeza del género humano, sino que Dios le constituyó primado federal ó representante del mismo. Por causa de esta primacía el humano linaje heredó de él ciertas cualidades; en virtud de ella la gran familia universal que representó Adán en la probación á que estuvo sujeto, participó de ciertas consecuencias de su conducta, si bien personal é individualmente ninguno de los descendien-

tes de Adán ha sido responsable de la culpa primitiva.

No es este principio exclusivamente teológico, su aplicación se extiende también á toda la vida social; no comprende sólo las relaciones de Adán con su descendencia, rige con igual fuerza las de cualquier padre con sus hijos, las de todo gobernante con su pueblo. Así un padre ó una madre pueden cometer tal pecado que sus hijos participen de las consecuencias á pesar de que no son en manera ninguna responsables de la transgresión de sus progenitores. Un monarca, ó el representante de un gobierno, pueden cometer un desacierto hasta el extremo de arrastrar consigo á su nación en las consecuencias de sus actos y ser causa de guerra, deudas ó sufrimientos, si bien nadie sino él es moralmente culpable de su indiscreción y del abuso de su autoridad. La culpabilidad personal y moral en que incurrió Adán con su desobediencia y pecado, fué suya exclusivamente, y no pudo transferirse á ningún otro; pero todos aquellos á quienes representó pueden y deben participar de ciertas consecuencias morales de dicha transgresión. Considerando, pues, á Adán como representante del género humano, podemos comprender cómo su caída ocasionó la de nuestra raza, y alcanzar una idea de la naturaleza del origen y propagación del pecado original.

Interpretación del capítulo quinto á los Romanos.—En nuestra opinión, la teología tradicional ha exagerado la importancia doctrinal de esta analogía que San Pa-

blo hace entre Adán y Cristo. Como analogía tiene un fin excelente, y revela de un modo tan sugestivo como eficaz verdades importantes respecto al paralelismo que puede trazarse entre la naturaleza y efectos del pecado y los efectos y naturaleza de la redención; mas no creemos que San Pablo haya intentado hacer de ella el fundamento de una doctrina sobre la culpabilidad original como la que los teólogos de Wéstminster y otros han enseñado, basándose casi exclusivamente en ella; puesto que si el Apóstol no hubiera hecho mención alguna de esa analogía, habría sido enteramente diversa la historia toda de la doctrina del pecado original y la caída del hombre.

Creemos de todo corazón que se puede enseñar una doctrina del pecado original y de la primacía y representación de Adán que sea bíblica y racional, y que esté en perfecta conformidad con este pasaje. Pero las doctrinas tradicionales de la primacía social de Adán, la caída del hombre, y la culpabilidad del pecado original, que se contienen en las Confesiones Reformadas y en la de Wéstminster, y en los escritos de los teólogos de generaciones sucesivas, las consideramos como exageraciones dogmáticas de la verdad que han dado lugar á críticas perjudiciales á la teología cristiana y causado incalculables males. Debiéramos buscar la verdad y, al mismo tiempo, rechazar los errores que contiene esa teología; teniendo siempre presente el peligro que hay al abandonar un error, de

pasar de un extremo á otro. Al rechazar la doctrina agustiniana de que, por el pecado de Adán, la raza humana es una masa de perdición, no aceptemos de rebate el error opuesto del pelagianismo, que niega en absoluto toda doctrina de pecado original.

Base bíblica de la doctrina del pecado original.—En el Libro del Génesis (1.27, 5.1) leemos: "Creó Dios al hombre á su imagen," "á la semejanza de Dios le hizo." Después de narrar la tentación y la caída, el texto sagrado dice que Adán engendró á un hijo á su imagen y semejanza, la cual imagen ó semejanza heredada parece mencionarse en contraste con la imagen divina en que el hombre había sido creado. He aquí lo que el autor inspirado refiere con respecto al hombre: "Y vió Jehová que la malicia de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal." Refiriéndose al "hombre que es nacido de mujer," pregunta Job: "¿Quién hará limpio de inmundo?" y luego contesta categóricamente: "Nadie." El autor del salmo cincuenta y uno exclama: "He aquí en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre."

¿Quién podrá leer el Antiguo Testamento sin ver que es la historia de una raza pecadora, inclinada siempre á la maldad? Y, sin embargo, esa raza moralmente era tal vez mejor que ninguna otra. La raza con que trataron Cristo y sus Apóstoles dió pruebas inequívo-

cas de ser delincuente; era "por naturaleza hijos de ira, también como los demás." No puede leerse la historia universal sin ver muy á la claras esa propensión continua hacia el mal la cual caracteriza á todo el género humano. San Pablo nos dice que "el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, y la muerte pasó á todos los hombres, pues que todos pecaron;" que "por un delito vino la culpa á todos los hombres para condenación," y que "por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores." (Romanos 5.12, 18, 19.) Estos pasajes de la Sagrada Escritura confirman plenamente la doctrina del pecado original, que puede definirse como la corrupción moral ó depravación de la naturaleza de todo hombre engendrado naturalmente de la estirpe de Adán; por la cual el hombre dista muchísimo de la justicia original y es por su misma naturaleza inclinado al mal, y esto de continuo.

¿Puede existir la culpa hereditaria?—Si bien el pecado voluntario y la depravación adquirida implican la culpabilidad moral y son dignos de castigo, la depravación heredada, cuando se la considera en sí misma, no envuelve ninguna culpabilidad. Nadie es responsable de lo que ha heredado al nacer, aparte de los actos de su libre albedrío, á lo menos antes de llegar á la edad de discreción, mientras ignora que la gracia divina ha provisto y puesto á su alcance medios para cambiar su naturaleza pecaminosa y conformarla á la ley de Dios.

Pero si se reconoce esa provisión de la gracia una vez que el individuo ha llegado á los años de responsabilidad moral, no puede haber injusticia en considerarle responsable de conservar la naturaleza pecaminosa que ha heredado. Probablemente éste es el significado de la frase "culpa original" que se halla en la literatura teológica.

La culpabilidad del pecado original no pertenece á la naturaleza del hombre como heredada, y de aquí es que no deben considerarse como moralmente culpables ni dignos de castigo á los niños durante su infancia, ni á los que mueran en ella. La excesiva importancia que se ha dado al hecho de que la gracia no domine siempre esa inclinación hereditaria al mal, ha sido sin duda la causa de que muchos hayan dado á esa propensión el nombre de culpa original. Es absolutamente imposible que la culpa, en el sentido de libre quebrantamiento de la ley moral, pueda trasmitirse de un hombre á otro ni por herencia ni por imputación. Pero no es injusto el juzgar responsable á un hombre por lo que hace ó deja de hacer para gobernar y corregir las cualidades físicas, intelectuales y morales que ha heredado, habiéndole Dios dado el poder necesario para conseguirlo. Repugna á la providencia justísima de Dios no menos que á su santidad que los párvulos sean culpables y se condenen: y sin embargo no faltan quienes adunan impropiamente esta idea al término "pecado original." Á lo menos podemos afirmar

que si los teólogos de tiempos pasados dieron á la frase "pecado original" el sentido de que los hombres mera y sencillamente por ser descendientes de padres pecadores, son moralmente culpables y están expuestos al castigo, sostuvieron una teoría que la generación presente rechaza por completo.

¿ Sufren los niños por los pecados de los padres ?—Hay dos frases, *reatus culpae* y *reatus paenae*, que los teólogos latinos usan para expresar respectivamente las ideas de culpabilidad, ó sea responsabilidad de la culpa y el riesgo de sufrir el castigo. Bajo ningún concepto puede aplicarse al hombre la primera frase por el pecado de Adán ó de otro alguno de sus antepasados, ni cercano ni remoto; pero en cierto sentido, sí puede aplicársele la segunda. En cuanto se refiere al castigo ó sufrimiento que se impone al culpable por su propia transgresión (y este es el significado más común y propio de dicho término), no puede haber "*reatus paenae*" hereditaria; pero no todas las consecuencias del pecado afectan solamente al culpable, sino que algunas de ellas se extienden y afectan á otras personas unidas á él por parentesco, ó representadas por él; en este sentido los niños pueden sufrir por los pecados de sus padres ó, mejor dicho, como resultado inevitable de lo mismo.

Si estos resultados del pecado que llegan más allá del culpable, deben considerarse como las consecuencias penales de la transgresión, entonces podemos afir-

mar que en este sentido, pero en ningun otro, existe el castigo hereditario. Así podemos juzgar la muerte corporal como una de las consecuencias penales del pecado, y así también el que todos los hombres sufran por el pecado de Adán, aun aquellos que no han pecado tal como pecó nuestro primer padre, v. gr., los niños que mueren en la infancia.

¿Son los males naturales el resultado del pecado?—Afirmaban muy decididamente los teólogos antiguos que todos los males naturales y físicos sobrevinieron á la raza humana en castigo del pecado de Adán. Los teólogos modernos no están de acuerdo con esta doctrina, y algunos la contradicen como irracional y contraria á la Sagrada Escritura. Dudoso nos parece que Dios impusiera como castigo del pecado los males de la presente vida, las enfermedades, los sufrimientos, los pesares, las aflicciones, la pobreza, la muerte y otras calamidades por el estilo, pero podemos afirmar sin duda que se vale de ellas en su gobierno para contrarrestar el pecado.

De lo expuesto se infiere: Primero. Que por naturaleza todos los hombres se inclinan incesantemente al mal. Segundo. Que esta tendencia universal hacia el pecado es un motivo fundamental para reconocer que todo el género humano ha caído. Tercero. Que todo el plan divino en el orden moral está regulado en atención al hombre degradado. Cuarto. Que parte del gobierno divino tiene por objeto el uso fre-

cuente de los males naturales. Quinto. Que si bien estos males no eran naturales ni necesarios al hombre inocente, una vez caído no le son un mal absoluto, sino medios muy poderosos que la divina sabiduría emplea para corregir y atenuar el desorden moral causado por la culpa. Sexto. Que si el estado de la actual depravación humana con nuestra naturaleza enferma y el pecado, su natural fruto, hicieron necesario un método de gobierno que requiriese los males físicos para alcanzar el bien moral, entonces podemos afirmar que todos los individuos de la especie humana, en cuanto están sujetos á ellos, sufren los efectos penales de culpas que no son suyas primaria ni exclusivamente.

El concepto que del hombre se expone en el Nuevo Testamento, y con especialidad el de San Pablo, autoriza el aserto de que toda la especie está inficionada por el pecado, y esto con anterioridad y prescindiendo de los pecados voluntarios é individuales de cada uno. Sin embargo, no perdamos jamás de vista que, cuantas veces se proclama esta gran verdad, se relaciona ante todo al plan divino de nuestra redención y salvación; y que el castigo futuro y eterno de cada alma se debe exclusivamente á su culpabilidad personal, pues jamás se supone como el resultado del pecado original ó hereditario.

La universalidad de la redención, idea premisa y original del pecado.—La caída del primer hombre y la naturaleza pecadora de todo el género humano hicieron

necesarias la encarnación y muerte propiciatoria de Cristo. "Si uno murió por todos, luego todos son muertos." Cristo murió solamente por causa del pecado y por los pecadores. Es el Salvador de todos los hombres, pero sólo los pecadores han menester un Salvador. No vino á salvar solamente á los que por ventura incurriesen en el pecado, sino á todo el mundo, á todo el género humano; de lo cual se infiere que todos los hombres deben considerarse como pecadores.

Aun los niños, incluyendo á todos los que, muriendo en la infancia, son indudablemente salvos, participan del beneficio del amor redentor de Cristo y, por lo tanto, deben su salvación á Aquel que murió solamente por los pecadores. No todos los hombres son necesariamente pecadores *actuales y voluntarios;* pero sí todos los hombres se consideran pecadores por naturaleza, y esto debido á la caída de Adán. Tal es la doctrina de San Pablo.

Naturaleza de la depravación total.—La depravación total es un término usado en la teología tradicional, tan ambiguo como engañoso. Puede interpretarse *extensivamente*, esto es, significando que todas las facultades del alma y el hombre interior, están afectadas por el pecado; ó *intensivamente*, es decir, que el hombre no regenerado es enteramente malo, *massa perditionis*, sin quedar en él resto alguno de bondad moral. Puede enunciarse de tal manera la primera doctrina que habremos de admitirla como verdadera; mas

la otra es un postulado de la teología agustiniana que calificamos de enteramente errónea, con esta excepción, que si el sacrificio de Cristo no hubiera intervenido, el hombre caído se habría vuelto enteramente malo, depravado por completo. Pero intervino, en efecto, dicho sacrificio, y por consiguiente no se ha dejado una sola alma en estado caído é irremediable. Al Doctor Stearns pertenecen estas palabras sugestivas sobre el asunto:

El término "depravación total" es poco adecuado, puesto que tiene un significado ambiguo, ya que no falso. El sentido popular de la palabra "depravación" es sinónimo de iniquidad, y supone que según la doctrina de la depravación total, el hombre no convertido es sumamente inicuo, un monstruo de pecado, en quien no hay absolutamente nada bueno. Á pesar de muchas aseveraciones negativas, creen muchos buenos cristianos que ésta es la enseñanza de los teólogos ortodoxos. Tan luego como un término técnico empieza á expresar un significado enteramente falso, pierde su objeto y utilidad, debe abandonarse, puesto que ya no sirve y, al usarlo, nos exponemos á toda clase de interpretaciones falsas. Abandonemos, pues, el término "depravación total," pero al mismo tiempo procuremos no arrojar á la criatura, que se baña, junto con el agua de la bañera, según la frase expresiva de los alemanes. Sea cual fuere el nombre que le demos, hay aquí una verdad real y de mucha importancia para nuestras enseñanzas y para la predicación cristiana. El pecador impenitente y no perdonado está en una relación enteramente falsa para con Dios; la corriente de su vida está del todo desviada é influye en todos sus pensamientos, palabras y obras; pero sería violentar los hechos más sencillos de la psicología decir que los

niños que no han llegado aún á la edad de discreción, están enemistados con Dios. Cristianos hubo en épocas pasadas que enseñaban ser los niños enteramente depravados, y tal vez aun haya en nuestros días personas que propaguen dicha opinión. Por sabido se calla no haber en la Sagrada Escritura la menor indicación de esta doctrina, y que tampoco es conforme á la experiencia humana. Los niños son en efecto pecadores y necesitan un Salvador, pero al mismo tiempo están limpios de la "gran rebelión." De ellos podemos decir como dijo el mismo divino Maestro: "De los tales es el reino de los cielos." La Iglesia Evangélica de nuestros días acepta como enseñanza universal esta doctrina de la salvación de los párvulos que mueren antes de llegar á los años de responsabilidad. (Present Day Theology.)

El correctivo divino de todo pecado.—El correctivo divino para la heredada tendencia á pecar, se encuentra en la gracia de Cristo y en los influjos del Espíritu Santo. Si se consideran desde este punto de vista, como deberían considerarse siempre, la caída del hombre y la doctrina del pecado original, juntamente con la de la redención universal por Cristo, de la cual son inseparables, nada se encuentra en ellas que sea irracional ni incompatible con la justicia, la bondad y el amor de un Dios, todo sabiduría y santidad.

El hombre por naturaleza es depravado, mas según ya hemos visto, su depravación no es completa por causa de haber intervenido Cristo antes que llegase á serlo, y porque Él mismo nos proveyó de fuerzas morales y espirituales para contrarrestar los efectos del pecado. La relación entre Adán y la naturaleza pe-

cadora del género humano es un asunto secundario y subordinado, en comparación con el hecho moral é innegable de que todos los hombres, individual y colectivamente, son por naturaleza pecadores, y por tanto necesitan de un Salvador, que Dios les ha dado ya para satisfacer todo pecado, ya original, ya actual.

Aclaración de una dificultad.—La Biblia, se ha dicho, es el artista más austero de la naturaleza humana, pero sin duda el más perfecto. Lo que importa no es si el concepto bíblico sobre el género humano es tétrico, sino si es exacto. Tomada en su totalidad, la doctrina de la condición moral del hombre no es tan desconsoladora como parece. Si se quiere comprender cuanto la Biblia revela sobre este asunto, es preciso fijarse en todo lo que enseña no sólo respecto del hombre actual, sino de lo que puede llegar á ser. ¿Quién dirá entonces que es triste la antropología de la Sagrada Escritura? Un sistema que toma en consideración toda la miseria y toda la maldad de la raza humana, y que sugiere el método de eliminarlas por completo, contiene en realidad la única doctrina que vierte un rayo de luz en medio de las densas tinieblas. (Alejandro Maclaren.)

El pecado causa ocasionaría de la gracia redentora.—Á la par que, habiendo encerrado la Escritura todo debajo de pecado, hace que el hombre caído exclame en su desesperación: "¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?" se apresura á

poner en labios del pecador redimido la respuesta triunfante: "Gracias doy á Dios que nos da la victoria por Jesucristo nuestro Señor." Estamos seguros de que, si Dios no hubiera determinado desde un principio proveer un Salvador para el género humano, no habría permitido que se propagase la raza. Su santidad y su amor, los dos atributos más sublimes de su naturaleza moral, cada uno por separado, y ambos juntos, habrían evitado indudablemente que continuara existiendo en el universo y bajo su gobierno, una especie caída y pecadora sin la esperanza de la redención. Sin ésta, el pecado no tiene historia. Si Dios no hubiera dicho á la serpiente que la semilla de la mujer había de herirla en la cabeza, ni la mujer habría tenido descendencia, ni el género humano historia. Si tenemos presente que el primer hombre pecó por un abuso de su libre albedrío, y no por un defecto constitucional de su naturaleza, que Dios proveyó la salvación á todos los hombres caídos, y que éstos han podido obtenerla desde el principio, tenemos la respuesta y la explicación que da la Teodicea divina á la pregunta: ¿Por qué entró el pecado en el mundo?

Verdaderamente Hijo de Dios era éste.—Mateo 28.54.

Ved el augusto lábaro
  Del que en la cumbre impera!
Ved el atroz patíbulo
  Tinto en su sangre regia!

Oh maravilla insólita,
  Pasmo del cielo y tierra!
Quien de la vida es árbitro
  Muere, y muriendo reina.

Sangre con agua mística
  Brota su herida abierta,
Para lavar los crímenes
  De nuestra raza infecta.

Cúmplese así el oráculo
  Que pronunció el profeta;
Y en un madero rústico
  Cristo su trono asienta.

Póstrese todo espíritu
  Bajo tan santa enseña;
Y al Dios que es Trino y Único
  Ríndase gloria eterna. Amén.

V

LA RECONCILIACIÓN

"De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado á su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna." (Juan 3.16.)

"Mas Él herido fué por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. El castigo de nuestra paz sobre Él; y por su llaga fuimos nosotros curados. . . . Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros." (Isaías 53.5 y 6.)

"El Hijo del Hombre vino á buscar y á salvar lo que se había perdido." (Lucas 19.10.)

"Porque como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así por la desobediencia de uno los muchos serán constituidos justos." (Romanos 5.19.)

"Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos, y que vengan al conocimiento de la verdad. Pues hay un Dios; asimismo un Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre; el cual se dió á Sí mismo en precio del rescate por todos, . . . el cual es Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen." (1a Timoteo 2.3-6; 4.10.)

"Para que por gracia de Dios gustase la muerte por todos." "Puede también salvar enteramente á los que por Él se allegan á Dios." (Hebreos 2.9; 7.25.)

"El cual mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero." "Cristo padeció una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos á Dios." (1a Pedro 2.24; 3.18.)

"Y Él es propiciación por nuestros pecados: y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo." (1a Juan 2.2.)

Para crear al hombre Dios sólo tuvo que hablar; para redimirle tuvo que sufrir. Creó al hombre con un soplo de su aliento; le salvó con su sangre.—*D. L. Moody.*

La redención es un esfuerzo supremo del amor divino por reanudar las relaciones interrumpidas entre Dios y los hombres. Es el contrapeso de la caída. El primer Adán nos arrastra en su propia ruina, el segundo nos saca de ella. La redención ofrece á todas las criaturas inteligentes los motivos más elevados para amar y obedecer á Dios. Una vez que se haya contemplado el Calvario en su relación con la eternidad, nunca jamás puede dudarse que Dios es amor.—*E. M. Marvin.*

Sólo un sér dotado de la naturaleza humana pudo cumplir con la misión del Cristo, mas no era ésta realizable de una manera meramente humana. Capaz debió ser por naturaleza para llevar á cabo la redención, pero esto propio es sólo de un Dios. Hombre fué, mas su acción fué sobrehumana, y por dos causas posible y eficaz: por la posibilidad de su naturaleza humana, y por la potencia de su naturaleza divina. Lo más milagroso en Cristo fué su vida en nada milagrosa, y sí normal y semejante á la nuestra, en medio de las vicisitudes y tentaciones que no cesaban nunca. Toda ella fué regulada por una ley: la ley del sacrificio. Al dar á su Hijo, el Padre se negó á Sí mismo; al hacerse hombre para vivir entre los hombres, el Hijo se negó también. Por medio de Dios-hombres los muchos se convierten en hombres de Dios.—*A. M. Fairbairn.*

CAPÍTULO V

LA RECONCILIACIÓN

Habiendo mostrado cómo y por qué la Escritura "encerró todo debajo de pecado," pasamos á considerar cómo Dios puede ser justo y, al mismo tiempo, el Justificador y Salvador de la prevaricadora descendencia de Adán. Uno de los términos que la Sagrada Escritura usa para expresar el plan y orden divinos en la salvación del hombre pecador por medio de la encarnación, pasión y muerte de Jesucristo, es el de "reconciliación," palabra por cierto repetida en varios lugares del Nuevo Testamento, como en Romanos 5.11, donde se lee: "Nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por el cual hemos ahora recibido la reconciliación." Véase también Romanos 11.15; 2ª Corintios 5.18 y 19; Efesios 2.16, y Colosenses 1.20 y 21. La idea por este término expresado no es nueva, pues "el día de las expiaciones" y los muchos sacrificios simbólicos de la antigua economía extendieron y arraigaron en el género humano el concepto de propiciación por el pecado, disponiéndole así para ver en Cristo al "Cordero de Dios que quita los pecados del mundo." Suele también exponerse esta misma doctrina con distintos vocablos, v.gr.: propiciación, expiación, sacrificio, satisfacción y sustitución.

Naturaleza de la reconciliación.—Uno de nuestros Artículos de la Religión dice que "las dos naturalezas, la divina y la humana, se unieron juntamente en una persona, para no ser jamás separadad, de lo que resultó un solo Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, que verdaderamente padeció, fué crucificado, muerto y sepultado, para reconciliarnos con su Padre, y para ser víctima, no solamente por la culpa original, sino también por todos los pecados actuales de los hombres."

Definición perfecta de su muerte expiatoria es: "la completa redención, propiciación y satisfacción por todos los pecados, lo mismo del original como de los actuales, sin posibilidad de otra satisfacción fuera de la que dió Cristo." Léese también en nuestro Ritual que Dios Padre por su gran misericordia entregó á su "Hijo unigénito Jesucristo á sufrir muerte en la cruz por nuestra redención; el cual hizo allí (por su única oblación de Sí mismo una vez ofrecida) sacrificio, oblación y satisfacción entera, perfecta y suficiente por los pecados de todo el mundo;" las cuales palabras definen la doctrina de la reconciliación de la manera más perfecta y conforme con las enseñanzas bíblicas.

El amor, la justicia y la sabiduría divinas reveladas simultáneamente en el sacrificio de Cristo.—La causa primera de la expiación es el amor de Dios. "De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado á su Hijo unigénito para que todo aquel que en Él cree, no se

pierda, mas tenga vida eterna." "En esto consiste el amor: no que nosotros hayamos amado á Dios, sino que Él nos amó á nosotros, y ha enviado á su Hijo en propiciación por nuestros pecados." Si no es demasiado atrevido el concepto, podríamos representarnos un aparente y momentáneo conflicto, á raíz de la caída del hombre, entre la justicia y el amor de Dios, aquélla pidiendo el castigo del pecado, y éste la salvación del hombre. Entonces fué cuando la sabiduría del Dios Trino proveyó el sacrificio de Cristo, con lo cual satisfizo plenamente tanto á la justicia del Gobernador divino como al amor del Padre y Creador.

Zaleuco, el legislador y gobernante locrense, se vió precisado á promulgar una ley, según la cual habían de sacar los ojos á los culpables de cierto crimen. Y aconteció que el primer violador de esa ley era persona muy cercana y querida de él. Todos dirigieron sus miradas al rey para ver cuál triunfaba, la justicia ó el amor. Si hacía justicia solamente, tenía que castigar al ofensor; si sólo ejercía la misericordia, anulaba la ley y dejaba impune al transgresor. La sabia prudencia del monarca concibió el medio de satisfacer á ambas: mandó que al reo le sacaran un ojo, y á él otro. Participando así del sufrimiento, mostró de una manera más noble la importancia que un gobernante justo debe dar á la ley, que si en sangre fría hubiera aplicado al culpable toda la pena y, al mismo tiempo, dió una prueba más grande de su cariño que

si hubiera hecho caso omiso de la ley y perdonado incondicionalmente al criminal.

De la misma manera, cuando la segunda Persona de la Santísima Trinidad se encarnó, "se compadeció de nuestras flaquezas," "padeció por nosotros el justo por los injustos" y "llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero," dió la prueba más revelante de su infinita sabiduría, conciliando la justicia castigadora del pecado, con el amor sin límites que intenta salvar á todo el linaje humano. En la cruz "la misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron." Al definir, pues, la propiciación hecha por Cristo con relación á los atributos de Dios, bien podemos decir que su primera causa se halla en el amor del Dios Trino. El sacrificio de Cristo hace resaltar tres atributos divinos: el amor, la justicia y la sabiduría.

El amor del Padre y del Hijo manifestados igualmente en la redención.—Difícil es afirmar cuál sea el amor que mayor impresión causa en el corazón humano; si el amor del Padre manifestado en la entrega que nos hizo de su propio Hijo; ó el del Hijo que impulsó á esta divina Persona á ofrecerse y darse á sí misma por nosotros. Al Padre se refieren estas palabras, que habremos de citar con frecuencia en el curso de este libro: "De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado á su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna." Y de

Cristo son estas otras: "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia." ¿Cuál amor es, pues, más grande, el que da al Unigénito amado, ó el que mueve á uno para darse á sí mismo? Nuestra contestación sería que cada uno es, en cierto sentido, mayor que el otro. Entregar el Padre á su Hijo Unigénito y enviarle al mundo, es un acto de amor desinteresado, mayor que si Él mismo fuera; mas del Hijo también es cierto lo contrario: ofrecerse á Sí mismo é ir es una prueba más grande y propia del amor filial que el dar al Padre, ó el enviarle, á ser esto posible. Infiérese, pues, que en la entrega que el Padre hizo de su Hijo y en la venida de Éste al mundo, se revela todo el amor de ambas Personas divinas en su más intensa manifestación.

La reconciliación del hombre con Dios.—Al exponer los Libros Sagrados la doctrina sobre la salvación gratuita, asegurada al hombre por la redención, presentan tres seres distintos que cada uno á su manera toma parte en su salvación: Dios, Creador y Gobernador moral; el hombre, agente libre y pecador, y Jesucristo, el Medianero y Redentor. Verdad es que también de Satanás se hace mención, mas no como causalidad en la obra divina-humana de la redención, sino por sola incidencia. La palabra "reconciliación" significa literalmente "atraer y concordar los ánimos desunidos." La obra expiatoria de Cristo es una reconciliación, puesto que, por su medio, Dios, que está

ofendido, y el hombre, que es el ofensor, estando separados y enemistados por causa del pecado, han llegado á perfecto acuerdo.

Como entre los hombres, el padre ó el gobernante justo que están ofendidos, son los que sugieren y ofrecen la reconciliación, movidos no menos por el amor que por la justicia, y no el hijo perverso ni el súbdito rebelde; así vemos en el plan de la redención que "Dios está en Cristo reconciliando el mundo á Sí," y que "si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida." Por eso nuestro ministerio se llama "el ministerio de la reconciliación," porque "somos embajadores en nombre de Cristo para rogar á los hombres que se reconcilien con Dios." Obra de todo Medianero es el reconciliar al ofendido y al ofensor, y por esto el nombre de Mediador es propio de Cristo. "Hay un Dios; asimismo un Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dió á Sí mismo en precio por el rescate de todos."

Redención por precio y redención por la fuerza.—"Redimir" equivale á "comprar de nuevo" una cosa que se había vendido. Hay dos métodos de redimir: pagando el precio del rescate, ó librando por fuerza al cautivo. "Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición." Cristo redimió al género humano de la esclavitud inevitable del pe-

cado, cuya fuerza está en la ley: el precio que pagó por el rescate, lo expresan las Sagradas Escrituras con estas palabras: "él mismo," "su sangre," "su vida." Y no es á Satanás á quien se pagó este rescate, como erróneamente se afirma algunas veces, sino á la justicia divina. Cuando alguien sufre la pena capital, ó paga la multa de una transgresión suya ó de otro, no satisface á individuo alguno con la pena ó multa; paga sólo á la autoridad que sale por los derechos de la justicia.

Carcelero de los pecadores puede llamarse á Satanás, no su dueño; es un simple capataz, bajo cuyo mando están los esclavos del pecado. Ningún derecho tiene que reclamar en la gran empresa de la redención humana, y si como "dios de este siglo," tuvo y tiene aún dominio sobre el género humano, de tal dominio es éste redimido, no por precio de rescate que á Satanás se pague, sino en virtud del poder infinito con que el Hijo de Dios "llevó cautiva la cautividad." Y si se quiere saber el valor de lo rescatado, mírese el precio del rescate. "No habéis sido rescatados con cosas corruptibles, como oro ó plata, . . . sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación." "Limpió para sí un pueblo propio," la Iglesia de Dios, "la cual ganó por su sangre."

La propiciación.—Además del término "reconciliación" hay otros que sirven para expresar verdades

muy importantes sobre la obra expiatoria de Cristo, tales como las de propiciación, expiación y satisfacción. En cuanto se refiere al pecado, esa obra se llama expiación; en su relación con la ley y con la justicia de Dios, llámase satisfacción, y ya que aplaca la ira divina contra el pecado se le da el nombre de propiciación. "Abogado tenemos para con el Padre, á Jesucristo el Justo; y Él es la propiciación por nuestros pecados: y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo;" á Éste "Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre."

La palabra "propiciación" expresa algo en la naturaleza divina que pide la reconciliación. Si bien es cierto que el término del original griego, ἱλασμός (*hilasmos*), no nos autoriza para hacer una distinción bien marcada entre los vocablos "propiciación" y "satisfacción," y que la idea pagana de propiciar ó apaciguar á la divinidad con sacrificios y de otras maneras, es enteramente extraña á la teología bíblica, sin embargo, es un hecho que la justicia, lo mismo que la misericordia de Dios, demandaron la reconciliación, y esta es la verdad que declara en lenguaje teológico el término "propiciación."

El sacrificio de Cristo revelador de la divina sabiduría. —La muerte expiatoria de Cristo se llama sacrificio, oblación y ofrenda por relacionarse con los sacrificios típicos del Antiguo Testamento, todos los cuales señalaban al gran sacrificio de Cristo en la cruz, el úni-

co que podía hacer la propiciación por los pecados, y del cual aquéllos eran figuras. "Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, . . . nunca puede por los mismo sacrificios, que ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos á los que se allegan. . . . Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados." Por consiguiente, "Cristo fué ofrecido una vez para llevar los pecados de muchos." Una de las enseñanzas que se desprenden de los sacrificios del Antiguo Testamento, es que sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados.

Mucho debemos á la vida y santidad de Cristo, puesto que por Él Dios nos enseña no sólo con preceptos, sino con ejemplos el modo como debemos vivir; mas en todo el Nuevo Testamento se atribuye *explícitamente* nuestra salvación á su pasión y muerte, á su sangre derramada en la cruz. "Ha padecido por nosotros;" "dió su vida en rescate;" "pacificando por la sangre de su cruz;" "reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo;" "rescatados con la preciosa sangre de Cristo;" "gustó la muerte por todos;" he aquí algunas expresiones que se emplean para demonstrar que somos salvos sólo porque Cristo sufrió y murió por nosotros; y sin embargo, nadie será capaz de afirmar no hubiese otros medios al alcance de la omnisciencia y omnipotencia divinas para salvar al hombre perdido. Preferimos decir que el plan divino para la re-

dención, fué sin duda el más adecuado para la salvación de los hombres. De donde se infiere ser la reconciliación por Cristo la revelación más expresiva de la sabiduría de Dios. La salvación humana, mediante el amor infinito del Padre y del perfecto holocausto del Hijo, es sin duda el más sabio y eficaz método de redimir al género humano, por no decir el único.

Nuestra sustitución por Cristo en el dolor y en la muerte. —Las penas y la muerte de Cristo fueron como los sustitutos de nuestros merecidos castigos, es decir, que sufrió en lugar nuestro, y sus padecimientos los sobrellevó por causa de nuestros pecados. Si cualquiera pena que la ley impone, ora al culpable, ora á un sustituto de éste, se considera como el castigo de la transgresión, entonces los dolores de Cristo fueron penales; mas si no puede ser aceptada otra pena satisfactoria que la sufrida por el transgresor mismo, á causa de su propio delito, tampoco es posible castigo alguno por sustitución. La definición que se dé al vocablo "castigo," y no al carácter de los padecimientos de Cristo, respecto de lo cual hay poca diferencia de opinión, será la que determine si dichos padecimientos deben ó no considerarse como penales.

No siempre es sustituto en la pena el que sufre por el pecado ajeno ó por amor del prójimo. El dolor de un padre causado por culpa de su hijo, y las lágrimas que el hijo derrama con motivo del crimen, prisión ó ejecución de su progenitor, no tienen por cierto ni la

una ni las otras el carácter de sustitución; pero si un hombre inocente y autorizado por la ley, pudiera hacer las veces de su hermano culpable y condenado á prisión, azotes, ó pena capital, no hay duda que sería verdadero sustituto en el castigo. "Cristo padeció una vez por los pecados, el justo por los injustos;" "nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición;" "el cual mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero;" "fué herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fué sobre Él, y por su llaga fuimos curados. . . . Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros." Tal es la doctrina del sacrificio por sustitución. La fuerza más poderosa en el universo es la del amor que el sustituto manifiesta en los padecimientos por aquel á quien sustituye.

Los efectos de la propiciación considerados extensiva é intensivamente.—La eficacia de la muerte de Cristo no tiene límites, es infinita; se hace extensiva á todos los hombres y á todos los pecados. "Gustó la muerte por todos;" "se dió en rescate por todos los hombres;" "es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los pecados de todo el mundo;" "el cual quiere que todos los hombres sean salvos." Y, sin embargo, pueden perderse algunos por los cuales Cristo murió.

El Verbo encarnado en Cristo unió en su Persona dos naturalezas, la divina y la humana. Cristo en su

naturaleza humana sufrió física y moralmente; pero quién dió á sus padecimientos un valor infinito fué su divinidad en Él permanente é incapaz de padecer y de morir. No se limita este principio á la teología. Animales existen que son tan sensibles al dolor corporal y á la muerte como el hombre, mas por causa del alma racional que informa el organismo humano, preferiríamos sacrificar las vidas de muchos animales antes que la de un solo sér dotado de razón. Si un general cayese prisionero de guerra, muchos miles de soldados no bastarían para canjearle. Si hicieran prisionero á un príncipe, fácil cosa sería encontrar entre los súbditos de su padre á muchos que le igualaran física, intelectual y moralmente; mas, por razón de su sangre real, poseería tal valor que en el canje de prisioneros su sola persona sería suficiente para lograr el rescate de todos los demás.

Así también el Verbo de Dios, encarnado en Cristo, comunica á los padecimientos de su naturaleza humana un valor infinito que satisface por los pecados del género humano. Por esta razón pudo "darse en rescate por todos los hombres," y ser "propiciación por los pecados de todo el mundo;" por esto su sangre "limpia de todo pecado," y "puede salvar eternamente á los que por Él se allegan á Dios." No ha existido nunca, ni existe hoy día, ni existirá jamás un solo pecador por quien Cristo no haya muerto. No hay, ni puede haber un solo pecado tan grande que sobrepuje

al amor y poder infinitos de Cristo, siempre que se cumplan las debidas condiciones. El que haya cierto pecado imperdonable, no es porque la propiciación sea inadecuada para el caso, sino porque "es imposible que" quien le haya cometido "sea otra vez renovado para el arrepentimiento."

Varias teorías sobre la propiciación.—La teoría de "la influencia moral" acentúa el amor de Dios á expensas de su justicia, y afirma que la única necesidad de la redención se encuentra en la naturaleza moral del hombre, quien, á fin de reconciliarse con Dios, ha menester de una influencia moral como la que ofrecen la vida, padecimientos y muerte de Cristo. Según esta teoría ni la naturaleza ni el gobierno de Dios requieren por necesidad el castigo del pecado, ni por consiguiente es demeritoria la transgresión, ni penales los sufrimientos.

La teoría "gubernamental" reconoce la influencia profundamente ética que la redención ejerce en el hombre, pero afirma que la necesidad de un sacrificio expiatorio sólo está en el gobierno de Dios, que no puede menos de castigar el pecado, ó en su divina providencia que no puede menos de sustituir con algún sacrificio el castigo merecido por la culpa. Vemos, pues, que esta teoría niega lo que afirma la primera, esto es: que una verdadera necesidad de castigar la transgresión esté en la naturaleza y la justicia de Dios, y en el desorden del mismo pecado. La for-

ma calvinista de esta teoría puede llamarse la de la "sustitución incondicional," y enseña que desde la eternidad Dios eligió á cierto número determinado de almas para que fueran salvas, dejando á todas las demás en el mismo estado en que la caída las colocó; que Cristo ha venido á este mundo para salvar á los elegidos exclusivamente, en lugar de los cuales ha sufrido y muerto, asegurándoles de un modo absoluto con su sacrificio la salvación, é imputando su justicia así activa como pasiva sólo á aquellos por quienes se sacrificó.

Difiere principalmente de esta teoría la "universalista" en que sustituye al género humano por los elegidos, enseñando que la muerte de Cristo aseguró la redención actual y final de todos los hombres; y haciendo caso omiso de la justicia divina y de la culpabilidad del pecado, destruyendo así las mismas bases del carácter y gobierno moral.

Tres verdades cardinales respecto de la reconciliación.—Toda verdadera doctrina sobre la redención debe reconocer en la naturaleza moral del hombre, en la economía moral de Dios, en el demérito del pecado, y en la esencial justicia divina, una razón ó necesidad cuadruple y perfectamente consecuente para el sacrificio de la cruz. Al propio tiempo que ensalza el amor y la sabiduría de Dios manifestados en la redención, ninguna doctrina verdadera puede menos de reconocer su justicia y santidad. Tanto en el ejercicio de

nuestra fe como en la predicación, debemos acentuar estas tres verdades respecto de la redención: (1ª) *Su necesidad*, pues sin la muerte meritoria de Jesús no hay salvación. (2ª) *Su alcance ilimitado*, ya que se extiende á todos los pecados y á todos los pecadores. Y (3ª) *su aplicación condicional*, puesto que su eficacia depende de la fe y del arrepentimiento del pecador. La universalidad de la redención es de Dios: su limitación es del hombre. El libre albedrío en esta vida, y no la voluntad divina en la eternidad, es lo que decide quién ha de salvarse y quién ha de perderse. "En ninguno otro hay salud; porque no hay otro nombre debajo del cielo dado á los hombres en que podamos ser salvos." "El cual es Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen."

"*Estad en mí, y yo estaré en vosotros.*"—Juan 15.4.

Divino Sér bondadoso,
  Jesús mío, buen Señor
Que estás sin cesar, piadoso,
Velando por mi reposo
  Con puro inefable amor!

Yo soy débil, tú eres fuerte;
  Haz que vayamos los dos
Unidos hasta mi muerte,
Para que la senda acierte
  Que va á la mansión de Dios.

¿Cómo en la senda torcida
  Del mundo insano podré,
Si tu clemencia me olvida,
Llevar al fin de mi vida
  Los tesoros de mi fe?

Jesús, tu amoroso celo
  No olvida al hombre jamás:
Tú eres su luz, su consuelo;
Tú por la senda del cielo
  Examinándole vas. Amén.

VI

EL PODER POR LA GRACIA

"Porque Cristo, cuando aun éramos flacos, á su tiempo murió por los impíos." "Porque si por el delito de uno murieron los muchos, mucho más abundó la gracia de Dios á los muchos, y el don por la gracia de un hombre, Jesucristo." "Mas cuando el pecado creció, sobrepujó la gracia." "Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia." (Romanos 5.6, 15, 20; 6.14.)

"Por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano." (1a Corintios 15.10.)

"Bástate mi gracia; porque mi potencia en la flaqueza se perfecciona." (2a Corintios 12.9.)

"Porque por gracia sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios." (Efesios 2.8.)

"Porque la gracia de Dios que trae salvación á todos los hombres, se manifestó, enseñándonos que, renunciando á la impiedad, y á los deseos mundanos, vivamos en este siglo templada, y justa, y píamente." (Tito 2.11 y 12.)

En su condición de pecado y degradación, el hombre no es capaz de pensar, querer ni hacer por sí mismo lo que es verdaderamente bueno: necesita para esto que Dios regenere y renueve, por medio del Espíritu Santo en Cristo, su entendimiento, voluntad, afectos y todas sus facultades. Á la gracia divina atribuyo el principio, desarrollo y perfección de todo lo bueno, y este influjo es tal que si ese don de Dios no previene y estimula al hombre, si no le acompaña y coadyuva, nadie, ni aun regenerado, es capaz de formarse perfecta idea del bien, ni menos realizarlo.—*Jacobo Arminio.*

Libertas a peccato et a miseria per gratiam est; libertas vero a necessitate per naturam. Ipsa gratia voluntatem praevenit praeparando ut velit bonum, et praeparatam adjuvat ut perficiat. "Librarse del pecado y de la miseria es obra de la gracia; ser libre de necesidad lo es de la naturaleza. La misma gracia previene á la voluntad, preparándola para que desee lo bueno, y una vez preparada coadyuva con ella á perfeccionar su obra."—*Pedro Lombardo.*

La doctrina de que Dios está pronto á obrar en nosotros, por medio de su Espíritu que mora en nuestros corazones, todo lo que requiere de nosotros, presenta la vida moral del hombre bajo un aspecto enteramente nuevo. Sin el don del Espíritu Santo, no tendríamos más ayuda para obedecer á Dios que nuestras propias fuerzas, y la experiencia nos enseña que éstas no son sino la misma debilidad. Ahora cada mandato equivale á una promesa, puesto que declara lo que Dios se propone obrar en nosotros. Hemos aprendido la oración de Agustín; "Dame, Señor, lo que mandas, y luego manda lo que quieras."—*José Agar Beet.*

Debe aceptarse la doctrina de que Dios infunde en los no convertidos gracia suficiente para que acepten el Evangelio. Habiendo muerto Cristo por todos, el Espíritu Santo se da á todos. Las virtudes del hombre no regenerado no proceden de él, sino de Dios, *como autor de la naturaleza.* —*Ricardo Watson.*

CAPÍTULO VI

EL PODER POR LA GRACIA

Las doctrinas del pecado y de la redención siempre debieran estudiarse juntas, puesto que no se puede comprender bien la una sin la otra. Al estudiar ambas á la vez vemos que si el hombre es un pecador caído, también es un pecador redimido. Su presente estado espiritual, en el que influye no sólo el pecado sino también la redención, se define satisfactoriamente con esta frase, "el poder por la gracia." Á fin de que aspire á su salvación, apélase al hombre como á un sér que, si en verdad está perdido y necesitado de un Salvador, tiene, sin embargo, asaz capacidad para ser responsable de su condición perdida.

Exposición de varios tipos erróneos de esta doctrina.— El sistema doctrinal, llamado pelagianismo, ignora la caída del primer hombre y prácticamente niega el pecado original, afirmando que éste consiste sólo en seguir el ejemplo de Adán. Según esta teoría, los hombres no tienen de nacimiento y por naturaleza más tendencia á pecar que la de Adán en su estado primitivo al salir de las manos del Creador. Como esta doctrina desconoce el pecado original, apenas da importancia al sacrificio de Cristo y á la gracia del Espíritu Santo, si es que no hace caso omiso de ellos.

La caída de Adán, ó el pecado original, según dicha teoría, no debilitó la energía moral del libre albedrío.

El extremo opuesto á este sistema de doctrina es la teología agustiniana ó calvinista, que reprensenta al hombre como enteramente depravado por naturaleza. Compara á los no convertidos con los huesos secos esparcidos por el valle en la visión de Ezequiel. Los hombres son por su naturaleza incapaces de ejercer su libre albedrío para aceptar ó rechazar las condiciones de la salvación personal; están muertos. Antes de ser regenerados gracias al llamamiento efectivo de la divina voluntad, no pueden absolutamente obrar nada bueno; son "una masa de perdición," incapaces absoluto para el bien antes de su regeneración. Según el primer sistema, en manos del hombre está cuanto necesita para obtener su salvación personal, y en realidad Dios no influye en nada. Según el otro, Dios lo hace todo y el hombre en verdad no hace más que responder á los movimientos irresistibles de la gracia.

El semipelagianismo enseña que, habiendo perdido las fuerzas humanas su primitivo vigor por la culpa de origen, el estado natural del hombre es de debilidad é insuficiencia morales: por naturaleza tiene el poder de emprender la obra de su salvación, pero si la gracia divina no viene en su auxilio, abandona la empresa por falta de energía en su espíritu.

La doctrina bíblica.—En oposición á estas teorías la Sagrada Escritura parece enseñar, respecto del esta-

do moral en que está el mundo no regenerado, que á no haber sido por el sacrificio de Cristo, el hombre yacería por causa de su pecado moralmente muerto, y por consiguiente incapaz para ejercer su libre albedrío y satisfacer las condiciones de la salvación; pero es un hecho que ningún hombre permanece en su estado meramente natural. La gracia vino al encuentro del hombre en la pendiente de su caída, le detuvo y le colocó en el camino de su salvación, infundiendo en su espíritu el poder que da la gracia para realizar cuanto requiere la salvación personal.

El hombre caído no ha estado nunca sin el influjo ni los beneficios de la redención. Entre estos beneficios en primer término se halla el de la gracia preventiva, ó sea cierta influencia graciosa que el Espíritu Santo ejerce antes de la regeneración en el alma y voluntad humanas. Verdad es que no obra de una manera irresistible en ningún ánimo, pero se concede á todos los hombres, y es el principio de la capacidad que todos poseen para cumplir con las condiciones de la salvación, así como también de su responsabilidad al persistir en el pecado. La salvación personal depende, por consiguiente, de la cooperación de la voluntad humana con la divina, del hombre con Dios.

Afirmamos, pues, que aun antes de la regeneración existe algo bueno en la naturaleza humana; que ésta no es enteramente mala, como creían los antiguos teólogos calvinistas; y que el bien que descubrimos en el

hombre no regenerado no se debe á la naturaleza humana, como quieren los pelagianos y semipelagianos, sino á la gracia. De aquí es que esta doctrina se designe bajo el nombre de "el poder por la gracia." Si bien las Sagradas Escrituras recalcan el influjo del pecado en la naturaleza humana, acentúan igualmente la gracia y el influjo del Espíritu Santo, que es uno de los resultados del sacrificio de Cristo.

La libertad moral causada por la gracia.—"El hecho de que el hombre continúa siendo un agente libre, aun después de su caída, es más un resultado producido por la gracia que una propiedad necesaria de su naturaleza moral. Todo hombre que viene á este mundo entra en un estado de probación; de otra manera el espíritu humano hubiera descendido, quedando bajo la ley de la necesidad física, y subyugado á la servidumbre del pecado. Los espíritus que no han sido redimidos son responsables, pero su responsabilidad ya no es probatoria, es la del estado de culpabilidad, determinado ya por la conversión de sus primeros actos en hábitos. La diferencia que existe entre ellos y nosotros es el misterio de la gracia redentora. Si bien los hijos de los hombres están bajo la servidumbre del pecado y heredan una naturaleza pecaminosa, esta esclavitud no es desesperanzada ni tampoco necesaria en ningún mortal. Todos los hombres tienen la libertad natural de obrar lo mismo que de elegir, de hacer como de desear; pero esta naturaleza del hombre es la

gracia misma." En este párrafo del Doctor Guillermo B. Pope tenemos una afirmación que difiero de lo que dejamos dicho más en la frase y en la forma que en la esencia de las ideas.

La enseñanza de Jesús.—El divino Maestro reconoció esta mezcla del bien y del mal que existe en todos los hombres antes de su conversión. No son enteramente buenos; á la verdad algunos tenían en sí muy poco de bueno; pero tampoco son del todo malos. "La enseñanza de Jesús," dice el Doctor G. B. Stevens, "no presta apoyo alguno á la doctrina de la depravación total. Los hombres no son tan inicuos como pudieran ser. Imposible es un contraste tan grande como el que aparece entre la común enseñanza de la teología, al afirmar que todos los hombres están destituídos de toda bondad y enteramente inclinados al mal, á consecuencia del pecado original, y la actitud de Jesús para con ellos. Aun en los seres más degradados encontraba destellos de bondad, y jamás los consideró cual seres irremisiblemente perdidos." Todas sus en señanzas "se oponen decididamente á la idea de que los hombres han estado desde su nacimiento moralmente muertos, incapaces de buenos deseos y aspiraciones elevadas, ó de hacer esfuerzos nobles. Muy contrarias á esta teoría fueron la convicción y la índole de toda su obra."

El poder por la gracia es uno de los resultados de la redención.—Vemos, pues, que este poder en virtud de la

gracia preveniente resulta de la obra propiciatoria de Cristo. Los efectos de la justicia del segundo Adán son coextensivos con los del pecado del primer Adán. Lo que perdimos por éste, lo ganamos con creces en Cristo, "porque si por el delito de uno murieron los muchos, mucho más abundó la gracia de Dios á los muchos, y el don por la gracia de un hombre, Jesucristo." "De la manera que por un delito vino la culpa á todos los hombres para condenación, así por una justicia vino la gracia á todos los hombres para justificación de vida." Es decir, que los beneficios de la justicia de Cristo y de su muerte propiciatoria son coextensivos con los efectos del pecado de Adán. Si por éste el hombre fué hecho pecador, por el segundo Adán vino á ser pecador redimido. Es cierto que el sacrificio de Cristo no destruyó los efectos de la caída, hasta restaurar la especie conforme al estado de la primitiva inocencia; pero sí proveyó el remedio de todas las consecuencias de esa caída, y para la final y completa destrucción de todo pecado.

Consecuencias de la transgresión del primer Adán comparadas y contrastadas con la justicia del segundo. — Los efectos ulteriores del pecado de Adán y del sacrificio de Cristo dependen enteramente del uso que el hombre haga de su libre albedrío. Como ya hemos visto, la culpabilidad personal que resultó del pecado de Adán no fué, ni pudo ser, imputada á sus descendientes, ninguno de los cuales se ha perdido, ni se perderá

jamás única y exclusivamente por la culpa de aquél. El pecado original no es en sí mismo culpable ni digno de castigo; á lo menos no debe decirse que un individuo sea responsable de él, hasta que llegue á la edad de discreción, y rehuse cumplir las condiciones que Dios ha provisto para la supresión del pecado en la regeneración, que son la fe y el arrepentimiento; pero pasada esa época, es en justicia responsable de su pecado original y de todas sus consecuencias.

De la misma manera, ninguna alma se salva ni entrará en el cielo sólo por la justicia de Cristo, que, si bien hizo posible la salvación de todo el mundo, no hizo necesaria la salvación de ningún individuo en particular; pues aunque el pecado de Adán y la justicia de Cristo influyen, cada uno á su manera, en el problema del pecado y en el de la salvación del hombre, ni el uno ni la otra invalidan la gran ley de la actividad libre y de la probación, según las cuales todas las almas deciden su propio destino. La potencia que en virtud de la gracia adquiere el hombre por medio de Cristo, es tan grande como la debilidad que se siguió á su caída. Tanto la degradación causada por el primer pecado como los beneficios que resultan de la obra propiciatoria de Cristo, ofrecen sin duda á la probación humana condiciones no menos favorables que la poseída por el primer hombre antes de su transgresión.

Una balanza bien equilibrada sirve para determinar el peso de las cosas. Si habiendo colocado en uno de

los platillos el peso de una libra, se destruye dicho equilibrio, podrá restablecerse de dos maneras: quitando el peso, ó poniendo otro igual en el otro platillo. Dios prefirió seguir el segundo método: en vez de poner fin al género humano con Adán y Eva, y crear nuevos hombres, dejó que vivieran nuestros primeros padres y que fueran los progenitores de nuestra especie pecadora para redimirla luego por medio de la encarnación y muerte de su Hijo. Inexplicable misterio es éste; pero nada hay en él que revele injusticia contra el hombre que se hallaba en estado de prueba. La sabiduría, bondad, justicia y amor de Dios se manifestaron más claramente en la redención del hombre caído que si hubiera creado otros nuevos seres semejantes á Adán y Eva en su estado de inocencia. Obra grande fué el crear un mundo de la nada; obra más estupenda todavía fué el redimir al hombre pecador.

La gracia original coexistente con el pecado original.— Concluimos, pues, ser la gracia tan "original" como el pecado. "Todos los autores sagrados, los del Nuevo Testamento lo mismo que los del Antiguo, adunan constantemente el mal con el plan de la salvación: discuten sobre el pecado, lo definen, acentúan su crecimiento y todos sus resultados tanto al pie del altar en la economía antigua, como al pie de la cruz en la nueva. El primer resultado de la intervención redentora fué detener á la naturaleza humana y evitar que su de-

gradación pasara más allá de la posibilidad de ser redimida. Si bien la caída depravó todas nuestras facultades, no arruinó de una manera absoluta nada en nuestra humanidad. El pecado original, considerado como la condenación en su sentido más lato y la pena absoluta, no pasó más allá de Adán ni de su naturaleza personal. En cuanto concierne á cada alma, fué arrestado en Cristo y trocado en sentencia condicional. El pecado original es la transgresión de los descendientes de Adán, pero bajo el pacto de la gracia; lo que habría llegado á ser sin ese pacto, no lo sabremos jamás. En ese caso no habría existido la unión federal del género humano: las almas de Adán y de Eva habrían aumentado solamente el número de los espíritus malos. El pecado original y la gracia original se encontraron en el misterio de la misericordia á la puerta misma del paraíso."

"*Guárdame y susténtame.*"—Salmo 31. 3.

Peregrino en el desierto,
  Guárdame gran Jehová.
Yo soy débil, Tú potente;
  Tu diestra me sostendrá.
Nútreme con pan del cielo,
  Que alimento al alma da.

Ábreme la fuente pura,
  Cuya agua me ha de curar.
Que la columna de fuego
  Sea mi guía inmortal.
Oh defensor, sé mi fuerza,
  Mi escudo y seguridad.

Líbrame de todo miedo
  Cuando me acerque al Jordán;
Y al morir contento y salvo
  Desembárcame en Canaán,
Donde cantos de alabanza
  Eternos he de entonar. Amén.

VII

LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

"No con ejército, ni con fuerza, sino con mi espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos." (Zacarías 4.6.)

"De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios." "Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es." "El espíritu es el que da vida." (Juan 3.5, 6; 6.63.)

"Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre; el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; mas vosotros le conocéis, porque está con vosotros, y será en vosotros." "El Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio de mí." "Y cuando él viniere redargüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio." (Juan 14.16, 17; 15.26; 16.8.)

"Arrepentíos, y bautícese, cada uno de vosotros, en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo." (Hechos 2.38.)

"El amor de Dios está derramado en nuestros corazones, por el Espíritu Santo, que nos es dado." "Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios." (Romanos 5.5; 8.14.)

"Por cuanto sois hijos, Dios envió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones, el cual clama: Abba, Padre." "Andad en el Espíritu, y no satisfagáis la concupiscencia de la carne." (Gálatas 4.6; 5.16.)

"Por Él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre." "En el cual vosotros también sois juntamente edificados, para morada de Dios en Espíritu." (Efesios 2.18, 22.)

"Todas estas cosas obra uno y el mismo Espíritu, repartiendo particularmente á cada uno como quiere." (1a Corintios 12.11.)

Pueden resumirse las diferencias características entre la obra de Cristo y la del Espíritu Santo en estos cuatro asertos: (1) Las ofertas todas de reconciliación por parte de Dios, parecen ser obra de Cristo; el arrepentimiento y la vuelta hacia Dios es obra del Espíritu; (2) Cristo es el medio de la revelación externa; el Espíritu Santo el órgano de la revelación interna; (3) Cristo es nuestro Abogado en el cielo; el Espíritu Santo nuestro abogado en el alma; (4) en la obra de Cristo somos pasivos, en la del Espíritu Santo somos activos.—*A. H. Strong.*

El Espíritu Santo convence, ilumina y vivifica al pecador; revela, hace recordar, da testimonio, santifica y consuela al creyente. Como alumbra el relámpago al viajero que á la media noche se encuentra al borde de un precipicio, así el Espíritu alumbra al pecador. Como al despertar del alba revela el sol el paisaje que estaba escondido en la obscuridad de la noche, así ilumina el Espíritu la mente del cristiano. Como el abogado defiende nuestra causa en nuestro nombre y nos representa, así aboga Cristo por nosotros ante el trono de Dios; como enseña la madre á su niño á orar, así es la abogacía del Espíritu Santo en los corazones de los hombres."—*Donovan.*

El Espíritu Santo continúa la obra de la redención en el mundo; hace real y efectiva en la vida humana la verdad que Cristo reveló cuando vino á la tierra. Como Espíritu de verdad, interpreta las realidades divinas que constituyen el significado íntimo de la vida de Jesús, y nutre en los hombres una existencia espiritual conforme á dichas realidades. . . . El Espíritu no revela nada nuevo ni diferente de lo que ya está revelado, sino que más bien abre los ojos de los hombres para que comprendan el significado más profundo de las enseñanzas y vida de Jesucristo. La relación, pues, entre los actos de la vida de Cristo y la obra del Espíritu es muy íntima. . . . La acción histórica de Cristo fué temporaria; empezó y cesó. La obra del Espíritu continúa siempre perpetuando el gran procedimiento de la salvación.—*G. B. Stevens.*

CAPÍTULO VII

LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

La razón y la revelación declaran igualmente que no hay ni puede haber sino un solo Dios viviente y verdadero. Este Dios, sin embargo, se revela en la Sagrada Escritura en tres Personas: el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. Á cada una de estas tres Personas en la Divinidad se atribuye cierto ministerio y obra especial en relación con el gobierno divino del mundo y la salvación del género humano; y si con toda verdad teológica podemos afirmar, prescindiendo de la distinción real de Personas divinas, que Dios realiza por su naturaleza única lo que es propio de ellas en particular, es sin embargo preferible expresar con distinción las operaciones propias de cada Persona, en lo cual no hay inconveniente alguno, por más que no sea posible separar la intervención de una Persona en la obra de las otras. De donde resulta que todas las obras *ad extra*, que Dios hace, pueden atribuirse unas á Dios Padre, otras á Dios Hijo, y otras á Dios Espíritu Santo.

El atributo y obra de la tercera Persona de la Santísima Trinidad se designa generalmente en teología como la economía del Espíritu. Incluye ésta todas las doctrinas del Cristianismo que se refieren á la sal-

vación personal de los pecadores redimidos. Si bien vamos á tratar aquí exclusivamente de esa fase de la obra del Espíritu Santo, la cual se relaciona con la salvación de los hombres, bueno será quizás que, antes de discutir en particular estas doctrinas, presentemos la relación é influjo del Espíritu Santo en toda la obra de la salvación humana.

La obra del Espíritu Santo en su relación con Cristo.—Al revelar Cristo la paternidad de Dios y la personalidad del Espíritu Santo, hizo saber á los hombres que la Divinidad es una en tres personas. Es ésta una de las muchas importantes verdades que aguardan la venida de Cristo para su plena revelación. La unidad y espiritualidad de Dios tan claramente aparece en el Antiguo como en el Nuevo Testamento; pero sólo cuando éste arroja su luz sobre aquél, se ve que desde el principio han estado las tres divinas Personas en incesante actividad. Una ó dos veces se llamó á Dios "Padre" en el Antiguo Testamento, pero de una manera figurada y sin apreciar debidamente el significado de la paternidad. Cristo reveló á Dios como Padre de todos los hombres; especialmente de aquellos que, habiendo llenado las condiciones espirituales necesarias para la salvación, se hacen partícipes de la naturaleza divina y coherederos con Él. Cristo trajo una nueva revelación de Dios no sólo por lo que decía, sino más bien por lo que era en su propia persona: "El que me ha visto," dijo, "ha visto al Padre."

Los atributos morales y espirituales que Cristo manifestó como Hijo de Dios y Salvador de los hombres, fueron la mejor y más verdadera revelación que jamás se ha hecho de los atributos morales y espirituales del Padre. Cristo dijo: "Si yo no fuese, el Consolador no vendría." Pudo muy bien haber dicho: "Si yo no hubiese venido y preparado al mundo con mi obra, el Consolador no habría venido." La obra del Espíritu Santo depende de la de Cristo. Así es que la venida de Éste, no solamente revela al Hijo, sino también al Padre y al Espíritu Santo en su poder y en su divinidad.

La propiciación en su relación con los hombres hecha efectiva por obra del Espíritu Santo.—Si dijéramos que "el Padre idea, el Hijo ejecuta, y el Espíritu Santo aplica," tendríamos una fórmula con que expresar de un modo bastante exacto la parte especial que á cada una de las tres Personas de la Santísima Trinidad corresponde en la gran obra de la redención humana. La ejecución del plan divino de la redención, fué encomendada al Hijo, y siendo cumplida, llámase la propiciación ó reconciliación. La aplicación de esta obra propiciatoria de Cristo á la salvación actual de los hombres es obra del Espíritu Santo, cuya influencia graciosa mueve la libre voluntad del hombre y coopera con ella. En otras palabras: la causa primera de la salvación del hombre es el amor de Dios, la causa meritoria es el sacrificio de Cristo, la causa efi-

ciente es el poder del Espíritu Santo, y la causa determinante es la libre voluntad del pecador redimido.

Elementos de la salvación personal.—Si se analiza y divide en sus varias partes la obra de la salvación personal, se puede decir que consiste en los elementos siguientes: (1) La convicción del pecado, la cual es aquella obra del Espíritu Santo en la conciencia del pecador que le despierta y le hace ver cuán pecaminosa y perdida es su condición; (2) el arrepentimiento, que es un dolor tan profundo por el pecado que impulsa á confesar y abandonar todas las transgresiones; (3) la fe, esa creencia inteligente, esa confianza sincera por la cual el pecador arrepentido acepta á Jesucristo como Salvador personal; (4) la justificación, obra propia y exclusiva de Dios en favor nuestro, en virtud de la cual quedan perdonados los pecados del creyente arrepentido, y quebrantado el dominio de la culpa natural, para crearnos de nuevo, lo cual se llama (5) nuevo nacimiento, siguiéndose luego nuestra adopción en la escogida familia de Dios; (6) el testimonio que el Espíritu Santo da á los espíritus de los creyentes regenerados, de su perdón y adopción, el cual produce un convencimiento divino de la salvación; (7) la santificación, que se refiere á aquella obra del Espíritu Santo en cooperación con el alma regenerada, que la separa del pecado, lleva adelante y completa la obra que empezó en su regeneración.

Tres clases de salvación distinguidas.—Los primeros

seis elementos que hemos mencionado constituyen la "conversión" en el sentido popular de este término. En la Sagrada Escritura se habla de tres clases de salvación. "Arrepiéntete, cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo;" ésta es la primera. "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor;" ésta es la segunda, y es una obra continua y progresiva. "El que soportare hasta el fin, éste será salvo;" ésta es la tercera, y se refiere á la salvación final en el día postrero. Más adelante discutiremos detalladamente cada una de estas siete doctrinas de la gracia: por ahora nos limitamos á presentarlas en sus mutuas relaciones puesto que, en conjunto, constituyen la obra íntegra de la salvación. Tal vez no es necesario para salvarse tener un conocimiento exacto de todas estas doctrinas, mas no puede haber, por otra parte, una piedad inteligente que no esté basada sobre un conocimiento intelectual y experimental de cuanto representa la Sagrada Escritura como esencial á la salvación.

La salvación personal una obra divina y humana.—La salvación personal es un resultado de la cooperación del hombre con Dios, de la voluntad humana con la divina. Si bien la salvación se debe al don misericordioso de Dios, depende igualmente de la elección libre del hombre. Al paso que el hombre no puede salvarse por sí mismo, tampoco Dios puede salvarle de acuerdo con los principios de su economía moral, si el hombre no cumple con las condiciones de la sal-

vación. Es verdad que la omnipotencia divina puede obligar á la voluntad finita del hombre á ejecutar lo que á Dios place; pero en este caso no sería libre el acto humano; y en el negocio de la salvación el hombre debe hallarse en absoluta libertad para cumplir, ó negarse á cumplir, los requisitos de ella.

Según la Sagrada Escritura, Dios es un sér enteramente imparcial que no hace acepción de personas. "El cual quiere que todos los hombres sean salvos, y que vengan al conocimiento de la verdad," y "no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento." La salvación ó la condenación personal no la determina, pues, la elección ó falta de elección en la eternidad, sino el libre albedrío del hombre. En su condición caída, pero redimida, el hombre tiene el poder que la gracia le confiere de cumplir con todas las condiciones necesarias para la salvación; pero si bien ese poder es el resultado de la gracia, ésta en sí misma es libre y no arbitraria é irresistible. El Doctor Fairbairn ha expresado enérgicamente esta verdad de la manera siguiente:

La libertad es esencial al hombre, y para ser salvo debe salvarse libremente. La salvación á costa de la libertad, sería un pérdida en vez de salvación, puesto que el alma y centro de la personalidad humana es la voluntad, y si se suspendiera esta voluntad, especialmente cuando se va á decidir el asunto supremo de la vida, se destruiría esa personalidad; y el resultado no sería un hombre nuevo, sino un hombre diferente del que había sido antes. Más aun; sólo los que han sido sal-

vos libremente, pueden perseverar libremente, puesto que donde no hay libertad no hay obediencia. Si bien Dios como Padre continuará amando por siempre jamás, y deseando la felicidad de sus criaturas, y si bien Dios como Soberano gobernará siempre procurando de continuo eliminar el pecado y crear la justicia, sin embargo, ni el Padre ni el Soberano olvidarán nunca que el hijo es un ciudadano libre, y que se le debe atraer libremente á la sumisión, y persuadirle libremente á que continúe obedeciendo. No se ha de vencer el pecado, destruyéndole con el poder divino, ni tampoco restaurando por fuerza al pecador, sino salvándole libremente; y aun cuando este plan fracasara, la bondad de Dios se habría manifestado de tal manera que todo el universo comprendería que se le había concedido una visión de amor infinito que procuró salvar al hombre del único modo que podía salvarle, es decir, por medio de su libre albedrío.

La preparación del hombre por el Espíritu Santo para la salvación.—La convicción de pecado es uno de los resultados de la influencia que el Espíritu Santo ejerce en el corazón de un pecador por medio de la ley divina y de la Palabra predicada; convicción que á menudo es irresistible. Pero, si bien ese pecador puede quedar convencido en contra de su voluntad, no obstante los esfuerzos que hace por no convencerse, no le convierte un poder irresistible. Á pesar de esa convicción, está en libertad de resistir los ruegos del Espíritu, ó de seguir sus indicaciones para sentir el arrepentimiento y la fe. Un agente moral no es nunca tan libre como en el momento supremo y crítico en que se le despierta irresistiblemente y se le hace ver

su verdadera condición. Es el instante más solemne y lleno de responsabilidad de toda su vida, puesto que su destino eterno pende como del fiel de un balanza, siendo su libre voluntad la única que ha de inclinar el platillo de su eterno destino.

Parte que corresponde al hombre en la salvación.—El arrepentimiento y la fe son, por consiguiente, obra del hombre; la única obra del Espíritu Santo es á la sazón ayudarle misericordiosamente á cumplir con estas condiciones de la salvación. Por otra parte, la justificación y la regeneración son enteramente obra de Dios; el hombre nada tiene que ver con ellas, salvo cumplir los requisitos de que dependen el perdón y la regeneración de su alma. En el sistema calvinista viene primero la regeneración, y siguen luego la fe, el arrepentimiento y la justificación: según esa teología, la fe es el primer acto de un alma regenerada. Esta regeneración, que se confunde con el "llamamiento efectivo" y la gracia irresistible, tiene que venir primero, puesto que se considera á la especie humana como enteramente depravada, enteramente muerta en el pecado; y pedirle que llene ciertas condiciones, sería tanto como exigir de un muerto que haga tal ó cual cosa para poder infundirle vida.

Si Dios hubiera elegido desde la eternidad y sin ninguna condición á ciertas almas, y preordinado los medios y el día de su llamamiento eficaz y conversión; si fuera cierto que la regeneración viene primero, si-

guiendo luego la fe y el arrepentimiento, entonces parecería inútil la predicación del Evangelio á los no convertidos y el llamamiento de los pecadores al arrepentimiento y la salvación; no podrían justificarse los métodos actuales de la propagación de la Buenas Nuevas, ni la insistencia en las demandas que la religión cristiana hace á las conciencias de los hombres.

Más acorde con la Sagrada Escritura está esa teología que, no obstante el estado caído del hombre y el hecho de hallarse en cierto sentido moralmente muerto, le reconoce como un agente vivo y responsable, dotado misericordiosamente con el poder de buscar y obtener la salvación, cumpliendo con los requisitos divinos del arrepentimiento y la fe en Cristo; habiendo llenado los cuales, Dios le perdona misericordiosamente todos sus pecados pasados, y transforma su naturaleza pecaminosa hasta el extremo de librarle del dominio del pecado y hacerle una nueva criatura en Cristo. Es de la mayor importancia tener opiniones correctas y bíblicas respecto de las doctrinas que se refieren á la salvación personal: en ese caso podremos responder acertadamente á la pregunta del pecador que haya despertado de su letargo: "¿Qué debo hacer para ser salvo?"

Parte de Dios en la salvación del hombre.—Puede ser que alguno pregunte: ¿Por qué la parte que Dios toma en la salvación personal comprende así la justificación como la regeneración? ¿Por qué no basta la justifi-

cación sola ó la regeneración sola para la salvación cumplida de un alma? La respuesta es fácil: Porque hay dos clases de pecados: el pecado actual, ó sea la transgresión voluntaria de la ley de Dios, y el pecado natural, que consiste no sólo en el pecado original sino también en la influencia refleja, que en el carácter moral ejercen los actos pecaminosos cuando se repiten. El hombre necesita salvarse de ambas clases de pecado.

La justificación, ó perdón, concierne sólo al pecado actual, y no tiene nada que ver con el pecado natural; así es que el arrepentimiento es por las transgresiones actuales y no por el pecado original. Por otra parte, la regeneración concierne exclusivamente al pecado natural—al pecado original y al hábito de pecar ó depravación que se hereda ó adquiere. La tendencia á la enfermedad (á la tisis, por ejemplo) puede ser hereditaria, contraída, ó á la vez contraída y hereditaria; en este último caso, los efectos se mezclan y convierten en uno. Lo mismo pasa al hombre caído: hereda una tendencia al pecado, y los efectos de la transgresión actual fortalecen esa disposición; ambas necesitan el acto divino que llamamos regeneración.

Si el hombre se justificara solamente y no fuese regenerado al mismo tiempo, quedaría limpio de sus pecados pasados; pero continuaría bajo el dominio de su naturaleza pecaminosa y, por lo tanto, seguiría pecando. De aquí es que la regeneración se describa

como el "quebrantar el dominio del pecado," "limpiar la naturaleza moral," "nacer de nuevo," "ser creado de nuevo." Pueden compararse los actos pecaminosos con los caracteres negros escritos en un papel blanco, y el pecado natural con las manchas que hay en las mismas fibras del papel. Borrar los pecados (Hechos 3.19) significa el perdón de todas las transgresiones actuales, mas para limpiar y purificar la naturaleza del hombre manchada por el pecado, se necesita otro acto diferente. La justificación y la regeneración se efectúan siempre al mismo tiempo y se cumplen bajo la misma condición de la fe.

La salvación del creyente sellada por el Espíritu Santo.—El convencimiento del pecado es el testimonio que el Espíritu da de la verdadera condición del pecador; de la misma manera, el testimonio del Espíritu al creyente regenerado puede llamarse el convencimiento de la salvación. Así empieza y corona el Espíritu Santo la obra de la salvación personal. Quien se halla en posesión de ambos testimonios, puede llamarse y es en efecto un verdadero y feliz convertido. No hay otros elementos de salvación que pueden dar al hombre derecho á recibir de Dios el testimonio de adopción, sello de la salvación definitiva, y el privilegio de ser tenido por criatura nueva en Cristo.

La santificación como obra divina y humana.—Por grande que sea la obra de la salvación de un alma, como acabamos de exponer, esa obra no es el término

de la vida cristiana, la cual no consiste sólo en conservar lo adquirido. La victoria definitiva sobre el pecado no se ha conseguido todavía; es una batalla con buen éxito, pero es la primera de la guerra comenzada. En la "conversión" se renunció á todos los pecados "que estaban á la vista;" pero al paso que el cristiano progresa y se aclara su vista espiritual, se presentan otros. Conforme al grado de fe que posee, el creyente abraza con gozo la santidad, el amor y los deberes "que están á la vista;" mas el conocimiento y la fe irán en aumento, y pronto verá que, si consideraba como perfecto el carácter producido por la justificación y la regeneración, esa perfección no es sino relativa. La impecabilidad, la completa santidad, la vida perfecta, es una meta que se aleja siempre y que está delante del hijo regenerado de Dios: y esta obra progresiva, divina y humana, con que el hombre la alcanza es la que llaman muchos sistemas de teología la santificación.

Peligro de hacer la salvación demasiado fácil.—"Abandonad vuestras mezquindades y sed salvos" puede ser una "fórmula breve de salvación" y una "religión fácil," seguida de la admisión en la Iglesia; pero no es la salvación plena y completa del poder del pecado que se describe en la Sagrada Escritura. La convicción de pecado, el arrepentimiento, la fe, la justificación, la regeneración, el testimonio del Espíritu son todos

necesarios para desarrollar el carácter verdaderamente cristiano que presenta la Biblia.

No tenemos derecho á hacer la salvación más sencilla de lo que la hace la Sagrada Escritura. Cuando se funda la conversión en una inteligencia clara y una experiencia genuina de todos estos elementos de la salvación personal, entonces, y solamente entonces, se convierte en una religión práctica que infunde poder espiritual. No debemos reconocer la conciencia de pecado actual como compatible con el estado regenerado. Este ideal de la santidad es el privilegio de primogenitura y el deber de todo hijo de Dios desde el instante mismo de su regeneración; no debemos, pues, rebajar el ideal de Dios para conformarlo con las debilidades humanas.

Veni, Creator.

Ven, nuestras mentes visita,
  Espíritu Creador,
Y con tu gracia bendita
Los pechos inflame el hálito
  De tu celestial amor.

Paráclito tú te llamas,
  Del alto Dios sacro don,
Raudal que vida derramas,
Amor, caridad magnífica,
  Fuego, espiritual unción.

Tú en la Iglesia difundido
  En don septiforme estás,
Tú del Padre el prometido,
De su rica diestra el índice
  Que al habla riquezas das.

Los sentidos con los dones
  Aclara de tu virtud,
Tu amor da á los corazones,
Del cuerpo lo flaco y mórbido
  Curando con tu salud.

Benigno tu gozo envía,
  Tu paz dános celestial,
Y siendo tú nuestro guía,
Vencido el maligno espíritu,
  Evitemos todo mal.

Por tí al Padre conozcamos
  Y al Hijo, el Verbo de Dios,
Y en todo tiempo creamos
Á tí sacrosanto Espíritu
  Procedente de los dos.

—*S. Cruellas.*

VIII

LA CONVICCIÓN DE PECADO

"Y cuando él viniere, redargüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio." (Juan 16.8.)

"Entonces oído esto, fueron compungidos de corazón, y dijeron á Pedro y á los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?" (Hechos 2.37.)

"Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador." (Lucas 5.8.)

"¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?" (Romanos 7.24.)

"Entonces dije: ¡Ay de mí, que soy muerto; que siendo hombre inmundo de labios, . . . han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos!" (Isaías 6.5.)

"Ninguno puede venir á mí, si el Padre que me envió, no le trajere." (Juan 6.44.)

"Y ni mi palabra ni mi predicación fué con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder." (1a Corintios 2.4.)

El ministerio y la obra del Espíritu Santo deben estudiarse no tanto en las varias manifestaciones del poder sobrenatural que acompañó la predicación y trabajos apostólicos, como en ese gran movimiento caracterizado por una comprensión más amplia de la verdad, por convicciones morales más profundas, por una fe más íntima y arraigada que, empezando el día de Pentecostés, echó los cimientos de la Iglesia cristiana . . . En ninguna página de la Historia Eclesiástica resaltan con tanta claridad el ministerio y la obra del Espíritu Santo como en aquellas en las cuales se menciona el despertamiento de la convicción de pecado en los espíritus que, dóciles, escucharon la predicación del Evangelio; lo cual no es de admirar si se considera que la intervención del divino Espíritu en la convicción de pecado es parte principal de la salvación del hombre. El Evangelio triunfa sólo según la conciencia humana va adquiriendo más íntimo convencimiento de sus pecados.—*El Presidente Burwash.*

Con la predicación de la ley se convencen de su pecado los transgresores. La ley es como un espejo que Dios ha dado al hombre para que en él se observe. Satisfecho queda quien se compara consigo mismo ó con su prójimo, pero comprende con horror su maldad si se compara con Dios. Un día que le prometí á mi hijo llevarle á pasear en coche, se puso muy contento y me pidió que fuéramos al parque Lincoln á ver los osos. Consentí en ello. Aseóle y vistióle su mamá mientras yo iba por el carruaje, mas luego salió al patio y se puso á jugar con lodo. Al verme de regreso, corrió hacia mí y vile salpicado de barro, por la cual causa no le permití subir al coche. Preguntóme el por qué, y le contesté que tenía el rostro sucio. "No papá," me dijo, "mi mamá me acaba de lavar." No pudiendo persuadirle que no estaba aseado, le hice entrar en la casa y que se parara delante de un espejo. Enmudeció entonces y, con lágrimas en los ojos, exclamó: "Tienes razón, papá; estoy sucio, estoy sucio." El espejo obró el cambio. De la misma manera la ley de Dios hace que el pecador se vea tal cual aparece ante Dios. Hermanos míos: Observad que no coloqué á mi hijo ante el espejo para que con él se lavara, sino para que por él se viera.—*Dwight L. Moody.*

CAPÍTULO VIII

LA CONVICCIÓN DE PECADO

El pecado, que ya hemos definido como falta de conformidad con la ley de Dios, ó transgresión de la misma, es á un tiempo original y actual. Entendemos por pecado original la cualidad pecaminosa que caracteriza á la naturaleza de todos los descendientes de Adán, y que se manifiesta como una tendencia al mal. Pecados actuales son las transgresiones voluntarias de una ley de Dios conocida. Sin la revelación de la ley divina y sin el conocimiento de esa ley revelada, no puede haber pecado actual ni culpabilidad personal. El pecado actual es en primer lugar interno; es un deseo, ó el acto del alma, por el cual la voluntad creada se opone á la voluntad del Creador y la menosprecia. La realización de un deseo malo es también un verdadero acto pecaminoso.

El curso que sigue el pecado de todo agente libre para su formación completa es como sigue: Los malos deseos, puestos en práctica, transfórmanse en obras pecaminosas; éstas, repetidas muchas veces, forman los hábitos malos; los malos hábitos, actuando largo tiempo, fijan el carácter perverso; y por fin viene éste á determinar con precisión funesta el destino del pecador. Tendencia del pecado es debilitar y adormecer

la conciencia á medida que aumenta su fuerza y es mayor su malicia y el peligro de caer en él más expuesto; y sólo el Espíritu Santo, cuyo influjo acompaña siempre á la predicación y á los esfuerzos por salvar las almas perdidas, puede despertar al pecador del sueño mortífero de la culpa.

La convicción de pecado definida.—Cuando un pecador, al escuchar ó leer la Palabra de Dios, despierta de su letargo y ve claramente la miseria y ruina de su condición, la tiranía que en él ejerce el pecado, la incapacidad propia para cambiar su naturaleza pecaminosa, y sobre todo su gran culpabilidad ante Dios por los muchos pecados de pensamiento, palabra, y obra que ha cometido, experimenta lo que en lenguaje bíblica y teológico llamamos convicción de pecado. La primera obra específica que el Espíritu Santo hace para salvar un alma es producir ese convencimiento de pecado. "Por obstinada y eficaz resistencia que se haga á la verdad como aliciente para transformar la vida, no puede resistirse como verdad." De aquí es que un hombre puede estar convicto de sus pecados no sólo sin hacer ningún esfuerzo de su parte, mas aun en contra de su voluntad. Esto no significa, como veremos luego, que puede convertirse en contra de su deseo.

Prueba bíblica y ejemplos de la convicción.—Cuando Cristo prometió enviar al Espíritu Santo, dijo: "Y cuando él viniere, redargüirá al mundo de pecado, y

de justicia, y de juicio." (Juan 16.8.) En cumplimiento de esta promesa, la predicación genuina de la palabra de salvación es "con demostración del Espíritu y de poder." El sermón de Pedro el día de Pentecostés tuvo el efecto de producir la convicción en sus oyentes, la cual está expresada en estos términos: "Entonces oído esto, fueron compungidos de corazón, y dijeron á Pedro y á los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?" La conversión de Pablo precedida fué de su convicción. Léese en los Hechos 9. 4–6: "Y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y el dijo: ¿Quién eres, Señor? Y él dijo: Yo soy Jesús á quien tú persigues: dura cosa te es dar coces contra el aguijón. Él temblando y temeroso dijo: Señor, ¿qué quieres que haga?" Con palabras semejantes se describe también la conversión del carcelero de Filipos: "Entró dentro, y temblando, derribóse á los pies de Pablo y de Silas, y sacándolos fuera, les dice: Señores, ¿qué es menester que yo haga para ser salvo?" (Hechos 16.29 y 30.)

Efecto de la convicción.—El primer efecto que la convicción de pecado produce en el hombre es guiarle al aborrecimiento de sí mismo. Así leemos en Isaías 6. 5–7: "Entonces dije: ¡Ay de mí, que soy hombre muerto; que siendo hombre inmundo de labios, ... han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos! Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo

en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y será quitada tu culpa, y limpio tu pecado." Y otro varón exclamó así: "Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador."

No siendo posible hallarse juntos en un corazón Dios y el pecado, ó éste debe ser limpiado, ó el pecador culpable tendrá que retirarse de la presencia de ese Dios que es "un fuego consumidor." "¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?" (Romanos 7.24) es la exclamación de un hombre convicto que gime por ser librado de su carga. Mas la respuesta no se hace esperar. "Gracias doy á Dios, por Jesucristo Señor nuestro." Si bajo el peso abrumador de la culpa el pecador convicto siente que "toda *la* cabeza está enferma, y todo *el* corazón doliente," que "desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa ilesa; sino herida, hinchazón y podrida llaga," el Espíritu que le ha convencido se apresura á decir: "Lavad, limpiaos, quitad la iniquidad de vuestras obras de ante mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended á bien hacer; . . . Venid luego, dirá Jehová, y estemos á cuenta. Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos: si fueren rojos como el carmesí, vendrán á ser como blanca lana." (Isaías 1.16–18.)

La obra convincente del Espíritu Santo como primaria y fundamental.—Autor de todos los movimientos del

corazón humano hacia la salvación es el Espíritu Santo; pero su influjo implica, y en verdad requiere, cierta cooperación del agente libre antes de llevarse á cabo la salvación de su alma. El espíritu de gracia, que no es sino un sinónimo de la gracia que previene, "es la única causa eficaz de todo bien espiritual en el hombre; del principio, adelanto y consumación de la religión en el alma humana." Es la gracia el amor que Dios tiene al hombre caído y que ha mostrado en Cristo y por medio de Cristo, acentuando el castigo que aquél por sus pecados merece: y cuando esa gracia asume una forma personal no hay necesidad de distinguirla de la del Espíritu Santo que aplica el sacrificio meritorio de Cristo á la salvación actual de los hombres. "Te basta mi gracia." "No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos." "Por gracia sois salvos por la fe, y esto no de vosotros, pues" este plan divino de la salvación por la fe es "don de Dios."

Así, pues, con ser cierto que con su libre albedrío el hombre determina el asunto de su propia salvación; sin embargo, la gracia divina tiene siempre la preeminencia tanto en la provisión como en la aplicación de la redención. "Ninguno puede venir á mí, si el Padre que me envió, no le trajere," y este acto de atraer á las almas es obra especial del Espíritu Santo. El hecho de que "Dios es el que obra en nosotros así el querer como el hacer por su buena voluntad," es

la razón que da el escritor inspirado para que "nos ocupemos en nuestra salvación con temor y temblor." Sin la certeza de que Dios está obrando en nosotros, el hombre no tendría ninguna esperanza de la salvación por mucho que en ella se ocupara.

Manifestaciones varias de la convicción.—Los efectos de la convicción varían mucho en diferentes individuos, puesto que dependen del temperamento, conocimientos, carácter, edad, y otras circunstancias diversas. Una persona de temperamento enérgico, que se convence de sus pecados, sentirá probablemente emociones más profundas que otra de temperamento opuesto. No es de esperar que un niño en busca de la salvación, sienta precisamente lo mismo, ni manifieste las señales que por lo general caracterizan el convencimiento de personas que han encanecido en el pecado. Un "hombre moral," cuando es movido á buscar la salvación, rara vez se siente devorado por los remordimientos como el pecador viciado y descarado.

Cierto grado de conmoción de espíritu acompaña por lo general á la convicción de pecado, pero, hablando propiamente, esta convicción es del entendimiento y no pertenece á la esfera de las emociones; es un conocimiento más bien que un sentimiento. Personas hay que manifiestan á veces tener conciencia de sus pecados y desear su salvación, pero que no sienten ser pecadores y dudan que puedan convertirse mientras no sientan la convicción de sus pecados. Á éstos de-

bemos decirles que la verdadera prueba de la tal convicción no es el sentirla, sino el poseerla con despierta conciencia. Si el conocimiento interior junto con esa conciencia viva dan testimonio del pecado y de la necesidad de la salvación, el grado de sentimiento que se posea importa poco. La preparación que Dios requiere es el conocimiento afectuoso de la necesidad que de Él tiene el pecador.

Puede uno estar verdaderamente convicto de sus pecados y, debido á nociones falsas, no darse cuenta de ello. Después de haber oído un elocuente sermón, pidió cierto congregante que orasen por él. Recibióle y le saludó con ternura el predicador y luego le preguntó: "¿Sentís que sois pecador y deseáis ser salvo?" "No, señor," respondió. "Pido las oraciones de la congregación cabalmente porque no me siento conmovido en lo más mínimo. Sé que soy pecador, y pensando estaba que el peligro de perderme es inminente, permaneciendo como permanezco insensible después de una exhortación tan viva como la que acabamos de escuchar; por eso suplico las oraciones de la Iglesia, ya que nada siento en mi alma á pesar del vivo deseo que tengo de adquirir la convicción de mi pecado." Por supuesto que esta convicción y la emoción necesarias para buscar y obtener la salvación las poseía muy bien, y por eso no tardó mucho en convertirse con sinceridad, y aun llegó á ser un miembro muy útil de la Iglesia, después de haber aprendido que, en

casos como el suyo, no depende el ser buen cristiano y servir á Dios de las emociones que se sienten, sino de los principios que se poseen, ya que él nunca llegó á sentir la deseada conmoción de su espíritu.

Posibilidad de resistir al influjo del Espíritu Santo en la convicción de pecado.—Uno de los primeros Padres de la Iglesia acostumbraba decir: "Aquel que os creó y después os redimió, sin que en nada le ayudaseis, no os salvará si no le ayudáis." Si bien el Espíritu Santo puede convencer irresistiblemente á un hombre de su pecado, y lo hace con frecuencia, no le puede convertir ni salvarle de su pecado de una manera irresistible. Á la convicción no siempre sigue la conversión, como lo muestra el caso de Félix: "Y disertando Pablo de la justicia y de continencia, y del juicio venidero, espantado Félix respondió: Ahora vete; mas en teniendo oportunidad te llamaré." (Hechos 24.25.) No aparece en el relato sagrado que haya llegado nunca esa "oportunidad." Según un pasaje de la Sagrada Escritura, los hombres pueden resistir y aun rechazar al Espíritu Santo que les ruega, los solicita, los atrae y lucha con ellos por convencerlos de pecado. "No contenderá mi espíritu con el hombre para siempre." San Esteban dijo: "Duros de cerviz é incircuncisos de corazón y de oídos, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo: como vuestros padres, así también vosotros." "No queréis venir á mi para que tengáis vida," dijo una vez el Maestro.

Acontece con frecuencia en los llamamientos extraordinarios que la religión hace al hombre, quedarse á orar los que sólo entraron al culto con el fin de burlarse; y aun hay ocasiones en que los mismos que luchan resistiendo al influjo del Espíritu Santo quedan convictos de pecado hasta el punto de cesar en su resistencia, rindiéndose al poder de Cristo y adquiriendo así su salvación; mas si bien esto es á menudo el feliz resultado de la convicción, la voluntad pecaminosa y contumaz del hombre libre tiene poder bastante para resistir á todas las influencias del Espíritu y á todas las invitaciones de la divina misericordia, negándose á dejar la vida de pecado de la cual está convicto. Espanta en verdad el contemplar semejante alternativa en un pecador cuya conciencia ha llegado á despertar una vez; y sin embargo, tal es á veces su elección funesta, la cual viene al fin á parar en la muerte eterna.

La convicción de pecado considerada como crisis moral en la vida humana.—Las convicciones de pecado ocurren con mayor frecuencia en los llamamientos y predicaciones extraordinarias que de vez en cuando practica la religión. Sin embargo, como el agente que produce la convicción es el Espíritu Santo y el instrumento principal es la Palabra en forma de predicación, de lectura, de conversación, de cánticos, de plegarias ó de santos ejemplos, resulta que en cualquier lugar y momento puede ser uno convencido de peca-

do; pero en ese momento hállase en presencia de la crisis moral y decisiva de su vida. Se trata de un punto culminante, de un corto espacio de tiempo más bien que de un período prolongado, puesto que es una experiencia demasiado intensa y terrible para durar mucho tiempo. Si bajo la primera convicción el pecador no se rinde al Espíritu Santo, éste retira su influjo, y su voz, no siendo atendida, deja de oirse; el pecador cae entonces en un estado de indiferencia espiritual del cual es más difícil despertarle que antes. Mucho peligra quien da leve importancia á tan excelente disposición de ánimo, como es la convicción de pecado, y rechaza el insistente llamamiento del Divino Espíritu, sus vivas amonestaciones, sus anuncios amenazadares del juicio que viene, y los incesantes ruegos para que el alma acepte á Cristo y así consiga la perdurable vida.

Los que en un culto de llamamiento "casi se persuaden" á rendirse y buscar la salvación, son rara vez los que "se persuaden por completo" cuando llega otra ocasión oportuna: se encuentran por lo general más lejos de Cristo, y es más difícil que antes tocarles el corazón y moverlos. El Evangelio es "olor de vida para vida," ó de "muerte para muerte." De tal manera se puede contristar al Espíritu Santo que no vuelva jamás. Cuán terribles fueron aquellas palabras del Maestro: "Jerusalén, Jerusalén, que matas á los profetas, y apedreas á los que son enviados á tí,

¡cuántas veces quise juntar tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! ¡He aquí, vuestra casa os es dejada desierta, porque yo os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor!" "Y como llegó cerca, viendo la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh si también tú conocieses, á lo menos en este tu día, lo que toca á tu paz! mas ahora está encubierto á tus ojos." Á todos los hombres viene "un día de gracia," día en que el Espíritu Santo los convence de su pecado. Si se desprecia una vez esa oportunidad preciosa tal vez no vuelva. La pregunta que naturalmente hace todo aquel que ha despertado es: ¿Qué debo hacer para ser salvo? Y Dios le responde: "Arrepiéntete de tus pecados, cree en el Señor Jesús y serás salvo." "Si dijéremos que no hemos pecado, nos engañamos á nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad." El mismo que convence de pecado está pronto á convertir.

No me propuse sino á Jesucristo, y á este crucificado.—1ª Corintios 2.2.

Con el alma lacerada
Y de paz necesitada,
Á tí vengo, buen Jesús:
Pues me llamas y me invitas,
Y en tu amor me solicitas,
Desde el árbol de la cruz.

Del pecado que me oprime
Lleva el peso y me redime
Con su muerte el buen Jesús:
Mis angustias desparecen,
Y mis esperanzas crecen,
Á la vista de la cruz.

Ha tornado á Dios propicio
El perfecto sacrificio
Que ofreció mi buen Jesús:
Tengo ya perdón copioso,
Y hallaré grato reposo
Á la sombra de la cruz.

En la lucha hasta la muerte
Seré fiel y seré fuerte,
Pues me ayuda el buen Jesús:
Y alcanzada la victoria,
Me remontaré á la gloria
Por los brazos de la cruz.

En el cielo ya salvado,
Cantaré que fué inmolado
Por mi amor el buen Jesús:
Y á mis temas de alabanza
Rendirá mayor pujanza
El recuerdo de la cruz. Amén.

—*J. B. Cabrera.*

IX

EL ARREPENTIMIENTO

"Arrepentíos, que el reino de los cielos se ha acercado." (Mateo 4.17.)

"No he venido á llamar justos, sino pecadores á arrepentimiento." (Mateo 9.13.)

"Si no os arrepintiereis, todos pereceréis igualmente." (Lucas 13.3.)

"Zaqueo, puesto en pie, dijo: . . . Si en algo he defraudado á alguno, lo vuelvo con el cuatro tanto. Y Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación á esta casa." (Lucas 19.8, 9.)

"El dolor que es según Dios, obra arrepentimiento saludable, de que no hay que arrepentirse; mas el dolor del siglo obra muerte." (2a Corintios 7.10.)

"Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado: al corazón contrito y humillado, no despreciarás tú, oh Dios!" (Salmo 51.17.)

"Cercano está Jehová á los quebrantados de corazón; y salvará á los contritos de espíritu." (Salmo 34.18.)

"Si en mi corazón yo hubiese mirado á la iniquidad, el Señor no me oyera." (Salmo 66.18.)

"¡Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos; y vuélvase á Jehová, el cual tendrá de él misericordia; y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar!" (Isaías 55.7.)

"Vivo yo dice el Señor, Jehová, que no quiero la muerte del impío, sino que se torne el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos: y ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?" (Ezequiel 33.11.)

El arrepentimiento para ser "saludable," no sólo debe ser *por causa del pecado*, sino que también lo ha de ser *para con Dios*. Cuando el hombre se arrepiente para con su prójimo, es lo mismo que intentar subir un peñasco escarpado; cuando se arrepiente para con la ley, es como arrepentirse entre las mandíbulas de un cocodrilo; cuando se arrepiente por respetos humanos, tanto le valiera arrojarse en un matorral lleno de abrojos y espinas; mas cuando se arrepiente para con Dios, le salen al encuentro el amor y misericordia infinitos. Como recibe el océano al bañador para devolverle á la playa más limpio y blanco de lo que antes estaba, así recibe Dios al pecador arrepentido.—*Beecher.*

Muchas personas arrepentidas en apariencia, son como los marineros que en medio de la tempestad echan sus mercancías al agua para aligerar la nave, y quisieran recobrarlas luego que viene la calma. Sólo aquel que, habiendo recobrado la salud, cumple lo que prometió al verse en peligro de muerte, puede estar seguro de la sinceridad de su arrepentimiento. Algunos no intentan llevar una vida más santa, sino hasta que se les acerque el fin. Muchos lamentan los males que resultan del pecado, en vez de dolerse del pecado que causa esos males. El remordimiento de conciencia no es arrepentimiento. Aquél y no éste fué lo que indujo á Saúl á decir: "He pecado." David, el verdadero penitente, exclama: "*En contra de Jehová* he pecado." Faraón pidió: "Quítese de mi esta plaga." David oró de esta manera: "Lavame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado," El dolor mundano procura evitar el castigo; el dolor santo quisiera apartar la causa de ello.

Exhortaba un rabino á sus discípulos á que se arrepintieran el día antes de morir. "Pero nadie sabe qué día ha de morir," replicó uno de ellos. "Cierto," contestó el rabino, "y por esta misma razón debéis arrepentiros todos los días; así estaréis seguros de hacerlo en vísperas de la muerte." El que retarda su arrepentimiento debe saber que tendrá un día más de que arrepentirse, y un día menos en que arrepentirse; más el que se arrepiente todos los días, cuando le llegue la hora de morir tendrá que arrepentirse solamente de los pecados de un día. Nunca es tarde para arrepentirse verdaderamente, mas rara vez son sinceros los arrepentimientos tardíos. ¡Ay de aquel cuyo pecado y vida acaban al mismo tiempo! En la Sagrada Escritura, para que nadie desespere, se menciona un caso de verdadero arrepentimiento á la hora de la muerte; pero uno solo, para que nadie presuma.

CAPÍTULO IX

EL ARREPENTIMIENTO

"La conversión de un hombre," dice el Doctor Lovic Pierce, "no es nunca más profunda que su convicción de pecado. Jamás excede la fe salvadora al arrepentimiento. Mostrad á los hombres primeramente su ruina, y luego el remedio que es del caso; pero no insistáis en aplicar vuestros específicos á las almas que no han despertado aún de su pecado." Estas sabias palabras nos muestran por qué la convicción de pecado precede á la conversión. El convencimiento de pecado es un estado de ánimo producido por el Espíritu Santo, acompañado de una tal inquietud espiritual que el pecador no la puede aguantar por mucho tiempo. Acabará, pues, por separarse del pecado y buscar la salvación, ó por desechar los pensamientos serios y los demás medios de que se valió el Espíritu Santo para producir la convicción, y tratará de ahogar la voz de la conciencia y de Dios, sumergiéndose aun más en el pecado. Si hace lo primero, encontrará la salvación personal cuyas dos condiciones son el arrepentimiento y la fe, refiriéndose ésta á su actitud para con Cristo, y aquél á su actitud para con el pecado.

Definición del arrepentimiento.—El arrepentimiento es aquel acto de la voluntad con que el pecador, que

ha despertado de su letargo y siente un dolor sincero por causa de su pecado, resuelve con la ayuda de Dios dejar por completo é incondicionalmente toda transgresión, no sólo ahora, sino durante toda su vida. Obtener la fe salvadora y la salvación personal sin renunciar todo pecado, ó al menos sin un propósito firme de enmienda, es una imposibilidad moral. El arrepentimiento es, por consiguiente, la primera condición que se requiere del pecador para conseguir su salvación. En una forma ú otra, la palabra "arrepentimiento" se encuentra ciento seis veces en la Sagrada Escritura. En treinta y siete pasajes se usa con respecto á Dios, y en sesenta y nueve, al hombre. Es el equivalente de dos términos griegos: (*matanoéo*, ó *metánoia*, y *metamélomai*.) El primero es el que se usa generalmente en el Nuevo Testamento, y significa cambio de mente al cual se sigue un cambio de vida.[1] Consideran algunos escritores el arrepentimiento como la nota dominante de la doctrina del reino que Cristo vino á establecer, y la clave para entender bien la teología del Nuevo Testamento.

La salvación no *en el* pecado, sino *del* pecado.—El primer efecto del Evangelio es hacer que los hombres

---

[1] El segundo, poco frecuente en el Nuevo Testamento, puede traducirse por "pesar," como por ejemplo en 2a Corintios 7.8, "Si bien os contristé con mi carta, no me *pesa;* y si hubiera estado *pesaroso,*" etc. (Versión de Amat.)—Nota del Traductor.

comprendan de tal manera el peligro, culpabilidad y naturaleza sumamente pecaminosa de la transgresión (no del pecado en general, sino del suyo propio), que la abominen, aborrezcan y abandonen. El pecador que tan abatido y postrado está por la conciencia de su pecado y culpabilidad, que cree ser imposible aun para con Dios salvarle, suele estar, y por lo general está, muy cercano á la salvación. Por otra parte, el pecador que se justifica á sí mismo, que considera el pecado como cosa leve, no creyéndolo un obstáculo serio para la salvación, sino considerándolo como cosa de tan poca importancia que Dios puede salvarle y probablemente le salvará, sin tener él que renunciar todo pecado, ese tal no puede estar más lejos de la salvación.

Algunos pecadores que han despertado de su letargo y principiado á sentir el arrepentimiento, se expresan de esta manera: "Estoy decidido á dejar de pecar con la condición de que Dios me salve primero; pero si no me salva, no lo dejaré." Si Dios salvara á un hombre en vista de semejante arrepentimiento condicional, le salvaría en su pecado, y no de su pecado, y en tal caso el pecador podría argüir que, habiendo sido salvo en primer lugar en su pecado, puede permanecer salvo y al mismo tiempo continuar pecando. El hombre que comprende no poder abandonar el pecado sin la ayuda graciosa del Espíritu Santo, ni vivir sin pecado á no ser experimente la salvación per-

sonal, obra de acuerdo con las enseñanzas de la Sagrada Escritura. No debe confundirse este estado sano de arrepentimiento con el que acabamos de mencionar, en el cual la resolución de abandonar el pecado va acompañada de cierta reserva intelectual que revela el amor que se tiene aún al pecado y el deseo de permanecer en él. No es éste el verdadero arrepentimiento; no es completo ni puede traer nunca la salvación. El arrepentimiento genuino y según el Evangelio renuncia incondicionalmente al pecado. "Vestíos del Señor Jesucristo," dijo el Apóstol, "y no hagáis caso de la carne en sus deseos."

Elementos del Arrepentimiento.—Afirmamos, por lo tanto, que el verdadero arrepentimiento consta de tres elementos: (1) cambio de mente respecto del pecado, (2) dolor ocasionado por el pecado y (3) abandono resuelto del pecado; y que lleva como acompañamientos ó frutos necesarios: (1) enmienda, (2) reparación y (3) confesión. Los tres elementos son internos; de su sinceridad sólo Dios puede juzgar. Los tres frutos son externos y ofrecen, por consiguiente, señales por las que el mundo puede ver la sinceridad y verdad del arrepentimiento. Del primer elemento aquí mencionado ya hemos tratado tal vez suficientemente, en el párrafo en que definimos el término arrepentimiento como el equivalente de la palabra griega *metánoi* que, como vimos, significa un cambio de mente respecto del pecado. Mucho de lo que se dijo en el capítulo an-

terior sobre la convicción de pecado, puede decirse que también se relaciona íntimamente con este elemento del arrepentimiento, si no es que está incluído en él. Sin embargo, debe considerarse ahora esmeradamente y por separado cada uno de los otros cinco puntos incluídos en este análisis.

Distinción entre el dolor santo y el mundano.—El dolor por el pecado puede ser santo y mundano. "El dolor que es según Dios obra arrepentimiento saludable, de que no hay que arrepentirse; mas el dolor del siglo obra muerte." (2ª Cor. 7.10.) Ilustra de una manera notable estas dos clases de dolor el arrepentimiento que respectivamente sintieron Pedro y Judas. "El dolor del siglo" por el pecado se refiere solamente al mundo, y puede tener por causa el descubrimiento del delito, el escándalo, la deshonra ó la amenaza del castigo. Si son grandes la humillación y la pena, grande es el dolor; si son leves, leve es el dolor. Es un dolor que teme las consecuencias temporales del pecado, pero que no odia el pecado mismo.

Por otra parte, "el dolor que es según Dios," se relaciona con la Divinidad y con la depravación y vileza moral del pecado: nace de una conciencia despierta que ve y confiesa su propia culpabilidad, aborrece su transgresión porque la separa de Dios, y teme las consecuencias morales y eternas del pecado. Es la contrición y angustia del corazón que, además de haberse convencido de su culpa, la detesta, y anhela con

vehemencia la santidad. "Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado: al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios," fué la súplica del Salmista penitente. (Salmo 51.17.)

Resolucíón de abandonar todo pecado.—Pero no basta el dolor por haber pecado; si es sincero y santo, inducirá á renunciar y abandonar toda transgresión. No se hace esta resolución ligera ni fácilmente, puesto que por lo general los pecadores despiertos y arrepentidos quieren continuar en algunos pecados y ser salvos al mismo tiempo, sin reflexionar que un solo pecado, si se persiste en él, basta para hacer imposible la salvación. Una pequeña vía de agua es suficiente para hundir el buque más grande; una falta cometida con insistencia, puede llenar de pecado á una alma hasta sumergirla en la perdición más profunda. Mas rara vez se encuentra un pecado aislado en el corazón humano, puesto que los frutos de la mente carnal son múltiples. "El hacha está puesta á la raíz de los árboles," decía el gran predicador del arrepentimiento. Éste, cuando es sincero, no empieza por cortar las ramas una por una, sino que pone el hacha á la raíz del árbol del pecado. ¡Abajo el árbol entero: fuera todo el pecado!

Nunca podemos ser salvos de todos nuestros pecados si nos arrepentimos solamente de tal ó cual y los abandonamos uno por uno; debemos dejarlos todos juntos y á la vez. Esa es la índole del verdadero arrepenti-

miento que "es según Dios." Más aun; no transige ni concierta pacto alguno con el pecado. El penitente sincero vuelve la espalda á la transgresión, "cruza el puente y lo quema tras sí;" no deja abierto ningún camino en su mente, corazón ni propósitos, para volver al pecado. "Si en mi corazón hubiese yo mirado á la iniquidad, el Señor no me oyera." "El sacrificio de los impíos es abominación á Jehová." El pecador arrepentido, que con propósito inquebrantable, ha dejado sus pecados, ó está esforzándose por dejarlos, tiene derecho á orar y á esperar que Dios le conceda sus peticiones. Mas el pecador que está haciendo diariamente lo que sabe ser pecaminoso, y que no procura enérgicamente abandonar todos sus pecados, ora en vano: su plegaria es "abominación á Jehová."

La enmienda, resultado necesario del arrepentimiento. —Si la resolución de abandonar todo pecado procede de un dolor santo, sincero y de corazón, se mostrará luego por la enmienda de conducta, ó sea por el aborrecimiento y renuncia de toda clase de vicios y pecados, y cambio radical de vida en lo que tenía ésta de pecaminosa y desordenada. Así es que si el penitente ha hecho algún agravio á su prójimo, se apresura á pedirle perdón. Si le ha defraudado en algo, le restaura luego hasta donde le es posible lo que injustamente le había quitado. En cierta ocasión vimos á un pecador arrepentido tomar el sombrero y salir apresuradamente del templo para volver á los pocos minutos

con el rostro radiante de alegría por haber recibido no sólo el perdón de su prójimo, sino también el de Dios. Al ir inmediatamente á pedir perdón á un hermano á quien había ofendido, dió una prueba de la sinceridad de su arrepentimiento.

Otro, á quien el Espíritu Santo había convencido de su pecado, se apresuró á mandar una fuerte suma de dinero á un individuo á quien había defraudado. Superfluo parece añadir que se convirtió muy sinceramente y llegó á ser un miembro muy útil y ejemplar de la Iglesia. El penitente Zaqueo dijo: "Si en algo he defraudado á alguno, lo vuelvo con el cuatro tanto." Y entonces fué cuando Jesús le dijo: "Hoy ha venido la salvación á esta casa." No siempre permiten las circunstancias pedir luego perdón al prójimo ni restaurarle lo que se haya defraudado, pero el espíritu que impulsa la enmienda y el resarcimiento del daño debe estar presente aunque falte la ocasión oportuna para llevar á cabo lo propuesto.

La reparación, prueba excelente del arrepentimiento.— No se puede acentuar demasiado este elemento del arrepentimiento. Una de las mejores pruebas de hallarse uno sinceramente arrepentido es, sin duda, la reparación del mal que se haya hecho. La ley judaica decía: "El hombre ó la mujer que cometieren alguno de todos los pecados de los hombres, haciendo prevaricación contra Jehová, y delinquiere aquella persona, confesarán su pecado que cometieron, y com-

pensarán su ofensa enteramente, y añadirán su quinto sobre ello, y lo darán á aquel contra quien pecaron. Y si aquel hombre no tuviere pariente, al cual sea resarcida la ofensa, daráse la indemnización del agravio á Jehová, al sacerdote." Comentando cierto pasaje del Génesis, el Doctor Adán Clarke dice: "Todo aquel que, habiendo perjudicado á su prójimo, se niega á reparar el mal cuando está en su mano hacerlo, no debe esperar que Dios le tenga misericordia. Y aunque derrame lágrimas de sangre, la justicia y la misericordia divinas rechazarán su plegaria si no desagravia á su hermano por la ofensa que le hizo."

Con mayor eficacia que las palabras y los argumentos probará un ejemplo real el valor de la reparación como evidencia del arrepentimiento sincero. "Peccator lastimó una vez la reputación de su prójimo Hermis, y en otra ocasión le defraudó diez libras. Varios vecinos fueron testigos de ambas ofensas. Bajo la predicación de Paulinus se convirtió Peccator, y al confesar el dolor que había sentido por sus pecados, habló también de sus convicciones profundas y del aborrecimiento que tenía á la transgresión. Habiendo sido recibido en la Iglesia, sentóse con los hermanos á conmemorar el gran sacrificio de Cristo por los pecados del mundo. Hermis y sus vecinos presenciaron todo esto. Vieron que Peccator estaba arrepentido y había cambiado mucho de conducta, mas no creían en la sinceridad de su conversión porque no

había hecho ninguna reparación. Le consideraban como hipócrita ó iluso porque, teniendo recursos, no devolvía las diez libras, ni contradecía las calumnias que había propagado. Por otra parte, Peccator no estaba satisfecho, y pronto volvió á sus antiguas costumbres. Arrepintióse por segunda vez y, al examinar las causas de su frascaso anterior, descubrió que no había abandonado sus pecados por completo. Abrumado de dolor por lo pasado, resolvió consagrarse enteramente al Señor y, habiendo meditado sobre su vida pasada, dió principio á una reforma radical. Fué á ver á Hermis, pagó las diez libras que le debía y añadió el rédito correspondiente; se acercó á todas las personas con quienes le había calumniado, confesó que había obrado injustamente, y les rogó contradijesen sus calumnias caso de que las hubiesen repetido. No contento de esto, visitó á todos los individuos á quienes había defraudado en los negocios, y reparó todos los males que había hecho. Confesó dichas culpas ante Dios, y pidió le perdonase. Entonces Peccator fué recibido de nuevo en la Iglesia, y gozó de una tranquilidad de conciencia y confianza en Dios que le hicieron muy feliz. Su ejemplo sirvió además para aumentar la congregación en la provincia donde vivía y para inspirar á las gentes fe en la virtud de la religión cristiana. En verdad este fué un caso inequívico de arrepentimiento sincero.

La confesión del pecado como prueba del arrepentimiento.—Otra prueba de la sinceridad del arrepentimiento es la confesión de los pecados, la cual debe hacerse primero á Dios en secreto; pero el pecador que quiere de veras ser salvo y disponerse á ello como conviene, necesita confesar en público sus faltas públicas y así proponer la renovación de su vida. Quien se resiste á ello no está del todo arrepentido, ni en disposición de que Dios le salve, dado el caso de que su resistencia á la confesión pública nazca de la cobardía moral. El que ante el mundo ha pecado, ante el mundo debe dejar su pecado y mostrar á sus antiguos malos compañeros que ya ha roto con el pecado. Duro parecerá esto; quizás el pecador se avergüence de que le vean sus amigos buscando la salvación de su alma, pero, ayudado de Dios, debe vencer, y vencerá toda cobardía y vergüenza si en verdad anhela ser salvo; no valdrá la pena el serlo, continuando en su debilidad, porque al fin le sería imposible perseverar en la religión. Cual sea la forma ó manera de hacer esa confesión pública, importa poco; lo necesario é imprescindible es hacerla.

En nuestro humilde juicio, el mejor modo es acercarse al barandal y arrodillarse junto á él mientras los hermanos oran por nosotros y nos instruyen. La angustia y el rubor sufridos por el penitente en la declaración pública de su culpa, y en los momentos de suplicar el perdón, han sido para muchas almas arre-

pentidas la puerta del paraíso y el principio de una verdadera y gozosa conversión. El deber de confesar en público no ha de trocarse en tormento de la conciencia, mas en nuestros días es más peligroso y frecuente facilitarse hasta el extremo de que ni el pecador sufre la menor violencia en decir su pecado, ni la leve impresión que en ello experimenta le sirve en adelante de provechoso recuerdo. El dolor santo, el arrepentimiento y la confesión no son ejercicios fáciles y leves para el alma pecadora; Dios los impuso penosos con el fin de despertar al pecador y conmoverle hasta lo más íntimo de su corazón.

Valor de un arrepentimiento profundo.—Sólo cuando esta obra preliminar de la gracia es íntima, sincera y radical, es también firme, completa y salvadora la conversión que lo sigue. El problema actual no es persuadir á los pecadores que se incorporen y hagan miembros de una iglesia visible, sino revelarles claro la culpabilidad de su pecado y la horrenda ruina á que los precipita; y conseguir que se arrepientan de la transgresión y la abandonen para que sean salvos. El mayor perjuicio que tal vez se puede hacer á un pecador es apresurar su entrada en la iglesia antes de que tenga ideas exactas del pecado y haya sentido el arrepentimiento y posesionádose de la salvación.

Por sabido se calla que hacer confesión pública de los pecados no significa mencionar en detalle las transgresiones que se hayan cometido; lejos de ser

esto necesario, sería en muchos casos impropio y aun nocivo. Quiere decir simplemente que el pecador debe mostrar al mundo, de una manera pública y adecuada, de palabra ó de hecho, que ha renunciado el pecado y tiene el propósito de llevar una vida nueva.

Diferencia entre el arrepentimiento legal y el evangélico.—Solían antes los teólogos distinguir dos géneros de arrepentimiento, el legal y el evangélico. Así definían el primero: "El disgusto y pesar que siente una persona después de hacer algo que no debía haber hecho." Cuando Judas vió que habían condenado á Cristo, se dice que se arrepintió de lo que había hecho. (Mateo 27.3.) Se afligió mucho en su mente y pesóle su acto. Pero este arrepentimiento se debe al miedo del castigo que amenaza, y no al aborrecimiento que se debe tener al pecado; como cuando un malhechor sufre por sus crímenes, y reflexiona con pesar sobre su conducta, su dolor no es un acto santo, sino que procede de un principio egoísta, y puede existir juntamente con un amor al pecado tan grande como el que tenía antes, y concentrarse enteramente en sí mismo. Puede sentir dolor por los crímenes que le han acarreado el castigo y, sin embargo, no pesarle haber ofendido á Dios con ellos."

El arrepentimiento evangélico es "la gracia salvadora que el Espíritu Santo produce en el alma, debido á la cual el pecador se da cuenta de sus pecados y se duele de ellos; se siente consternado y humillado ante

Dios con motivo de ellos, no tanto por el castigo á que le han expuesto, como por haber deshonrado y ofendido á Dios, violado sus leyes, y manchado y ennegrecido su propia alma: á este pesar, que procede del amor á Dios, acompañan el aborrecimiento del pecado, amor á la santidad, resolución firme de abandonar toda transgresión, y esperanza del perdón y de la gracia por los méritos de Cristo." Estas dos clases de arrepentimiento son en substancia lo mismo que en otra parte hemos definido como dolor santo y dolor mundano.

El arrepentimiento de Dios.—"Las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamentos representan con frecuencia á Dios como movido por el dolor, arrepentimiento ó enternecimiento de haber permitido ó resuelto ciertas cosas. Se dice que se arrepintió de haber creado al hombre, viendo los extremos á que había llegado su maldad. (Génesis 6.6.) En otro lugar leemos que le pesó haber puesto á Saúl por rey sobre su pueblo. (1° de Samuel 15.11.) Esto no quiere decir que Dios se haya dolido de haber hecho algo malo, ni que se haya arrepentido de haber dado un paso en falso, como sucede con los hombres cuando perciben que han cometido un error. En este sentido Dios no puede arrepentirse, pero sí cambia algunas veces de conducta para con aquellos que le han sido infieles y, después de haberlos tratado con misericordia, los corrige con severidad, como si se arrepintiera de lo que ha hecho antes en su favor. Se dice también que Dios se arre-

piente del mal que estaba por infligir, cuando, movido á compasión hacia los miserables pecadores, ó enternecido por sus oraciones, mitiga la pena de sus culpas, ó no ejecuta las amenazas dirigidas contra ellos; y así leemos en los Salmos, por ejemplo, que se arrepiente conforme á la muchedumbre de sus miseraciones. (Salmo 106.45; véase también Jeremías 18.8.)"

Esta manera de hablar de Dios, representándole como si se arrepintiera de lo que hace, se llama en la teología antropomorfismo; es decir, hablar de Dios como si fuera hombre. Hablando con propiedad, Dios no cambia; sus sentimientos y actitud para con el pecado y los pecadores son siempre los mismos: aborrece y condena la transgressión, y esto constante y uniformemente; pero se indigna contra los hombres y los condena sólo en cuanto son pecadores y permanecen en el pecado. Cuando el hombre se aleja del pecado, se convierte y practica lo justo y bueno, pasa de la condenación divina al favor divino, y roconoce que Dios ya no le aborrece, antes le ama, suele hablar de lo ocurrido como si Dios hubiese cambiado, cuando en realidad el cambio moral se ha efectuado en él mismo. Hablando del sol, unas veces decimos que alumbra, y otras que ya no brilla; que sale y que se pone, como si fuese el sol el que cambia, cuando en realidad no es así; las variaciones en la luz del sol se deben á la posición de la tierra y á su atmósfera, pero en ningún sentido al sol.

De igual modo los antiguos escritores sagrados hablaron de Dios como si cambiara ó se arrepintiera; pero un análisis rígido de lo que aconteció muestra que el verdadero cambio moral se efectuó en los hombres y no en la Divinidad. El sol del amor y favor divinos brilla siempre en la tierra de la inocencia, de la virtud y de la justicia; mas hay otra tierra en que las nubes densas del pecado excluyen esa luz y amor y aun las convierten en condenación é ira. Al pasar el hombre de esta tierra á esa otra, de una vida pecaminosa á la de justicia, representa á Dios como si se arrepintiera y hubiese un cambio en su actitud hacia él y en su manera de tratarle. Esto no es real; el único arrepentimiento verdadero y cambio moral que se ha efectuado ha sido en el hombre.

El arrepentimiento á la hora de la muerte.—No debiérase alentar á nadie de antemano con la perspectiva del arrepentimiento á la última hora, ni tampoco desanimarle cuando ésta es lo único que le queda al pecador moribundo. La mayoría de los que recobran la salud después de haber experimentado tal arrepentimiento, olvidan pronto sus votos y vuelven á sus hábitos pecaminosos, lo cual parece indicar que pocos arrepentimientos á la hora de la muerte son verdaderos y salvadores. Si tenemos el privilegio de poder hablar á los pecadores moribundos del ladrón penitente á quien Cristo salvó en la cruz, mostrándoles que puede salvarse un pecador aun al borde del sepulcro,

tenemos á la vez el deber de exhortar á cada uno de los miles de pecadores que gozan de buena salud, á que no vivan ni mueran como vivió y murió el otro ladrón, sin arrepentirse, sin Dios y sin esperanza. "He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salud."

Estímulos divinos al arrepentimiento.—En la Sagrada Escritura abundan las exhortaciones é incentivos al arrepentimiento. "Así, pues, deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos: y vuélvase á Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro el cual será amplio en perdonar." (Isaías 55.7.) "Vivo yo, dice el Señor Jehová, que no quiero la muerte del impío, sino que se torne el impío de su camino y que viva. Volveos, volveos de vuestros caminos, y ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?" (Ezequiel 33.11.) Terribles son aquellas palabras del Señor: "Si no os arrepintiereis, todos pereceréis asimismo," pero también dijo: "No he venido á llamar justos, sino pecadores á arrepentimiento;" y Él no quiere que "ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento." "Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos á nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad."

Todo lo que el Padre me da, vendrá á mí.—Juan 6.37.

Pecador, ven al dulce Jesús,
Y feliz para siempre serás;
Que según le quisieres tener,
Al divino Señor hallarás.
Ven á él, pecador,
Que te espera tu buen Salvador.

Si cual hijo que loco pecó,
Vas buscando á sus pies compasión,
Tierno Padre en Jesús hallarás
Y tendrás en sus brazos perdón.
Ven á él, pecador, ...

Si de enfermo te sientes morir,
Él será tu doctor celestial,
Y hallarás en su sangre también
Medicina que cura tu mal.
Ven á él, pecador, ...

Ovejuela que huyó del redil,
Da balidos al buen Salvador,
Y en los hombres llevada serás
De tan dulce y amante Pastor.
Ven á él, pecador,
Que te espera tu buen Salvador. Amén.

—*P. Castro.*

X

LA FE SALVADORA

"Es menester que el que á Dios se allega, crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan." (Hebreos 11.6.)

"Estas señales son escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengáis vida en su nombre." (Juan 20.31.)

"Si confesares con tu boca al Señor Jesús, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo, porque con el corazón se cree para justicia; mas con la boca se hace confesión para salud." "La fe es por el oir, y el oir es por la Palabra de Dios." (Romanos 10.9, 10, 17.)

"Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo." (Hechos 16.31.)

"Por gracia sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios" (Efesios 2.8.)

"Si puedes creer, al que cree todo es posible." "El que creyere y fuere bautizado, será salvo: mas el que no creyere, será condenado." (Marcos 9.23; 16.16.)

"Para que vuestra fe no esté fundada en sabiduría de hombres, mas en poder de Dios." (1a Corintios 2.5.)

El arrepentimiento es el precursor de la fe y riega con lágrimas su senda entera. El arrepentimiento lee la ley y llora; la fe lee el Evangelio y halla consuelo. El arrepentimiento ve á Moisés que con rostro severo desciende del Sinaí, llevando en sus manos las tablas despedazadas del Decálogo; la fe mira á Jesús que sube al Calvario llevando á cuestas la cruz en que ha de ser sacrificado para redimir al mundo.

La fe radica en una revolución llamada arrepentimiento: esta palabra significa en el griego un pensamiento posterior, un cambio de mente después de reflexionar. Mas cuando se toma en cuenta el objeto en que se fija el pensamiento y respecto del cual fórmase ese nuevo criterio, se ve muy á la claras que no se trata de un juicio simplemente intelectual, sino acompañado de cierto afecto de dolor y vergüenza, causado por el convencimiento claro de la perversidad actual y de la desesperación á primera vista irremediable. Sin embargo, el alma en tal estado, esfuérzase por huir buscando un rayo de esperanza; apóyase al efecto en la idea anunciada de una próxima regeneración del hombre por el poder divino, y en alas de estos altísimos pensamientos déjalo todo y se lanza en lo que Romanes llama "el experimento de la fe."—*R. J. Drummond.*

Para poseer autoridad, el hombre debe tener un credo bien definido: debe saber lo que cree, y creerlo con toda su alma. Puede tener sentimientos y simpatías muy liberales, y estar libre de todo fanatismo, pero su credo ha de ser como una corriente profunda y clara fluyendo entre sólidas riberas, de otra suerte se convertirá en un pantano ó lavajo. Las grandes fuerzas motoras no se producen en lagunas explayadas, sino en corrientes como la del Niágara, encauzadas entre largas y estrechas canales de peñascos.—*J. Spencer Kennard.*

He aquí los términos más naturales con que se expresa desde luego la verdadera fe en Cristo: Deseo ser como Él fué; llevar una vida como la que Él llevó; poseer un carácter como el suyo; alcanzar las mismas perfecciones y la misma bienaventuranza que le son propias. Pueden los hombres aceptar el credo que mejor les plazca, pero si no sienten estos deseos en su corazón, no tienen fe en Cristo.—*Lyman Abbott.*

CAPÍTULO X

LA FE SALVADORA

Cierto teólogo distinguido ha dicho: "No debemos perder el tiempo en explicar lo que no necesita explicación; y esto sucede tratándose de la naturaleza de la fe. Quéjanse con frecuencia los hombres de que no comprenden lo que es creer, pero muchas veces esa queja no es sino un pretexto para rechazar la fe ó aplazar el asunto; la verdadera dificultad en todos estos casos consiste en la falta de disposición para creer. Las explicaciones más minuciosas no vencen esta indisposición, antes pueden sugerir al investigador sincero la idea de que existe algo muy misterioso y difícil de comprender en la fe, cuando en realidad ésta es tan simple que no necesita explicación alguna. Nuestro deber principal es enseñar al pueblo *lo que* ha de creer y *por qué* ha de creer, no *cómo* ha de creer."

Naturaleza de la fe.—No obstante esta afirmación, que es muy cierta en parte, estamos seguros de que muchos pecadores que buscan la salvación, y sin embargo confiesan tener dificultad en comprender lo que es la fe salvadora, son sinceros y leales, y que sus ideas vagas é inciertas deben atribuirse no tanto á los esfuerzos inútiles y confusos de los que han tratado de explicarles la naturaleza de la fe, como á la total

falta de explicaciones. "La fe viene por el oir, y el oir por la Palabra de Dios."

Debemos explicar no sólo lo que se ha de creer, sino también qué cosa es creer. "Agradó á Dios salvar á los creyentes por la locura de la predicación;" y Jesús, el "autor y consumador de la fe," en la misión última que dió á sus Apóstoles, asignóles por tema: "Id por todo el mundo; predicad el Evangelio á toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado." Y el último aserto que hace San Juan con respecto á su Evangelio es igualmente cierto en su aplicación á todo el contenido del Nuevo Testamento: "Estas *cosas* son escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengáis vida en su nombre."

El que quisiera explicar á otros esta doctrina tan vital é importante de la religión cristiana debería tener un conocimiento tanto intelectual como experimental de la fe que salva; y quien deseara esa explicación sobre la naturaleza de esa fe, sería preciso tuviese muy presente desde un principio, que es asunto del corazón no menos que del entendimiento, y que no hay explicación razonada, por clara y evidente que aparezca, capaz de conducir por sí sola á la salvación. Las condiciones de la fe que salva son morales lo mismo que intelectuales. Pero aunque esto es indudable, no por eso debemos concluir ser superflua una expli-

cación razonada de la fe, ni tampoco indiferente el que los pecadores arrepentidos la comprendan ó no. "Conforme á vuestra fe os sea hecho," significa que la fe es la medida del hombre.

La fe en su relación con el entendimiento.—Como acto intelectual, la fe puede definirse en su forma más sencilla, "una creencia que se funda en lo evidente." Creer sin tener evidencia de lo que se cree, es credulidad, no es fe, y lejos de exigirla el Cristianismo como condición para ser salvos, la rechaza como indigna y falsa fe. Dios nos ha dotado no sólo de la facultad de creer, sino también de la razón, y no puede existir una creencia intelectual y salvadora en el Evangelio sin el ejercicio simultáneo de ambas facultades. Oficio de la razón es juzgar de la evidencia; oficio de la fe es creer en lo evidente. La clase de evidencia que se requiere á fin de ejercer propiamente la fe depende de la naturaleza de lo que se cree. La fe histórica requiere evidencia histórica; la fe moral, evidencia moral; la fe intuitiva, evidencia intuitiva; la fe espiritual, evidencia espiritual; y la fe sobrenatural, evidencia sobrenatural.

El hecho de que el Cristianismo no demuestra sus verdades con evidencia matemática, no autoriza la afirmación de que nos exija una fe sin pruebas. Aceptar una verdad sobre el testimonio acreditado de los escritores inspirados, ó sobre el testimonio del Espíritu Santo á los espíritus humanos, no es, en verdad,

creer sin pruebas. Una verdad puede sobrepujar á la razón sin contradecirla: así sucede con muchas verdades que enseña la Sagrada Escritura. Esencia del racionalismo es negarse á creer una verdad porque no se comprende, y digno de notar es que los racionalistas no aplican este método irracional sino á las verdades religiosas y espirituales. Por otra parte, creer algo sin prueba alguna, ó tal vez contrario á la razón, es una credulidad supersticiosa que la religión cristiana no admite.

Relación de la fe con el arrepentimiento.—Mientras continúe la predicación del Evangelio, los pecadores que despierten de su letargo continuarán haciendo la misma pregunta que el carcelero de Filipos: "Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?" y la respuesta inspirada que dió el Apóstol será siempre la misma: "Cree en el Señor Jesús, y serás salvo." Este pasaje y el que se encuentra en Hechos 10.43, "Todos los que en Él creyeren, recibirán perdón de pecados," junto con otro (Romanos 4.3–5) en que se declara que la fe es contada por justicia, parecen indicar que la fe es la única condición de la salvación.

Leídos aisladamente, otros pasajes parecen significar que el arrepentimiento es la única condición. Y así leemos en Hechos 3.19. "Arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados." Se representa á Juan el Bautista y á Jesús predicando y diciendo, "Arrepentíos, que el reino de los cielos se

acerca," como si esto fuera todo el Evangelio; y de los Apóstoles leemos que "saliendo, predicaban que los hombres se arrepintieran" (Marcos 6.12), cual si nada más fuese necesario para ser salvos. Hablando de la última comisión apostólica, dice San Lucas (24. 47), "que se predicase en su nombre el arrepentimiento y remisión de pecados en todas las naciones."

Otros pasajes hay en los cuales el arrepentimiento y la fe aparecen juntos como doble condición para ser salvo. San Marcos dice que Cristo predicaba y decía: "Arrepentíos y creed el Evangelio;" y éste no es sino las buenas nuevas de la salvación por medio de Él. Sabemos que el arrepentimiento no fué el único mensaje que predicó Juan el Bautista. No sólo exclamaba en público, "He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo," sino que, según nos refiere San Pablo, "bautizó con bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyese en el que había de venir después de él, es á saber, en Jesús el Cristo." (Hechos 19.4.) No existe contradicción alguna entre estas afirmaciones. Ningún penitente puede abandonar, ni abandonará nunca todos sus pecados, á no ser que tenga fe en Cristo. Sólo el pecador arrepentido que cree, puede sentir ese arrepentimiento del pecado y dejarlo por completo, lo cual da al arrepentimiento un significado salvador. De aquí es que el arrepentimiento, cuando se menciona como la única condición de la salvación, incluye siempre la fe del pecador arre-

pentido. Por otra parte, la fe que es "para la salvación," debe ir siempre precedida por el arrepentimiento, y esto se infiere siempre que la fe se presenta como medio indispensable. Si sólo quien cree es capaz de arrepentirse con sinceridad, sólo el que de veras se arrepiente puede tener la fe que salva.

Relación de la fe salvadora con Cristo.—No toda fe es salvadora; existe á veces en el alma una fe que nada influye en la parte moral. Por ejemplo, debemos creer en Dios y en su fidelidad: "Es menester que el que á Dios se allega, crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan," pero una fe puramente intelectual en la existencia de Dios y en su fidelidad, no es suficiente para salvar. Cristo dijo: "Yo soy la puerta: el *que por mí entrare será salvo*," y Él "puede también salvar eternamente *á los que por Él se llegan á Dios*." Tal vez todo lo que el Nuevo Testamento contiene respecto de la relación de la fe salvadora con Cristo y la salvación personal puede resumirse en estas palabras: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo." Puede existir la fe más ó menos acompañada, pero en el Nuevo Testamento jamás aparece separada de una Persona que es como su propio objeto; esa Persona es Cristo. De donde resulta que la fe salvadora es la firme creencia de que Cristo es el Hijo de Dios y la aceptación incondicional que debe hacerse de Él como Salvador personal nuestro. Estudie-

mos ahora lo que constituye en la persona y obra de Cristo el objeto específico de la fe salvadora.

Objeto específico de la fe que salva.—El objeto general de la fe cristiana es la Sagrada Escritura; mas el objeto particular y específico de la fe salvadora es indudablemente Cristo, cuya divinidad, muerte propiciatoria y resurrección acentúa el Nuevo Testamento siempre que menciona la fe en Él como medio necesario para la salvación. Numerosos pasajes del Nuevo Testamento enseñan claramente que la creencia en la divinidad de Cristo es un elemento esencial de la fe que salva: "Estas cosas son escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengáis vida en su nombre." (Juan 20.31.) "Y Felipe dijo: Si crees de todo corazón, bien puedes. Y respondiendo, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios." (Hechos 8.37.) "El que cree, no es condenado; mas el que no cree, ya es condenado, porque no creyó en el nombre del Unigénito Hijo de Dios." (Juan 3.18.) Más aun; la mirada del pecador arrepentido que cree para la salvación de su alma, debe fijarse en un Salvador que padece y muere crucificado: "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo aquel que en Él creyere, no se pierda mas tenga vida eterna." "Al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre," sin el derramamiento de la cual no puede haber remisión

de pecados. Entra también en la fe salvadora la creencia en la resurrección de Cristo: "Si confesares con tu boca al Señor Jesús, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo." (Romanos 10.9.) "Jesús, el Hijo de Dios," "Jesucristo, y á éste crucificado," "Jesús y la resurrección," son verdades que se acentúan al presentar á Cristo como objeto de la fe que salva.

Distinción entre la fe moral y la fe intelectual.—Existen dos clases de fe que es preciso distinguir muy bien: la fe *intelectual* y la fe *moral.* Aquélla es un simple producto de la inteligencia, y consiste en un asentimiento frío á las verdades reveladas sin aceptar á Cristo como Salvador personal, sin arrepentimiento y renuncia del pecado, y es, por consiguiente, una fe estéril en orden á la salvación. La segunda, ó la fe moral, por lo contrario, nacida no sólo del entendimiento, sino de la voluntad, es una unión verdadera y vital con Cristo, semejante á la del sarmiento con la vid, y generadora del rico fruto de justicia y de salvación. La primera da con frecuencia su asentimiento á las verdades del Cristianismo más bien por ser éstas las creencias de la gran multitud entre quien se vive, que por convicción real y personal. Fúndase la segunda en la propia experiencia, y no cree en Cristo y la Biblia porque otros crean, antes creería con la misma firmeza aunque todo el mundo fuera incrédulo.

De la fe puramente intelectual se dice: "Tú crees

que Dios es uno; bien haces; también los demonios creen y tiemblan." De la fe moral está escrito: "Con el corazón se cree para justicia; mas con la boca se hace confesión para salud." Es ésta una fe que "obra por la caridad," y "el que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo." Á Simón el Mago, á pesar de haber *creído*, dijo el Apóstol: "No tienes tú parte ni suerte en este negocio," pues estaba "en hiel de amargura y en prisión de maldad." De otros leemos que "creyeron para la salvación de sus almas." Considérase como "infiel" al que no tiene más fe que la intelectual, puesto que ésta no puede producir ningún cambio en su vida ni en su carácter. Mas todo aquel que con una fe llena de confianza acepta á Cristo como Salvador personal, renuncia todo pecado, y cambia de carácter, en virtud de la justificación y regeneración que ya posee.

Psicología de la fe que salva.—De la distinción anterior entre la fe intelectual y la fe moral, se colige que en el acto de la fe moral y salvadora se ejercitan igualmente las dos potencias superiores del espíritu, á saber, el entendimiento y la voluntad; el primero creyendo, la segunda confiando, decidiendo y aceptando. Un conocimiento cierto de Cristo y la fe en Él son absolutamente necesarios para la base intelectual de toda creencia verdadera (Romanos 10.13, 14), y éste es el acto de la inteligencia. Pero la confianza amorosa del corazón en las promesas de Cristo "que nos amó

y se dió por nosotros," es lo único que ayuda al pecador arrepentido á llegarse "con corazón verdadero, en plena certidumbre de fe," y le induce á poner en práctica esa volición suprema del alma con la que renuncia toda otra esperanza de salvación, y acepta á Cristo, y sólo á Él, como á su Salvador, hoy, mañana y para siempre. He aquí el acto de la voluntad.

En cierta ocasión acercóse á Jesús un hombre y le dijo: "Si puedes algo, ayúdanos, teniendo misericordia de nosotros." Y Jesús le respondió: "Si puedes creer, al que cree todo es posible;" es decir, "la cuestión no es si yo puedo hacer algo, sino si tú puedes creer; no depende de mi poder, mas de tu fe." "Y luego el padre del muchacho dijo clamando: Creo; ayuda á mi incredulidad." La fe meramente intelectual prescinde por completo del estado moral del individuo; la parte que la voluntad toma en la fe salvadora es lo que caracteriza á ésta y hace á uno responsable. La incredulidad, hija de la ignorancia, es meramente intelectual; pero esa otra que se manifiesta en el aborrecimiento de Cristo y de todo lo que Él enseña respecto del carácter y de la moral, la repulsa pertinaz de Él, y la persistencia en no someterse á su autoridad, ésta sí es pecado. Los auxilios sobrenaturales que el Espíritu Santo concede al hombre para que éste ejercite la fe, acrecienta más y más la maldad del escepticismo. Sin esta circunstancia la incredulidad tal vez no sería culpable.

Distinción entre los elementos divino y humano en la fe salvadora.—La fe que salva se obtiene sólo con la ayuda del Espíritu Santo, y la capacidad para creer es un don gracioso de Dios. "Por gracia sois salvos, por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios." Cuando Pedro hizo su memorable confesión de fe, cuyo relato se halla en el capítulo diez y seis del Evangelio según San Mateo, diciendo, "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente," el Señor le contestó: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás: porque no te lo reveló carne ni sangre; mas mi Padre que está en los cielos." Estos pasajes de la Sagrada Escritura nos enseñan que la fe es de Dios; pero hay otros muchos que muestran muy á las claras ser la libre voluntad del hombre la causa determinante de ella. "Conforme á vuestra fe os sea hecho;" "Tu fe te ha salvado; ve en paz;" "Sea hecho contigo como quieres;" "Si creyeres, verás la gloria de Dios;" "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo;" "El que no creyere será condenado." Terminantemente declara la Sagrada Escritura que somos responsables de nuestra fe ó incredulidad. Creer ó no creer las cosas puramente intelectuales puede ser asunto de evidencia y en el que, por consiguiente, la voluntad no tiene que decidir; mas no es así con respecto á la fe que salva.

La divinidad y encarnación de Cristo, su muerte propiciatoria y resurrección son hechos que se pueden investigar y aun deben aceptarse bajo el testimonio

de personas y escritos fidedignos (lo cual la inspiración divina no ha dejado de proveer); pero una vez resueltos este y otros semejantes asuntos cardinales, al agente moral le toca decidir si acepta ó rechaza á Cristo como Salvador personal. Por esta razón el Nuevo Testamento considera la incredulidal como pecado. "Cuando viniere el Espíritu Santo," dijo Cristo, "redargüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio: de pecado ciertamente, por cuanto no cree en mí." El pecador que permanece en su letargo sin arrepentirse, no quiere ver toda la malicia de su incredulidad; y la causa de que muchos de los que andan buscando la salvación por la fe, fracasan al parecer en su empresa es por no resolverse á dejar sus pecados. No sucede así al alma que de veras despierta y se arrepiente, la cual siente desde luego con dolor profundo todo lo culpable de la incredulidad que le ha hecho rechazar el amor de un Salvador. Su oración es: "Señor, creo; ayuda mi incredulidad." Á tal persona dice la Sagrada Escritura: "Cercana está la palabra, en tu boca, y en tu corazón. Esta es la palábra de la fe, la cual predicamos." (Rom. 10.8.) De todo lo cual se infiere que la fe es de Dios, mas también del hombre.

Definición de la fe que salva.—La fe salvadora es "una confianza firme y una certidumbre inalterable de que Dios nos ha perdonado nuestros pecados, y de que nos hemos reconciliado con Él; lo cual produce amor en

nuestros corazones y obediencia á sus santos mandamientos. Esta fe por el poder de Dios que reside en nosotros, nos purifica de la soberbia, de la ira, de los deseos impuros, de toda injusticia, de toda inmundicia carnal y espiritual, y luego nos inflama en un amor á Dios y al prójimo, más poderoso que la misma muerte, dándonos fuerzas é impulsándonos á ejecutar las obras de Dios, á sacrificarnos en bien de todos, y á sufrir con gozo por causa de Cristo, no sólo las burlas, el desprecio y el odio de los hombres, ó sea el "vituperio de Cristo," sino también todo lo que Dios en su sabiduría permite que inflija la malicia de los hombres ó de los demonios. Quien posea esta fe no es un semicristiano, sino un cristiano cabal."[1]

Expresión del arrepentimiento y voto de la fe.—El arrepentimiento y el voto de la fe, condiciones especiales para la salvación personal, pueden expresarse así: "Me arrepiento sinceramente de todos mis pecados y con la ayuda de Dios prometo abandonarlos. Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios y, confiando en la promesa divina de la salvación por su muerte propiciatoria, le acepto como á mi Salvador; y estoy dispuesto á seguir su ejemplo y á obedecerle."

Todo pecador que haya despertado de su letargo puede hacer este voto. ¿Lo hará en seguida? Este es el asunto que debe presentársele para que lo resuelva inmediatamente. Si es afirmativa su contesta-

---

[1] Sermón sobre el Casi Cristiano.

ción, estamos en el derecho de suponerle en posesión de la fe que salva, y que en efecto Dios le ha salvado en el acto por el amor de Cristo. Nada más necesita; inútil es hablarle ya del dogma de la Santísima Trinidad, de los credos de la Iglesia, ni de sus múltiples artículos de fe. No precisa por el momento entrar en cuestiones sobre la influencia de la fe en el desarrollo del carácter cristiano, ni sobre la necesidad de obrar uno la propia salvación final que ha de revelarse en el último día. Los credos eclesiásticos tienen su importancia; las buenas obras vendrán de suyo como fruto de la fe, y el carácter cristiano ha de desarrollarse como resultado y auréola de la misma; pero de pronto se trata sencillamente de aceptar á Cristo como Salvador de todo pecado y como dechado de toda santidad.

El objeto de la fe una Persona divina, y no un credo religioso.—De lo expuesto se ve claramente que la condición de la salvación es la fe en una Persona divina y no en un credo religioso. Los credos son importantes, y en cuanto contengan afirmaciones verdaderas y claras de las grandes doctrinas cardinales del Cristianismo que la Sagrada Escritura enseña, y que la razón humana y la experiencia cristiana confirman, han de ser siempre medios útiles para traer los hombres al conocimiento salvador de Cristo. Pero un credo puede convertirse en una fórmula sin vida, un símbolo ó sustituto de lo que uno cree realmente, en

vez de ser la expresión viva y genuina de su fe personal. En ese caso no es una fe verdadera, sino simple credulidad, la cual, como hemos visto, consiste en creer sin razón y sin pruebas, en apropiarse la fe de otro, y en ignorar por qué cree y aun si cree. Pero la fe personal consiste en creer aquello de que se tiene evidencia. Al paso que respeta las opiniones de otros, el creyente piensa por sí mismo, y dase cuenta del objeto y de los motivos de su fe.

Unióse á la Iglesia Católica Romana cierto individuo, dando por disculpa que este paso le ahorraba la molestia de pensar; asintiendo al credo de su Iglesia, ésta asumía toda la responsabilidad de la ortodoxia y eficacia salvadora de su fe, y pensaba por él. Es de temer que algunos protestantes no sean mejores que aquel hombre, pues para ellos el credo de su Iglesia sustituye á la fe verdadera, viva é inteligente por parte de ellos en vez de una expresión de lo que han aceptado después de madura reflexión. Una fe semejante es ciega é incapaz de perfeccionar ni aun corregir el carácter de nadie; mucho menos poderosa para crear grandeza de ideas y nobleza de vida. El mero asentimiento á un credo, por evangélico y ortodoxo que éste sea, no es fe. Más compatible es la fe con la duda sincera que con tal aceptación inflexiva de los credos. La creencia que salva el alma y desarrolla el carácter debe ser una fe personal é inteligente en la verdad vital y en una persona viviente, y no un sus-

tituto de la fe que ahorre al creyente la molestia de pensar por sí mismo.

Relación de la fe con el carácter.—Con frecuencia oímos decir á cierta clase de personas que acostumbran menospreciar la fe y ensalzar la conducta y el carácter: "Nada importa lo que el hombre cree, con tal que lleve una vida recta." "Hemos de probarle por lo que hace, y no por lo que cree," dicen ellos. "La vida, y no las creencias, determina lo que es el hombre." Ahora bien: semejante afirmación contiene de verdad precisamente lo suficiente para hacerla falaz y peligrosa: con una apariencia de verdad en la superficie, es en el fondo radicalmente errónea. Parece sostener la posibilidad de obtener un ideal elevado de carácter bajo cualquier tipo de fe, ó tal vez sin ninguna fe absolutamente; pero lo que el hombre cree es sin duda para él de la mayor trascendencia. Bien definida, la fe es el principio de la vida, y las buenas obras son el fruto de los pensamientos rectos y de las creencias verdaderas. Es absolutamente imposible que el hombre que no cree en la Biblia, en Dios, en Cristo, en la divina autoridad de la ley moral, ni en los premios y castigos en la otra vida, siga igual conducta y posea los mismos hábitos que el creyente. Todos los grandes santos de la tierra han sido creyentes, y han debido su grandeza moral á su fe.

Su fe hizo á Abraham el padre de los fieles por todas las generaciones y el fundador de la raza más no-

table que hubo entre las naciones antiguas por su carácter moral y sus hazañas; su fe lo que impulsó á José á preferir la pureza y el calabozo á la maldad y la libertad, y lo que convirtió su nombre en sinónimo imperecedero de la inocencia y de la virtud. Su fe constituyó el secreto del carácter y de la obra de Moisés, y le convirtió en libertador de su raza y legislador de las naciones; su fe hizo de Daniel el ejemplo más noble que existe de valor y fidelidad, y uno de los ministros de Estado más grandes que el mundo ha visto; su fe lo que hizo á Pablo realizar su grandiosa obra y lo que le transformó en el misionero más grande de cuantos han llevado el Evangelio á las naciones de la tierra. La fe que tenían "los pescadores de Galilea" los hizo "conmover al mundo." La fe hizo de Martín Lutero el gran reformador del siglo diez y seis, por el cual motivo la Iglesia se salvó de la superstición é inmoralidad que amenazaban destruir su existencia. La fe convirtió á Juan Wésley no sólo en uno de los discípulos más humildes del Señor, sino también en uno de los predicadores y reformadores más grandes de nuestros tiempos, y, á pesar de oposición y de persecuciones, ayudóle á iniciar una obra que parece estar destinada á influir en el mundo entero con sus doctrinas de la gracia libre y la salvación completa. La inspiración de las obras excelsas en los grandes hombres no tiene otro principio que la fe.

El carácter cristiano la corona de la fe.—Un hombre

sin fe es un hombre sin carácter. Un hombre que tiene una fe mala es un hombre de mala vida, peor carácter y pésima influencia. Un hombre con una fe tímida, débil, vacilante é incierta es un sér inconstante y pusilánime, semejante á las ondas del mar agitadas por el viento. La fe en el error guía naturalmente á una vida errónea; la fe en la verdad, á una vida consecuente; la fe en la virtud, á una vida santa; la fe en Cristo y la inmortalidad, á una vida cristiana, á la vida perdurable. Esta relación viva y causal de la fe con la vida y el carácter es lo que le da importancia en el sistema cristiano y en el plan de la salvación.

No se debe buscar la fe como fin de sí misma; la razón de su existencia es el logro seguro de dichos resultados. Si bien somos justificados solamente por la fe, esa fe justificadora no está aislada, sino que va acompañada y seguida por todas las buenas obras y por todos los frutos del Espíritu que en conjunto constituyen un carácter noble y una vida útil. En el gran día, cuando todos los corazones han de ser probados, éstas son las cosas que se escudriñarán, y no la fe. Cuando la religión cristiana cese de probar su naturaleza divina, produciendo un tipo elevado de hombres morales; cuando los que profesen tener fe no puedan al mismo tiempo mostrar un carácter sublime en prueba de la sinceridad de su profesión, entonces no habrá más necesidad de predicar la fe que ha sido una vez dada á los santos.

XI

CONFESANDO Á CRISTO

"El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta, alcanzará misericordia" (Proverbios 28.13.)

"Cualquiera pues que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo también delante de mi Padre, que está en los cielos. Y cualquiera que me negare delante de los hombres, le negaré yo también delante de mi Padre, que está en los cielos." (Mateo 10.32, 33.)

"Si confesares con tu boca al Señor Jesús, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia; mas con la boca se hace confesión para salvación." (Romanos 10.9, 10.)

"Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad." "Cualquiera que confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios está en él, y él en Dios." (1a Juan 1.9; 4.15.)

Confesar á Cristo es dar público testimonio de que, conforme á su declaración y á la verdad, Él es en efecto el verdadero Hijo de Dios y el Salvador del mundo. No basta conservar oculta esta convicción en nuestro espíritu, ni reconocerla por sí misma ó en la presencia de Dios y aun de hermanos que piensan como nosotros; es indispensable declararla ante el mundo, ora sean amigos nuestros ora enemigos; ya aprueben nuestra confesión, ya la reprueben; lo mismo entre reproches y peligros que en la serenidad y en la exención de la menor molestia. No basta que de nuestra conducta infieran los hombres que somos cristianos; debemos declarar abiertamente y en alta voz que lo somos. Tal confesión debe ser genuinamente sincera, puesto que los hechos externos sólo tienen valor cuando revelan el estado del corazón.—*Carlos Hodge.*

Reconocer á Cristo como Salvador nuestro es reconocernos pecadores á nosotros mismos. Esto es una cruz contra la cual la soberbia humana se rebela, pero que, llevada con humildad, abate y anonada nuestro orgullo. Si cuando estaba calentándose en el palacio del Sumo Sacerdote, Pedro hubiera confesado á Cristo, esa confesión no sólo le habría humillado, sino que le habría salvado. La confesión no sólo nace de la fe, sino que á su vez es ésta fortificada por aquélla; semejante al amor filial que se esfuerza en mantener á quien le dió el sér, hállase también hermosamente representada por los sarcillos que producen ciertas plantas, los cuales sirven á éstas para su sostén y perfecto crecimiento.—*El Obispo L. L. Hamline.*

La confesión de Cristo exigida por la Sagrada Escritura no consiste simplemente en una ceremonia especial, ni en un acto particular, sino que en general revela nuestra disposición para declararnos sus discípulos, y para conversar y obrar como tales en todas circunstancias y á toda costa. Hay muchos que después de haber confesado una vez públicamente á Cristo y contádose entre los suyos, le niegan á menudo por palabra y obra. Por supuesto es posible ser indiscreto confesándose ser uno cristiano en ocasión inoportuna; mas por cada uno que confiesa á Cristo fuera de tiempo, hay muchos cuyos ánimos se apocan cuando deberían hablar, y más todavía son los que le niegan con sus obras, por cierto más elocuentes que las palabras.—*John A. Broadus.*

CAPÍTULO XI

CONFESANDO Á CRISTO

HABIENDO tratado separadamente del arrepentimiento, de la fe y de sus mutuas relaciones, consideraremos ahora cierta doctrina que junta esos actos, y que se conoce con el nombre de confessión. Dos diferentes significados puede darse á esta palabra: el de *revelación del pecado*, y así es un verdadero elemento del arrepentimiento; y el de *público testimonio* de Cristo, siendo en este sentido un destello natural de la fe que salva. Si bien ya hémos señalado el lugar que la confesión ocupa en cada una de aquellas doctrinas, preferimos acentuar la importancia que tiene en la salvación personal, examinándola con mayor detención y esmero.

Distinción entre la confesión del pecado y la confesión de Cristo.—El profesar la religión cristiana comprende dos confesiones distintas: primera, la del pecado, y segunda, la de Cristo. Distinguimos estas dos confesiones, pero ellas andan siempre juntas, puesto que en el orden de la salvación personal nadie confiesa nunca su pecado si no anda buscando á Cristo como Salvador, ni nadie confiesa sincera y dignamente á Cristo sin haber hecho antes una humilde confesión de su pecado. Á la par que la religión personal es la vida de Dios en

el alma, vida que tiene un origen divino y que está divinamente sostenida, esa vida no se manifiesta en la celda de un ermitaño, sino á la faz del mundo.

El pecado no suele cometerse sin trascender al público; justo es, por tanto, y aun necesario que, al abandonar el hombre su pecado y al acercarse á Cristo, haga saber á todo el mundo su propósito de abandonar la vida pecaminosa que ha llevado, y de aceptar á Cristo como Salvador. Confiesa su pecado para dar á comprender á todos que, si bien ha incurrido en el pecado, ha reñido con él para siempre; confiesa á Cristo para que sepan todos que ya cree en Él como Hijo de Dios y le acepta como Salvador de sus pecados. Esta confesión de Cristo, precedida de la confesión del pecado y de la enmienda de vida, es lo que distingue del mundo á los creyentes y les da el nombre particular de "santos." Santos son los que se han separado del mundo y consagrado á Dios.

Dificultad de confesar á Cristo.—La confesión es una de las pruebas más inequívocas del carácter moral. Para los que viven en países cristianos, donde por lo general se tiene gran respeto á la religión, y en hogares cristianos, en los que se adora diariamente al Sér Supremo, confesar abiertamente á Cristo puede parecer cosa fácil. Pero no siempre ni generalmente es así. Á la verdad no ha sido intención de Dios imponer la confesión del pecado y la confesión de Cristo

como dos deberes sencillos y fáciles de cumplir. El pecador que sale con denuedo á la faz del mundo y confiesa sus transgresiones á pesar de una repugnancia extrema, y luego confiesa á Cristo en circunstancias que exigen grande firmeza de carácter y valor moral, tiene mayores probabilidades de llegar á ser un discípulo valiente y decidido de Cristo que si su pública confesión no requiriese ninguno de estos sacrificios y pruebas severas. Bien grande será por ventura para el nuevo cristiano la persecución y las burlas por parte de su antiguas camaradas á causa de su doble y heroica confesión, puesto que esas contradicciones tienden á completar su separación de un mundo de pecado y tentaciones, y á hacerle un cristiano más decidido y consagrado. Cuando la religión cristiana penetra en la esfera de la vulgaridad, y el pertenecer á la Iglesia se hace cuestión de moda, la Iglesia y la religión descienden al terreno de lo indiferente y en extremo peligroso. Los tiempos de persecuciones religiosas, durante los cuales tuvieron que sufrir la crítica y el vituperio de un mundo hostil los que confesaron á Cristo, fueron los períodos muy notables de la piedad, del heroísmo y del celo cristiano.

El valor de una buena confesión.—Nunca el carácter cristiano resplandece con mayor fulgor, ni ejerce tanta influencia en el orden moral como cuando muestra valor y amabilidad en presencia del escarnio, lo cual se cumple con mayor exactitud entre los cristianos

jóvenes. Los que con fortaleza confiesan su pecado y buscan á Cristo al principio de uno de esos llamamientos extraordinarios que la religión hace con el nombre de avivamientos, casi siempre llegan á ser modelos invencibles de cristianos y de gran provecho. Las reincidencias tan penosas que con frecuencia siguen á esos llamamientos populares, se encuentran por lo general entre cierta clase de convertidos que profesan la religión cuando ésta se practica como una especie de moda hasta por la gente del mundo.

El joven cristiano que, lejos del hogar paterno, permanece fiel á Cristo, lee diariamente su Biblía, y se arrodilla con toda reverencia para adorar á Dios, será probablemente objeto de las burlas de su compañeros perversos. Si, acobardado, niega á su Señor, pronto es tan malo como ellos; mas si conserva el valor moral y su fidelidad á Cristo, esos compañeros no sólo respetarán profundamente su religión, sino que probablemente muchos de ellos sentirán la influencia del buen ejemplo de suerte que ellos mismos llegarán á confesarse cristianos, y aun á seguir una vida verdaderamente ejemplar.

La primera noche que cierto niño pasó en una escuela de Inglaterra se arrodilló para orar según tenía la costumbre de hacerlo entre sus cristianos padres en su casa, acción piadosa que le atrajo las burlas de sus condiscípulos, llegando al extremo de que éstos lanzasen sobre él zapatos, almohadas, y cuanto encontra-

ron á la mano. La segunda noche repitió su misma posición en orar, y algunos de aquellos jovenzuelos persistieron en mofarse de él y tratar de interrumpir sus devociones. Llegó la noche tercera, y habiéndose el niño arrodillado de nuevo, dejáronle que hiciese en paz su oración; mas pronto uno de aquéllos agregóse á él, y luego otro, y no mucho después todos cuantos estaban en el dormitorio siguieron su ejemplo. Aquel jovencito fué más tarde el Deán Stanley.

Un soldado cristiano, de quien se burlaron sus camaradas en el campamento porque se arrodillaba para orar antes de acostarse, determinó hacer sus oraciones á la noche siguiente en silencio y después de haberse metido en la cama; y así lo hizo una noche; pero le remordió tanto la conciencia por su cobardía, que resolvióse á usar su acostumbrada manera de oración. Pronto cesaron de ridiculizarle aquellos relajados compañeros y, no satisfechos con respetar su religión, alabaron y siguieron su ejemplar conducta. Nadie puede ser cristiano "en secreto" y, al mismo tiempo, ser fiel á su Señor.

Ningún atributo del carácter cristiano infunde en el discípulo de Cristo tanta virtud para la práctica del bien como el valor moral, sobre todo cuando con él se juntan la modestia y la discreción. Por otra parte, no hay nada que destruya más eficazmente la influencia del cristiano ni que tanto deshonre á la religión como la cobardía moral. Sólo aquellos cristianos de since-

ra profesión que tienen el valor de confesar á Cristo en circunstancias difíciles, merecen el nombre de verdaderos discípulos. Habiendo llegado á oídos de Alejandro el Grande que un soldado de su ejército, que como él se llamaba, era tímido, le hizo comparecer en su presencia y ordenóle que depusiera su cobardía ó trocara su nombre. Todo aquel que profesa ser cristiano, pero que no tiene energía moral, debe abandonar su cobardía ó dejar de llamarse cristiano.

El valor moral como resultado y cierta condición de la salvación personal.—Es indudable que sólo aquellos que tienen el valor de confesar á Cristo públicamente, cueste lo que costare, le serán fieles, y que cuantos carecen de esa fuerza son del todo indignos de llamarse cristianos; pero de esto no se infiere que sea inútil todo esfuerzo en salvar á éstos. Merece la pena el procurar su salvación, porque cuando el pecador, destituído de valor moral, se somete al influjo de la divina gracia y es creado de nuevo en Cristo, tarde ó temprano adquirirá valor suficiente, pues no deja de ser éste una de las principales virtudes cristianas. Los que por naturaleza y por efecto de su pecado se acobardan con motivo de las burlas y persecuciones, pueden transformarse en héroes después de regenerados y en virtud de la divina gracia. Gloriábase Napoleón, genio guerrero de primer orden, de la posibilidad en tomar bajo su protección á cualquier individuo, quizá vagabundo despreciable, hez de la sociedad, y aun criminal condena-

do, persuadido aquel talento intrépido que de un sér tal sería capaz de formar un héroe dispuesto á pelear como si hubiese nacido valeroso soldado.

Mucho más hace Cristo: Al espíritu más débil y tímido por naturaleza ó por el pecado, que se une á las filas cristianas, Dios le infunde el Espíritu y dále el valor necesario para afrontar todas las vicisitudes de la vida. Antes de ser transformada su naturaleza por la gracia y de quedar sus almas imbuidas en el espíritu del Maestro, muchos de los más nobles héroes de la cruz eran esclavos pusilánimes del pecado, los cuales sabían discernir lo bueno, mas no tenían valor de practicarlo. Misión propia de nuestra religión es infundir santas energías en los que de ellas carecen.

El valor fruto del Espíritu lo mismo que el arrepentimiento y la fe.—Tal vez diga alguno ser contradictorio é inconsecuente afirmar que el valor moral es á la vez condición y resultado de la salvación personal; pero tal contradicción es aparente y no verdadera, pues lo mismo puede decirse de casi todos los frutos del Espíritu. El arrepentimiento es una condición de la salvación y, sin embargo, ¿quién se arrepiente con más sinceridad, quién se aleja del pecado con mayor aborrecimiento y dolor santo que el que ya está libre de su transgresión? Es la fe una condición de la salvación y, sin embargo, es también fruto del Espíritu. La vida es á la vez una condición y un resultado del comer, beber y pensar. "El poder por la

gracia" que reciben todos los pecadores redimidos, facilita el ejercicio de todas estas facultades y el cumplimiento de todas las condiciones necesarias para la salvación; pero el fin más elevado del poder concedido al pecador es obtener la salvación personal, es llenar las condiciones de la justificación y regeneración.

Confiere ese cambio poderoso una habilidad más grande para ejercitar con mayor frecuencia y en grado más elevado virtudes como la fe, la caridad y el amor que, antes de la regeneración, sólo podían practicarse en ínfimo grado. En cierto sentido, todo lo bueno que hay en la naturaleza humana no regenerada se debe á la gracia y es resultado de la obra propiciatoria de Cristo: la posibilidad del bien en el estado no regenerado es sumamente limitada. Sólo después de unirse con Dios por medio de una fe viva y salvadora, puede el alma poseer y ejercer en el grado más elevado todas las virtudes.

Necesidad de la confesión.—Declara la Sagrada Escritura ser la confesión de Cristo ante los hombres esencial á la salvación. Si uno cree en Cristo y no tiene valor de confesarle, su fe no le puede salvar. Y así leemos que en los días de la vida humana de Cristo "aun de los príncipes muchos creyeron en él; mas por causa de los fariseos no le confesaban, por no ser echados de la sinagoga: porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios." (Juan 12.42, 43.) Ni hay mayor esperanza de la salvación final

cuando uno profesa tener fe en Cristo y, al mismo tiempo, se niega, por otras razones además del temor, á confesarle públicamente y á unirse con el pueblo de Dios. "Cualquiera, pues, que me confesare delante de los hombres," dijo el Señor, "le confesaré yo también delante de mi Padre, que está en los cielos. Y cualquiera que me negare delante de los hombres, le negaré yo también delante de mi Padre, que está en los cielos." (Mateo 10.32, 33.) "El que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adulterina y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando viniere en la gloria de su Padre con los santos ángeles." (Marcos 8.38.) San Pablo dice de esta manera: "Si confesares con tu boca al Señor Jesús, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo: porque con el corazón se cree para justicia; mas con la boca se hace confesión para salud." (Romanos 10.9, 10.) "Si negáremos, él también nos negará." (2ª Timoteo 2.12.) No pone, pues, la Sagrada Escritura otra condición más clara que ésta para ser discípulo de Cristo. Si no le confesamos ni le reconocemos como nuestro Salvador, Él no nos confesará ni nos reconocerá como sus discípulos. Si nos avergonzamos de Él y no queremos sufrir en caso necesario el vituperio por amor suyo, entonces Él también se avergonzará de nosotros.

La confesión como condición del perdón.—Cierto rey invitó á un huésped distinguido á que le acompañase

en una visita de inspección á la real cárcel donde estaban presos muchos criminales. Al entrar en la prisión, díjole el rey á su visitante que iba á hacer memorable aquella ocasión, permitiéndole escogiese á uno de los presos, después de conversar con todos ellos, para ser indultado. Como este señor pidiese en turno á cada uno de los presos le contara algo del crimen porque estaba encarcelado, todos protestaron ser enteramente inocentes. Según parecía, todos eran víctimas de la calumnia y habían sido sentenciados injustamente. Uno dijo que cierto enemigo perverso le había hecho enjuiciar y salir convicto. Otro echó la culpa al juez, otro al jurado, otro á los abogados, otro dijo que era víctima de una infame conspiración; todos, al parecer, eran inocentes. Encaráronse por último con un preso en cuyo semblante se veían las señales del dolor y arrepentimiento. "¿Y por qué estáis aquí?" preguntóle el visitante. "Por mis muchos crímenes," contestó el preso. "Justamente me acusaron y sentenciaron; mi castigo no es más de lo que merezco. He pecado en contra de Dios y de los hombres y estoy recogiendo el fruto de mis iniquidades." "Á este hombre elijo para que reciba vuestro perdón," dijo al rey el visitante. "Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos á nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad."

Modos de confesar á Cristo.—Confesamos á Cristo cuando recibimos el bautismo cristiano y públicamente nos unimos á la Iglesia: como miembros de ésta continuamos confesándole cuando de tiempo en tiempo participamos de la Cena del Señor, conforme á su santa institución y mandato. Los sacramentos del Bautismo y la Santa Cena son los modos que Cristo mismo instituyó para que sus discípulos le confiesen hasta el fin del mundo. El joven convertido que cree poder ser tan justo y bueno fuera de la Iglesia como en su gremio, y que rehusa, por tanto, identificarse públicamente con alguna rama de ella, pone en grave peligro la salvación de su alma. Rara vez se da el caso, si es que alguna vez se da, de que tal persona permanezca fiel hasta el fin. El creyente cristiano necesita confesar públicamente á Cristo mucho más de lo que Cristo necesita esa confesión. Él es el que nos ha creado y redimido, el que sabe nuestras necesidades y ha mandado que en público le confesemos, no sólo una vez, sino constantemente, y que anunciemos su muerte hasta que venga.

¡HÉME AQUÍ, JESÚS BENDITO!

¡Héme aquí, Jesús bendito!
  Agobiado vengo á Tí,
Y en mis males necesito
  Que te apiades ya de mí.
No, no puedo con la carga
  Que me oprime sin cesar.
¡En mi vida tan amarga,
  Tan intenso mi pensar!

Por auxilio clamé en vano,
  Aunque lo busqué doquier:
Ni el amigo, ni el hermano
  Me han podido socorrer;
Pero Tú, Jesús, me invitas
  Con cordial solicitud,
Simpatizas en mis cuitas,
  Y me ofreces la salud.

Héme, pues, en tu presencia;
  Líbrame de mi ansiedad:
Que es tan grande tu potencia
  Como es grande tu piedad,
Y jamás han ocurrido
  Sin buen éxito á tu amor,
Por consuelo el afligido,
  Por perdón el pecador.

—*J. B. Cabrera.*

XII

LA JUSTIFICACIÓN

"¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?" (Marcos 2.7.)

"Siendo justificados gratuitamente por su gracia, por la redención que es en Cristo Jesús. . . . Al que no obra, pero cree en aquel que justifica al impío, la fe le es contada por justicia. Como también David dice ser bienaventurado el hombre al cual Dios atribuye justicia sin obras, diciendo: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón al cual el Señor no imputó pecado. . . . Justificados pues por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo." (Romanos 3.24–5.1.)

"Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos: y vuélvase á Jehová, el cual tendrá de él misericordia; y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar." (Isaías 55.7.)

"Perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado." (Jeremías 31.34.)

¿No crees que Dios ha de perdonarte cuando te arrepientes, habiéndote dado gracia para arrepentirte?—*San Ambrosio.*

Cuando los jueces de la antigua Roma absolvían á los reos presentados en sus tribunales, solían terminar el expediente de cargos con la letra A, para designar la palabra *Absolvimus*, absolvemos. Si los creían culpables, escribían entonces la letra C, *Condenamus*, condenamos. Pero cuando la causa era difícil y dudosa, escribían N. L., *Non liquet*, "no nos consta," el cual término equivale al *Ignoramus* de nuestra ley común, que los jueces escriben en el expediente de la acusación cuando, por ser la evidencia incompleta, no pueden determinar si la parte acusada es inocente ó culpable.

No pasa así con el Dios omnisciente á quien tenemos que dar cuenta de nuestros hechos. No ignora los muchos pecados con que diariamente le provocamos; sabe que somos pecadores perversos, miserables y culpables, y muy bien puede escribir la palabra *Condemno*, y sentenciarnos al lugar del tormento con Satanás y sus ángeles. Tal es, sin embargo, su misericordia para con los pobres pecadores arrepentidos, que los invita á dejar su pecado y ruégales se acojan á Él para mostrarles su favor; está siempre pronto á perdonarles sus ofensas y á escribir la palabra *Absolvo*, en vez de *Condemno*—"Confía, hijo, tus pecados te son perdonados."

Sola fides justificat, sed fides non est sola.—Sólo la fe justifica, mas la fe no está sola.—*Melanchton,*

CAPÍTULO XII

LA JUSTIFICACIÓN

El pecador que, habiendo despertado de su letargo, se arrepiente y acepta á Cristo por la fe como su Salvador personal, ha hecho cuanto está de su parte por salvarse. Estas son las dos condiciones para la salvación que los hombres han de cumplir. Pasamos ahora á considerar la parte que Dios toma en la salvación del individuo.

Distinción entre la justificación y la regeneración.—El acto divino en la salvación de los hombres consiste en (1) la justificación del pecador arrepentido y (2) la regeneración del creyente. Son la una y la otra tan exclusivamente obras de Dios, que bien puede afirmarse no tener el hombre parte alguna ni en su justificación ni en su regeneración, si se exceptúa el cumplimiento de las condiciones impuestas por Dios al efecto, y aun eso ayudado de fuerzas divinas. "¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?" "¿Quién acusará á los escogidos de Dios? Dios es el que los justifica. ¿Quién es el que los condenará?"

Tratemos ahora sólo del primer elemento de la salvación, esto es, de la justificación, dejando la regeneración para tema del capítulo siguiente. Notemos, sin embargo, que cuanto se refiere á las relaciones del

hombre con el gobierno y la ley de Dios, con su pecado actual ó transgresión voluntaria de la ley de Dios, y con su culpabilidad, por la cual merece el castigo, concierne á su justificación y no á su regeneración; mientras que la naturaleza pecaminosa, el pecado inherente que afecta la naturaleza moral, produciendo una tendencia hacia el pecado actual (ora sea ésta heredada, ora sea adquirida), es asunto que concierne á su regeneración y no á su justificación. En otras palabras: La justificación es lo que Dios hace *por* un pecador arrepentido, levantando la sentencia que por sus pecados pasados había merecido; mientras que la regeneración es lo que Dios efectua *en* él, destruyendo el dominio de esa tendencia al pecado é infundiéndole de una manera divina un poder espiritual y una inclinación hacia la santidad. "Él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad."

Definición de la justificación.—Puede definirse la justificación como "el acto de la gracia libre de Dios con que nos perdona todos nuestros pecados y nos acepta como justos en su presencia, sólo por amor de Cristo." "Según las Escrituras, la idea lata y sencilla que de la justificación se desprende es la del perdón, de la remisión de los pecados. Es aquel acto de Dios Padre, por el cual, mediante la propiciación hecha por la sangre de su Hijo, manifiesta su justicia con la remisión de los pecados pasados." (Wesley.)

La justificación en el Antiguo Testamento.—La palabra más usual con que en el Antiguo Testamento se designa esta doctrina es "perdonar." Y así la plegaria del Salmista (25.11) es: "Por amor de tu nombre, oh Jehová, perdonarás mi pecado; porque es grande." La exhortación de Isaías (55.7) dice: "Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos; y vuélvase á Jehová, el cual tendrá de él misericordia; y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar."

Proveyóse en el Antiguo Testamento para los pecados de todos (Levítico 4.35) que "hiciera el sacerdote expiación de su pecado que había cometido, y sería perdonado." Jeremías (31.34) dice que Dios no sólo perdonará, sino que también olvidará. "Porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado." Cuando un hombre dice á su prójimo, "Yo te perdono la injuria que me has hecho, mas no la olvidaré nunca," podemos colegir que su perdón no es sincero ni cabal. Quien declara fervorosamente que perdonará y olvidará á la vez, afirma de una manera elocuente que su perdón es sincero y de corazón.

Sinónimos de la palabra "justificación" en el Nuevo Testamento.—"Tus pecados te son perdonados," eran las palabras sencillas á la vez poderosas que el Señor usaba al librar del yugo de Satanás á las almas arrepentidas. Su postrer mandamiento fué "que se predicase en su nombre el arrepentimiento y la remisión de pecados en todas las naciones." Hablando del pu-

blicano que acababa de orar, "Dios, sé propicio á mí, pecador," dijo que "éste descendió á su casa justificado." "Seaos pues notorio, varones hermanos," decía San Pablo en Antioquía, "que por éste os es anunciada remisión de pecados; y que en éste es justificado todo aquel que creyere." "Mas al que no obra, pero cree en aquel que justifica al impío, la fe le es contada por justicia, como también David dice ser bienaventurado el hombre al cual Dios atribuye justicia sin obras, diciendo: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón al cual el Señor no imputó pecado." (Romanos 4.5–8.) Cristo "fué entregado por nuestro delitos, y resucitado para nuestra justificación." (Romanos 4.25.) "Justificados pues por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo." (Romanos 5.1.) "Á éste ha Dios ensalzado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar á Israel arrepentimiento y remisión de pecados." (Hechos 5.31.) "En el cual tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados por las riquezas de su gracia." (Efesios 1.7.) "Siendo justificados gratuitamente por su gracia, por la redención que es en Cristo Jesús." (Romanos 3.24.) "Y ser hallado en él, no teniendo mi justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe." (Filipenses 3.9.) Con el uso de muchos términos sinónimos ó equiva-

lentes, tales como "perdón," "remisión de pecados," "cubriendo el pecado," "borrando los pecados," "no imputando el pecado," "imputando la justicia," "la fe contada por justicia," la Sagrada Escritura hace muy claro el significado de la palabra "justificación." Usados de este modo, dichos términos se explican mutuamente.

Justificación, término más significativo que perdón.—Tal vez pregunte alguno: Si la justificación significa simplemente perdón, ¿por qué la Sagrada Escritura y la teología cristiana, para expresar la doctrina de que tratamos, no emplean el término "perdón," más fácil, en vez de "justificación," menos inteligible? La respuesta es muy sencilla. En cuanto se relaciona á la salvación inmediata de un pecador, la idea cardinal é importante de la justificación es el perdón; pero si se considera esa salvación con relación á todo el plan para la redención, el término "justificación" es más exacto y expresivo.

El adjetivo "justo," los nombres "justificación" y "justicia," y el verbo "justificar" son todos variaciones de la misma palabra, y acentúan el hecho de que el método de Dios para salvar á los pecadores es no solamente misericordioso, sino también justo por excelencia. El perdón, según puede comprobarse por la experiencia, es algo que se hace, no ya con arreglo á la ley, sino por encima de ella, y aun algunas veces en oposición á la ley y á la justicia. Es el acto del

gobernante ó jefe del poder ejecutivo, que no obra bajo ni conforme á la ley y justicia, sino más bien á impulsos de la clemencia y misericordia. No así la justificación; es ésta un método de perdonar que se relaciona con la justicia no menos que con la misericordia. Dios Padre obra aquí como Juez; pero Jesucristo ha satisfecho plenamente con sus padecimientos y muerte las exigencias de la ley, cuyas nuevas y graciosas condiciones se cumplen mediante el arrepentimiento y la fe del pecador.

La justificación por la fe es, pues, un método de salvación que declara "la justicia de Dios por la fe en Jesucristo para todos los que creen en él," y muestra cómo Él puede ser "justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús." Así que "la gracia reina por la justicia." Decir, como se dice comúnmente en teología, que la palabra "justificación" es un término "forense," no sólo significa que es algo hecho *por* nosotros, á distinción de la enseñanza romanista de que es algo hecho *en* nosotros, sino también entraña la idea de que cuando Dios perdona al pecador obra con arreglo á la ley. Esto, sin embargo, es muy diferente de afirmar que el pecador se salva "por la ley," por un sistema de "justicia legal."

"La bendición de que se trata confiérese al género humano de tal manera que se pone de manifiesto la rectitud ó justicia de Dios con la misma claridad que su bondad y misericordia." "El perdón puede ser

un acto de pura misericordia, no sólo prescindiendo de la justicia, sino aun violándola en sus mismos principios. Es cierto que la justificación es un acto de misericordia, pero de la misericordia en armonía con la justicia y á ésta subordinada. La misericordia perdona, la justicia justifica." (Hare.) "La justificación es superior al perdón. En el ejercicio de una soberana prerrogativa, perdonar es desistir de la pena que la ley impone; justificar es declarar que no se ha prescindido de las exigencias de la ley, sino que éstas quedan satisfechas. El perdón es un acto soberano; la justificación un acto judicial." (Hodge.)

La justicia no imputada.—Error es el afirmar que la justicia de Cristo se impute al creyente electo en su justificación. Las Sagradas Escrituras no dicen tal cosa. Puede explicarse satisfactoriamente el sentido de la frase teológica "la imputada justicia de Cristo;" mas para la mayoría de los lectores resulta confusa y engañadora, y no debe usarse, por lo tanto, sino muy rara vez. Imputar es dar crédito, abonar, atribuir algo á una persona. Hablando con propiedad, no puede imputarse á un individuo la culpabilidad ó justicia personal de otro, si bien puede ser que un hombre sufra las consecuencias del pecado del otro, ó reciba ciertos beneficios producidos por la justicia de otra persona. La culpabilidad personal del pecado de Adán no se imputó nunca á sus descendientes, ni

la de los elegidos á Cristo; si bien el linaje de Adán sufre ciertas consecuencias del pecado de aquél, así como Cristo sufrió por los pecados ajenos.

Igualmente impropio es afirmar que la justicia personal y activa de Cristo se imputa á los elegidos, si bien es cierto que los beneficios de la santidad de Cristo aprovechan misericordiosamente á todo el género humano. Ahora bien; si con esta frase, "la justicia de Cristo se imputa á los creyentes," se quiere decir simplemente que sólo por la justicia meritoria, activa y pasiva de Cristo somos salvos, y no por nada meritorio que en nosotros haya ó que hayamos hecho, entonces el modo de expresarse no hay duda que es correcto; pero aun así tiene tal frase una historia teológica de tanta controversia y tanto peligro de ser mal interpretada, que bien merece ser sustituida por otra forma de expresión más clara y pura.

Relación entre la fe justificante y las obras.—Entre la frase de San Pablo, "*fe sin obras*," como condición de la salvación, y la de Santiago, "*fe con sus obras*," como prueba de la salvación, no existe contradicción alguna. En su Epístola á los Romanos describe el Apóstol la fe como condición de la salvación de los impíos, mientras que Santiago se propone distinguir, y distingue muy bien la fe verdadera y la falsa tal como se halla entre los que profesan ser cristianos. Por eso Pablo escribió así: "Al que no obra, pero

cree en aquel que justifica al impío, la fe es contada por justicia;" "así concluimos ser el hombre justificado por fe sin las obras de la ley."

Estos y otros pasajes revelan ser imposible la salvación de un pecador por las obras de su propia justicia; que los sufrimientos y muerte de Cristo son la causa única meritoria de la justificación, y que la fe personal en Jesús es la sola condición de la justificación. Todos los actos del pecador, sus oraciones, sus limosnas, y aun su misma fe, por más obras buenas que se las juzgue, no son capaces de salvarle. Y es que su salvación por las obras es opuesta á la salvación por la fe.

En los que, declarándose cristianos, afirman tener fe, varía por completo el caso. Sus obras buenas son prueba de que su fe es genuina y salvadora, así como la falta de esas obras indica la carencia de la fe verdadera. Hablando de tales casos, dice Santiago: "Hermanos míos, ¿qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? . . . . La fe, si no tuviere obras, es muerta en sí misma. . . . Vosotros véis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe."

Los frutos de la justificación.—La naturaleza y resultados de la justificación se han definido bien de esta manera: "Los que son de Cristo, han crucificado la carne con sus afectos y concupiscencias, y se abstienen de las obras de la carne, . . . de enemistades, pleitos, celos, iras contiendas, . . . de envidias,

. . . de todos los designos, palabras y obras á que naturalmente conduce la corrupción de la humana naturaleza. Si bien sienten en sí mismos la "raíz de amargura," sin embargo, les es dado de lo alto el poder de hollarla continuamente bajo sus pies, de manera que no brote para impedirlos; de tal manera que en cada asalto que sufren, tienen nueva ocasión de alabar á Dios, exclamando: "Á Dios gracias que nos da la victoria por el Señor nuestro Jesucristo." . . . Andan ya conforme al Espíritu, tanto en sus corazones como en sus vidas. El Espíritu les inspira el amor á Dios y á sus semejantes; amor que es como una fuente de agua viva que brota para vida eterna; les infunde deseos santos, les da un genio bueno y generoso, hasta que todos los deseos que surgan en su mente son santidad al Señor." "Los que andan conforme al Espíritu, son asimismo guíados por Él á la santidad en su conversación. Su palabra es siempre con gracia, sazonada con sal, con el amor y temor de Dios; ninguna palabra torpe sale de su boca, sino la que es buena para edificación, para dar gracia á los oyentes. En esto también se ejercitan de noche y de día, para hacer solamente lo que agrada á Dios. . . . Estando llenos de fe y del Espíritu Santo, tienen en sus corazones y muestran en sus vidas, en todo el curso de sus palabras y acciones, los frutos genuinos del Espíritu Santo, que son caridad, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza y todo

lo que es bueno y digno de alabanza. Adornan en todo la doctrina de nuestro Salvador Dios." (Sermón de Juan Wesley sobre los Primeros Frutos del Espíritu. Tomo I, página 166.)

El perdón al prójimo condición para el perdón de Dios.—Cosa bastante dura es reparar por completo el mal que se ha hecho á otros é implorar su perdón, tan dura que sólo con la ayuda de la divina gracia puede uno hacerlo; pero más difícil aun es cultivar el espíritu generoso y perdonador para con aquellos que nos han agraviado; y sin embargo, á nada como á esto da el Señor tanta importancia en orden á la salvación. "Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos á nuestros deudores" es la oración diaria que Cristo pone en nuestros labios. Tan transcendental es este precepto, que vuelve Jesús á tratar de él como para revelarnos su necesidad. "Porque si perdonareis á los hombres sus ofensas, os perdonará también á vosotros vuestro Padre celestial, mas si no perdonareis á los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas."

Cuando el arrepentimiento, junto con ese abandono completo del pecado, se apodera tan íntimamente del alma, que le infunde fuerzas bastantes para trocar el odio en amor, y el hábito de condenar en espíritu de absolver, no hay duda que ha llegado á penetrar hasta el centro del corazón, donde residía el pecado, el

cual, fuera ya de su morada y lejos del creyente, nada es más fácil á éste que "creer con el corazón para justicia, y con la boca hacer confesión para salud."

Causa de la justificación.—Causa meritoria de la justificación es la justicia de Cristo, como claramente se afirma en los artículos noveno y décimo de la Religión, los cuales reproducen fielmente las enseñanzas de los Apóstoles Pablo y Santiago. "Somos reputados justos delante de Dios solamente por los méritos de nuestro Señor y Salvador Cristo, por la fe, y no por nuestras propias obras ó merecimientos; por tanto, es doctrina muy saludable y llena de consuelo, la de que somos justificados solamente por la fe." "Las buenas obras . . . son los frutos de la fe y siguen á la justificación, . . . y nacen de una verdadera y viva fe, de manera que por ellas puede conocerse la fe viva, tan evidentemente como se juzga del árbol por su fruto."

De manera que si bien es cierto que somos justificados solamente por la fe, también lo es que esta fe que justifica no está sola. Esta doctrina bíblica tan sencilla respecto de la relación que existe entre las buenas obras y la fe, dista tanto del dogma romanista de las obras meritorias para conseguir la salvación, como de la enseñanza antinomiana de la "justificación por la santidad imputada," que rechaza las buenas obras como enteramente innecesarias á la salvación. Afirmamos, pues, ser la naturaleza de la justificación el

perdón del pecado; su condición la fe en Cristo; su causa la justicia de Cristo, y su evidencia y frutos las buenas obras.

¡Gracias sean dadas á Dios, que por medio de la fe en Cristo ha faciltado el perdón al pecador, y le ha reconciliado de suerte que sea participante de las divinas favores! Todo el que, arrepentido, se acerca con fe á Dios Padre, alegando los méritos del Divino Hijo que sufrió, fué crucificado y ascendió á los cielos, oye en su alma esta voz del Espíritu Santo: "Por amor de Cristo Dios te ha perdonado."

ALMA, BASTA DE GEMIR.

Alma, basta de gemir;
  Cristo en tu lugar sufrió,
Y en la cruz al sucumbir
  Su gran obra consumió.
Alma, ya no llores más;
Mira á Cristo y vivirás.

En el Justo se cargó,
  Sin reserva tu maldad;
Jehová le condenó
  Por que tengas libertad.
Mira, triste pecador,
Á Jesús tu Salvador.

Si te entregas todo á Él,
  Tu recibirás perdón;
Hallarásle siempre fiel,
  Pronto á darte salvación.
Mira á Cristo por la fe,
Sin demora mírale.

¡Ah, Señor! propicio sé
  Á mí, pobre pecador;
Héme aquí con poca fe,
  Dáme más, ¡oh Redentor!
Ven, te pido, ven á mí;
Pues llorando corro á Tí.

—*W. Knapp.*

XIII

LA REGENERACIÓN

"Á todos los que le recibieron, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, á los que creen en su nombre: los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, mas de Dios." "El que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios. . . . El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer otra vez. El viento de donde quiera sopla, y oyes su sonido, mas ni sabes de donde viene, ni donde vaya: así es todo aquel que es nacido del Espíritu." (Juan 1.12, 13; 3.3-8.)

"Nuestro viejo hombre juntamente fué crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea deshecho, á fin de que no sirvamos más al pecado. . . . Mas ahora, librados del pecado, y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y por fin la vida eterna." (Romanos 6.6, 22.)

"Nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo." "Y vosotros, estando muertos en pecados, . . . os vivificó juntamente con él, perdonandoos todos los pecados." (Colosen. 1.13; 2.13.)

"Él de su voluntad nos ha engendrado por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas." (Santiago 1.18.)

"Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios." (1ª Juan 5.1.)

El poder de regenerar el corazón y de renovar los motivos de las acciones procede de Cristo. Don suyo es el conocimiento del valor infinito de una sola alma, y de la posibilidad de rehabilitar al hombre más degradado. Á la cruz de Cristo débese la exención y el perdón de los pecados: mientras que de la tumba de Cristo nace la esperanza de inmortalidad. La conversión personal significa religión personal, confianza personal en Dios, deuda personal á Cristo, y devoción personal á su causa por toda la vida. Sea cual fuere el modo de alcanzarlas, son bendiciones supremas á las cuales debemos aspirar, y su pérdida es siempre funesta é irreparable. —*Enrique Drummond.*

CAPÍTULO XIII

LA REGENERACIÓN

La doctrina de la paternidad de Dios trae como consecuencia natural la filiación del hombre. Si Dios es el Padre de todos los hombres, se sigue que todos los hombres son hijos suyos, hijos por naturaleza y nacimiento, en virtud de haber sido creados á su imagen. Puede ser que alguno pregunte: ¿Qué necesidad hay entonces de un nuevo nacimiento ó regeneración? Fácil cosa es contestar á esta pregunta. En comparación y contraste con lo demás que existe en este planeta, con la creación material, vegetal, y animal, la Sagrada Escritura concede al hombre el título de hijo de Dios; pero esta filiación resulta profundamente afectada por el pecado, cuando el hombre es considerado como sér libre, sometido á una ley y á un gobierno moral, y con capacidad de obedecer ó quebrantar los preceptos de un Dios que es á la vez Padre y Gobernador justo, pues en este caso su naturaleza de orden moral puede conformarse ú oponerse á la naturaleza y á las leyes de Dios. Siendo el pecado la desconformidad con la ley y naturaleza de Dios, considérase á todos los pecadores como seres que han perdido su relación de hijos, y están necesitados de una obra

de la divina gracia que cambie su naturaleza pecaminosa y los restaure á la dignidad sublime y elevada de hijos de Dios.

Hemos visto que así como Cristo es el Salvador de todos los hombres, pero especialmente de aquellos que creen, de la misma manera Dios es Padre de todos los hombres, pero especialmente de aquellos que le aman. Sólo á los que dejan el pecado y reciben á Cristo se da el poder de ser hijos de Dios. Así como el hombre, y no Cristo, es el que limita los efectos del sacrificio de la cruz, de igual modo el hombre, y no Dios, es el que limita el poder de ser hijos de Dios. El pecado, y sólo el pecado, es lo que le excluye de la salvación y del privilegio de hijo. Pero aunque por su pecado haya perdido la dignidad de hijo, quédale aún la esperanza de ser restaurado, y esa esperanza está en la regeneración.

Justificación sin regeneración una salvación incompleta.—En la justificación todos los pecados pasados quedan perdonados; pero si la salvación del hombre no pasara de aquí, permanecería en posesión de una naturaleza pecadora que le induciría inevitablemente á repetir las transgresiones pasadas ó á cometer de continuo otras nuevas. Por lo tanto, á fin de que la salvación sea cumplida, precisa no sólo que todos los pecados pasados sean perdonados y borrados, sino que se efectúe en la naturaleza moral del pecador un cambio tal que el dominio del pecado interior quede destruido, y creada en él una tendencia sobrenatural hacia la virtud

y la santidad. Llámase regeneración este cambio importante y radical; ocurre al mismo tiempo que la justificación y tiene por condición el mismo acto de la fe.

Necesidad de la regeneración por causa de la maldad heredada y adquirida.—La transgresión actual y voluntaria de los pecadores adultos robustece y aumenta la heredada tendencia al pecado que por naturaleza caracteriza á todos los hombres, y que hace necesaria la regeneración. En verdad que si no heredara el hombre esa tendencia á pecar, sus hechos tan repetidos de pecados voluntarios engendrarían el hábito y carácter pecaminosos, y éstos constituirían una inclinación hacia el pecado cuyo dominio sólo un acto divino de regeneración podría quebrantar.

Esta depravación ó corrupción de la naturaleza moral, tanto heredada como adquirida, que exige la regeneración, es un obstáculo para la salvación del hombre aun más grande que aquellos pecados que hacen necesaria la justificación. Si pudiéramos representarnos á un pecador justificado, pero que no ha sido aún regenerado, lo que en realidad no sucede nunca, y que en tal condición muriera, no estaría apto para el cielo ni para el infierno. Su justificación le libra de toda posibilidad de castigo; mas por sí sola no le haría idóneo para el cielo: su regeneración es la que le constituye un hijo de Dios y le prepara para la herencia celestial.

Definición de la regeneración.—Puede definirse la re-

generación como "ese gran cambio que el Espíritu Santo lleva á cabo en el hombre, debido al cual se quebranta y destruye el dominio que el pecado tenía sobre él en su estado natural, de manera que con voluntad perfectamente libre, y con la energía que resulta de afectos santos, sirve á Dios libremente y obedece sus mandamientos. . . . Es aquella renovación de nuestra naturaleza que nos da el dominio sobre el pecado y nos ayuda á servir á Dios, movidos por el amor y no meramente por el miedo." Esta excelente opinión de Ricardo Watson no menosprecia ni exagera la importancia de la obra de la regeneración en la salvación del hombre. De tal manera han tratado algunos de la regeneración que la rebajan, representándola como una salvación parcial é incompleta, y reservando para otra experiencia posterior el cambio grande y radical del pecado á la santidad, único que nos autoriza para considerar al creyente como real y verdaderamente salvo del pecado é idóneo para la celestial herencia.

En contra de este error afirmamos ser la regeneración, como todos los actos de Dios, cabal y perfecta en su género, y que con ella Dios efectúa instantáneamente todo lo que en la naturaleza del caso se necesita ó puede hacerse para conseguir la salvación radical ó total del pecador arrepentido y creyente. Otros han errado en el sentido opuesto, exagerando indebidamente la obra efectuada mediante la regeneración,

al enseñar una doctrina que no está en consonancia con el Nuevo Testamento ni con la experiencia universal de los cristianos. Representan, por ejemplo, á los que no son más que "niños en Cristo," semejantes á santos perfectos, significándonos así que el creyente regenerado ya no tiene que luchar con el pecado en su propio corazón y naturaleza. Prueba la experiencia que, después de su conversión, el cristiano regenerado no tarda en descubrir en sí mucho que su conciencia reprueba, y que, en vez de haber ganado una victoria decisiva sobre todo pecado, sólo ha obtenido un ascendiente sobre él, y que la verdadera batalla apenas ha empezado.

Decimos que después de la regeneración los cristianos encuentran mucho en sí mismos que su conciencia les dice ser pecaminoso. Tal vez deberíamos modificar este aserto y decir que existe gran diferencia de opinión entre los teólogos respecto de si la maldad con que el creyente tiene que luchar en su propia naturaleza después de su regeneración, debe llamarse con propiedad pecado ó tendencia al pecado. Parécenos conveniente reservar la discusión de este punto particular para otro capítulo sobre "El Pecado en los Regenerados."

El modo de la regeneración indefinible.—En la regeneración no se quitan ningunas facultades ni se añaden otras nuevas al alma del hombre. La naturaleza de los no regenerados es una mezcla de lo bueno y lo

malo; pero el mal domina, y su ascendiente sobre el bien se robustece constantemente, de modo que el hombre que no ha sido regenerado se vuelve constantemente más y más pecador. En los regenerados existe igualmente lo bueno y lo malo, pero el principio del bien domina sobre el mal, y los creyentes fortalecen diariamente el ascendiente sobre el mal, cuyo dominio quedó destruido en la regeneración. No se sabe precisamente la manera cómo en la regeneración se quebranta ese dominio del pecado; si es el resultado del restablecimiento en el alma del imperio del Espíritu Santo, á quien el pecado había desterrado, si es debido al poder expulsivo de un afecto nuevo y divinamente infundido, ó si consiste en otra operación más inmediata del divino poder; sobre este punto nada se nos ha revelado definidamente. De la realidad y necesidad de la regeneración habla la Escritura con voz inequívoca, pero su manera de realizarse queda tan incomprensible como el misterio de la Santísima Trinidad.

Es una verdad que si bien sobrepuja á la razón humana, no la contradice. Que el hecho existe, no hay duda alguna; mas cómo se produce, lo ignoramos. "El viento de donde quiere sopla, mas ni sabes de donde viene, ni donde vaya: así es todo aquel que es nacido del Espíritu." (Juan 3.8.)

Cómo se relaciona la regeneración con la voluntad divina y la humana.—Enséñanos la Sagrada Escritura que el Espíritu Santo es el autor de la regeneración.

"Los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, mas de Dios." (Juan 1.13.) "Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es." (Juan 3.6.) Considerada solamente en sí misma, la regeneración es obra exclusiva de Dios; no se efectúa, sin embargo, hasta que el hombre ha cumplido ciertas condiciones, como son el arrepentimiento y la fe: "Pedro les dice: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo." (Hechos 2.38.) "Á todos los que le recibieron, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, á los que creen en su nombre." (Juan 1.12.) "Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios." (1ª Juan 5.1.) El arrepentimiento y la fe se relacionan más inmediata y lógicamente con la justificación que con la regeneración, y esto por obvias razones. El arrepentimiento y la justificación tienen que ver con el pecado actual y su culpabilidad, mientras que la regeneración atañe al pecado inherente, ó sea á la depravación hereditaria y adquirida. De aquí es que se hable por lo general y con más propiedad del arrepentimiento y la fe como condiciones de la justificación ó el perdón. En el orden lógico la justificación precede á la regeneración, mas en el orden cronológico la una y la otra se realizan simultáneamente. Así, pues, no efectuándose la una sin la otra; ambas requieren las mismas condiciones.

Método bíblico de presentar la doctrina.—El mejor método de estudiar la doctrina de la regeneración es examinar las numerosas figuras de dicción con que la Sagrada Escritura nos la presenta:

1. Se la representa como una *generación* divina: "Él de su voluntad nos ha engendrado por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas." (Santiago 1.18.) "Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios: y cualquiera que ama al que ha engendrado, ama también al que es nacido de él." (1ª Juan 5.1.)

2. Igualmente se habla de ella como de un *nacimiento nuevo y divino.* El pasaje clásico del Nuevo Testamento, la conversación de Cristo con Nicodemo (Juan 3.1–13), la describe en estos términos: "El que no naciere otra vez [ó de lo alto], no puede ver el reino de Dios. . . . El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es." "Cualquiera que hace justicia, es nacido de él." "Todo aquello que es nacido de Dios, vence al mundo." (1ª Juan 2.29; 5.4.)

3. Otro término que se emplea es el de una *creación:* "Porque somos hechura suya, criados en Cristo Jesús para buenas obras." (Efesios 2.10.) "Vestíos el nuevo hombre que es criado conforme á Dios en justicia y en santidad de verdad." (Efesios 4.24.)

"Si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas." (2ª Corintios 5.17.)

4. Es una *muerte y crucifixión al pecado*, *y una resurrección á nueva vida* con Cristo: "Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus afectos y concupiscencias." (Gálatas 5.24.) "Y á vosotros, estando muertos en pecados, . . . os vivificó juntamente con él, perdonándoos todos los pecados." (Colosen. 2.13.) "Nuestro viejo hombre juntamente fué crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea deshecho, á fin que no sirvamos más al pecado." (Romanos 6.6.)

5. Otra figura es la *circuncisión:* "Y circuncidará Jehová tu Dios tu corazón, y el corazón de tu simiente, para que ames á Jehová tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, á fin que tú vivas." (Deut. 30.6.) "En el cual también sois circuncidados de circuncisión, no hecha con manos, con el despojamiento del cuerpo de los pecados de la carne en la circuncisión de Cristo." (Colosen. 2.11.)

6. Se describe también como *redención de la servidumbre ó esclavitud del pecado:* "Dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la suerte de los santos en luz: que nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su Hijo." (Colosen. 1.12, 13.) "Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros. . . . Empero, gracias á Dios,

que, aunque fuisteis siervos del pecado, habéis obedecido de corazón . . . y libertados del pecado, sois hechos siervos de la justicia. . . . Mas ahora librados del pecado, y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y por fin la vida eterna." (Romanos 6.14–22.)

7. Otra figura es la del *lavamiento* ó *limpieza:* "Por su misericordia nos salvó por el lavacro de la regeneración, y de la renovación del Espíritu Santo." (Tito 3.5.) "Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado. . . . Purifícame con hisopo, y seré limpio: lávame, y seré emblanquecido más que la nieve." (Salmo 51.2, 7.) "Mas ya sois lavados, mas ya sois santificados, mas ya sois justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios." (1ª Corintios 6.11.) El bautismo de agua es el símbolo divinamente instituído de esta purificación espiritual.

8. Encontramos también los términos *renovación* ó *restauración á la imagen divina:* "Revestidos del nuevo hombre, el cual por el conocimiento es renovado conforme á la imagen del que lo creó." (Colosen. 3.10.) "Reformaos por la renovación de vuestro entendimiento." (Romanos 12.2.) "Conformes á la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos." (Romanos 8.29.) "Por tanto nosotros todos, mirando á cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de

gloria en gloria en la misma semejanza, como por el Espíritu del Señor." (2ª Corintios 3.18.)

9. Descríbese como el quitar el antiguo corazón pecaminoso y el sustituirlo con *otro nuevo*. Ya hemos visto que Cristo habló del corazón humano como del asiento del pecado. Nada, pues, más á propósito que el representar la regeneración como el don de un corazón nuevo en el que moran la justicia y el amor. "Crea en mí, oh Dios, un corazón nuevo, y renueva un espíritu recto dentro de mí," fué la oración del Salmista arrepentido. En su carta á los Corintios San Pablo describe este gran cambio espiritual como "una letra de Cristo . . . escrita no con tinta, mas con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón." Uno de los profetas del Antiguo Testamento usó también de esta elocuente imagen: "Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros: y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis mandamientos, y guardéis mis derechos, y los pongáis por obra." (Ezequiel 36.26.)

10. Íntimamente relacionado con la regeneración y con la dignidad cristiana de hijos, está el término *adopción*. Ésta es el acto de Dios Padre con que reintegra en su familia, como hijos y herederos, á aquellos que, desheredados por causa del pecado, se habían vuelto extraños y enemigos. "Á fin de que recibié-

semos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió el Espíritu Santo en vuestros corazones, el cual clama: Abba, Padre. Así que ya no eres más siervo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por Cristo." (Gálatas 4.5–7.) Algunos teólogos disertan sobre la adopción como si fuera una obra de la gracia distinta de la regeneración aunque coordinada con ella. Creemos ser esto una equivocación. Los dos términos describen idéntica obra de la gracia. Hay dos clases de filiación: la natural, que resulta de la generación, y la adoptiva. Siendo la filiación por generación la más propia, nos parece preferible el término *regeneración* al de *adopción*, si bien pueden usarse ambas palabras para describir la doctrina que estamos estudiando.

La regeneración por el bautismo no revelada en los Libros Sagrados.—En toda la Biblia existe un solo texto del que con propiedad pueda deducirse la doctrina de la regeneración bautismal. Siendo el bautismo de agua uno de los mandatos positivos y universales de Cristo, es obligatorio para todos; pero jamás Dios lo ha revelado ni aparece como medio de regeneración. Cierto es que el texto dice "el que no naciere de agua," pero inmediatamente siguen las palabras "y del Espíritu." El único medio de regeneración que se menciona es "la Palabra de Dios." "Él de su voluntad nos ha engendrado por la palabra de verdad." (Santiago 1.18.) "Siendo renacidos, no de

simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios, que vive y permanece para siempre." (1ª Pedro 1.23.)

La doctrina de la regeneración por el bautismo es uno de los errores crasos de la teología católico-romana, y aun hay ciertas ramas del protestantismo que no están exentas de la misma aberración. Conforme á las enseñanzas de la Iglesia de Roma, el agua usada para el bautismo limpia de todo pecado anterior al sacramento; las transgresiones cometidas después de aquel acto han de borrarse con las penitencias en esta vida, ó con las llamas del purgatorio en la otra. Todo lo que se requiere para la eficacia del sacramento en el bautismo de adultos, según esta enseñanza, es que no haya en el candidato ningún pecado mortal, la aceptación pasiva de los oficios de la Iglesia, y una intención general de recibir sus beneficios; no se exige ningún acto positivo de la voluntad, tal como se manifiesta en el arrepentimiento y la fe. Asegúrase absolutamente la regeneración de todos los niños que son bautizados, pero los que mueren sin recibir las aguas bautismales no pueden entrar en el cielo. Para su eterna morada hay un lugar de castigo, llamado *limbus infantum*, donde no existen las penas que forman parte del castigo de los adultos que mueren en pecado. Si la regeneración fuese un mero cambio de estado ó relación externa, podría aceptarse la doctrina de regeneración bautismal sin contradecir á la verdadera teología bí-

blica; pero tal definición no puede absolutamente corresponder á un término que describe la obra más decisiva y radical de la gracia en la salvación del hombre.

Incompatibilidad del pecado voluntario con el estado regenerado.—Si bien pueden tener razón los teólogos cuando afirman que aun después de la regeneración hay en los creyentes cierta naturaleza pecaminosa, en nuestra humilde opinión la Sagrada Escritura enseña muy á las claras ser todos los pecados actuales y voluntarios incompatibles con el estado regenerado: "Cualquiera que es nacido de Dios, no hace pecado; porque su simiente está en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios." (1ª Juan 3.9.) No significa esto que á los creyentes regenerados sea imposible reincidir en su pecado, pero sí que quien comete consciente y voluntariamente una transgresión no puede ser al mismo tiempo, ni continuar siendo, un cristiano regenerado. Es inútil, por consiguiente, citar este pasaje para sostener la doctrina de la perseverancia necesaria de los santos, puesto que los que la sostienen afirman que todos los cristianos regenerados pecan diariamente por pensamiento, palabra y obra mientras viven en la carne; mientras que el citado texto revela estar los cristianos regenerados libres de las transgresiones voluntarias, pero dejándonos columbrar la posibilidad de que caigan del estado regenerado, cometan el pecado y se pierdan para siempre.

Si los creyentes son "tomados en alguna falta," y

se hacen culpables de lo que llaman "pecados de sorpresa," ó "semivoluntarios," los cuales destruyen el equilibrio del estado religioso, no hay duda que los abandonarán tan luego como los descubran, de la misma manera que abandonan todos los pecados conocidos, con esa fe llena de arrepentimiento que, gracias á la misericordia de Dios, lleva siempre consigo la seguridad del perdón y de la purificación. Si puede mostrarse que un creyente es culpable á sabiendas de ciertos pecados, ora sean voluntarios, ora semivoluntarios, y que, al darse cuenta de ellos, no los deja con arrepentimiento y fe, la Sagrada Escritura no nos autoriza para afirmar que el tal es, ó continúa siendo á pesar de sus pecados, hijo aceptado y regenerado de Dios.

Todo pecado consciente y voluntario, ya tenga su asiento en el corazón y en los sentidos, ya en la voluntad, no debe ser reconocido como compatible con el estado habitual de regeneración. "El que por medio de la fe, es nacido de Dios," dice Juan Wésley, "no peca: (1) habitualmente, porque todo hábito pecaminoso es pecado que reina, y el pecado no puede imperar en los que creen; ni (2) voluntariamente, porque mientras permanece en la fe, su voluntad se opone por completo á toda clase de pecado y lo aborrece como veneno mortal; ni (3) por deseos pecaminosos, puesto que desea constantemente hacer la santa voluntad de Dios, y con el auxilio de la gracia divina, ahoga en su nacimiento cualquier pensamiento impuro; ni

(4) peca por debilidad, sea de pensamiento, palabra ú obra, cuando sus flaquezas no tienen el asentimiento de su voluntad, sin lo cual no pueden en justicia tenerse por pecados."[1]

Frutos de la regeneración.—Lo anteriormente expuesto puede llamarse los resultados negativos de la regeneración, que consisten en librarse el alma del pecado. No son menos importantes y radicales los resultados positivos. Volvemos á citar palabras del gran predicador de la justicia:

Ser hijo de Dios es amar á Dios que os amó primero, como nunca habéis amado á ninguna criatura; de manera que estáis constreñidos á amar á todos los hombres como á vosotros mismos, con un amor que no sólo arde de continuo en vuestros corazones, y resplandece en vuestra conversación y en vuestras obras, sino que transforma vuestra vida toda en obra de amor, en obediencia constante á estos mandamientos: "Sed misericordiosos, como Dios es misericordioso;" "Sed santos, como yo, Jehová, soy santo;" "Sed perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto."[2]

En aquel instante nacemos de nuevo, nacemos de lo alto, nacemos del Espíritu; hay un cambio no sólo relativo, sino también real y absoluto. Somos renovados interiormente por el poder de Dios; sentimos "el amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos es dado," engendrando en nosotros un amor genuino al género humano y especialmente á los hijos de Dios; excluyendo el amor del mundo, del placer, de las comodidades, de los honores, del dinero, lo mismo que la soberbia, la cólera, la propia voluntad,

[1] Véase el sermón sobre la Salvación por la Fe

[2] Sermón sobre Las Señales del Nuevo Nacimiento.

y toda clase de disposiciones malas; en una palabra, convirtiendo el temperamento terrenal, sensual, diabólico, en el "sentir que hubo en Cristo."[1]

El amor, la alabanza y la oración son el aliento de todas las almas que verdaderamente han nacido de Dios. . . . La vida de Dios en el alma del creyente significa desde luego é indispensablemente la presencia continua de Dios, de ese Dios amoroso y perdonador manifestado al corazón y percibido por la fe; y la devolución constante por nuestra parte de amor, de alabanzas y de oraciones, la oblación de los pensamientos de nuestro corazón, de las palabras de nuestra boca, de las obras de nuestras manos, de todo nuestro cuerpo, alma y espíritu, para ser un sacrificio santo y aceptable en Cristo Jesús.[2]

Distinción entre la regeneración y la enmienda.—Sólo cuando la reforma de costumbres va precedida ó acompañada de la regeneración puede decirse que tiene una base firme y que inspira la confianza de que ha de ser permanente. Puede haber reforma sin regeneración, mas no puede experimentarse la verdadera regeneración sin reforma. Ésta es una obra externa; aquélla es interna. Un escritor moderno, el Doctor Watson, expresa muy bien esta diferencia entre ambas cosas cuando dice: "No debe confundirse nunca la regeneración con la reforma. Aquélla se predica del mundo espiritual; ésta, del moral. La primera se dirige al alma en la que está la fuente de la vida; la otra influye en la conducta, que es solamente una forma de vida. En la regeneración no se repara ni se pinta de

---

[1]Sermón sobre la Vía Escrituraria de la Salvación.

[2]Sermón sobre el Gran Privilegio de los que son Nacidos de Dios.

nuevo el antiguo vaso, sino que se funde y se vuelve á modelar: la necesidad de cuyo cambio radical y completo hállase en la misma naturaleza humana. Ninguna transformación que empieza exteriormente y obra hacia lo interior merece tal nombre; para obtener un resultado perfecto es menester que empiece en el centro del espíritu y desde allí obre hacia lo exterior.

Lugar de la regeneración entre las doctrinas de la salvación personal.—Los elementos de la salvación personal tienen un orden natural y lógico, el cual conviene hacer observar á fin de comprender bien detallada y colectivamente las doctrinas de la gracia. Colocar una doctrina fuera del lugar que le pertenece, es ocasionar la confusión y el error. Indicado hemos ya que el orden verdadero es como sigue: (1) Convición de pecado ó despertamiento espiritual, (2) arrepentimiento, (3) fe, (4) justificación, y (5) regeneración. Lo primero es la obra del Espíritu Santo, y llévase á cabo de una manera irresistible é incondicional, por cuanto puede un hombre quedar convicto de pecado aun en contra de su voluntad. Obra del hombre en el ejercicio de su libre albedrío son lo segundo y lo tercero, limitándose el Espíritu Santo á concederle el poder por la gracia para cumplir con estas condiciones de la salvación. Viene después la obra de Dios en la justificación, ó sea el perdón del pecado actual, y la regeneración, ó sea el quebrantamiento del dominio del pecado natural.

En el sistema teológico de Wéstminster la regeneración viene primeramente en el orden del tiempo: se la identifica con el llamamiento eficaz, y se la representa como la obra irresistible é incondicional de Dios. En efecto no podría Dios exigir con propiedad condición alguna, puesto que se considera al hombre en tal estado de muerte espiritual é impotencia moral que le sería del todo imposible cumplir condiciones, cualesquiera que fuesen. Básase la salvación personal según este sistema no en un acto de arrepentimiento y fe que la voluntad humana produce, sino en la elección que Dios ha hecho en la eternidad. Resulta de ese sistema: (1) Elección por Dios para la salvación antes de crear al linaje humano; (2) nacimiento en un estado de impotencia moral y muerte espiritual; (3) muerte de Cristo por los elegidos, y sólo por ellos, la cual les asegura indefectiblemente la salvación; (4) llamamiento eficaz (nombre equivalente al de regeneración), el cual llamamiento efectúa Dios cuando le place, y de una manera incondicional é irresistible en cada uno de los predestinados; (5) la fe salvadora, que, después de la regeneración, es el primer acto del alma nacida de nuevo, y señalada como un don de Dios; (6) justificación, adopción y santificación, todas las que se describen como resultado de la fe salvadora, y (7) arrepentimiento, que también se le reconoce como otro de los dones divinos y resultado de la fe salvadora.

Si no enseñara este sistema que todo aquel que "es

llamado eficazmente," ó regenerado, se salva final é infaliblemente, podríamos decir que lo que designa con el nombre de "llamamiento eficaz" es lo mismo que nosotros llamamos convicción de pecado por el Espíritu Santo. Si se dijera además que el arrepentimiento y la fe son condiciones del corazón y de la mente que no sólo preceden á la justificación y regeneración, sino que permanecen y siguen á aquélla, mostrándose en un aborrecimiento del pecado aun más intenso y una confianza en Cristo más íntima, entonces podríamos haber armonizado su opinión con la nuestra. Pero según ese sistema el hombre es enteramente incapaz de hacer acto alguno de fe y de arrepentimiento antes de ser regenerado; y después de serlo, no puede perderse: portanto, entre ambos sistemas la conciliación es imposible.

Doctrina que conviene predicar á los pecadores.—La opinión que se acepte respecto de esta cuestión debe por necesidad influir eficazmente en el modo de explicar al mundo no convertido el camino de la salvación. Afortunadamente son muchos los predicadores, que, si en teoría profesan semejante doctrina, por nosotros reprobada, en la práctica y cuando se dirigen á los no convertidos, exhórtanlos á que se arrepientan de sus pecados y crean en el Señor Jesús, demostrándoles que el arrepentimiento y la fe son condiciones que pueden llenar, si quieren, con la ayuda del Espíritu Santo; después de lo cual Dios los justificará y regenerará.

Á pesar de todo, no son pocas las almas que en tales predicaciones se salvan, gracias á la bendición divina que desciende sobre la recta intención.

No podemos, sin embargo, imaginarnos un alma impulsada á buscar la salvación por un sermón que afirme doctrinas sobre la gracia semejantes á las que enseña el sistema teológico de Wéstminster. Representémonos á uno de los ministros partidarios de esa teología extraña predicando á cualquiera congregación de personas no convertidas y de medianos alcances intelectuales; que su sermón contenga, por ejemplo, estos pensamientos: "Os invito á dejar vuestros pecados y á buscar la salvación de vuestras almas, en vista de las siguientes consideraciones: (1) Mucho antes de nacer Dios os eligió para la vida eterna, ó bien os pasó por alto como á réprobos. (2) Si sois del número de los elegidos, Dios os llamará y regenerará eficazmente cuando le plazca. (3) Tan luego como estéis regenerados, ejercitaréis la fe salvadora, que es don de Dios á las almas que han nacido de nuevo. (4) Entonces recibiréis la justificación, ó sea el perdón de vuestros pecados. (5) Como resultado de vuestra regeneración y de ese acto de fe salvadora, recibiréis también la gracia del arrepentimiento, que es igualmente otro don de Dios."

El pecador que de tal manera escuchara explicar y exponer el camino de salvación muy bien podría sa-

car la siguiente consecuencia: "Si son ciertas estas cosas, no hay motivo alguno porque me apure respecto de mi propia salvación."

Privilegios de los hijos de Dios.—Dios promete dirigir de un modo particular á los regenerados. "Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios." El Doctor Pope dice: "Imposible es exagerar la bienaventuranza de esta dirección interna y externa del Espíritu Santo que se da á los hijos de Dios. Es para con ellos todo, y más que todo lo que el Salvador fué en forma corporal para con sus discípulos. Es el omnipresente dedo de Dios que señala el camino, y el poder de Dios que protege á los que siguen á Cristo."

Igualmente preciosa y semejante á esta promesa de la dirección divina es otra que Dios hace á sus hijos fieles y electos: "Y sabemos que á los que á Dios aman, todas las cosas les ayudan á bien." No se puede tampoco exagerar la bienaventuranza de esta promesa que contiene la divina garantía de una providencia especial sobre todos los que aman á Dios y dan prueba de su amor guardando sus mandamientos. Pero no dice la promesa que el Padre celestial ha de dar á sus hijos bienes mundanales, riquezas, ni comodidades; más bien significa que todas las cosas han de coadyuvar á su bien espiritual, han de contribuir á hacerlos más santos y útiles, y esto es lo que los verdaderos hijos de Dios desean sobre todas las cosas.

Otro privilegio es el carácter de heredero. "Y si hijos, también herederos; herederos de Dios, y coherederos de Cristo," de "una herencia incorruptible y que no puede contaminarse, ni marchitarse, reservada en los cielos para los que son guardados en la virtud de Dios por fe para alcanzar la salvación." Si los padres terrenales no encuentran nada demasiado bueno para sus hijos, ¡cuanto más el Padre que está en los cielos no dará las mejores cosas á los que son el objeto de su amor! Pero cosa inútil sería procurar enumerar los privilegios de los hijos de Dios. Á los príncipes asiste el derecho de entrar á cualquier hora á la real presencia. La divina filiación es en sí misma el privilegio supremo que incluye todos los demás privilegios, y que sobrepuja á todos ellos. La prueba más grande del amor que Dios tiene á los hombres fué dar á su Hijo para que muriera por ellos; después de ésta viene la de hacernos sus hijos y coherederos de Cristo. "Mirad cual amor no ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios: por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoce á él. Muy amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él apareciere, seremos semejantes á él, porque le veremos como él es. Y cualquiera que tiene esta esperanza en él, se purifica, como él también es limpio." Estos privilegios eminentes son los que hacen de la calidad de hijos de Dios "la bendición cardinal del pacto cristiano."

TENEBROSO MAR, UNDOSO.

Tenebroso mar, undoso,
  Vas surcando, pecador;
Y al presagio del naufragio
  Se acrecienta tu temor.
¿Ves no lejos los reflejos
  De una amiga blanca luz?
Ese bello fiel destello
  Es el faro de la cruz.

Deseado puerto, amado,
  Fuente viva de salud,
En Tí el alma dulce calma
  Goza libre de inquietud.
¿Qué es el mundo? foco inmundo;
  De él me quiero retirar,
Y el tranquilo, grato asilo
  De los justos disfrutar.

Sólo ansío, Cristo mío,
  Revestirme de tu amor;
Adorarte, y acatarte
  Cual humilde servidor.
Roca fuerte, que la muerte
  Ni los siglos destruirán;
De los fieles los laureles
  En tu cumbre lucirán.

—*L. de H.*

XIV
LA SANTIFICACIÓN

"Y esto erais algunos: mas ya sois lavados, mas ya sois santificados, mas ya sois justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios." (1a Corintios 6.11.)

"Así que si alguno se limpiare de estas cosas, será vaso para honra, santificado, y útil para los usos del Señor, y aparejado para toda obra buena." (2a Timoteo 2.21.)

"Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación . . . porque no nos ha llamado Dios á inmundicia, sino á santificación." "Y el Dios de paz os santifique en todo; para que vuestro espíritu, y alma, y cuerpo sea guardado entero sin reprensión para la venida de nuestro Señor Jesucristo." (1a Tesal. 4.3, 7; 5.23.)

"Dios os ha escogido desde el principio para salud, por la santificación del Espíritu y fe de la verdad." (2a Tesal. 2.13.)

"Santifícalos en tu verdad: tu palabra es la verdad." (Juan 17.17.)

"Para que recibamos su santificación. . . . Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor." (Hebreos 12.10, 14.)

Supongamos que un padre prohibe á su hijo, so pena de desheredarle, entrar en cierto lugar por temor de que contraiga una enfermedad infecciosa, y que, sin embargo, ese hijo, desobedeciendo, entra y se contagia. Al quebrantar la orden terminante de su padre, no sólo se ha hecho culpable, sino también ha caído enfermo. ¿Quién no comprende que el mero hecho de perdonarle la culpa no es suficiente para librarle de la enfermedad? ¿Quién no reconoce que, además de la misericordia del padre y del perdón, necesita de los auxilios de la ciencia? Mas para efectuar una curación completa y radical, el médico ha menester no solamente atajar la enfermedad y curarla interiormente, sino destruir en absoluto con desinfectantes y otros medios todos los gérmenes que en su cuerpo y ropa hayan quedado. Así también, para salvarse por completo del pecado y sus efectos quien quebrante las leyes divinas, necesita una obra triple de la gracia: justificación, regeneración y santificación. Refiérese la justificación á lo que se ha hecho por nosotros; la regeneración, á lo que se lleva á cabo tanto por nosotros como en nosotros. La primera realiza un cambio en nuestras relaciones con Dios, la segunda en nuestra naturaleza, y la tercera en nuestro estado y vida. La primera nos libra del castigo, la segunda nos constituye herederos del cielo, y la tercera revístenos para la vida celestial con el traje de la virtud y los adornos de la gracia.

Hermoso emblema de la consagración cristiana es una viñeta que representa un novillo entre el arado y el altar, con esta inscripción, "Pronto para el uno ó para el otro." Pronto para servir ó para ser ofrecido, para hacer la voluntad de Dios ó para someterse á ella, para continuar viviendo ó para morir al instante, para descender á abismos más profundos de humillación en esta vida, ó para subir entre llamas del altar á la vida superior del cielo.

CAPÍTULO XIV

LA SANTIFICACIÓN

El término forense "justificación" expresa en teología el acto divino que convierte al pecador en súbdito del reino de Dios ó le devuelve los derechos perdidos de su ciudadanía. "Regeneración" refiérese á las relaciones de familia, y puede bien definirse como un acto divino que introduce al pecador en la familia de Dios, reponiéndole en la dignidad de hijo. La palabra "santificación" es relativa al templo, y significa un acto de la voluntad divina que perfecciona y dispone al hombre para servir al Señor en su santuario. Reino, hogar, templo; súbdito, hijo, adorador; justicia, filiación, santificación: esta trinidad de atributos morales y de relaciones es propiedad de todo hombre que, arrepentido y creyente, entra en el estado de salvación. Vamos á discurrir aquí sobre la santificación ó santidad del creyente, sobre ese atributo que pertenece á todos los que creen, desde el momento de su justificación ó regeneración. De la completa santificación, como obra de gracia posterior á la regeneración, trataremos en otro capítulo.

La santificación propiedad de todos los creyentes justificados.—Todos los creyentes justificados y regenerados son, como tales, santificados. Juan Wesley dice:

"San Pablo aplica continuamente el término *santificado* á todo aquel que ha sido justificado. Al emplear este término aislado, rara vez ó nunca quiso significar "salvo de todo pecado." Por consiguiente debe usarse en tal sentido sin añadir el calificativo *enteramente*, *del todo*, ú otro semejante.[1] Los escritores inspirados casi siempre hablan de los que estaban justificados, ó se dirigen á ellos; pero rarísimas veces refiérense sus palabras á los que eran enteramente santificados. Conviénenos, pues, por regla general, aplicar dicho término al estado de justificación."

No sería difícil probar por medio de la Sagrada Escritura y de todos los mejores comentadores que ha habido en la Iglesia cristiana, que Wésley no andaba errado cuando decía que cuantos están justificados y regenerados experimentan la santificación en el sentido bíblico de la palabra. Parece, pues, extraño que la teología cristiana haya escogido precisamente esta palabra bíblica como lo han hecho, en efecto, y casi todos los sistemas teológicos, como término predilecto para representar una obra de gracia que, ora sea progresiva, ora instantánea, es casi del todo posterior

---

[1] Desgraciadamente Wesley no observó su propia regla al usar este término. Abundan en sus escritos los casos en que usa la palabra "santificacion," sin modificarla con ningún otro vocablo, refiriéndose á una obra subsiguiente á la regeneración, por la cual, se dice, queda el creyente "salvo de *todo* pecado."

á la regeneración. Decimos "casi del todo posterior," porque en realidad todas la teorías de la santificación reconocen cierta obra progresiva que *empieza* al tiempo de la regeneración. Pero este hecho aislado no justifica el uso que de dicho término se hace en la teología dogmática. Hay que distinguir, por lo tanto, entre el uso bíblico de esta palabra y el teológico; y el lector debe comprender que al escogerla para el encabezamiento de este capítulo, nos referíamos á la santificación tal como la entendían los autores sagrados, esto es, á la que experimentan los creyentes justificados y regenerados desde el tiempo de su conversión.

Santificación y santidad traducciones de la misma palabra en hebreo y griego.—Santificación y santidad son equivalentes de una misma palabra en hebreo y griego y tienen, por consiguiente, el mismo significado. Las palabras *kadosh*, en hebreo, y *agios*, en griego, con todos sus derivativos, se usan por lo general para calificar á los creyentes como separados para el servicio de Dios. Suponer, pues, al encontrar en la Sagrada Escritura el término "santificación," ó "santidad," que se refiere á cierto cambio bien definido efectuado en un tiempo determinado posterior á la regeneración, es darle un significado que no posee.

Tal interpretación del sagrado texto no es *exégesis*, ó sea la *exposición* del pensamiento del escritor inspirado, sino más bien *eiségesis*, ó sea *ingerir* en el término bíblico un significado que existía antes en la

mente del lector, pero enteramente extraño á la del autor inspirado que lo usó. Luego trataremos de probar con el examen de los principales pasajes del Nuevo Testamento en que se emplea esta palabra "santi ficación," ó "santidad," para describir la experiencia ó carácter de un creyente, que dichos términos son aplicables á todos los que se encuentran en un estado de salvación. Pero antes de hacerlo, bueno será mencionar ciertas definiciones y hacer algunas distinciones preliminares, á fin de comprender mejor el uso que de la referida palabra se hace en el Nuevo Testamento.

Idea primaria de la santificación.—La idea primaria de la santificación, ó santidad, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, es la "separación," y "el apartamiento." Significa separación del mundo, de todo lo temporal, del pecado, y el ser apartado para Dios, para su culto y servicio, y para todo lo sagrado. Pero tal separación del pecado y consagración á Dios no puede efectuarse sin una obra interna en el corazón y naturaleza moral del hombre; y de aquí es que la palabra implica y contiene en sí misma, como complemento necesario, la idea de una obra subjetiva é interna llevada á cabo al mismo tiempo en el hombre interior.

Ya se considere esta obra interna como parte de la santificación, ya se distinga de ella y se identifique con la obra simultánea de la regeneración, es asunto acerca del cual poco importa la divergencia de opinio-

nes, con tal de tener siempre en cuenta que la idea primaria de la santificación bíblica es la separación del pecado y el apartamiento para Dios.

Ora se considere como obra de Dios, ora como obra del hombre, ó bien como obra juntamenta divina y humana, lo cierto es que se efectúa simultáneamente con la justificación y regeneración. ¿Y no podemos decir que en la santificación corresponde al hombre una parte que no puede tener ni en la justificación ni en la regeneración? En estas dos últimas operaciones de la gracia divina nada tiene que hacer el hombre; débense enteramente á Dios. Decir que el hombre se justifica á sí mismo, en el sentido bíblico, ó que se regenera á sí mismo, sería contradecir en absoluto la sana doctrina. No así cuando hablamos de la santificación, puesto que parece haber en ésta un elemento humano que no se encuentra en la justificación ni en la regeneración. Bien es verdad que Dios es el que santifica, y obra definida del Espíritu Santo es la santificación, pero hay un sentido en que puede decirse que el hombre se santifica á sí mismo. La voluntaria separación del mundo, y la consagración de sí mismo á Dios, elementos humanos son que no excluyen por cierto al elemento divino, esto es, la santificación por el Espíritu Santo.

La santificación, separación del pecado.—El primer elemento de la santificación es la separación del pecado. Precede lógicamente el acto de ser apartado para lo

sagrado, la separación de lo pecaminoso y aun de lo temporal. Antes de la conversión el lazo que une al hombre con su pecado es muy estrecho; en efecto, la naturaleza del pecado, como acto de egoísmo, identifica con él al pecador; son una misma cosa, á la manera que la vida nueva es la "unión con Cristo," y "la participación de la naturaleza divina." Para que sea completa la salvación del pecado, no basta solamente que sea éste perdonado por la justificación, y su dominio quebrantado en la regeneración; sino que es indispensable ahuyentar para siempre al hombre del pecado, ó arrancar el pecado hasta su última raíz del corazón del hombre, lo cual viene á ser lo mismo. Tal es la obra propia de la santificación en la conversión, y mientras en la naturaleza del hombre justificado y regenerado permanezcan "raíces del pecado."

Cuando se convierte el pecador arrepentido, en virtud de la obra de santificación que se lleva á cabo en él y sobre él, queda separado en toda transgresión y de todo lo pecaminoso que "está á la vista," y que entonces se siente ó se conoce. Si queda ó no queda algún pecado en el creyente regenerado, pecado escondido y por consiguiente no quitado en la conversión, y si queda, en qué consiste, cuestiones son á cuyo estudio dedicaremos todo un capítulo. Por ahora demos por cierta y probada esta verdad: la santificación, como separación del pecado, según la Sagrada Escritura, es obra que se efectúa simultáneamente con el

perdón del mismo y el quebrantamiento de su dominio.

La santificación como consagración.—El elemento positivo de la santificación es la consagración, ó apartamiento para Dios y para todo lo que representa á Dios en la experiencia personal y en la vida moral; esto es, para su posesión exclusiva, su uso y servicio, para el crecimiento de toda virtud, tanto activa como pasiva, y para la práctica de las virtudes cristianas. El creyente queda apartado, tanto por Dios como por su propia voluntad, en el mismo instante de su conversión, para todo lo que atañe á esta parte de su experiencia cristiana, vida y servicio, hasta donde alcanza entonces su vista y conocimiento. Consagrarse á Dios como posesión suya significa que á la hora de su conversión el pecador arrepentido, que hasta entonces ha vivido como si fuese su propio dueño, comprende que no se pertenece, que ha sido rescatado á gran precio, que Uno es su Dueño, Cristo, y que, por tanto, tiene el deber junto con el privilegio y deleite de vivir para la gloria de Aquel cuya propiedad es por todo derecho.

Esa misma consagración al servicio de Dios significa también que el cristiano se reconoce como sér pasivo en las manos del Señor, conducto por el cual pasa la gracia divina, é instrumento que el Espíritu Santo, único y verdadero Agente reconocido, emplea para realizar sus fines. Al consagrarse uno al divino servicio, engrandece y dignifica su libre personalidad, transformada ya desde la conversión en una parte de

su nueva vida en Cristo, y precisada á trabajar por Dios con todas las facultades de su alma. La ley de la santificación, que se aplica á todo cristiano desde el momento mismo de su conversión, incluye todo esto, y si lo futuro le revela nuevos deberes y nuevas virtudes, ó bien deberes antiguos y virtudes antiguas que ahora sólo se ven por vez primera, subsistirá la misma ley en todos los períodos subsiguientes de la vida cristiana. El creyente tiene el ineludible deber de practicar todo el bien que se ve ó se conoce.

Algunos usos generales de estos términos en la Sagrada Escritura.—De acuerdo con la distinción que acabamos de hacer, observamos que el verbo "santificar," en el sentido de consagrar ó apartar para Dios y su servicio, se aplica en la Sagrada Escritura tanto á cosas como á personas. El hombre "se consagra," "dedica" sus bienes, es "santificado" por el Espíritu Santo. Es de notar asimismo que si bien es diferente el uso de estos términos, todos ellos equivalen á una sola palabra griega y á otra hebrea. El adjetivo "santo," los nombres "santidad" y "santificación," y los verbos "santificar" y "hacer santo," proceden etimológicamente de idéntico vocablo, siendo por tanto idéntica su significación.

Llámase á los hijos de Israel "pueblo santo," porque estaban separados de las naciones circunvecinas y apartados para Dios. Por igual razón, el tabernáculo y el templo llamábanse "el santuario santo;" el día

séptimo, "el sábado santo;" el sacerdocio y el ministerio del Evangelio, "vocación santa;" y la Biblia, "el Libro santo." Asimismo el Nuevo Testamento llama á los cristianos "santos" y "santificados," porque fueron apartados y consagrados para servir á Dios. Desígnase en este sentido como "santos" á todos los creyentes justificados y regenerados, y este es el uso general que de dichos términos, como dejamos expuesto, hace el Nuevo Testamento.

Podráse añadir el adjetivo "completa" á la palabra "santificación," y hacer que la frase "santificación completa" represente una obra subsiguiente á la regeneración, por la cual queda el creyente "salvo de todo pecado," y esto sin inconveniente alguno en cuanto concierne á la teología, puesto que ésta tiene que inventar muchos términos para expresar sus doctrinas, pero ha de tenerse presente que tal unión de las dos palabras no tiene más derecho á llamarse bíblica, que el que tiene la palabra "santificación" á representar semejante idea doctrinal.

Cuando se emplea el término "santificación" ó "santidad," ora aislado, ora seguido del adjetivo "completa," para designar la doctrina de la posible impecabilidad y perfección de un creyente, debiérase distinguir con sumo cuidado entre dicha doctrina y el significado de la palabra, según lo dejamos definido, en su sentido verdaderamente bíblico. En el ministerio de la gra-

cia, la consagración voluntaria y la santificación del Espíritu encuéntranse á la entrada misma de la nueva vida en Cristo.

El adjetivo "santo" en el Nuevo Testamento.—Puede probarse por medio de numerosas citas que el adjetivo "santo" (*hagios*) se usa en el Nuevo Testamento para calificar á los creyentes en general. Las cartas de San Pablo á los Romanos, Corintios, Efesios, Filipenses y Colosenses, la 1ª de San Pedro y la de San Judas están todas dirigidas "á los santos." Esta es la traducción que generalmente se hace de la palabra en el original griego. La frase "llamados santos" (Romanos 1.7), es también traducción literal del griego. En la 1ª á los Corintios se usa una expresión más amplia: "Á la iglesia de Dios que está en Corintio, santificados en Cristo Jesús, llamados santos;" y, sin embargo, el lector recordará que San Pablo censura á esta particular iglesia por haber en ella envidias, disensiones, contiendas y mente carnal; cabalmente los pecados que algunos individuos suponen ser característicos de los cristianos regenerados que no han sido "santificados."

San Pedro llama "elegidos en santificación del Espiritu" á los extranjeros esparcidos á quienes escribió su primera carta (compárese 2ª Tesal. 2.13), y San Judas dirigió su epístola á los "santificados en Dios Padre." Lo que hizo cristianos de aquellos primitivos conversos, los "santificó," y los hizo "santos." Es decir, que la santificación, según el uso que de ese

término hace el Nuevo Testamento, era parte y estaba incluida en su conversión, usando esta última palabra en el sentido popular, como continuaremos usándola, para indicar el conjunto total de las operaciones divinas y de la humana cooperación, las cuales transforman al pecador en cristiano.

El nombre "santificación" en el Nuevo Testamento.— Igual resultado se obtiene al examinar el uso que el Nuevo Testamento hace del nombre "santificación." De las creyentes regenerados en general se dice en la Epístola á los Romanos, 6.17–22, que habiendo sido anteriormente siervos del pecado, de la impureza y de la iniquidad, son ahora siervos de la "justicia" (justificación) y de la "santidad" (santificación). En Efesios 4.12 leemos de la "perfección de los santos," y en la 2ª á los Corintios, 7.1, hállase la frase "perfeccionando la santificación en temor de Dios," lo cual muestra que la santidad pertenece á los creyentes como tales desde el momento de su regeneración, pero que su perfeccionamiento se considera como una obra continua y progresiva.

Esta misma idea de la perfección progresiva esta incluida en el uso que San Pablo hace de este término en la 1ª á los Tesal., 3.12 y 13, donde ruega á Dios que haga abundar el amor entre ellos, y que crezcan en gracia para que sean *confirmados* en santidad, dando el autor á la palabra "confirmados" toda la finalidad y preferencia. En el capítulo siguiente de esta

misma carta la cláusula, "que os apartéis de fornicación," explica muy de lleno las palabras anteriores, "la voluntad de Dios es vuestra santificación," las cuales son aplicables "á todo aquel que invoca el nombre de Cristo." Esa "santidad sin la cual nadie verá al Señor" pertenece á todos los creyentes justificados y regenerados, á quienes también se describe como participantes de su santificación. (Véase Hebreos 12.10–14.) En Efesios 4.22–24 se relaciona la santificación con el acto de "dejar el hombre viejo" para "vestirse el nuevo," expresiones que los comentadores interpretan generalmente como significando justificación y regeneración. Estos son todos los pasajes importantes en que la "santificación," ó "santidad," se aplica á la vida cristiana.

El verbo "santificar" en el Nuevo Testamento.—Pasamos á citar unos cuantos ejemplos del verbo "santificar" (*hagiadzein*). En el Libro de los Hechos, 26.18, hállanse juntas la fe, la remisión de pecados, la herencia cristiana (derecho inalienable de los hijos) y la santificación; cuatro términos sagrados que se las presenta unidas de tal suerte que parecen inseparables. En la 1ª á las Corintios, 6.12, leemos: "Y esto erais algunos: mas ya sois lavados, mas ya sois santificados, mas ya sois justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios." La unión y relación recíproca de estas tres cosas, la regeneración, la santificación y la justificación, y el lugar que la "san-

tificación" ocupa entre la justificación y la regeneración, muestran otra vez su inseparable unión: cuando se efectúa la una, efectúanse las otras dos.

En la 1ª á los Tesal., 5.23, se lee: "Y el Dios de paz os santifique en todo." Aquí se acentúa la palabra "todo" (*holoteleis*), que no es adverbio, sino un adjetivo compuesto de los vocablos (*holos*) "completo," y (*télos*) "perfecto," siendo por lo tanto una de las palabras más enérgicas de la lengua griega. Esa totalidad quiere decir entereza, complemento ó perfección que no se alcanza sino al fin (*télos*) de un procedimiento; significa la "perfección completa y final" y, según se usa en este pasaje, indica que el perfeccionamiento es gradual.

La idea primitiva y original de la santificación, es decir, separación de lo malo y consagración á Dios, se desprende muy á las claras de la 2ª á Timoteo, 2.21: "Así que si alguno se limpiase de estas cosas, será vaso para honra, *santificado*, y útil para los usos del Señor, y aparejado para toda buena obra." Estas palabras pueden aplicarse á todo hombre verdaderamente justificado y regenerado. Dícese en Hebreos 10.14 que Cristo "con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre á los santificados." Este versículo indica una diferencia entre la santificación y la perfección, diferencia que se observa en todo el Nuevo Testamento.

Y si bien este estudio exegético ha probado, ó á lo menos ha tratado de probar, que la santificación, se-

gún la Sagrada Escritura, es un resultado y obra de la gracia inseparable de la justificación y regeneración, ora se la considere lógica, ora cronológicamente, y que debe distinguirse de la perfección, sin embargo, ha revelado al mismo tiempo el hecho de que la Biblia enseña claramente una doctrina de la perfección. Á ésta llegaremos más adelante en el curso de nuestros estudios sobre la salvación personal.

Instrumento divino de la santificación.—El instrumento de la santificación es la "verdad," la divina "palabra de la verdad." Cristo dijo: "Santifícalos en tu verdad: tu palabra es la verdad. . . . Y por ellos me santifico á mí mismo, para que también ellos sean santificados en verdad." (Juan 17.17, 19.) Con la ayuda de los mejores comentadores debe estudiarse este fecundísimo pasaje si se quiere comprender toda la extensión de su significado. La afirmación que Cristo hace aquí de que "se santifica á sí mismo" muestra que esa palabra no siempre contiene la idea de "separación del pecado interno," si bien puede incluir aun la idea de apartamiento de toda transgresión externa que hay en el mundo. En Jesucristo la santificación no podía comprender la "separación del pecado interno," pues en Él no hubo pecado alguno de que separarse. La santificación de nuestro Señor consistió especialmente en la consagración ó dedicación de sí mismo á la misión divina que trajo de redimir al mundo con su obediencia activa y pasiva. El fin principal de

la oración que como Sumo Sacerdote eleva á su eterno Padre en este pasaje (Juan 17.1–26) en favor de sus Apóstoles y de todo los cristianos venideros, no fué otro que la aplicación por el Espíritu Santo de su obra redentora á la salvación de todos los que han de creer.

Es digno de notar que el instrumento de la santificación, llamado aquí "la palabra de verdad," es el mismo que en otra parte se menciona como medio de la regeneración: "Él de su voluntad nos ha engendrado por la palabra de verdad." (Santiago 1.18 y 1ª de San Pedro 1.23.) Por la verdad, y sólo por la verdad, puede el hombre santificarse. La verdad está siempre opuesta al error; y la verdad que santifica debe contener, aparte de todo lo demás que implique ó no implique, en cuanto concierne al hombre, ideas verdaderas del pecado, de Dios, del arrepentimiento y de la fe. "La palabra" de Dios "es la verdad;" Cristo es "el camino, la *verdad*, y la vida," y "la santificación es del Espíritu."

Pero si la mente del hombre está llena de ideas falsas, confusas y erróneas, imposible es que estas fuerzas divinas lleven á cabo su obra de santificación. Para que Dios obre en nosotros, exígenos dos condiciones: la fe y la verdad. No la fe sola, ni la verdad sola, sino la fe *y* la verdad, la fe *en* la verdad, la verdad entendida y creída; he aquí el único canal por el cual la gracia puede fluir en el alma del hombre y hacerle partícipe de la santidad divina. Cristo no se

contentó con santificarse á sí mismo para que su pueblo fuera santificado, sino que "el que santifica y los que son santificados, de uno son todos: por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos." Sin ser santificado, nadie puede ser hijo de Dios, ni hermano de Cristo, ni nacido del Espíritu Santo.

Santidad de todos los creyentes regenerados.—Volvemos pues al aserto con que empezamos este capítulo: Todos los creyentes justificados y regenerados son santificados. El Doctor J. T. Crane expresa muy claramente esta verdad, diciendo:

La nomenclatura de la Sagrada Escritura se basa sobre el principio de que el alma verdaderamente nacida de Dios es santa, y de que con la ayuda de la gracia puede continuar siéndolo; que desde un principio los creyentes están dotados de tal poder gracioso, que con fe firme y fidelidad constante pueden dominarse á sí mismos, vencer á Satanás, y "guardarse sin mancha de este mundo;" y que los que no consiguen esto no cumplen con su deber ni gozan de sus privilegios. El lenguaje claro de la Sagrada Escritura, escrito "no con doctas palabras de humana sabiduría, mas con doctrina del Espíritu," proclama que todo el que ha nacido de Dios se convierte en esa misma hora en "nueva criatura," en "hombre nuevo," y que es "santo," "libre de pecado," "limpio," "santificado," "salvo."

Juan Wesley declara esta misma verdad con palabras igualmente claras y bíblicas:

Su cuerpo mismo es un "templo del Espíritu Santo" y "una morada de Dios en Espíritu." Es "creado de nuevo en Cris-

to Jesús." Es lavado; es santificado. Su corazón está purificado por la fe, "habiendo huido de la corrupción que está en el mundo." "El amor de Dios está derramado en su corazón por el Espíritu Santo que le es dado." Mientras "anda en el amor," lo cual puede hacer siempre, adora á Dios en espíritu y en verdad, guarda sus mandamientos, y hace lo que es agradable en su presencia. . . . Y tiene poder tanto sobre el pecado interno como sobre el externo, aun desde el momento de su justificación.

HIJOS DEL CELESTE REY.

Hijos del celeste Rey,
  Dulces cánticos alzad;
Y al pastor de nuestra grey
  Alabanzas entonad.
Sólo del benigno Dios
  Viene la felicidad;
Si seguimos de Él en pos,
  Mostrarános su bondad.

Si algún día, con razón
  Temimos al tentador,
Hoy alienta el corazón
  Jesús, el Libertador.
Lejos, pues, huya el temor:
  Cierta es ya la redención,
Mas pensemos con fervor
  En la eterna salvación.

Con Jesús podremos ir
  Por la senda celestial;
No nos dejará incurrir
  En el pecado fatal.
Él es sólo el sumo bien;
  En Él siempre confiad.
Nos ha comprado un Edén
  Á toda la cristiandad.

—*J. B. Cabrera.*

XV

EL TESTIMONIO DEL ESPÍRITU

"Justificados por la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo . . . y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios." "No habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez en temor; mas habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos, Abba, Padre." Porque el mismo Espíritu da testimonio á nuestro espíritu que somos hijos de Dios." (Romanos 5.1, 2; 8.15, 16.)

"Por cuanto sois hijos, Dios envió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones, el cual clama: Abba, Padre.' (Gálatas 4.6.)

"Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo." (Juan 9.25.)

"En esto sabemos que nosotros le hemos conocido, si guardamos sus mandamientos." "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte á vida, en que amamos á los hermanos." "En esto sabemos que Él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado." "El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo." (1a Juan 2.3; 3.14, 24; 5.10.)

No lo que tenemos, sino lo que poseemos á sabiendas, es lo que determina el grado de nuestra riqueza material ó espiritual. Un pobre labrador poseía algunas hectáreas de terreno estéril y pedregoso, cuyo producto, á pesar de una faena ruda é incesante, á duras penas bastaba para la manutención de su familia. Murió el labrador, legando la finca á su hijo mayor. Inopinadamente halló éste en su propiedad algunos indicios de que allí existía oro, y practicando pruebas, no tardó en descubrir que contenía minas de imponderable valor. El padre había tenido la mismísima propiedad que ahora era del hijo, pero mientras aquél vivió y murió en la pobreza, éste amontonó una fortuna colosal. La única diferencia entre los dos era que el hijo comprendía el valor de su finca, y el padre lo ignoraba.—*A. J. Gordan.*

Anden siempre juntas estas dos cosas, la "demanda de una buena conciencia delante de Dios" y el testimonio del Espíritu Divino, y todo estará bien. Los frutos que produce nuestra vida pueden ser para otros la única prueba de nuestra piedad, y para ellos no se necesita otra; pero en cuanto á nosotros mismos, conviene que tengamos otra evidencia superior y más segura. . . . El testimonio de nuestro propio espíritu por sí solo nunca puede ser un elemento de certeza. Posible será, quizás, tener razones suficientes para estar tranquilos y emprender nuestro camino con relativa seguridad, mas siempre carecemos de la certeza absoluta. . . . El testimonio del Espíritu Santo se diferencia del de nuestro propio espíritu: es directo, sencillo, indudable; es una unidad que puede definirse, pero que se resiste al análisis. En respuesta á su plegaria el alma recibe de Dios esta impresión: "Tus pecados son perdonados; levántate, véte en paz." Así se pone fin á toda controversia.—*El Obispo H. N. McTyeire.*

Nada menos que la certeza puede ni debe satisfacer á un alma cuyo destino eterno es el asunto sometido á resolución. La duda perturba, y aun tortura el corazón. No hay descanso para el espíritu del nombre hasta que surja *espontáneamente* de lo más recóndito de su sér la exclamación filial: "Abba, Padre." Ésta es precisamente la evidencia que el Evangelio ofrece; y no entienden bien la idea del mismo, ni pueden aprovecharse de sus bienes, cuantos se contentan con menos.—*Esteban Olin.*

CAPÍTULO XV

EL TESTIMONIO DEL ESPÍRITU

De todas las doctrinas de la teología cristiana que pueden comprobarse mediante la experiencia religiosa, ninguna hay que más reclame un estudio exacto y concienzudo que la del testimonio del Espíritu, ó sea la seguridad de la fe. Después de la justificación y la regeneración, las cuales constituyen juntas la esencia de la salvación en lo que corresponde á la acción divina, el testimonio del Espíritu es el elemento más importante que entra en lo que llamamos la "religión experimental," término que puede decirse fué introducido por el metodismo en la literatura mística y teológica. Obra fué de Martín Lutero el afirmar de nuevo y dar su debida importancia á la casi perdida doctrina de la justificación por la fe sola que caracteriza los escritos del Apóstol Pablo. Wésley empezó donde Lutero había terminado, y declaró con un énfasis hasta entonces desconocido que, siendo "justificados por la fe, *tenemos paz con Dios*, por medio de nuestro Señor Jesucristo;" y que no puede haber paz con Dios sin la consciente certidumbre del perdón.

Distinción entre el testimonio directo y el indirecto.— Wésley en su análisis de esta doctrina acentuó tanto el testimonio directo como indirecto. El primero,

identificado con el del Espíritu Santo, lo define así: "una impresión íntima en el alma de los creyentes, por la cual el Espíritu de Dios da testimonio directo á su espíritu de que son hijos suyos." El segundo, ó sea el de nuestro propio espíritu, según él, "es á poca diferencia, si no precisamente, idéntico con el testimonio de una buena conciencia delante de Dios, y resulta del raciocinar ó discurrir sobre lo que sentimos en nuestras propias almas. En rigor es una conclusión deducida en parte de la Palabra de Dios, y en parte de nuestra propia experiencia. La Palabra Divina afirma que quien produzca en su vida el fruto del Espíritu es hijo de Dios. La experiencia, ó sea la conciencia íntima me asegura que llevo dicho fruto, y por tanto infiero naturalmente que por eso soy hijo de Dios." Demuestra, además, el citado autor, que estos dos testimonios nunca se hallan separados, sino unidos siempre en la experiencia normal é ideal del cristiano.

Importancia de la certidumbre personal en la vida y servicio cristianos.—En el ánimo de los que profesan ser cristianos existe mucha vaguedad y confusión con respecto á este asunto; cuya indeterminación ejerce una influencia funesta sobre la vida religiosa, engendrando de continuo desasosiego, incertidumbre y descontento, y privándole á veces por completo de toda satisfacción y gozo. En el caso de algunos miembros de la iglesia, llega esta impresión al extremo de infundirles serios temores, haciéndoles dudar de la realidad

de su conversión, y mientras dura este estado, aun cuando los temores sean infundados, su vida y carácter se hallan casi despojados de toda utilidad en cuanto al servicio cristiano. La religión experimental que va acompañada de la conciencia inequívoca del perdón, hállase dotada de un poder que todos los conocimientos meramente intelectuales dejan de proporcionar. Quien comprende la naturaleza del pecado, y lo que son el arrepentimiento, la fe salvadora, el perdón, la regeneración y el testimonio del Espíritu, por haberlos experimentado en sí mismo, puede hablar de estas doctrinas con una fuerza y potencia de que carecen por completo las palabras de otro que las conoce solamente por el estudio y comprensión intelectual de las mismas. Á semejanza del ciego de nacimiento, cuya curación leemos en el capítulo nueve del Evangelio según San Juan, es capaz de resistir á los argumentos del mundo escéptico é incrédulo, é inmóvil en la sólida peña de la experiencia, declara: "Que ésto ó aquéllo sea verdad como alegáis, no lo sé; mas *una cosa sé*, *que habiendo yo sido ciego*, *ahora veo*." La religión experimental, evidenciada por la conciencia cierta del perdón de los pecados, es la única prueba satisfactoria de la conversión, y la sola defensa segura contra los ataques de la incredulidad.

Prueba bíblica de la doctrina.—Desde luego debiera darse por supuesto que el mismo Espíritu que nos convence de pecado, ha de convencernos también del perdón,

y así es en efecto, como lo demuestran numerosos pasajes de la Sagrada Escritura. "Por cuanto sois hijos, Dios envió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones, el cual clama: Abba, Padre." (Gálatas 4.6.) "No habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez en temor; mas habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: Abba, Padre. Porque el mismo Espíritu da testimonio á (literalmente *junto con*) nuestro espíritu de que somos hijos de Dios." (Romanos 8.15, 16.) "Y en ésto sabemos que Él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado." (1ª Juan 3.24.) "En ésto conocemos que estamos en Él, y Él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu." (1ª Juan 4.13.) Verdaderamente parece desprenderse de estos pasajes bíblicos tan claros y sencillos la enseñanza que la referida convicción es no sólo el privilegio sino la posesión actual de todo hijo de Dios, de manera que se trata de una cosa abnormal y excepcional cuando el creyente regenerado carece de ella. La falta de ese testimonio obliga al cristiano á estar continuamente á la defensiva; tiene que combatir el siempre presente temor de que no ha sido convertido de veras, y tratar sin cesar de convencerse á sí mismo de que quizás en efecto es de la familia de Dios. Es muy grande el contraste que forma tal creyente dudoso con otro que lleva siempre consigo la conciencia inmediata de su filiación divina y de su filial amor.

La salvación personal, no el testimonio del Espíritu, objeto del conocimiento cristiano.—Debe tenerse presente que el testimonio del Espíritu no es en sí un fin, sino un medio para conducir al mismo. Es una convicción divina de nuestra salvación, y lo que debemos saber y sentir de una manera inequívoca, no es dicho testimonio, sino el hecho de que somos salvos. Así como cuando se trata de la convicción de pecado producida por el Espíritu, lo que sentimos es el pecado y no el testimonio divino, así también en la convicción de salvación infundida por el mismo Agente divino, de lo que principalmente tenemos conciencia no es del testimonio del Espíritu, sino del hecho de que somos perdonados; no tanto del testimonio, ni del Testigo, como de la cosa testificada. Nadie puede saber que es nacido de nuevo á no ser que el Espíritu le convenza de ello. Muchos, al parecer, concentran sus pensamientos y oraciones en este testimonio como si fuera una cosa que ha de buscarse en sí y por sí, como, por ejemplo, el perdón y la regeneración. Mas no es así: el objeto de nuestro afán es saber á ciencia cierta que se ha efectuado en nosotros el nacimiento de lo alto; y el ministerio del Espíritu Santo es testificar, probar, convencernos de la realidad de ese hecho. El estar convencidos de nuestra salvación constituye evidencia intuitiva de que tenemos el testimonio del Espíritu. Éste, en el caso del pecador despertado de su letargo, consiste en la convicción de pecado; en el del creyen-

te regenerado, es idéntico con la convicción de salvación. "¿Cree Vd. que es salvo?" preguntó cierto pastor á un miembro de su congregación. "Sí," respondió el humilde discípulo, "estoy convencido de ello." "¿Y tiene Vd. el testimonio del Espíritu?" prosiguió aquél; y el interrogado contestó: "No; temo mucho que no lo poseo, y esto me inquieta bastante. Pero sigo pidiéndolo, y confío que lo obtendré." ¡Qué confusión de ideas! ¿Cómo puede uno tener la seguridad de que es salvo y, sin embargo, carecer del testimonio del Espíritu? Estamos persuadidos de que no pocos cristianos encuentran dificultades y perturbación en esta etapa de su vida religiosa precisamente porque andan á tientas en busca de un cierto conocimiento del "testimonio del Espíritu," cuando lo que debieran pretender es asegurarse del hecho de su salvación, de su perdón y regeneración, quedando convencidos de ello mediante la atestación divina. El conocimiento del perdón no es otra cosa que el efecto consciente producido en nosotros por dicho testimonio. Es el sello que el Espíritu pone en su propia obra profunda y divinamente efectuada en nosotros.

Señales bíblicas de la certidumbre.—La Sagrada Escritura indica varias señales por medio de las cuales podamos asegurarnos de que nuestros pecados son perdonados, y de que somos hijos de Dios, y quien profese ser cristiano sin poder apropiarse alguna de ellas, motivo justo tiene para desconfiar de su estado espiri-

tual. Desde el punto de vista de la fe, esta seguridad se llama la "plena certidumbre de fe," y la señal que corresponde á ésta es: "El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo" (1ª Juan 5.10); y "Yo sé á quien he creído" (2ª Timoteo 1.12). La que se refiere al amor: "Sabemos que hemos pasado de muerte á vida, en que amamos á los hermanos" (1ª Juan 3.14). Y relativa á la obediencia lo que dice San Juan: "En esto sabemos que nosotros le hemos conocido, si guardamos sus mandamientos" (1ª Juan 2.3). Los hechos, y no las palabras, dan la seguridad de nuestra filiación: "No amemos de palabra, ni de lengua; sino de obra y en verdad. Y en esto conocemos que somos de la verdad, y tenemos nuestros corazones certificados delante de Él" (1ª Juan 3.18, 19).

Puede probarse la conversión por el cambio que se ha efectuado: "Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo" (Juan 9.25). Ó bien, comparando nuestro estado con el del mundo: "Sabemos que somos de Dios, y todo el mundo está puesto en maldad" (1a Juan 5.19). La enemistad característica de la "intención de la carne" se trueca en una paz dulce y bendita, producto del perdón: "Justificados por la fe, tenemos paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo . . . y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios" (Romanos 5.1, 2). Y además, "por sus frutos los conoceréis;" "el fruto del Espíritu es caridad, gozo, paz, tolerancia, benignidad,

bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gálatas 5.22).

Diferentes maneras de lograr la plena certidumbre.—Acabamos de señalar ocho pruebas de entre las muchas que ofrece la Sagrada Escritura, por medio de las cuales podemos persuadirnos si somos ó no creyentes regenerados. ¿No trae consuelo al corazón ninguna de ellas? Si al que profese ser cristiano no le es posible probarlo por ninguna de estas señales—ni por su fe, ni por su amor, ni por su obediencia, ni por su caridad, ni por el conocimiento de reconciliación y de paz, ni por el cambio realizado en su sér y en sus relaciones con Dios y con el pueblo de Dios, ni por los motivos, propósitos y aspiraciones supremas de su corazón, ni por los frutos que da su vida—si su fe no puede asirse de ninguna de estas cosas, y por ese medio alcanzar la certidumbre de su filiación divina, entonces tiene en verdad causa justa para temer que nunca ha sido realmente convertido. Mas si, al contrario, cualquiera de estas pruebas trae consuelo al abatido creyente, afírmese en ello con reflexión, y tomándole como base, edifique sobre ella hasta llegar á la *plena certidumbre* de fe. Quien no sea sino lo que el Apóstol llama *un niño en Cristo*, no conviene que se acongoje por no ver en sí mismo reunidas todas esas señales, ni aplicadas á su estado particular.

Entre las personas no convertidas todavía, existen grandes diferencias de temperamentos, vidas y costumbres, por cuya causa obsérvanse diferencias seme-

jantes en las señales y circunstancias que acompañan á cada convicción de pecado y conversión individual, así como también al modo de lograr después el conocimiento de la salvación propia. Nadie puede saber que es cristiano si el Espíritu Santo no se lo manifiesta, pero el mismo indivisible Espíritu obra de muchas y diversas maneras. Si bien es verdad que una genuina experiencia religiosa es la mejor preparación para conducir á las almas del pecado á la salvación, es igualmente cierto ser cristiano de miras estrechas y que dista mucho de la aptitud necesaria para la dirección de las almas quien juzgue indispensable que la experiencia de todo cristiano no puede ser verdadera y conforme á la Palabra Divina, si no corresponde en todo y por todo á la suya propia.

Distinción entre el testimonio del Espíritu y las meras emociones.—Es un error harto común y muy funesto confundir el testimonio del Espíritu con aquellos arrebatos emocionales de gozo piadoso que no pocas veces acompañan ó siguen á la conversión, y con aquellos períodos de éxtasis que disfrutan ciertos cristianos con más ó menos frecuencia. ¡Dichoso el que se ve así privilegiado! pero mientras este estado de ánimo puede acompañar al testimonio del Espíritu, debe distinguirse de él. Aquél depende en gran manera del temperamento, y caracteriza á distintos creyentes en grados bien variados; mas el testimonio del Espíritu es propiedad común de todos los fieles, cua-

lesquiera que sean sus temperamentos. Los arrobamientos extáticos son circunstanciales y pasajeros; mas el testimonio real del Espíritu se deja sentir lo mismo en las aflicciones que en el gozo, y así en la luz como en las tinieblas. El cristiano que, á pesar de la poca sensibilidad de su carácter, sirve á Dios con lealtad y constancia, y por principios racionales, debe poseer la seguridad tranquila y permanente de su filiación divina no menos que el hermano cuyo temperamento con frecuencia rebosa de piadosas y férvidas emociones. Hasta es posible que este último tipo de cristiano sea combatido por el temor de haber perdido tal testimonio luego que hayan cesado las ternezas de sus momentáneos consuelos. Por ventura carecerá de fundamento tal temor, y por eso es preciso tener bien presente la diferencia de testimonios propuesta si se quiere evitar toda pertubación de ánimo relativa al estado espiritual.

El testimonio del Espíritu, no esencial á la salvación personal.—¿Puede uno ser creyente regenerado y carecer del testimonio del Espíritu? Contestamos: (1) No es esto lo regular, y quizá sea poco frecuente que una persona convertida de veras permanezca mucho tiempo sin poder cerciorarse de ello. (2) El Espíritu Santo da testimonio "juntamente con," y no con independencia de nuestro espíritu. Aunque lo que produce la convicción, tanto de pecado como del perdón, es la voz del Espíritu Santo dejándose oir en el

corazón humano, sin embargo, el reconocimiento de este divino testimonio parece estar en ambos casos, á lo menos hasta cierto punto, sujeto al espíritu libre del hombre, y gobernado por el mismo. La causa, pues, de que unos posean ese convencimiento y otros no, es, sin duda, la diversidad de individuos y caracteres, y de ninguna manera la operación del Espíritu Santo. Por último, mientras la fe es esencial á la salvación, la certidumbre de fe, ó sea el testimonio del Espíritu, no lo es: La Biblia declara terminatemente que si no creemos estamos condenados, pero no dice que si carecemos de dicha certidumbre estamos irremisiblemente perdidos. Nos asegura que si no nacemos de nuevo es imposible ver el reino de Dios, mas en ninguna parte afirma que si no poseemos el testimonio del Espíritu convenciéndonos de nuestra regeneración moriremos sin remedio. En ciertas ocasiones hemos oído á ministros del Evangelio decir en su predicación que quien se considere cristiano y al mismo tiempo ignora si ha sido admitido en la familia de Dios, no pudiendo indicar precisamente el tiempo y lugar de su conversión, no tiene derecho á semejante título, sino que nunca ha sido convertido, y es indefectiblemente pecador no regenerado. Creemos que un tal aserto no sólo es falso á la luz de la Escritura Santa y de la experiencia cristiana, sino que es sumamente dañoso, pues causa el desaliento y aun hace desistir del deseo de alcanzar tan preciosa bendición á

quienes más necesitan de cariñosos auxilios para lograrla. El celo que tengamos por una doctrina elevada y santa no nos autoriza para exceder á las enseñanzas claras de la Biblia.

Posesión del testimonio del Espíritu sin ser conocido á veces.—Es indudable que la mayoría de los creyentes regenerados, al juzgar que carecen del testimonio divino, lo poseen con perfecta realidad, aunque de ello no se dan cuenta por la confusión y falsedad de sus conceptos. Hánse forjado de antemano una idea de lo que puede ser tal testimonio y de los efectos que en ellos pudiera causar, y al ver que lo real no corresponde á lo ideal, infieren con tristeza que nunca lo han poseído. Trátese de convencer á uno de éstos que no es cristiano, y no tardará en hacer patente su derecho á tal título, poniendo así de manifiesto su inconsecuencia en dudar de lo mismo que está probando. Duda de su propia conversión y, sin embargo, no permite que otros la pongan en tela de juicio. Aducirá irrecusables pruebas de su fe y regeneración, y con todo afirmará sus temores de no haber recibido el testimonio del Espíritu. Existen cristianos tan sinceros como tímidos y vacilantes, cuya inquietud por el testimonio divino es tanta que su mayor consuelo y paz sería convencerse con certeza de que es posible ser cristiano sincero sin tener conscientemente el testimonio del Espíritu. No eran otras las enseñanzas de Wésley. Á esos cristianos llamábalos "siervos" en con-

traposición de "hijos" de Dios. Es interesante notar que al fin de su tercer sermón sobre el testimonio del Espíritu, insertó la siguiente nota: "El lector no dejará de observar que el discurso anterior describe la experiencia de los que son *fuertes* en la fe, y por eso los *débiles* podrían descorazonarse. El siguiente discurso [sobre el pecado en los creyentes] será, sin duda, de alguna utilidad para evitar este sensible resultado."

Tres tipos de la experiencia cristiana.—En lo referente al testimonio del Espíritu pueden repartirse los miembros de Iglesia en tres clases, que son: los que gozan de la seguridad de haber sido aceptados por Dios; otros que no poseen esa certeza, ni se inquietan por no tenerla; y otros terceros que, careciendo de ella, ó á lo menos ignorando poseerla, se hallan por ese motivo desasosegados, anhelan con afán conseguirla, y la buscan con oración.

Es problemático si los de la segunda clase son dignos de ser tenidos por verdaderos cristianos; pero en cambio, en la tercera clase se encuentran muchos congregantes piadosos y útiles, á los cuales es el deber, así como también el privilegio de pastores fieles, tanto en el ministerio público de la Palabra como en el privado, ayudar y guiar á la plena certidumbre de fe.

Bienaventuranza de la certeza personal.—El lenguaje de la experiencia cristiana es el del conocimiento, no de la duda é incertidumbre. "No sé" es el lenguaje de escépticos y agnósticos; "Yo sé" es el de la fe cris-

tiana y de la certeza que Dios mismo infunde en el alma. "*Yo sé* que vive mi Redentor." "*Yo sé* que he pasado de muerte á vida." "*Yo sé* que habiendo sido ciego, ahora veo." "*Yo sé* á quien he creído." "*Sabemos* que si la casa terrestre de nuestra habitación se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna en los cielos." "El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo." Tener este *testimonio en sí mismo* es no sólo privilegio, sino también deber de todo hijo de Dios desde el momento de su conversión; y hasta que lo posea no tiene paz con Dios ni poder con los hombres.

Necesidad de verificar el testimonio por medio de la Escritura Santa.—Algunos han llamado la primera carta de San Juan la "Epístola de la certeza cristiana." En el último capítulo el Apóstol se expresa así: "Estas cosas he escrito á vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna," y un estudio detenido de la Epístola confirmará la verdad de este aserto por parte del autor. La carta abunda en *seguridades* al creyente, empleándose muchas y muy diversas frases á cual más rica en sugestiones provechosas. Todo aquel que carezca de esa seguridad debería hacer un estudio concienzudo de esta carta; y los que la tienen ya harían bien en probar su conformidad á las Escrituras por medio de éste y otros escritos del Nuevo Testamento. Pocas cosas son más perjudiciales á la religión que grandes pretensiones

de santidad y una profesión exagerada de seguridad que no son justificadas ni por la manera de vivir ni por la Palabra de Dios. "No creáis á todo espíritu, sino probad los espíritus," es un precepto divino que tiene por objeto impedir que uno tome equivocadamente un testigo falso por verdadero. Podemos estar seguros que cualquier supuesto "testimonio del espíritu" que no puede resistir esta doble prueba, la fidelidad á la revelación divina y una vida cristiana perfectamente ajustada á los mandamientos del Señor, no procede de Cristo. Pero cuando el testimonio de la experiencia cristiana está así doblemente confirmado, constituye un fundamento de certeza para el individuo creyente, y éste, á su vez, viene á ser "carta sabida y leída de todos los hombres."

Vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo.—1ª Cor. 6.19.

Cumple, Señor, tu promesa:
  Del cielo á los hombres baje
El Espíritu divino
  En quien tu amor se complace.

Concede que nuestros pechos
  En sagrado amor se inflamen;
Humildes te lo pedimos,
  Señor poderoso y grande.

Nuestros cuerpos templos tuyos
  Se tornen; nuestros afanes,
Nuestro amor, nuestros deseos,
  Á tí sólo se consagren.

Tus bendiciones imploran
  Los que redimió tu sangre;
Sin ellas no nos despidas,
  Tú, nuestro Dios, nuestro Padre. Amén.

—*J. Mora.*

XVI

LA VIDA ESPIRITUAL: LA UNIDAD DE LA SALVACIÓN

"El que cree en el Hijo, tiene vida eterna." "El espíritu es el que da vida. . . . Las palabras que yo os he hablado, son espíritu, y son vida." "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia." "Estas empero son escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengáis vida en su nombre." (Juan 3.36; 6.63; 10.10; 20.31.)

"De manera que también á los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida." (Hechos 11.18.)

"Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. . . . El Espíritu vive á causa de la justicia." (Romanos 8.2. 10.)

"Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo; no ya yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó á sí mismo por mí." (Gálatas 2.20.)

"Herederos juntamente de la gracia de la vida." (1a Pedro 3.7.)

"El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida." (1a Juan 5.12.)

Las diferentes virtudes, como el amor, la fe, la mansedumbre, la benignidad, etc., no son sino diversas manifestaciones del mismo principio de bondad. No queremos decir con esto que la justicia y la bondad sean una misma é idéntica disposición, puesto que se diferencian la una de la otra; pero sí que el mismo principio que hace justo á un hombre, le hará benévolo. Así como el principio de vida en las plantas, en los animales y en el alma racional guía á un desarrollo armonioso del todo en cada una de sus partes, así la religión, ó sea el principio de la vida divina, inspira toda clase de excelencias: y siendo ella única, produce muy distintas sus manifestaciones. La reverencia, el amor, la sumisión, la justicia, la beneficencia, no son sino otros tantos ejercicios de un mismo elemento de santidad. La Sagrada Escritura revela de una manera preferente el amor de Dios como la manifestación más comprensiva y trascendental de esa vida interna y espiritual. Según la Biblia, la verdadera religión no es una manifestación externa ni un arrobamiento de los sentidos: es un principio permanente, espontáneo y progresivo de la vida espiritual, que influye en todo el hombre y que produce todos los frutos de la justicia. De nuestra unión con Cristo nace esta vida divina; Él hace que su Santo Espíritu more en todos sus miembros.—*Carlos Hodge.*

CAPÍTULO XVI

LA VIDA ESPIRITUAL: LA UNIDAD DE LA SALVACIÓN

En nuestro estudio analítico de la salvación personal hemos llegado á un punto donde es preciso detenernos para evitar una deducción falsa; peligro en que se incurre al emplear este método en la investigación de la manera como la gracia divina produce la vida espiritual en el alma. De las varias doctrinas que llevamos expuestas puede inferirse una conclusión, en apariencia verdadera, pero que es falsa en realidad. El análisis por nosotros practicado en los elementos distintos que forman la salvación personal puede ocasionar un concepto erróneo de la religión individual. Ha llegado, pues, la hora de abandonar este método: el análisis debe ser substituido por la síntesis, á fin de que ésta vuelva á unir lo que aquél separó.

El abuso de análisis causa de confusión en teología.— El análisis tiende á destruir la vida. El gabinete de disección es imprescindible si el profesor de anatomía desea explicar claramente á los estudiantes de medicina la constitución del cuerpo humano. Para alcanzar un concepto genuino y exacto del corazón, del hígado ó de los pulmones, precisa separar de los demás y en turno cada uno de estos órganos, y examinarlo solo y por separado. Pero la disección implica la muerte.

Ni aprovecha ni vive el más perfecto órgano de nuestro cuerpo, una vez disgregado de lo demás. No sólo es cierto que todos los órganos vitales son esenciales á la vida, sino también que deben estar unidos en un todo compuesto, y que su separación ó desmembración destruiría la vida.

Lo mismo sucede con respecto á la vida espiritual en su relación con los varios elementos que constituyen la salvación personal. Definídose han estos elementos como convicción de pecado, arrepentimiento, fe, justificación, regeneración, santificación y el testimonio del Espíritu. Á fin de dar una idea clara de la salvación personal, el teólogo, además de distinguir uno de otro los elementos varios de que se compone, tiene que darles separadamente una importancia que puede parecer exagerada. La salvación personal no es tanto una cosa complexa y compuesta, ó un conjunto de muchas partes, como una unidad. Es verdad que la vida espiritual se manifiesta de muchas maneras, pero en sí misma es esencialmente una unidad.

La conservación de la energía y la correlación de las fuerzas en la religión espiritual.—La gran ley y principio fundamental de la vida espiritual no es, por consiguiente, la diversidad, sino la unidad. En las ciencias naturales se enseña una ley denominada de la conservación de la energía y de la correlación de las fuerzas; la cual expresa que no hay en el universo material sino

una sola fuerza, si bien ésta puede manifestarse y se manifiesta en distintos agentes, como el calor, el movimiento, la luz, el vapor, la electricidad, etc.

En el orden espiritual esta doctrina es igualmente cierta. La religión pura, sincera y experimental, en otras palabras, la vida espiritual, es la energía ó fuerza perenne, divinamente engendrada en los corazones de los hijos de Dios; y puede correlacionarse y transformarse en cualquiera de los atributos ó en todas las cualidades que la Biblia describe como pertenecientes al carácter de un verdadero cristiano. Podemos darle el nombre de amor, mansedumbre, humildad, altruismo, benevolencia, beneficencia, sacrificio de sí mismo, sufrimiento paciente, ó cualquiera otro que signifique el carácter cristiano. La religión personal no es un compuesto de todas estas cualidades debido á un procedimiento de adición ó multiplicación; es más bien una sola cosa; es la vida espiritual que se manifiesta de estas maneras, y no de éstas solas, sino de todas las maneras posibles que el amor y el deber puedan dictar, ó las circunstancias sugerir como convenientes.

No consiste la religión espiritual en una mera conformidad con cierto conjunto de reglas; es un principio implantado profunda y divinamente. La vida espiritual es un poder espiritual, y una conservación perpetua de este poder, transformado incesantemente en amor, obediencia, sacrificio, ó cualquier otro atributo y deber del carácter cristiano es la evidencia irre-

cusable de una vida permanente y creciente. Probemos la verdad de este principio con la ley del amor y con el amor como ley.

Experiencias y deberes cristianos expresados con términos de amor.—"El cumplimiento de la ley es la caridad," dice San Pablo. Sin embargo, ¡cómo se diferencia la ley y la caridad! En cierto sentido la una es la antítesis de la otra. Entonces ¿cómo puede convertirse la una en la otra? Un profeta del Antiguo Testamento dijo que el verdadero Israelita es aquel varón que tiene la ley, la ley de sus deberes para con Dios y para con su prójimo, *dentro de su corazón*, á diferencia del que obedece la ley meramente obligado por voluntad ajena. Pero en la citada frase de San Pablo y en otra del divino Maestro, tenemos el principio de la ley y la caridad expresado aun más claramente; enseñan que puede confiarse obrará siempre lo justo el corazón amante. El amor no cometerá equivocaciones intencionadas ni nocivas al interpretar ó aplicar la ley. Hará no solamente lo que la ley requiere, sino aun más de lo que se le pide. En el amor de Dios y del prójimo se resume todo lo que la ley y los profetas contienen acerca del hombre redimido. De donde se infiere que el amor no es sino otro nombre con que se conoce la religión personal y la vida del espíritu; es la sola fuerza espiritual que en el alma regenerada puede correlacionarse con todo aquello que

se asemeja á Cristo. Todo lo que atañe á la experiencia ó á los deberes del cristiano puede expresarse en términos de amor.

Examinemos la verdad de este principio. El arrepentimiento no es otra cosa sino el amor que aborrece el pecado y renuncia al mundo; la fe es el amor que acepta á Cristo; la justicia es el amor que guarda la ley; la obediencia filial es el amor que cumple la voluntad del Padre; la caridad es el amor que no piensa mal. En cuatro versículos cortos y familiares (1ª Corintios 13.4–7) nos da San Pablo un análisis notable de los componentes éticos y espirituales del amor. Es una especie de espectro solar ó conjunto de los siete colores simples. "Habéis visto á un científico tomar un rayo luminoso," decía el finado Enrique Drummond, cuyas palabras elocuentes condensamos aquí, "y al pasarlo á través de un prisma de cristal, producir su descomposición en los siete colores del arco iris. De igual modo hace San Pablo pasar el amor á través del prisma de su privilegiado entendimiento, y luego aparecen los diferentes elementos de que se compone. Observadlos: son virtudes que oímos mencionar diariamente, actos que en todas las relaciones de la vida pueden ejercer los hombres. El prisma de Pablo revela nueve elementos del amor, que son: paciencia, benignidad, generosidad, humildad, cortesía, bondad, templanza, inocencia, sinceridad: éstas constituyen el don supremo, la estatura del hombre perfecto."

La religión personal no es complexa ni compuesta, sino una unidad indivisible.—Hemos presentado el arrepentimiento, la fe, la justificación, la regeneración, la certidumbre y la santificación como si fueran otros tantos pasos en la carrera de la vida, ú otros tantos elementos de la salvación personal separados y diferentes; ahora debemos destruir hasta cierto punto este análisis, demasiado severo y lógico, declarando ser este método de presentar la nueva vida en Cristo más ó menos engañoso y contrario á la Sagrada Escritura. La salvación personal es vida espiritual divinamente comunicada, y ésta, como hemos visto, es una unidad indivisible y no un compuesto de muchas partes. El arrepentimiento, la fe, la justicia, la dignidad de hijos, la santidad no son tanto elementos diferentes que constituyen juntos la salvación, como modos diversos de considerar ó de discurrir sobre un mismo asunto, que es la vida espiritual.

Si bien es cierto, por consiguiente, que la Sagrada Escritura permite el análisis anterior de la salvación, al mencionar de ésta sus elementos distintos y separados, también lo es, que en muchos lugares oculta por completo toda distinción, y habla, ora del arrepentimiento como si de éste dependiera toda la salvación, ora de la fe como si fuera lo único indispensable, y á veces de la justicia, de la regeneración ó de la santidad como si cada una sola constituyera la esencia de la salvación. Debemos, pues, precavernos contra la

prolijidad y la sutileza en las exposiciones de doctrina, y evitar también la excesiva confianza y el dogmatismo exagerado en las distinciones y definiciones de los elementos de la salvación. Tal es la importancia de este requisito en lo que se refiere á la definición de las doctrinas cristianas, que nos precisa comfirmarlo con numerosas citas bíblicas.

El estar compenetrado de la maldad excesiva del pecado, manifestación cierta de la vida espiritual.—Entre los preliminares de la salvación personal expusimos en primer lugar la convicción profunda de pecado, esa compenetración de la perversidad del pecado la cual es debida á la obra del Espíritu Santo en la conciencia y el corazón del pecador que ha despertado de su letargo. Y, sin embargo, ningún pecador llega á comprender, ni con mucho, antes de su conversión, la maldad y perversidad excesivas del pecado, como lo siente el alma verdaderamente regenerada y santa. Mientras más se santifica el hijo de Dios, más claramente discierne el pecado en su alma, en sus pensamientos y afectos, y más atentamente reflexiona en su interior la enorme malicia y culpabilidad del mismo. De aquí es que "la convicción de pecado" no pertenezca solamente á los pecadores despiertos, mas no convertidos, sino que, en un sentido importante, caracteriza á los regenerados y halla su expresión más perfecta, como experiencia personal, en aquellos que menos tienen de pecado y en cambio más de santidad.

"Temeroso de Dios y apartado del mal, y hombre perfecto y recto" fué Job, según la frase divina, y él, profundamente persuadido de su pecado, exclamó: "He aquí que yo soy vil, ¿qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca." Santo y seráfico fué Isaías, y su convicción de pecado sobrepujó á todas las demás mencionadas en el Antiguo Testamento, pues exclamó: "¡Ay de mí, que soy muerto; que soy hombre inmundo de labios!" Y el Apóstol Pedro "se arrojó á los pies de Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador." Se ve, pues, que una de las señales más seguras de la vida espiritual en el alma es la prontitud para discernir el pecado, la penetración íntima de su perversidad y culpabilidad, y la aversión santa á su presencia.

El arrepentimiento, expresión de la vida espiritual.—De igual modo, el arrepentimiento, que es el dolor santo del pecado y la resolución firme de abandonarlo para siempre, tan prueba es de la permanente actitud en que están los ya libres y salvos de las pasadas culpas, como condición precisa para la salvación del pecador en sus primeros pasos hacia Dios. Más todavía, sólo está salvo el verdadero y perfecto penitente. La vida espiritual se manifiesta como un arrepentimiento perpetuo. Con referencia á los pecados pasados dice la confesión general que repiten los que desean participar de la Santa Cena: "Su memoria nos aflige." La manifestación de arrepentimiento y de fe no es sim-

plemente un requisito para ser admitido en la Iglesia; es una condición permanente para continuar en ella como es debido. El punto en cuestión para decidir si un hombre es cristiano ó no lo es, no se refiere tanto á un arrepentimiento que tuvo, como á un dolor que de sus pecados conserva, y á la renuncia perpetua de toda ofensa contra Dios. "Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es El Santo: Por morada tengo la altura y la santidad; y con el quebrantado y humilde de espíritu habito, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados." (Isaías 57.15.) "Á aquel pues miraré que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla á mi palabra." (Isaías 66.2.) "Si yo me justificare, me condenará mi boca: si me dijere perfecto, esto me hará inicuo." (Job 9.20.) "Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo; sino que hería su pecho, diciendo: Dios, sé propicio á mí, pecador. Os digo que este descendió á su casa más justificado que el otro: porque cualquiera que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado." (Lucas 18.13 y 14.) Estos pasajes muestran ser el arrepentimiento perpetuo el principio permanente de la vida espiritual. El arrepentimiento de San Pablo y el dolor que sintió por su pecado fueron tan profundos y permanentes como su humildad: "Soy el más pequeño de los Apóstoles, que no soy digno de ser llamado Apóstol."

La fe, expresión de la vida espiritual.—Hemos tratado de la fe como de condición suprema de la salvación, pero esto no es toda la verdad concerniente á ella. Es ésta la ley suprema y permanente de la nueva vida en Cristo. Su obra apenas empieza cuando introduce el penitente á Cristo como á su Salvador. En ese instante nace verdaderamente la fe salvadora, y desde ese momento se robustece, se aclara y se desarrolla á medida que la vida cristiana progresa. Obtener la salvación es obtener la fe, puesto que la fe es sinónimo de salvación. La fe es lo que une el pámpano á la Vid, y esto no solamente al principio, sino que es lo que perpetúa la unión. "Creyentes" y "salvos" son términos sinónimos. De aquí es que la fe no sea tanto una condición, ni un paso, ni un elemento de la salvación personal, como la salvación misma. La vida espiritual es la unión con Cristo, es Cristo en nosotros, es la fe que nos une á Cristo y continúa la santa unión. "El que cree en el Hijo, tiene vida eterna." "El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida." Hablar de la fe salvadora en Cristo no es sino otra manera de hablar de la vida eterna: son idénticas en la correlación de las fuerzas espirituales.

La justicia, expresión de la vida espiritual.—Según la hemos definido, la justicia cristiana, ó la justificación, es el acto declaratorio de Dios con el que perdona todos nuestros pecados; pero estos términos, conforme se emplean en la Sagrada Escritura, con frecuencia se

refieren simplemente á la religión personal, á la vida espiritual que posee el creyente, sin alusión alguna á su sentido técnico en la teología cristiana. La expresión "justicia cristiana," hablando de la religión personal, es, por consiguiente, conforme á la Escritura. Cristo se llama "el Señor, justicia nuestra," "el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría y justificación." "Y ser hallado en él, no teniendo mi justicia, . . . sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por fe." "Justificados por su gracia, seamos hechos herederos según la esperanza de la vida eterna." Luego la justicia cristiana, ó justificación, no es tanto un elemento de la salvación como la salvación misma.

La adopción de hijos, expresión de la vida espiritual.—Lo mismo es cierto de la regeneración, ó adopción cristiana de hijos. Por importante que sea en el análisis de la salvación personal, el acto por el cual somos adoptados como hijos de Dios, ceja y pierde su importancia cuando se le compara con la posesión actual y permanente de la vida espiritual que es el fundamento y título á ese privilegio. De donde se infiere que la regeneración, ó adopción cristiana, no debe considerarse simplemente como un paso hacia la salvación, ó bien como una parte de ésta; puesto que es la salvación misma, según lo prueban los siguientes pasajes de la Sagrada Escritura: "La unción que vosotros habéis recibido de él, mora en vosotros." (1_a Juan 2.27.) "El agua que yo le daré, será en él una fuente de agua

que salte para vida eterna." (Juan 4.14.) "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es." (2a Corintios 5.17.) "Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios." (Romanos 8.14.) "Muy amados, ahora somos hijos de Dios." (1a Juan 3.2.) "Y por cuanto sois hijos, Dios envió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones, el cual clama: Abba, Padre." (Gálatas 4.6.) ¿Refiérense estos pasajes solamente á ese acto con que Dios quebranta el dominio del pecado? De ninguna manera; ese acto es una parte muy pequeña de la vida entera en Cristo que se designa aquí como la adopción divina de hijos.

La santidad, expresión de la vida espiritual.—Lo mismo puede decirse de los términos "santidad" y "santificación." Si bien se usan estos términos en teología con referencia á cierta obra especial de la gracia subsiguiente á la conversión, ya sea progresiva, ya instantánea, á la cual obra es debido que el creyente regenerado sea "salvo de todo pecado" y hecho "perfecto en el amor," rara vez se encuentran en la Sagrada Escritura con tal significado. En sus epístolas San Pablo usa como sinónimos los términos "santos" y "creyentes." La santidad no es tanto un elemento de la salvación, ni una experiencia especial de algunos cristianos, como la religión misma; no es más que otro nombre de la salvación personal, la cual, si bien es múltiple, es al mismo tiempo una unidad.

"Mas ya sois lavados, mas ya sois santificados, mas

ya sois justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios." (1ª Corintios 6.11.) "El que santifica y los que son santificados, de uno son todos." (Hebreos 2.11.) "En la cual voluntad somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una sola vez. . . . Con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre á los santificados." (Hebreos 10.10–14.) "Cristo amó la Iglesia, y se entregó á sí mismo por ella, para santificarla, limpiándola en la lavacro del agua por la palabra, para presentársela gloriosa para sí, una Iglesia que no tuviese mancha ni arruga, ni cosa semejante; sino que fuese santa y sin mancha." (Efesios 5.25–27.) La naturaleza divina es santidad: y ¿qué mejor definición puede darse de la religión personal que el "participar de la naturaleza divina?"

Distinción entre el uso bíblico y el teológico de ciertos términos.—Estos y otros pasajes que pudiéramos citar muestran la necesidad de ser cautos en dar á los términos bíblicos un significado postbíblico, y mucho menos el que la teología técnica, con sus muchas sutilezas y distinciones dogmáticas, ha asociado con dichos vocablos. Al usar los varios términos que han llegago después á designar grandes doctrinas, los escritores bíblicos no lo hicieron con la exactitud y conformidad de significado que la teología moderna parece requerir: el estudiante cristiano debe estar alerta para

no introducir en ciertos pasajes de la Biblia ideas que se derivan más bien de la teología técnica que del Libro mismo.

En la interpretación de la Sagrada Escritura es sumamente importante usar términos propios é idóneos, es decir, con el sentido en que los usaron los escritores inspirados. Pero es igualmente importante no dar á las palabras de la Sagrada Escritura la precisión y uniformidad de un significado doctrinal que á todas luces no les pertenece, pues de lo contrario harían que la Biblia enseñara lo que no consta en ella. Por muchos términos y figuras que la Sagrada Escritura emplee para enseñar la doctrina de la salvación, no debemos olvidar que la religión personal no es complexa ni compuesta, sino una unidad; es vida espiritual; el arrepentimiento, la fe, la justicia, la adopción de hijos, la santidad y el amor son otras tantas manifestaciones en el mundo de esa vida divinamente engendrada por Dios en el alma.

La vida que está escondida con Cristo en Dios es de plenitud infinita, y esto porque es "Cristo en nosotros." Si bien esta vida espiritual, que todo verdadero creyente posee, es perfecta en su género, sin embargo, es capaz de crecer perpetuamente, y esto no solamente mientras está en el cuerpo, sino indudablemente por toda la eternidad. Y la inspiración no ha encontrado un término mejor ni más noble para describir el estado futuro de los creyentes que éste: vida,

vida eterna. Pero esta "vida eterna" no pertenece solamente al estado futuro; es la posesión actual de todo creyente. Nuestro Señor declaró repetidas veces: "El que cree en mí *tiene* vida eterna;" no la tendrá después de la muerte, sino la tiene ahora. Para el que tiene vida eterna, la muerte no es sino un incidente que encuentra en su camino. Al fin de su Evangelio, San Juan nos dice que escribió todas las cosas en él contenidas para que los hombres crean en Cristo, y para que, creyendo, tengan "vida." Más tarde, cuando estaba para concluir su postrer mensaje, en su primera Epístola, dijo: "Estas cosas he escrito á vosotros que creéis, . . . para que *sepáis* que tenéis vida *eterna*." Esta es la última palabra de la inspiración dirigida al creyente.

DESECHEMOS PUERILES TEMORES.

Desechemos pueriles temores,
  Olvidemos antiguo terror;
Recorred la carrera celeste,
  Revestidos de nuevo valor.

En verdad es estrecho el camino,
  Y muy débil y flaco el mortal;
Mas se olvida que el Dios poderoso
  Puede darnos vigor perennal.

En tu fuente que nunca se agota
  Nuestras almas su fe beberán;
Mas aquellos que en sí sólo fían,
  Agostados, sin fe, morirán

Como el ave veloz subiremos,
  Y en tu trono te habremos de ver;
Con las alas de amor sin cansancio,
  El camino podremos correr.

XVII

EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL

"Primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga," (Marcos 4.28.)

"El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo." "No que ya haya alcanzado, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si alcanzo aquello para lo cual fuí también alcanzado de Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no hago cuenta de haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome á lo que está delante, prosigo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús." (Fil. 1.6; 3.12-14.)

"Y á vosotros multiplique el Señor, y haga abundar el amor entre vosotros, y para con todos, como es también de nosotros para con vosotros: para que sean confirmados vuestros corazones en santidad, irreprensibles delante de Dios y nuestro Padre." (1a Tesalon. 3.12, 13.)

"Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, mostrad en vuestra fe virtud; y en la virtud ciencia; y en la ciencia templanza; y en la templanza paciencia; y en la paciencia temor de Dios; y en el temor de Dios amor fraternal; y en el amor fraternal caridad." "Mas creced en la gracia y conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo." (2a Pedro 1.5-7; 3.18.)

Se dice que Thorwaldsen, al terminar la más perfecta de sus obras, la contempló con tristeza, causada ésta por el mero hecho de que aquélla le satifacía. Aquel ingenio privilegiado, aquel artista que solía criticarse á sí mismo con implacable severidad, no encontraba nada en el producto de su cincel que fuera capaz de la más leve mejora, y lo interpretó como prueba de que su talento había llegado á su punto culminante, y que en lo sucesivo los fuegos de la inspiración empezarían á palidecer. Sin duda hay una razón, secreta y providencial, que hace se esquive siempre el ideal del hombre. La fe y la esperanza han de tener una meta *distante*, ó bien, caer dormidas en parajes deliciosos donde la inercia y una confianza desmesurada en sí se apoderan del espíritu.—*J. Spencer Kennard.*

Cada cual debe crecer á la manera de los árboles, por arriba y por abajo á la vez. El crecimiento exterior y visible ha de ir acompañado de otro interior é invisible.—*Ricardo Baxter.*

Traigamos á esta piedra de toque todas las pretensiones á una santidad superior. Los más perfectos reconocen en grado superlativo su propia imperfección, y son los que más se afanan por adelantar todavía en el conocimiento y amor de Dios en Cristo, y en semejanza á Él.—*Alejandro Maclaren.*

CAPÍTULO XVII

EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL

La regeneración ó el nuevo nacimiento se ha definido con bastante acierto como "la obra final y decisiva efectuada en el espíritu y naturaleza moral del hombre cuando el principio perfecto de vida en Cristo Jesús le es infundido por el Espíritu Santo." La religión personal es, por tanto, vida espiritual, la cual, aunque variada y múltiple en sus manifestaciones, es en sí misma esencialmente una, é incapaz de ser dividida en partes. La vida en su primera manifestación sólo puede originarse por creación ó por nacimiento, no por crecimiento; pero cuando ya aparece, la más trascendental ley de su existencia y duración es la del desarrollo. De igual manera la vida espiritual se produce única y exclusivamente por el nacimiento sobrenatural ó creación divina, nunca por el crecimiento; mas una vez engendrada por el poder de Dios, el crecimiento viene á ser la ley suprema y esencial de su continuidad.

El crecimiento, ley permanente de la vida espiritual.—Dondequiera que exista la vida debe haber actividad y aumento. Cuando cesen éstos, la vida virtualmente cesa. Es verdad que la naturaleza nos ofrece el espectáculo de enanos físicos y enanos intelectuales ó idiotas que parecen vivir, mas nunca adelantan; pero estos

casos son anormales, y no tienen analogías en la esfera de la vida espiritual más que las tienen las momias ó las criaturas que han nacido muertas. Por consiguiente, mientras la previa existencia de vida es condición imprescindible de la actividad y desarrollo, también es verdad, hasta cierto punto, que éstos son condiciones esenciales de la duración y fomento de aquélla. "Yo he venido," dijo Cristo, "para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia." Esta vida en el alma, continuada, siempre creciente y abundantísima, es la esencia del incremento espiritual.

El crecimiento espiritual ilimitado.—En el mundo natural encontramos sucesivamente el nacimiento, el desarrollo, la madurez, el decaimiento y la muerte, como ley normal y universal de la vida animal y física. En el mundo espiritual el nacimiento y el incremento caracterizan la vida normal é ideal del alma, pero aquí cesa la analogía. Ciertamente no hay decadencia para uno que no sólo alcanza sino retiene esta vida. Pero la vida espiritual y el incremento de la misma, ¿no conducen á la madurez? ¿No es ésta el fin que se propone y se consigue? Nuestra contestación tendrá que ser sí ó no, según la interpretación que se dé á dicho término. La palabra *madurez*, en cuanto indique cesación de todo progreso, es en rigor aplicable solamente donde existen las circunstancias del decaimiento y la muerte; y como éstos no tienen lugar alguno en la vida normal é ideal del alma, el referido término no

debe nunca emplearse en relación con la vida cristiana de tal manera que por él se dé á entender que en un sentido cualquiera ese crecimiento haya llegado á su fin. La mente humana nunca adquiere tanta sabiduría ni crece con tanta rapidez como después de estar *madura.* Con sobrada frecuencia cuando ciertos escritores se refieren á la madurez cristiana en su relación con el nacimiento y desarrollo espirituales, la confunden con la de una planta ó árbol, ó con la de un cuerpo físico, en los cuales cesa todo progreso desde el momento que hayan llegado á ese período. El hijo de Dios nunca alcanza tal estado. Es, pues, del todo ocioso discutir sobre si el creyente regenerado llega á este ideal de madurez instantáneamente ó por grados, ya que se trata de una hipótesis imposible. Sin embargo existen, hablando metafóricamente, "niños en Cristo," que deben alimentarse de leche, y también adultos, que pueden digerir carne y hacer en el servicio de Dios la obra de varones fuertes, y si hablamos de estos últimos como habiendo alcanzado la madurez cristiana, y podemos hacerlo con propiedad, no debemos suponer ni dar á entender por eso que semejante fase de la experiencia cristiana sea un punto en que termine el adelanto, y que desde entonces el alma permanezca sencillamente *in statu quo.* El hijo de Dios nunca cesa de crecer en conocimiento ni en gracia; y esto es sin duda verdad no sólo con respecto á la vida presente, sino también á la venidera.

Así, pues, se ve que, mientras el crecimiento puede ser más ó menos rápido según las condiciones y circunstancias, lo cierto es que existe como requisito indispensable de una sana vida espiritual.

El desarrollo espiritual detenido. — En la naturaleza encuéntranse casos de lo que se llama el *desarrollo detenido.* ¿Tiene ésto su analogía en el orden espiritual? Cuando se fijan las miradas en la mayoría de los que profesan ser cristianos, parecería que estos casos predominan hasta el punto de constituir casi una regla general. ¿Debemos, pues, reconocer tal estado como tipo legítimo de la vida y experiencia cristianas? En manera alguna. La vida cristiana no conoce paradas; si no va en aumento y progresa, retrocede. Conviene, sin embargo, tener presente que dicho crecimiento es algo que no siempre se hace patente á la vista. Propiamente hablando, la tarea que se nos ha encomendado no es crecer, sino cumplir ciertas condiciones, ejercitar determinadas actividades y ocuparnos en la práctica de algunos deberes religiosos, en virtud de lo cual continúa el crecimiento como natural y necesario efecto. Si llevamos la vida y ejecutamos el trabajo que corresponden á cristianos, estamos creciendo aun cuando los progresos no sean manifiestos. Pero si, al contrario, "el desarrollo detenido" en la vida religiosa significa, como probablemente muchas veces sucede, que la conducta deja bastante que desear, que uno está descuidando sus deberes y no goza

de los privilegios anejos á la vida cristiana, entonces falta no sólo el crecimiento, sino también la vida misma.

Como fase de la vida espiritual, pues, el "desarrollo detenido" debe considerarse como perteneciente á la infidelidad ó apostasía más bien que como aspecto del progreso en la vida. En una obra del Obispo E. R. Hendrix, titulada "Trabajo Hábil para el Maestro," ocurre un párrafo bien pensado y fecundo en enseñanzas, el cual, además de diagnosticar la enfermedad, indica el remedio que es del caso; y aunque las palabras van dirigidas más particularmente á los predicadores, pueden ser igualmente útiles á los fieles que están velando y orando para precaverse de cuanto podría impedir su crecimiento espiritual; son como sigue:

El desarrollo detenido, ora sea mental, ora espiritual, es á la vez una enfermedad y un síntoma. Por más que sea un mal en sí mismo, con frecuencia indica una bancarrota ó insolvencia moral que afecta al corazón lo mismo que á la mente. El público percibe pronto la diferencia entre un vocabulario religioso y una experiencia religiosa. Sus oídos distinguen el metal que suena y el címbalo que retiñe, aunque el hombre hable con lenguas angélicas. Puede uno haber tenido una genuina experiencia religiosa, una verdadera visión del Señor como la concedida á Saulo de Tarso en el camino de Damasco, y conviene aludir á ella, como Pablo á la suya en los momentos más críticos de su ministerio; pero tal experiencia debiera ser una inspiración y no un mero recuerdo. Aquella visión en pleno día que tuvo Pablo, estimuló toda su vida intelectual y espiritual. Lo que más inflamaba á su cerebro era el recuerdo de sus impresiones. Nunca era pensador más

profundo como al postrarse de rodillas. Las oraciones de Pablo contienen su teología. Cuando está haciendo oración por sus amados hermanos de Éfeso ó Colosas, el lenguaje humano parece inadecuado para expresar las grandes verdades de que se ha alimentado su propio corazón. Una experiencia que no es poderosa para estimular á un predicador á hacer cuanto pueda por alimentar al rebaño de Cristo y por ganar almas al arrepentimiento ha perdido su inspiración aun como recuerdo. "Ten cuidado de tí mismo y de la doctrina," es un saludable consejo apostólico dado al mismo hijo en la fe á quien Pablo acababa de decir: "Ninguno tenga en poco tu juventud; pero sé ejemplo de los fieles en palabra, en conversación, en caridad, en fe, en limpieza." . . . Además de encarecer la diligencia en leer, en exhortar, en enseñar, prosigue, diciendo: "Medita estas cosas; ocúpate en ellas; para que tu aprovechamiento sea manifiesto á todos. . . . Persiste en ello; pues haciendo ésto, á tí mismo salvarás y á los que te oyen."

La religión intermitente.—Otro tipo de la experiencia religiosa, por desgracia demasiado frecuente entre los que profesan la piedad, puede llamarse religión intermitente. Es algo dudoso si debiera ser clasificada con la apostasía, ó reconocida como tipo posible del carácter y experiencia cristianos. Á intervalos se muestra intensamente fervorosa y espiritual; otras veces degenera en tibieza é indiferencia. Es una religión espasmódica. El que la posee nunca llega al extremo de caer en pecado abierto y ostensible, de otro modo se le reconocería en seguida por apóstata, y se le trataría conforme; es que sencillamente pierde los

goces y sentimientos propios de la religión personal, y permanece en tal estado hasta que un despertamiento viene á sacudirle de su letargo. Más todavía: este tal se ha habituado á avivamientos periódicos, y depende de ellos para conmociones y estímulos, como si el flujo y reflujo fueran ley de la vida en la religión personal, y las misiones de llamamiento medio providencial divinamente provisto para el periódico sacudimiento de los creyentes; en una palabra, como si se debiera dar por supuesto que el disfrute uniforme y continuo de la religión no es de esperar. Las periódicas misiones de llamamiento tienden á fomentar este estado de intermitencia en ciertas personas cuya religión es muy superficial, y engendra una indebida dependencia de ellas para vivificar á intervalos su vida religiosa. Las personas de este tipo son, por lo general, de carácter voluble, y no pocas veces de temperamento emocional. El defecto radical consiste en la escasa profundidad de su vida espiritual desde sus mismos comienzos. En vez de "dejar los rudimentos de la doctrina de Cristo," más bien les conviene repetir las primeras obras, de otra suerte nunca podrán "ir adelante á la perfección." Les falta más honda convicción de pecado, un arrepentimiento más sincero y un abandono más completo del mismo, un agarro más fuerte á la redención hecha por su Salvador, y una obra más profunda del Espíritu Santo en

los cimientos de su carácter moral. Solamente en estas condiciones manifestaráse en su vida religiosa un crecimiento uniforme y constante.

Variaciones en la vida espiritual y en su crecimiento.—Pero la vida religiosa y su crecimiento, ¿son iguales en todos los creyentes? De ninguna manera. Los hijos de Dios se diferencian en los albores de la vida del alma, se diferencian en su desarrollo y adelanto, se diferencian á la hora de la muerte, y aun en el otro mundo "una estrella es diferente de otra en gloria." En un respecto, sí, son todos iguales: en que toda vida nueva en Cristo es divinamente engendrada. Si un cristiano parece menos perfecto que otro al tiempo de su regeneración, es porque un pecador es diferente de otro en sus antecedentes y en lo que es en el momento de su conversión, y no porque Dios haga en unos una obra menos radical que en otros. Ninguna teoría de la vida cristiana y del crecimiento espiritual debe hacer caso omiso del hecho que hombres verdaderamente regenerados pueden diferenciarse y se diferencian al mismo comienzo de su vida espiritual, y que esta diferencia primaria se manifestará luego en su desarrollo. Un "pagano" convertido no queda transformado ni con mucho por su regeneración en un sér precisamente igual á un "cristiano" convertido; ni es menos marcada la diferencia si el "pagano" es por ventura uno que ha vivido á nuestras puertas, esto es, uno de aquellos que habitan "países cristia-

nos." Algunos creyentes ostentan desde el instante de su conversión un tipo más elevado y noble del carácter cristiano que otros después de diez, ó quizás de cincuenta años.

El crecimiento espiritual afectado por la depravación.— La enfermedad, ya heredada, ya contraída, ejerce siempre una influencia funesta sobre el crecimiento. La analogía sacada de una criatura ó de una planta perfectamente sana, siguiendo sin interrupción un desenvolvimiento normal desde un principio hasta la madurez, no es tan propia del nacimiento y desarrollo espirituales como la de un sér cuyo crecimiento ha sido afectado por alguna enfermedad heredada, la fuerza de la cual ha sido aumentada por repetidas ofensas contra las leyes higiénicas antes de ponerse el enfermo en manos de un facultativo experto. Al considerarse el problema de la vida espiritual y de su adelanto no debemos perder de vista el hecho de que el alma "recién nacida" no es, como era Adán, un sér perfectamente libre de toda mancha de depravación y pecado, sino que es un sér caído, si bien regenerado, en cuya naturaleza existe, al tiempo de su regeneración, la depravación tanto heredada como contraída, y sus efectos no desaparecen por completo y simultáneamente con ese cambio, sino que continúan influyendo más ó menos en el desenvolvimiento espiritual. Precisamente para estos seres caídos fué provista la redención, para que la vida y el crecimiento del alma,

y lo que es más, la vida y el crecimiento eternos, estuviesen á su alcance. Toda planta así perfecta como imperfecta, pasa en su desarrollo por estas transformaciones, "primero es hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga." Ésta sería la ley del crecimiento para un Adán no caído, durante todo el tiempo que viviera; y la misma ley rige para el hombre caído y regenerado, en el problema de cuya salvación, tanto en su principio como en su desarrollo y fin, entra siempre el factor que es un sér caído, salvado por la gracia.

El crecimiento espiritual afectado por las circunstancias.—En el orden espiritual como en el natural, el crecimiento se halla afectado seriamente por las circunstancias. Según sean éstas favorables ó adversas, el incremento será sano, simétrico y rápido, ó al revés. Sin embargo, las circunstancias nunca pueden ser tan contrarias que sea imposible triunfar de ellas con el poder de una voluntad consagrada y el auxilio del Espíritu Santo, y una vez vencidas vienen á ser un estímulo más bien que un impedimento, de la misma manera que la pobreza y otras dificultades, cuando superadas por un joven resuelto á instruirse, se truecan en auxilios eficacísimos para su adelanto. El alma recién nacida que, en medio de las tentaciones y de un ambiente perjudicial, resiste todas las influencias maléficas, y se mantiene firme, adquiere un carácter cristiano tanto más entero y noble en virtud de la lucha que ha tenido que sostener.

Disminución del pecado y acrecentamiento de la santidad.—El arrepentimiento y la conversión son coextensivos con la convicción que ha sentido el alma, esto es, que comprenden cuanto está entonces á la vista en lo que se refiere tanto al pecado como á la santidad. Todo cuanto el penitente ve y reconoce como pecaminoso al tiempo de la regeneración, lo abandona y renuncia incondicionalmente; y todo cuanto se le revela como verdad divina, lo acepta por la fe. Sin embargo, con el aumento de conocimiento y luz que adquiere á medida que avanza en la vida cristiana, descubre pecados que antes le eran ocultos, pecados de omisión si no de comisión, y percibe culpa quizás en pensamientos, emociones y actos que en otro tiempo consideraba como inocentes. Mas al conocer que con uno de sus actos ha podido ofender á Dios, desde luego y como por instinto se arrepiente de él y lo desecha. En este sentido, pues, podemos decir que conforme va creciendo el creyente en gracia, conocimiento, fe, santidad y amor, se debilita en él la fuerza del pecado. De igual manera, al tiempo de la conversión el hombre regenerado se compromete á observar con escrupulosa fidelidad la ley perfecta de la justicia y santidad: el pacto que entonces concierta con Dios le obliga á practicar todo cuanto percibe ser justo y santo; pero merced al aumento de luz, á una vista más clara y á los adelantos hechos en la vida espiritual, á cada paso descubre nuevos aspectos de la verdad, líneas nue-

vas de actividad, alturas más encumbradas y profundidades mayores; y al progresar de esta manera se hace cada vez más capaz de "comprender con todos los santos cual sea la anchura, y la longura, y la profundidad y la altura; y conocer el amor de Cristo, que excede á todo conocimiento." Ésta es la manera de llegar á ser más y más santo y útil, á la vez que menos sujeto al pecado.

El estudio reverente de la Palabra Santa, condición del crecimiento espiritual.—La condición más importante para el crecimiento espiritual es un empleo diligente de los medios de gracia. Entre éstos ocupan lugar de preferencia la lectura de las Escrituras y la oración. Á fin de que haya incremento y desarrollo en la vida cristiana, es indispensable que haya, en primer lugar, aumento de conocimiento, tanto intelectual como experimental, con respecto á las cosas de Dios, y muy especialmente en lo referente á la Biblia. De ordinario no puede haber conocimiento sin estudio; y así tampoco se suele alcanzar la perfección del carácter cristiano sin la lectura y meditación devota de la Palabra Santa. El descuido en ésto es precisamente la causa por la cual tantos cristianos arrastran una existencia raquítica y enfermiza. Los cristianos crecientes son de necesidad cristianos bíblicos. Nunca pueden abrigar la esperanza de ser en grado superior santos ó útiles los que no pueden ó no quieren estudiar con regularidad, ahinco y amor la revelación contenida en los Libros Santos.

La oración, condición del crecimiento espiritual.—No es menos indispensable la oración para el adelanto en la vida cristiana; mas téngase presente que sólo la oración en la cual se piden cosas espirituales es la que sirve para enriquecer y ensanchar la vida del alma. Privilegio nuestro es manifestarlo todo al Señor por medio de la oración; y si pedimos con fe, Dios siempre nos escucha, y contestará conforme vea que nos conviene; sin embargo, no es la mayor ó menor extensión en el orar lo que prueba la espiritualidad del que ora, sino el carácter espiritual de sus peticiones. Es posible dirigirse uno con frecuencia á Dios, orar largamente y por muchas cosas, y con todo ser cristiano de tipo muy inferior, cuando los deseos y plegarias se concretan á cosas temporales, como son la salud, la prosperidad material, los amigos, y el buen éxito en los negocios de la vida presente. La oración espiritual, la única que contribuye al progreso en la santidad, es la de un alma que tiene hambre y sed de justicia, y cuyo tema principal, cualesquiera que sean las cosas en ella comprendidas, es una demanda de bendiciones espirituales, del "reino de Dios y su justicia."

El dar, condición para el aumentar.—Otra ley que rige el incremento espiritual es la de la liberalidad. Sólo el que ayuda á los demás, proporcionándoles bendiciones espirituales, y en cuanto sea posible, temporales, puede crecer en la gracia divina. Según la ley de la biogénesis espiritual, vida engendra vida, y ésto es

verdad no sólo en lo que se refiere á su origen, sino también á su incremento. La vida se alimenta de vida, y no de muerte. Ninguno es capaz de ayudar á otro espiritualmente si él mismo no es espiritual, teniendo algo espiritual para comunicar, y comunicándolo. Sólo las cosas inanimadas permanecen siempre en un mismo estado; los seres vivos están continuamente dando y recibiendo. El cuerpo humano, por ejemplo, cambia sin cesar sus tejidos vivos, hasta tal punto que en el espacio de siete años no queda una partícula que no haya sufrido una renovación completa. Impídase este procedimiento, esta ley esencial de la vida, aunque sea por un día solamente, y el resultado será la muerte. El orden espiritual se rige por una ley parecida. "Hay quienes reparten, y les es añadido más: y hay quienes son escasos más de lo que es justo, mas vienen á pobreza. El alma liberal será engordada; y el que saciare, él también será saciado." (Prov. 11.24, 25.) "El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra en bendiciones, en bendiciones también segará. . . . Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia; á fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo que basta, abundéis para toda buena obra." (2ª Cor. 9.6–8.) Es ésta una ley del mayor alcance y de imponderable significado. La fuente, siempre manando, pero nunca seca, es símbolo de una vida inagotable que va tomando incremento á la par

que bendice cuanto se halla en torno suyo. La charca que siempre recibe pero nunca da es símbolo del estancamiento y de la muerte.

Las mayores alturas de santidad asequibles mediante el crecimiento.—Muchos pasajes de la Sagrada Escritura convienen en establecer la doctrina de que el crecimiento es la ley suprema de la vida cristiana. Pueden citarse los siguientes: "Creced en la gracia y conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo." (2ª Pedro 3.18.) "El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo." (Fil. 1.6.) "Y Él mismo dió unos, ciertamente apóstoles; y otros, profetas; y otros, evangelistas; y otros, pastores y doctores; para perfección de los santos, para la obra del ministerio, para edificación del cuerpo de Cristo; hasta que todos lleguemos á la unidad de la fe, y del conocimiento del Hijo de Dios, á un varón perfecto, á la medida de la edad de la plenitud de Cristo: que ya no seamos niños fluctuantes . . . antes siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todas cosas en aquel que es la cabeza, á saber, Cristo; del cual, todo el cuerpo compuesto y bien ligado entre sí por todas las junturas de su alimento, que recibe según la operación, cada miembro conforme á su medida toma aumento de cuerpo, edificándose en amor." (Efes. 4.11–16.) "Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, mostrad en vuestra fe virtud; y en la virtud ciencia; y en la cien-

cia templanza; y en la templanza paciencia; y en la paciencia temor de Dios; y en el temor de Dios amor fraternal; y en el amor fraternal caridad." (2ª Pedro 1.5–7.) San Pablo, dirigiéndose á sus convertidos en Colosas, les dice así: "No cesamos de orar por vosotros, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, fructificando en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios." (Colosen. 1.10.) Y á los de Tesalónica dice: "Á vosotros multiplique el Señor, y haga abundar el amor entre vosotros, y para con todos, como es también de nosotros para con vosotros: para que sean confirmados vuestros corazones en santidad, irreprensibles delante de Dios." (1ª Tesal. 3.12, 13.) En toda la experiencia cristiana no hay alturas más sublimes que las representadas en estas citas como asequibles á todo hijo de Dios por medio del crecimiento en la gracia. El más elevado concepto que de la vida cristiana da la inspiración divina es el de su progreso ilimitado en santidad, amor y utilidad, progreso hecho posible por la gracia de Cristo y la ayuda del Espíritu.

Unanimidad de opinión relativa al crecimiento.—Sobre algunas cosas pertenecientes á la nueva vida en Cristo se encuentra una gran variedad de pareceres entre los fieles y aun entre los credos eclesiásticos; pero hay un punto respecto del cual reina perfecta unanimidad, esto es, sobre la necesidad, el privilegio y el deber de ir adelante en la gracia, y sobre la posibilidad de un

desarrollo ilimitado de las facultades espirituales. Nos conviene, pues, en todo tiempo y lugar, ponderar esta doctrina cardinal de nuestra sacrosanta religión, acordándonos de que mientras San Pablo puede plantar, Apolos regar, y el creyente estudiar, orar y trabajar, nadie sino Dios puede dar el aumento. El crecimiento no es solamente *en* la gracia, sino *de* gracia; y esta gracia es suficientísima, puesto que contempla nada menos que nuestro perfeccionamiento. "Por tanto, dejando los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante á la perfección." El cristiano perfecto tomará por lema las palabras del más noble de todos los hombres inspirados, quien dijo de sí mismo cuando estaba para ser ofrecido y el tiempo de su partida estaba cercano: "No que ya haya alcanzado, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si alcanzo aquello para lo cual fuí también alcanzado de Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no hago cuenta de haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome á lo que está delante, prosigo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús. Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos." (Fil. 3.12–15.) Esto, como más adelante tendremos ocasión de demonstrar, es la definición inmejorable que de la perfección progresiva da la inspiración divina: es á saber, un alma que, habiendo abandonado el pecado y yendo siempre en pos del Señor,

prosigue adelante con tesón hacia una meta que á su vez continuamente avanza, manteniéndose así siempre á cierta distancia. Ésta es la "soberana vocación de Dios" para toda alma que está en Cristo Jesús. La meta se mantiene más allá del alcance, no porque sea inasequible, ni porque el cristiano no haya logrado su objeto, sino porque cada altura por la cual se trepa revela otra más elevada aun, y un horizonte más dilatado. No hay paradero para aquel que se ha propuesto escalar este monte de Sion que es de arriba.

SEÑOR, EN TÍ YO CREO.

Señor, en Tí yo creo,
  Y siempre creeré;
Que brilla dentro el alma
  La antorcha de la fe.
Al cielo ¡cuántas veces
  La vista en mi aflicción
Volví, y dulce consuelo
  Bajaba al corazón!

¡Oh! cuando en torno miro,
  No encuentro humano sér
Que mis dolores pueda
  Calmar, ni aun comprender.
¿Cómo curar la herida
  Cómo aliviar la cruz,
Si el alma no inundara
  De fe la santa luz?

Es grato, si sufrimos
  En horas de ansiedad,
Saber que desde el cielo
  Nos miras con piedad;
Que cuentas nuestras penas,
  Que ves nuestro dolor,
Que escuchas nuestros ayes
  Y envías tu favor.

—*J. B. Cabrera.*

XVIII

POSIBILIDAD DE LA APOSTASÍA

"Si el justo se apartare de su justicia, y cometiere maldad, é hiciere conforme á todas las abominaciones que el impío hizo, ¿vivirá él? Todas las justicias que hizo no vendrán en memoria: por su rebelión con que prevaricó, y por su pecado que cometió, por ello morirá." "Diciendo yo al justo: De cierto vivirá, y él confiado en su justicia hiciere iniquidad, todas sus justicias no vendrán en memoria, sino que morirá por su iniquidad que hizo. (Ezequiel 18.24; 33.13.)

"Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; . . . Yo soy la vid, vosotros los pámpanos: el que está en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto: porque sin mí nada podéis hacer. El que en mí no estuviere será echado fuera como mal pámpano, y se secará: y los cogen, y los echan en el fuego, y arden." (Juan 15.2–6.) "Hermanos, si alguno de entre vosotros ha errado de la verdad, y alguno le convirtiere, sepa que el que hubiere hecho convertir al pecador del error de su camino, salvará un alma de muerte, y cubrirá multitud de pecados." (Santiago 5.19, 20.)

"Ciertamente, si habiéndose ellos apartado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, y otra vez envolviéndose en ellas, son vencidos; sus postrimerías les son hechas peores que los principios. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, tornarse atrás del sano mandamiento que les fué dado." (2a Pedro 20.21.)

CAPÍTULO XVIII

POSIBILIDAD DE LA APOSTASÍA

Sería de desear que, habiendo empezado una vez la vida espiritual con su correspondiente crecimiento, continuara para siempre sin ser impedida por el pecado, y con una certidumbre absoluta de la fruición plena y final en el cielo. Pero no es posible á Dios asegurar la salvación incondicional del creyente sin que el libre ejercicio de la libertad sea en éste destruido; en cuyo caso perdería el hombre su propia naturaleza. Viene á decir lo mismo el Director Fairbairn, antes citado: "Si Dios salvara al hombre con su irresistible omnipotencia, y no por medio de la libre voluntad humana, eso no sería *salvarle*, sino destruirle. *Algo* se salvaría, pero la esencia del hombre sería transformada, al violentarse esa ley de su vida, que consiste en la facultad de determinarse por sí mismo." Sin embargo, considerando que un gran número de cristianos reconocen como artículo importante y consolador de la fe esa doctrina sobre la cierta y necesaria perseverancia final, conviene escudriñar con detención la Sagrada Escritura para no deducir una conclusión errónea. En este punto, lo mismo que en todos, deben estar acordes la razón y la revelación.

La posibilidad de la apostasía inherente al estado de prueba.—¿Será posible, preguntamos, que un creyen-

te justificado y regenerado reincida en sus pecados y se pierda para siempre? Que la Sagrada Escritura contesta afirmativamente á esta pregunta, y que lo corroboran la observación y experiencia de miles de personas que en su conversión y después de ella han dado pruebas evidentes de ser cristianos justificados y regenerados, es una proposición que procuraremos confirmar con evidencia en las páginas siguientes. La Sagrada Escritura enseña con gran claridad la doctrina de "la perseverancia de los santos;" no por cierto una perseverancia necesaria decretada por Dios desde la eternidad, sino la necesidad de perseverar para ser salvo, sin la cual perseverancia libre y final de nada servirá el haber experimentado ya la regeneración.

Al creyente regenerado no le constriñe Dios á perseverar en la vida religiosa. Agente libre fué antes de su conversión, y que por sí mismo se determinaba, y agente libre queda después de dicha conversión. Libre fué de empezar ó no empezar la vida cristiana, é igualmente libre permanece para continuarla ó abandonarla. El estado de prueba del hombre no concluye cuando llega á ser cristiano regenerado. No puede haber ninguna doctrina verdadera y consecuente de la actividad libre y responsabilidad del hombre, que no incluya la posibilidad de la apostasía en los creyentes regenerados. La Sagrada Escritura no dice solamente, "El que creyere será salvo," sino también "el

que perseverare hasta el fin será salvo." Que el hombre "persevere hasta el fin" depende tanto de su libre voluntad como el primer acto de su arrepentimiento y de su fe.

Exposición de la doctrina de la necesaria perseverancia final de los creyentes regenerados.—Enseñan los sistemas calvinistas de teología que los verdaderamente regenerados "no pueden caer total ni finalmente del estado de gracia, sino que con toda certeza perseverarán en él hasta el fin, y serán salvos por toda la eternidad. Esta perseverancia de los santos no depende de su propio albedrío, sino de la inmutabilidad del decreto de la elección. . . . No obstante esto, . . . pueden caer en pecados graves y continuar en ellos por algún tiempo, por lo cual incurrirán en el desagrado de Dios, contristarán al Espíritu Santo, . . . endurecerán sus corazones, debilitarán sus conciencias, ofenderán y escandalizarán á otros, y atraerán sobre sí sus juicios temporales." "Ningún hombre puede, por sí mismo ni con ninguna gracia recibida en esta vida, guardar perfectamente los mandamientos de Dios, sino que los quebranta diariamente por pensamiento, palabra y obra."

Estas citas de la Confesión de Wéstminster contienen la doctrina llamada de "la perseverancia final de los santos." No significa tanto "una vez en gracia, para siempre en gracia," como "una vez elegido, para siempre elegido," porque, conforme á este sistema, la

salvación final de los regenerados es tan cierta antes de su regeneración como después de ella, puesto que el hecho determinante de su salvación es su elección más bien que su regeneración; siendo ésta un resultado necesario de aquélla.

Ahora bien, si los que están verdaderamente regenerados no pecaran nunca, fácil cosa sería afirmar su salvación final, y parécenos que, si el amor y el poder de Dios son los que aseguran la perseverancia y salvación final de los creyentes, en primer lugar este amor y poder asegurarían su impecabilidad y santidad permanente, y entonces no cabría duda de su salvación final.

Pero no es esto lo que se alega, al contrario, se admiten ingenuamente la naturaleza pecaminosa del creyente durante su vida, y la posibilidad de que continúe aun en pecados graves y escandalosos. Tres personas, por ejemplo, se convierten y poseen igualmente los atributos y señales de la verdadera regeneración: una de ellas permanece fiel hasta la muerte; la segunda cae en pecados graves, pero se arrepiente y es restaurada; la tercera incurre en idénticas culpas, pero continúa en ellas, y muere sin arrepentirse. Dice el sistema calvinista que esa segunda persona no cayó nunca "del todo," y de la última que no fué nunca verdaderamente regenerada, y alegan, como prueba de esto, no el que volviese á pecar, sino el que muriese en pecado. Si hubiera sido regenerada, Dios no

habría permitido que muriese en pecado. En otras palabras, "si un hombre posee la religión, no puede perderla nunca; si la pierde, es porque jamás la ha tenido;" lo que no deja de ser una petición de principio bien arbitraria.

La doctrina bíblica.—Según la interpretación de los que creen en la doctrina de la libre actividad del hombre, á diferencia de la enseñanza que acabamos de exponer, enseña la Sagrada Escritura que los creyentes regenerados pueden caer de la gracia entera y finalmente, y pueden permanecer en ese estado caído y pecaminoso hasta el fin, y perderse por toda la eternidad; que la perseverancia de los santos en la vida cristiana no depende de la inmutabilidad de un decreto de elección, sino de su libre voluntad.

Los cristianos pueden caer en pecados graves, ofender á Dios, contristar al Espíritu Santo, perder su justificación y filiación, y encontrarse de nuevo bajo condenación; y si mueren en tal estado pecaminoso, como puede suceder, se pierden tan irremisiblemente como si nunca hubieran sido regenerados. Pero, por otra parte, pueden arrepentirse de sus pecados, ser perdonados y restaurados al favor divino, y salvarse finalmente. No por sí mismo, sino por la gracia de Cristo que la fortalece, todo cristiano verdaderamente regenerado es capaz de guardar perfectamente en esta vida los mandamientos de Dios, sin verse obligado á quebrantarlos nunca por pensamiento, palabra ú obra.

Promesa de seguridad que Díos hace á los creyentes.—En relación con la perseverancia del creyente, hay dos verdades que deben distinguirse: (1ª) que la seguridad absoluta del cristiano, en cuanto á la permanencia en la vida espiritual, depende de Dios, y (2ª) que la contingencia de la salvación final del creyente depende de su propia voluntad libre. Si un creyente regenerado se pierde al fin, no es porque Dios falte á su promesa. Dios se ha comprometido á protegerle del poder de Satanás y de los hombres inicuos. Ni hombres ni demonios pueden arrebatar al creyente fiel de las manos de Dios. Todas las potestades del cielo se empeñan en protegerle. Mientras el creyente sea fiel y emplee los medios provistos divinamente para su perseverancia, puede estar absolutamente seguro. Sin esta promesa de la protección y ayuda divinas, le faltaría todo estímulo y aliciente necesarios para la perseverancia. Mas como Dios obra en nosotros "tanto el querer como el hacer, según su buena voluntad," nos sentimos animados y estimulados á "ocuparnos en nuestra salvación." No es posible exagerar la importancia y bienaventuranza de esta promesa que Dios hace de dar al creyente la ayuda necesaria para perseverar en la vida cristiana.

Pruebas bíblicas de la seguridad del creyente.—Los siguientes pasajes de la Sagrada Escritura muestran muy á la claras que Dios preserva al creyente fiel, y

que ni hombres ni demonios tienen el poder de hacer apostatar y volver al pecado á un alma regenerada:

"Y yo les doy vida eterna, y no perecerán para siempre; ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dió, mayor que todos es: *y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre.*" (Juan 10.28, 29.) "¿Quién nos apartará del amor de Cristo? . . . Estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro." (Romanos 8.35–39.) "Estando confiado de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo." (Filipenses 1.6.) "Que somos guardados en la virtud de Dios por fe, para alcanzar la salud que está aparejada para ser manifestada en el postrimero tiempo." (1ª Pedro 1.5.) "Yo sé á quien he creído, y estoy cierto que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día." (2ª Timoteo 1.12.)

Isaías (33.15) dice del creyente fiel que "camina en justicia, y habla lo recto," que "habitará en las alturas; fortalezas de rocas serán su lugar de acogimiento; á éste se dará su pan, y sus aguas serán ciertas." Un comentador parafrasea este versículo de la manera siguiente: "El hjio de Dios habita una fortaleza que no puede nunca rendirse por hambre." Estas promesas del poder divino y fidelidad son dadas para

que "tengamos un fortísimo consuelo, los que nos acogemos á trabarnos de la esperanza propuesta." (Hebreos 6.18.) En verdad, nadie puede suponer con justicia que los que sostienen que el creyente regenerado puede caer en el pecado y perderse crean que dicha apostasía se debe á falta de fidelidad ó de poder de parte de Dios, ó de la incapacidad del creyente para resistir el poder de Satanás. Mas deducir de estos pasajes que el creyente no puede caer, ni caerá nunca, es darles una interpretación enteramente falsa.

Causa determinante de la apostasía en la voluntad humana y no en la divina.—Pero si bien Dios ha prometido proteger y defender con su omnipotencia al creyente fiel, de manera que ni Satanás ni los inicuos puedan arrebatarle de sus manos, es caso muy diferente cuando el creyente mismo deja de emplear los medios de gracia establecidos, y consiente libremente en la tentación. Dios libra al creyente regenerado de sus enemigos, pero no del poder de su propia voluntad. La conversión acoge al creyente, como quien dice, en una fortaleza inexpugnable, en la que está seguro con su Dios; todos los arietes del mundo y de Satanás no bastan para abrir brecha en las murallas de ese lugar de refugio divinamente provisto. Pero el cristiano no está encerrado en esa fortaleza, ó si lo está, tiene la llave; si prefiere dar vuelta á la llave y abrir la puerta al enemigo, ó abandonar su lugar de refugio, el poder de Dios no se lo evita.

Por consiguiente, cuando cae un creyente regenerado, no puede decirse que su caída se deba á la falta del poder de Dios para guardarle, ni á un poder irresistible poseído por los que le tientan, ora sean hombres, ora demonios; y sólo sí á su entrega libre en brazos de sus tentadores, ó al voluntario descuido de los medios eficaces de resistencia. Las tentaciones de los pecadores pueden ser la ocasión de la caída del creyente, però no nunca son la causa de ella. Ésta se encuentra siempre en la voluntad libre y responsable del agente moral.

Pruebas en el Antiguo Testamento de la posibilidad de apostatar.—La Sagrada Escritura muestra muy claramente que el cristiano regenerado puede reincidir, caer en pecado, y perderse para siempre. "Jehová es con vosotros, si vosotros fuereis con él; y si le buscareis, será hallado de vosotros; mas si le dejareis, él también os dejará." (2ª Crónicas 15.2.) Difícil quisás sería exponer la doctrina de la posibilidad de apostatar con tanta exactitud y perfección como la presenta Ezequiel (18.21–24): "El impío, si se apartare de todos sus pecados que hizo, y guardare todas mis ordenanzas, é hiciere juicio y justicia, de cierto vivirá, no morirá. . . . Mas si el justo se apartare de su justicia, y cometiere maldad, é hiciere conforme á todas las abominaciones que el impío hizo, ¿vivirá él? Todas las justicias que hizo no vendrán en memoria; por su rebelión con que prevaricó, y por su pecado

que cometió, por ello morirá." El mismo Profeta dice (33.13.): "Diciendo yo al justo: De cierto vivirá, y él confiando en su justicia hiciere iniquidad, todas sus justicias no vendrán en memoria, sino que morirá por su iniquidad que hizo."

Pruebas en el Nuevo Testamento de la posibilidad de apostatar.—Cristo enseñó esta misma verdad en el capítulo décimo quinto de Juan: "Todo pámpano en mí que no lleva fruto, lo quitará. . . . Yo soy la vid, vosotros los pámpanos: el que está en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer. El que en mí no permaneciere, será echado fuera como mal pámpano, y se secará; y los cogen, y los echan en el fuego, y arden." Quien jamás ha estado unido á Cristo por medio de la fe salvadora, no puede designarse como pámpano en la vid, ó como uno que permanece en Cristo. "Ahora el justo vivirá por fe, mas si se retirare, no agradará á mi alma. Pero nosotros no somos tales que nos retiremos para perdición, sino fieles para ganancia del alma." (Hebreos 10.38, 39.) "Mas el que no tiene estas cosas, es ciego y tiene la vista muy corta, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados. Por lo cual, hermanos, procurad tanto más de hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. (2ª Pedro 1.9, 10.) "Ciertamente, si habiéndose ellos apartado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo,

y otra vez envolviéndose en ellas, son vencidos; sus postrimerías le son hechas peores que los principios. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, tornarse atrás del santo mandamiento que les fué dado." (2ª Pedro 2.20, 21.) "Así que vosotros, oh amados, guardaos que por el error de los abominables no seáis juntamente extraviados, y caigáis de vuestra firmeza." (2ª Pedro 3.17.) "Hermanos, si alguno de vosotros ha errado de la verdad, y alguno le convirtiere, sepa, que el que hubiere convertido al pecador del error de su camino, salvará un alma de muerte, y cubrirá multitud de pecados." (Santiago 5.19, 20.) San Pablo reconoció la posibilidad de llegar á ser réprobo aun después de haber predicado á otros el Evangelio. (1ª Corintios 9.27.)

Si la exactitud, variedad y plenitud de expresión de citas bíblicas pueden servir para establecer una doctrina, no cabe duda que las anteriores constituyen una prueba evidente de que la posibilidad de la apostasía se enseña en la Palabra divina.

Ejemplos bíblicos de apostasías. — Tanto la historia como la observación confirman el hecho de que ha habido muchos casos de creyentes que han caído por completo y finalmente. San Pablo habla de "mantener la fe y buena conciencia, la cual echando de sí algunos, hicieron naufragio en la fe: de los cuales, dice, son Hymeneo y Alejandro, que entregué á Satanás

para que aprendan á no blasfemar" (1ª Timoteo 1.19, 20); y San Pedro se refiere á "los que han dejado el camino derecho y se han extraviado, siguiendo el camino de Balaam, hijo de Bosor, el cual amó el premio de la maldad" (2ª Pedro 2.15). Regístranse para nuestra amonestación los casos de Saul (1° Samuel 15.11), de David (2° Samuel 12.7–14), de Salomón (1° Reyes 11.4–10), de Nehemías (13.26), de Pedro (Mateo 26.-69–75), de Judas (Mateo 27.3–5, Juan 17.12), y de Demas (Colos. 14.14, Filemón 24, 2ª Timoteo 4.10); enseñándonos unos que si caemos podemos arrepentirnos y ser salvos, y amonestándonos otros á no caer, no sea que nos perdamos para siempre. Apenas hallaremos un cristiano de experiencia que no haya conocido personas de vida santa y de regeneración probada, las cuales cayeron al fin en el pecado y murieron sin esperanza razonable de su salvación.

No todas las reincidencias son casos de verdadera apostasía.—No todo el que profesa ser cristiano es en realidad un creyente regenerado; la verdadera razón porque muchos que profesan la religión vuelven pronto á su vida anterior de pecado, es que no se habían convertido sinceramente: "Salieron de nosotros, mas no eran de nosotros; porque si fueran de nosotros, hubieran cierto permanecido con nosotros: pero esto es para que se manifestase que todos no son de nosotros." (1ª Juan 2.19.) En casi todos los llamamientos extraordinarios y fervorosos que hace la religión, se

unen á la Iglesia ciertas personas que no son salvas, y que luego reinciden en el pecado, como era de esperar; pero esto no prueba que todo el que cae no se ha convertido nunca de veras. Más aun; algunas conversiones parecen ser superficiales y no radicales. "Y asimismo estos son los que son sembrados en pedregales; los que cuando han oído la palabra, luego la reciben con gozo; mas no tienen raíz en sí, antes son temporales, que en levantándose la tribulación, ó la persecución por causa de la palabra, luego se escandalizan." (Marcos 4.16, 17.)

La apostasía en su relación con el pecado imperdonable.—Hay reincidentes que son contados entre los que "una vez fueron iluminados, y gustaron el don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron la buena palabra de Dios, y las virtudes del siglo venidero;" y pecaron voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, y tuvieron por inmunda la sangre del testamento, en la cual fueron santificados. (Hebreos 6.-4, 5; 10.26.) No hay en la Biblia términos más enérgicos y expresivos para describir el estado regenerado. Verdad es, sin embargo, que aun en estado de perdición pueden los apóstatas obtener por medio del arrepentimiento sincero el perdón divino, y ser restaurados al favor de Dios; y si la caída de uno resulta fatal y su pecado imperdonable, no es porque Dios no quiera ó no pueda salvarle, si se arrepiente, sino por-

que es imposible que "sea otra vez renovado para arrepentimiento:" en otras palabras, la responsabilidad de la impenitencia final cae siempre sobre el pecador, no sobre Dios.

El pecado, que se dice imperdonable, puede cometerle sólo el que tiene luz abundante en la mente y odio profundo en el corazón. No peca por ignorancia, sino con plena reflexión; no por impulso y presumiendo, sino por oposición voluntaria y persistente. Atribuir al demonio lo que se sabe viene de Dios, aborrecer á Dios porque se ama el pecado, continuar por tanto tiempo en el pecado que por mucha persuasión amable y moral que se ejerza sobre la voluntad, ya no es posible mover al pecador á que se arrepienta sin violentarle, tales son las principales manifestaciones que acompañan al pecado imperdonable. Mientras la mente continúe recibiendo la luz; mientras haya en el corazón algún aborrecimiento del pecado y amor de Dios; mientras la voluntad pueda ser movida hacia Dios, tenemos derecho á creer que el pecador no ha cometido el pecado imperdonable, ó que no ha llegado á ese estado en que se confirma la obstinación.

Poder expulsivo del amor á Dios.—Imposible es arrancar del corazón los afectos desordenados sin que antes se le inflame en el divino amor. El vacío en nuestra voluntad es una quimera. Hemos nacido para amar, y necesitamos un amor. Si no amamos á Dios, y á nuestros semejantes, que es el verdadero amor, nos

vemos precisados á amar al mundo y sus bienes efímeros, en lo cual consiste la falsedad del amor. Si el alma nuevamente justificada no se ejercita en actos de justicia, es indudable que volverá á la vida pecaminosa y á la práctica de las obras malas y estériles de las tinieblas.

La religión cristiana debe llenar la mente y el corazón del nuevo convertido de pensamientos tan puros y afectos tan santos que no quede ningún vacío penoso. Si el amor á las diversiones mundanales y pecaminosas, y á otros objetos terrenales no se sustituye por el amor á otras cosas más puras y santas, poca esperanza puede haber de que el apartamiento del pecado sea duradero y permanente. Mientras se procure eliminar de la mente y del corazón los pensamientos, afectos y actos pecaminosos por meras prohibiciones externas, la vida cristiana se apoya sobre base tan frágil que á cualquiera hora puede desmoronarse. La sabiduría divina y la grande apreciación de los principios que explican la salvación personal, lograron ser expresadas de maravillosa manera en aquel precepto dado al Rey pecador por un varón divinamente inspirado: "Rompe con tus pecados haciendo justicia, y con tus iniquidades usando de misericordia para con los pobres." (Daniel 4.27.)

Cuando las obras de la carne que antes absorbían por completo la vida del pecador llegan á trocarse en actos fáciles de justicia, misericordia y benevolencia,

entonces y sólo entonces puede uno estar seguro de que su arrepentimiento fué sincero, y de que la nueva vida en Cristo durará sin intermitencias y sin fin. Esta misma verdad es igualmente el nervio del mayor mandamiento de la ley: "Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento; y á tu prójimo como á tí mismo." De todo lo cual se infiere con evidencia la necesidad absoluta de que Dios elimine del corazón todos los afectos impuros, y de la vida todos los actos reprensibles, si queremos tener esperanza fundada de continuar como hijos de Dios en la vida cristiana.

Influencia benéfica de esta doctrina en el orden moral. —Bueno en extremo y sumamente provechoso es el efecto causado por esta doctrina en cuantos tienen la dicha de aceptarla. El mejor preservativo contra la apostasía es predicar su posibilidad y peligro. El modo más eficaz de asegurar la perseverancia continua y final de los creyentes es enseñarles que pueden caer en pecado y perderse irremisiblemente. Por otra parte, predicar que un alma una vez regenerada no puede absolutamente perderse; que la certeza de la salvación presente es virtualmente certeza de la salvación final, y que todos los creyentes regenerados además de pecar por pensamiento, palabra y obra, pueden caer en pecados graves y escandalosos sin perder por ello su derecho á la gloria, es una doctrina

cuya propagación entraña peligro indecible, y de suyo conducente á que el hombre se precipite en el abismo del pecado, en vez de ser un auxilio y preservativo. "Así que, el que piense estar firme, mire no caiga," acordándose de que "fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis llevar; antes dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis aguantar." (1a Corintios 10.12, 13.) El que teme, siempre se halla apercibido. Mas si alguien cayere como cayó San Pedro, bienaventurado será si se arrepiente como se arrepintió Pedro.

HIMNO DE LUTERO.

Castillo fuerte es nuestro Dios
  Defensa y buen escudo;
Con su poder nos librará
  En este trance agudo.
    Con furia y con afán
    Acósanos Satán;
    Por armas deja ver
    Astucia y gran poder.
Cual él no hay en la tierra.

Nuestro valor es nada aquí,
  Con él todo es perdido;
Mas por nosotros pugnará
  De Dios el Escogido.
    ¿Sabéis quién es? Jesús,
    El que venció en la cruz,
    Señor de Sabaoth;
    Y pues él solo es Dios,
El triunfa en la batalla.

Aun si están demonios mil
  Prontos á devorarnos,
No temeremos, porque Dios
  Sabrá aun prosperarnos.
    Que muestre su vigor
    Satán y su furor,
    Dañarnos no podrá,
    Pues condenado es ya
Por la Palabra santa.

Sin destruirla dejarán,
  Aun mal de su grado,
Esta Palabra del Señor;
  Él lucha á nuestro lado.
    Que lleven con furor
    Los bienes, vida, honor,
    Los hijos, la mujer . . .
    Todo ha de perecer . . .
De Dios el reino queda. Amén.

—*J. B. Cabrera.*

XIX

EL PECADO EN LOS REGENERADOS

"De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como á espirituales, sino como á carnales, como á niños en Cristo. Os dí á beber leche, y no vianda: porque aun no podíais, ni aun podéis ahora; porque todavía sois carnales: pues habiendo entre vosotros celos, y contiendas, y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres? Porque diciendo el uno: Yo cierto soy de Pablo; y el otro: Yo de Apolos; ¿no sois carnales?" (1a Corintios 3.1-4.)

"La carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne: y estas cosas se oponen la una á la otra, para que no hagáis lo que quisiereis." (Gálatas 5.17.)

Hablando con propiedad, nada merece el nombre de pecado sino lo que constituye una transgresión voluntaria de alguna ley de Dios conocida. Por lo tanto, cada contravención espontánea de la ley de amor es un delito; y si bien se mira, no hay otro pecado que éste.—*Juan Wesley.*

El arrepentimiento no emprende su tarea por partes, en orden á infracciones particulares y manifiestas de los diez mandamientos, sino que afecta á toda la persona, con su carácter y vida completa, ó por mejor decir, abarca á la naturaleza entera, dando á conocer al pecador que está bajo la ira de Dios y la sentencia de muerte mientras no abandone todo pecado.—*Martín Lutero.*

Pueden existir divergencias entre hombres buenos, de las cuales resulten perjuicios é injusticias; mas nadie que de veras sea cristiano es capaz de hacer intencionadamente mal á otro ni de palabra ni de obra. Hermoso espíritu cristiano fué el que manifestó Calvino en cierta ocasión cuando, mal comprendido é injuriado por Lutero, exclamó: "Pues bien; que Lutero me aborrezca y por mil veces me vitupere, no por eso dejaré de amarle y tenerle por valioso siervo de Dios." Verdaderamente tal excelente disposición de ánimo, tal dulce serenidad de espíritu, que perdona y olvida, que pasa por alto las ofensas, que lo deja todo á Dios, que no se aira con los iracundos, que no busca la venganza ni pára mientes en las injurias recibidas, es lo que conviene á cuantos llevan el nombre de cristianos y procuran seguir el ejemplo del Maestro divino.

CAPÍTULO XIX

EL PECADO EN LOS REGENERADOS

En el capítulo anterior hemos visto como, á consecuencia del pecado voluntario y obstinado, un creyente ya regenerado puede incurrir en culpabilidad moral, volver á estar bajo condenación y, perdido ya su derecho á la filiación divina, llegar á la final é irremisible condenación. Conviene ahora averiguar si puede haber pecado en los hijos de Dios después de su conversión sin traer de suyo la cancelación de su derecho á la salvación personal, y en caso afirmativo, investigar su naturaleza.

El concepto que de este punto tenga uno formado, se halla íntimamente relacionado por una parte con sus ideas respecto de la justificación y regeneración, y por otra con las relativas á la santificación entera ó sea la perfección cristiana. Así como del diagnóstico de una enfermedad proviene el tratamiento de la misma, así también del concepto particular que cada cual se forma sobre el pecado en el creyente, se deriva la idea del modo con que Dios nos santifica y perfecciona. Intentaremos, mediante un análisis concienzudo y la mayor precisión en las ideas, determinar lo que sobre este punto enseñan la Biblia y la experiencia cristiana.

Definición del término "pecado."—La palabra "pecado" es tan ambigua que, si no se la define con toda claridad, puede dar lugar á una gran confusión de ideas y á errores funestos con respecto al asunto en consideración. Para evitar la osada precipitación con que algunos critican los pensamientos de un autor y dogmatizan sobre las verdades y los errores afirmados, sin tener en cuenta el sentido que se propuso el mismo dar á sus palabras, nos proponemos nosotros resumir en forma concreta algunos puntos expuestos ya en capítulos anteriores. Uno, por ejemplo, sostiene que todo creyente regenerado se halla absolutamente libre de pecado; otro, que este estado es propio solamente del que está "santificado del todo;" y un tercero afirma que nadie está exento de pecado. Como se ve, hay contradicción en tales afirmaciones, y sin embargo es posible que todas procedan de una misma creencia. El término "pecado," como se ha visto, comprende una gran variedad de ofensas, cuales son: transgresión actual y voluntaria, depravación ingénita, depravación contraída, falta de conformidad á la ley, faltas de omisión y de comisión, violaciones de la ley debidas á ignorancia culpable lo mismo que las cometidas con pleno conocimiento de causa, delitos que no pasan del pensamiento, disposiciones de ánimo, voliciones, actos externos; todo esto se designa con el mismo nombre. Uno afirmará que sólo la violación voluntaria de un conocido mandamiento divino impli-

ca pecado y culpabilidad; otro lo ve en toda falta de conformidad á la ley y voluntad perfectas de Dios. Según aquél, el creyente justificado está libre de todo pecado; según éste, tal creyente regenerado es todavía pecador hasta que alcance la "entera santificación;" mientras que para un tercero, quizás, aun el creyente "enteramente santificado" no se encuentre del todo exento de culpa. En vista de esta ambigüedad sería muy de desear que cada escritor distinguiese y expresara de tal modo las ideas, que al lector no le cupiera duda alguna acerca del sentido particular que intenta dar á cada palabra.

El Artículo Noveno de la Iglesía Anglícana.—De los XXXIX Artículos de la Iglesia Anglicana el noveno es como sigue:

El pecado original no consiste (como vanamente propalan los pelagianos) en la imitación de Adán, sino que es un vicio y corrupción de la naturaleza de todo hombre que es engendrado naturalmente de la estirpe de Adán: por esto el hombre dista muchísimo de la justicia original, y es de su misma naturaleza inclinado al mal, *de suerte que la carne codicia siempre contra el Espíritu; y por tanto en toda persona que nace en este mundo merece esto la ira divina y condenación. Esta infección de la naturaleza permanece aun también en los que son regenerados; por cuya causa esta inclinación de la carne (llamada en griego "phronema sarkos," que unos exponen sabiduría, otros sensualidad, algunos afección, y algunos otros el deseo de la carne) no se sujeta á la ley de Dios. Y á pesar de que no hay condenación alguna para los que creen y son bautizados, todavía el Apóstol confiesa que la concupiscencia y mala inclinación tiene de sí misma naturaleza de pecado.*

El antedicho Artículo no sólo reconoce pecado en los regenerados, sino que va más allá, y lo califica de culpabilidad moral, declarándolo ser merecedor de la ira divina y condenación.[1] Otras confesiones en carácter calvinista afirman la misma doctrina en términos aun más enérgicos si cabe.

Definición del pecado en los regenerados.—Entre las expresiones empleadas para definir aquel pecado que, al decir de muchos, caracteriza á los creyentes regenerados, hállanse las siguientes: "pecado innato," "naturaleza pecadora," "sér del pecado," "raíz de maldad," "pensamientos malos," "disposiciones ma-

[1]Como bien se sabe, en el año 1784 Juan Wesley preparó para las congregaciones metodistas en América un compendio de los XXXIX Artículos de la Iglesia Anglicana. De éstos suprimió por completo quince, y modificó algunos de los restantes. Entre los cambios de más consecuencia que introdujo fué el de suprimir toda aquella parte del noveno que señalamos con letra cursiva. Con fecha anterior, sin embargo, había publicado tres importantes trabajos basados más ó menos directamente sobre las mismas cláusulas entonces omitidas. Fueron éstos un tratado sobre el "Pecado Original," en 1757, un sermón notable en 1763 sobre el "Pecado en los Creyentes," y otro sobre el "Arrepentimiento del Creyente" en 1767. Estos sermones son significativos por indicar no sólo la relación entre el susodicho Artículo en su forma original y el criterio de Wesley respecto del pecado inherente en los regenerados, sino también la que existe entre éste y la doctrina que sostenía de la santificación entera é instantánea, la cual des cribe como "salvación de *todo* pecado."

las," etc. Dícese que los creyentes "meramente regenerados" incurren en pecados tales como el resentimiento, la soberbia, el amor propio, el amor del mundo, la terquedad de juicio ó sea una voluntad opuesta á la de Dios, el amor á la gloria humana más que á la divina, los respetos humanos, celos, sospechas infundadas, envidias, codicia, palabras ociosas, conversaciones sin caridad, y otros por el estilo. Sostienen algunos que una segunda obra de gracia, para la cual exígense las mismas condiciones que para la regeneración, esto es, el arrepentimiento y la fe, extirpa radical é instantáneamente del corazón estos pecados, y destruye las *raíces* de las cuales proceden. Los que defienden esta teoría del pecado en los regenerados suelen distinguir entre la "salvación de pecado," efectuada en la justificación y regeneración y la "salvación de *todo* pecado," realizada en la entera santificación.

Pero no faltan quienes se niegan á reconocer dichos pecados como aplicables á ningún cristiano en condición normal, y con todo mantienen que existe entre los regenerados lo que propiamente puede llamarse "pecado," como, por ejemplo, ciertos restos de la "depravación contraída," pecados de omisión, etc., doctrina que luego expondremos de una manera detallada.

Evidencia de la vida cristiana.—Tratemos ahora de averiguar si esos pecados caracterizan á los creyentes verdaderamente regenerados, y examinemos las pruebas alegadas para establecer esa pretensión.

Se cita en primer lugar el gran número de creyentes que, en su conducta habitual, y cada cual á su manera, incurren manifiestamente en los defectos y pecados de que se trata. Añaden que á pesar de eso, y de que sin duda se les pueden imputar las culpas que cometen, son considerados como verdaderamente convertidos; en la cual hipótesis no se necesita otra prueba para dar como cierta la indicada doctrina. Á esta prueba son muchos los teólogos cristianos que no le dan valor alguno, afirmando que es imposible reconocer como creyentes genuinos y en estado normal de regeneración á los que caen voluntariamente en semejantes pecados y se hallan en el estado descrito en el párrafo anterior; y por otra parte niegan los mismos teólogos, que, aun dada por supuesta la posibilidad de que algunos pecados caractericen de vez en cuando á ciertos creyentes sin perder éstos su filiación divina, casos á la verdad muy raros y excepcionales, semejante hipótesis no es suficiente para constituir todo su sistema doctrinal en que se afirme ser el pecado en los convertidos un estado propio de todos los creyentes. Quien se titula cristiano, añaden, y no llega á la talla marcada por la Sagrada Escritura para precisar la condición del verdadero hijo de Dios de ninguna manera merece tan glorioso renombre.

Ni la profesión cristiana ni su reconocimiento por los hombres, constituyen por sí mismos prueba alguna del verdadero carácter del creyente. Podemos juz-

gar que uno es por ventura discípulo de Cristo, pero no sabemos á ciencia cierta sino que lo es en efecto, cuando se ajusta en todo y por todo á los requisitos bíblicos, los cuales, si hemos definido con exactitud las doctrinas de la justificación y regeneración, excluyen y reprueban en el creyente los pecados mencionados y toda culpa moral.[1]

Los que no sólo alcanzan, sino *retienen* la justificación y regeneración en su integridad, tal como se definen en la Sagrada Escritura y en los sermones de Wesley, no querrán ni podrán abrigar al mismo tiempo las disposiciones y sentimientos pecaminosos aquí señalados; y si por ventura el creyente llega á tal extremo, él mismo ve con claridad que ha caído de la gracia.

Doctrina expuesta en Gálatas 5.16–26.—Aun suponiendo que haya casos en que los fieles puedan alguna vez incurrir en ciertas culpas sin la necesaria é inmediata pérdida de su filiación divina, no se sigue que el cometer tales delitos sea propio de los creyentes en general. Semejantes tipos defectuosos de la vida regenerada debieran ser considerados y tratados como casos excepcionales, y de ninguna manera como normales. Y aun admitiendo, una vez más, que en ciertas

---

[1] Véanse los Capítulos XII y XIII, páginas 211–249. Aconsejamos al lector se fije especialmente en las páginas 188, 219, 242 y 243 y vuelva á leer las citas de Juan Wesley en explicación de la fe salvadora, la justificación y la regeneración.

circunstancias atenuantes los cristianos en general puedan caer desgraciadamente en algún delito, sin separarse por eso, y desde luego, de la vid, á la cual pertenecían cual pámpanos vivos, no se sigue que la naturaleza carnal, representada en Gálatas 5.17 como tan poderosa que impide á uno hacer lo que quisiere, distinga á los creyentes regenerados como tales; pues las manifestaciones ó frutos de dicha naturaleza se enumeran en el contexto, y declåranse ser del todo incompatibles con el carácter cristiano. "Andad en el Espíritu, y no satisfagáis la concupiscencia de la carne. *Porque la carne codicia contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne: y estas cosas se oponen la una á la otra, para que no hagáis lo que quisiereis.* Mas si sois guiados del Espíritu, no estáis debajo de la ley. Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, disolución, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, banqueteos, y cosas semejantes á estas; de las cuales os denuncio, como ya os he anunciado, que los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios. Mas el fruto del Espíritu es: caridad, gozo, paz, tolerancia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Contra tales cosas no hay ley. Porque los que son de Cristo han crucificado la carne con los afectos y concupiscencias."

Á los que se hallan dominados por la naturaleza car-

nal de manera que "no pueden hacer lo que quisieren," y que manifiestan en sus vidas las obras de la carne, cuales son "iras, contiendas, disensiones, envidias," y otras por el estilo, nunca debiérase darles á suponer que son cristianos de hecho y de derecho, y que sólo necesitan una segunda obra de gracia para eliminar de su naturaleza los pecados y defectos propios de todas las almas recién regeneradas. Muy al contrario, se les ha de denunciar la verdad claramente enseñada en este pasaje; esto es, que lo que les hace falta es "nacer del Espíritu" ó sea "de arriba," y que una vez experimentado este cambio, serán guiados por el Espíritu, andarán en el Espíritu, y producirán los frutos del Espíritu. Nadie, teniendo conciencia de los pecados arriba expuestos, está autorizado por la Sagrada Escritura para considerarse verdaderamente miembro de la familia de Dios.

¿Hasta qué punto es el pecado voluntario compatible con el estado de justificación, si en efecto existe esa compatibilidad?—¿Trae de suyo cada pecado voluntario, aun el más leve, la pérdida inmediata de la justificación, constituyendo al delincuente en apóstata? Y el que ha caído de la gracia, ¿necesita, al ser restaurado, tanto la justificación como la regeneración, como en un principio? Preguntas son éstas que con frecuencia se hacen, y á este punto de nuestro estudio reclaman una contestación. Todo pecado cometido voluntariamente por un hijo de Dios le hace reo de condenación y,

por tanto, requiere el arrepentimiento por parte del transgresor y el perdón por parte de Dios. Por supuesto un creyente regenerado no pecará deliberadamente y con premeditación; de otra manera ha caído ya de la gracia, aun antes de haber cometido el hecho. Pero ¿no puede un cristiano ser "tomado en alguna falta," incurriendo en un pecado el cual, aunque cometido sin premeditación, sea hasta cierto punto voluntario? En ese caso, al punto, y como por instinto se dolerá de él, y en cuanto haya caído en cierto grado bajo la divina condenación, impetrará el perdón del Sér á quien ha ofendido. Si, al contrario, una vez cometido un delito, el ofensor permanece impenitente, basta esto para demostrar que no sólo existe culpabilidad que necesita perdón, sino que ha vuelto á establecerse en su naturaleza el imperio del pecado.

El viento y las olas pueden momentáneamente desequilibrar un buque; pero si éste reúne buenas condiciones marineras y además se halla sin avería, al instante y por efecto de su propio peso volverá á su posición normal. Con tal que su centro de gravedad esté bien localizado, las condiciones externas y accidentales no le afectan sino de momento. Así sucede con el creyente: la regeneración ha ajustado su centro de gravedad moral. Por regla general su derrotero no será al través de un mar bonancible. Los incitamentos y las tentaciones que por todas partes le asedian pueden bien compararse á un mar embraveci-

do, azotado por un viento fuerte que levanta olas gigantescas. Debido á la divina gracia puede, á pesar de todo, permanecer enteramente libre de pecado; mas si se deja sorprender, si cae por descuido en alguna falta, perdiendo así su equilibrio espiritual, en seguida se arrepiente y recaba de Dios el perdón. De este modo la gravedad moral y espiritual de su propia naturaleza restablece el equilibrio de su vida religiosa.

Un buque medio tumbado por el viento y las olas no puede continuar en esa posición. Si no vuelve en seguida á erguirse, corre el riesgo inminente del naufragio. Ninguna alma puede permanecer con obstinación y sin arrepentimiento en el pecado culpable y *al mismo tiempo* retener los privilegios propios del estado de salvación. Bien está que el barco se halle en el agua; pero desde el momento en que ésta penetre en aquél, puede darse ya por perdido. El que un cristiano esté *en el mundo* no constituye pecado; mas una vez que el mundo se insinúe en el corazón, es prueba inequívoca de que se ha traspuesto indebidamente el centro de gravedad moral, precursor indefectible de la muerte del alma. Á la luz de estas explicaciones y circunstancias estamos ya dispuestos para contestar á la pregunta presentada al principio de esta párrafo, y afirmamos categóricamente que ningún pecado voluntario, ni siquiera el más leve, si se persiste en él sin arrepentimiento, es compatible con el estado de justificación.

¿Hasta qué punto es el pecado voluntario compatible con el estado de regeneración?—¿No mora el *pecado inherente* en el corazón del regenerado? Si bien es cierto que en la regeneración fué arrancada la planta del pecado, ¿no quedaron sus raíces? Y estas raíces que subsisten, ¿merecen llamarse "pecado" ó "pecaminosas?" La solución del problema depende en gran parte de la respuesta. Imposible es negar que permanece cierta *susceptibilidad* al pecado; mas esta "susceptibilidad," ¿es culpable? Ya en Adán existía cierta susceptibilidad al pecado; y todavía se perpetúa entre los hombres, aun "enteramente santificados," mientras permanezcan en estado de prueba. La fuerza de esa susceptibilidad será diferente en cada uno, pero siempre será cierto que ella de sí misma no es un verdadero pecado. Su intensidad característica en el creyente regenerado depende sin duda y está íntimamente relacionada con lo que antes de su conversión llamábase "naturaleza carnal." ¿Es ó no es un residuo de ésta? Los teólogos por lo general afirman que lo es y, por consiguiente, la juzgan pecaminosa. Conviene, sin embargo, aclarar esta palabra. Muchos escritores representan la regeneración como el acto de romper la tendencia al pecado, y al mismo tiempo afirman que un creyente regenerado conserva cierta inclinación al mal. Esto es una inconsecuencia contradictoria. Un árbol no puede inclinarse á la vez hacia al Norte y el Sur. No puede decirse con propiedad que un indivi-

duo tenga al mismo tiempo una tendencia al pecado y una tendencia á la virtud. El regenerado no sólo conserva la susceptibilidad al pecado, sino que la tiene proporcionada al grado de perversidad moral anterior á su arrepentimiento.

Contemplemos á dos hombres recién convertidos á la edad de treinta años, por ejemplo, uno de los cuales ha sido de carácter y de costumbres morales, mientras que el otro ha pasado su vida en la degradación y en los vicios; es indudable que en este último será la "susceptibilidad" de volver al pecado mucho más violenta que en el primero, lo cual es prueba de estar lo que llamamos "susceptibilidad" tan íntimamente asociada con el pecado, que viene á ser mera cuestión de palabras si esta posibilidad de pecar ha de llamarse pecado, condición pecaminosa, tendencia al mal ó depravación. Cierto es que la teología cristiana generalmente la ha llamado pecado, por el cual motivo ha tratado de "pecador" al verdadero creyente, si bien le reconoce ya salvado. Hay razones muy poderosas para desear que no se emplee una misma palabra para expresar tan opuestos conceptos como son la culpabilidad y la inculpabilidad; pero desgraciadamente es una costumbre funesta que se ha seguido siempre, y todavía continúa.

Depravación contraída antes de la regeneración y que después persiste.—Si nuestro raciocinio es acertado y lógico, la deducción que inferimos es diametralmente opuesta á la de cuantos escritores enseñan que la re-

generación quita la depravación contraída, mientras que la heredada permanece hasta ser destruída por una segunda é instantánea obra de gracia titulada "entera santificación." Juzgamos que la "depravación contraída" parece ser precisamente la que persiste después de la regeneración, á lo menos en cierto grado. No obstante, esta "depravación contraída," ó sea la susceptibilidad á reincidir que siente el pecador convertido, va en diminución á medida que éste continúa en la vida cristiana. El momento preciso en que llega á cero, y no queda en el alma más que la natural susceptibilidad ó posibilidad de pecar que distingue á todo agente libre en estado de prueba, de ordinario sólo el omnisciente Dios lo sabe.

Mas ¿no existen diferencias morales entre los que son dignos de ser tenidos por verdaderamente regenerados?

Diferencias morales entre los regenerados.—Aunque la salvación personal es una transformación radical efectuada por el poder omnipotente de Dios, la modifican el carácter anterior y las circunstancias del individuo. Por ejemplo, un pagano convertido no está transformado en seguida por su regeneración en un sér moral semejante en todo á aquel que ha tenido padres piadosos y que ha vivido en un ambiente cristiano; ni deja de patentizarse la misma diferencia cuando se trata de un convertido que ha sido pagano en país cristiano, esto es, una persona rescatada de entre las heces de la población.

También modifica la conversión el conocimiento de lo que es la regeneración en su naturaleza y resultados. De consiguiente la conciencia de cada uno es imposible juzgarla por una misma regla. Un Judío piadoso de los tiempos de David no era precisamente lo que debe ser un cristiano convertido en nuestros días. Así como algunos, tanto por su naturaleza y educación como por la fuerza de sus hábitos viciosos, viven más apegados al pecado que otros, así también algunas almas de veras convertidas están más propensas que otras á reincidir en la maldad. Para que sean acertados y justos nuestros juicios sobre la culpabilidad del pecado, siempre debemos tener presentes tales diferencias circunstanciales que existen sin duda entre verdaderos cristianos. El que ese *algo* que distingue á algunos cristianos de otros, y aun diferencia más ó menos á cada cristiano de todos los demás, ha de llamarse pecado ó no, depende sólo, como hemos visto ya, del empleo correcto de dicha palabra; se trata sencillamente de si hemos de decir que un cristiano es menos pecador que otro, ó bien que uno es más santo que otro. Si se define el pecado (*anomía*) como "toda falta de conformidad á la ley perfecta de Dios," ese *algo* puede lógicamente llamarse pecado, y de ello se infiere no sólo que existe éste en el creyente, sino también que en algunos existe más que en otros. En cuanto á los grados de esa susceptibilidad, los cuales distinguen á unos cristianos de otros, es indudable que

va disminuyendo con la constancia en una vida santa; pero, dadas las condiciones de la prueba moral, se necesita mucho tiempo para que aquella inclinación pierda toda su fuerza y cese.

Habiendo definido ya en qué sentido y hasta qué punto el pecado existe en los creyentes justificados y regenerados, y mostrado cómo y por qué se hallan diferencias entre los mismos, volveremos ahora á la consideración de los pecados anteriormente enumerados, los cuales, dícese, son propios de todos los creyentes "meramente regenerados."

¿ Caracterízan á los verdaderamente regenerados los pecados de orgullo, mal genío, voluntariedad, etc. ?—Para contestar á esta pregunta representémonos un caso práctico. Son dos individuos que profesan ser cristianos: el uno ha dicho una mentira y estafado además cierta cantidad á su principal; el otro confiesa ser culpable de resentimientos, de amor mundano, de envidias, celos, etc. Al primero le decimos: "Tú has cometido un pecado grave y voluntario; has caído de la gracia, perdido tu derecho á la salvación, y estás bajo la condenación divina." Ahora bien, ¿diremos al segundo: "Tú también has pecado, pero los defectos de que adolece tu carácter son *pecados de creyentes;* son propios de tu estado de mera regeneración, y por tanto no implican la condenación divina y la pérdida de la salvación?" ¿Quién será capaz de añadirle además: "En tu regeneración fuiste *salvado de pecado*, pero aun no

lo has sido *del todo*, y estas faltas que confiesas son las mismas de que entonces no fuiste librado, y que, procedentes de los *residuos de la naturaleza carnal*, ó sea de las *raíces de pecado* que aún permanecieron en tu corazón, sólo desaparecerán mediante una segunda operación de la gracia, llamada santificación, que debes procurar sin demora?" No es éste el lenguaje que con él debemos emplear, y sí, muy al contrario, debiéramos hablarle en estos ó semejantes términos: "Esos pecados que en tí reconoces son todos y cada uno incompatibles con el carácter de un verdadero hijo de Dios. De éstos y de cualesquiera otros actos, afectos y pensamientos pecaminosos, Jesucristo se propuso salvarte por medio de la justificación y regeneración. Si, pues, en tu corazón se anidan estos afectos impuros, no hay más remedio que acudir á Dios en busca de la salvación completa, y él te librará de ellos. De otra suerte no tienes derecho á considerarte verdadero cristiano." Este nos parece ser el perfecto consejo muy en armonía con la razón y con la ley de Dios.

La culpabilidad y la condenación, resultados consiguientes á todo pecado voluntario.—Pero ¿no estamos obligados á reconocer que todos y cada uno de los pecados sobre los cuales versa la cuestión, siempre en efecto caracterizan en mayor ó menor grado á muchos que profesan ser cristianos? Indudablemente y por desgracia. Razón es ésta que no menospreciamos, pero

ella misma nos da el derecho de afirmar que semejantes cristianos se hallan muy distantes de la verdadera justificación y regeneración descritas en la Sagrada Escritura. ¿Están, pues, bajo la condenación divina? Sí, lo están sin duda mientras presten su adhesión á pensamientos, afectos y actos pecaminosos, los cuales repugnan y son contrarios al estado de regeneración. Siempre basta la gracia de Cristo para salvar de todo pecado; y la culpa de que aquellos pecados existan, siquiera sea por poco tiempo, está en quienes los admiten, y jamás en Dios ni en la insuficiencia de la redención. Y estos creyentes defectuosos, ¿se perderán? Sí, se perderán, contestamos, á no ser que abandonen todo pecado conocido, y con arrepentimiento y fe busquen y alcancen el poder purificador otorgado en virtud de la muerte expiatoria de Cristo. En vista de que ese poder es ilimitado, y está al alcance del hombre, no hay motivo alguno que justifique á un regenerado para no vivir santa é irreprensiblemente, según su profesión.

Distinción entre cristianos imperfectos y apóstatas.—No es de suponer haya quien crea que el concepto expuesto de la vida cristiana represente á los creyentes cayendo siempre de la gracia, y siempre necesitando de una nueva justificación y regeneración. Nosotros entendemos por apóstata al creyente regenerado que, luego de haber pecado, no se arrepiente, acudiendo en seguida con gran fe al Salvador en busca del perdón;

y juzgamos que si el tal permanece impenitente en su pecado, no puede lograr ser salvo sino mediante una nueva conversión radical; pero si, al darse cuenta de algo reprobable en sus pensamientos, voluntad, ó conducta, y columbrar que su caída es incompatible con el carácter de un hijo de Dios, huye del pecado con un santo abcrrecimiento y se dirige con plena confianza á Jesucristo para que le perdone, en este caso no hay apostasía ni se pierden los beneficios de la salvación, por más que haya sido "tomado en alguna falta." Esto, sin embargo, no es enseñar que la naturaleza carnal y los afectos y pensamientos malos son anejos al estado normal de los creyentes regenerados definido en el Libro Santo.

Por otra parte, si algún teólogo cristiano defiende aquella teoría del "pecado en los creyentes" que reconoce la compatibilidad de tales defectos con el estado normal de regeneración, en buena lógica debe afirmar también la necesidad de una segunda obra radical é instantánea de la divina gracia que produzca la salvación de todo pecado, y aun sostener que es imprescindible experimentar esa obra divina de la gracia durante la vida presente hasta asegurar la salvación antes de morir y estar así convenientemente dispuesto para la vida futura.

Conclusiones respecto del pecado en los regenerados.—¿Cuál es, pues, nuestra doctrina en orden al pecado,

compatible con el estado de regeneración, y que de suyo no destruye la filiación divina? La siguiente:

1. Adán, en el estado de inocencia en que salió de las manos de su Creador, tenía una naturaleza sensitiva, que podía muy fácilmente llegar á ser principio de tentación, origen de pecado, y pábulo dispuesto para encender el fuego del delito; pero que no debía llamársela con propiedad pecado. Esa misma naturaleza, pues, permanece en los regenerados y hasta en los santificados.

2. Hay en los regenerados cierta susceptibilidad, cuya fuerza es por cierto más violenta que la naturaleza sensitiva de Adán, de que acabamos de hablar; es un resultado ó la manifestación de lo que llamamos depravación contraída. Ella varía en intensidad según los individuos, guardando proporción á los pecados anteriores, y tiende á minorarse y debilitarse á medida que uno persevera en la vida cristiana. Si alguna vez llega á cero y desaparece por completo, ese punto de tiempo no es objeto de observación ni se hace ostensible. En cuanto á si este residuo de la depravación debiera llamarse pecado ó no, es demasiado tarde ya para discutirlo, puesto que por lo general los credos eclesiásticos y la literatura teológica lo han señalado con ese nombre.

3. Pecados de omisión, y otras faltas cometidas por ignorancia contra la ley perfecta de Dios pueden caracterizar á los regenerados. La regeneración no su-

ple instantáneamente los defectos de conocimiento. Á medida que aumenta la luz intelectual se viene á descubrir que ciertos actos y tolerancias, antes considerados como inocentes, son en realidad ilícitos y pecaminosos; que tales ó cuales formas de actividad y de benevolencia que no se juzgaban obligatorias, se miran luego como deberes imprescindibles de todo creyente; y cuanto más claras son las revelaciones que el discípulo sincero recibe de su pecado y de sus deberes, con tanta mayor prontitud abandona todo lo que ve reprobable y se obliga al cumplimiento de las reglas que conducen á la perfección cristiana. Quedan, pues, ya declaradas las faltas y pecados que, á nuestro juicio, pueden atribuirse con verdad á los creyentes regenerados representando un tipo normal de experiencia. No obstante, debemos añadir otra clase, la cual, aunque muy común, no deja de ser anormal.

4. Nos referimos á los pecados de sorpresa, semivoluntarios, casos en que el creyente es "tomado en alguna falta," ó en que su equilibrio moral y espiritual se halla repentinamente zozobrado por tentaciones externas é incitamentos inesperados: estos defectos se notan con frecuencia, y no se sigue necesariamente la pérdida inmediata de la filiación divina, con tal que, desde el momento en que la conciencia revele al alma la verdadera naturaleza y carácter culpable de la ofensa, con dolor sincero y odio profundo al delito el delincuente se vuelva al instante hacia Dios en demanda

de perdón; mas si al contrario endurece su corazón, teniendo en poco la ofensa cometida, ó peor todavía, si la repite y ésta llega á distinguir su carácter, deber nuestro es, en vez de rebajar el concepto de regeneración para acomodarla á su caso, esforzarnos en levantar al caído á fin de que su estado espiritual se ajuste en todo á la norma bíblica, sin lo cual no puede heredar el reino de Dios.

Pero si bien en las circunstancias y condiciones expresadas estos defectos pueden atribuirse á ciertos creyentes, y aun pueden ser harto frecuentes entre los que profesan ser de Cristo, estamos lejos de admitir que sean las manifestaciones naturales y normales del carácter cristiano. Por numerosos que sean, debieran considerarse como casos anormales, pues se hallan en pugna con el curso natural de una vida regenerada y consecuente. Son como los remolinos que á veces percibimos en un río, merced á cuyo reflujo se lleva el agua en dirección opuesta á la corriente principal.

XX

LA PERFECCIÓN CRISTIANA

POSIBILIDAD DE NO PECAR

"La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. . . . Él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad." "Él apareció para quitar nuestros pecados. . . . Cualquiera que es nacido de Dios, no hace pecado." (1a Juan 1.7,9; 3.5–9.)

"Jesucristo se dió á sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y limpiar para sí un pueblo propio." (Tito 2.14.)

"La voluntad de Dios es vuestra santificación." "Y el Dios de paz os santifique en todo; para que vuestro espíritu y alma y cuerpo sea guardado entero, sin reprensión." (1a Tesalon. 4.3; 5.23.)

"Como aquel que os ha llamado es santo, sed también vosotros santos en toda conversación; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo." (1a Pedro 1.15, 16.)

Ocurre ante todo preguntar: ¿De qué manera obra Dios ese cambio completo y radical en el alma del creyente? ¿Procede por grados, ó lo verifica en un momento? ¡Cuán numerosas han sido las polémicas sobre este asunto, aun entre los hijos de Dios! Y á pesar de cuanto se ha dicho y pueda decirse, no cesará la controversia. . . . Las Escrituras nada enseñan sobre el particular, y la cuestión no aparece resuelta, á lo menos de un modo explícito, en parte alguna de los oráculos de Dios. Libre está, pues, cada cual para deducir sus propias conclusiones, con tal que conceda igual libertad á su hermano, sin airarse contra los que tengan opinión distinta de la suya, ni tener de ellos conceptos duros y despreciativos. Y permítaseme añadir una palabra más: Que tal cambio sea instantáneo ó gradual, nadie descanse hasta verlo efectuado en su propia alma, si de veras abriga el deseo de morar con Dios en la gloria eterna.—*Juan Wesley. Año 1785.*

Si la religión no santifica vuestra vida, pronto hará ésta que aquélla se materialice y degrade.

CAPÍTULO XX

LA PERFECCIÓN CRISTIANA

POSIBILIDAD DE NO PECAR

Hemos visto ya que un creyente regenerado puede volver atrás y pecar de tal manera que incurra en la condenación divina y se pierda. Tócanos ahora considerar las potencialidades del creyente en la dirección opuesta, ó sea la posibilidad de vivir sin caer en pecado, y practicando siempre la santidad; sobre lo cual debe decirse que cuanto de bueno está al alcance de un cristiano, más que un privilegio suyo, es para él un deber imprescindible.

Variedad en los términos empleados. — La doctrina que nos proponemos exponer suele expresarse con palabras diferentes; v. gr.: "santificación," "entera santificación," "santificación progresiva," "santificación instantánea," "santidad," "purificación completa," "la vida superior," "la segunda bendición," "salvación plena," "salvación de todo pecado," y otras muchas más ó menos semejantes, no sin que á cada una pueda oponérsele algún reparo. Sin embargo, el término más usual es "santificación," por la cual razón nos juzgamos con derecho á emplearlo en este capítulo según el general sentido teológico. Conviene advertir que si por santificación entiende alguno cierta obra de la divina gracia, sea progresiva ó instantá-

nea, pero distinta de la regeneración y posterior á ésta, nosotros le aseguramos que semejante acepción es teológica, pero no bíblica. En un capítulo anterior hemos expuesto la doctrina de la santificación conforme se la enseña en el Nuevo Testamento, y hallado que allí se emplea el término para expresar una experiencia ú obra de gracia efectuada en la conversión, y coetánea con la justificación y regeneración.

Exposición del problema.—El creyente justificado y regenerado, ¿está como tal enteramente libre de todo pecado y enteramente santo? En caso contrario, ¿hanse provisto los medios para llegar á ese estado? Y ¿cómo y cuándo puede alcanzarlo? La primera de estas preguntas quedó contestada en el capítulo anterior, y ahora llegamos á la consideración de la segunda. La teología metodista ha sostenido siempre que no sólo es posible que cada hijo regenerado de Dios se halle enteramente santo y libre de todo pecado, sino que esto constituye á la vez su privilegio y su deber; y además, que esta experiencia y este estado no están reservados para la hora de la muerte ó después de ella, sino que van comprendidos en las disposiciones graciosas de Dios para esta vida presente. Mas si bien existe entre los metodistas casi completa armonía sobre este particular, varían mucho los pareceres respecto de la manera como este ideal estado cristiano puede alcanzarse plena y finalmente; en otras palabras, mientras se admite con unanimidad su comienzo

en la regeneración, es materia de discusión si se trata de una obra de gracia efectuada instantáneamente después de la conversión, ó si es gradual y paulatina. Una gran parte de la confusión de ideas y diferencias de opinión que existen con relación á este asunto, puede indudablemente atribuirse á la falta de una clara definición de los términos empleados, tales como "pecado," "santificación," "santidad" y "perfección," lo mismo que de la precisión en definir y distinguir con exactitud la justificación, regeneración y santificación en sus relaciones entre sí.

La perfección cristiana definida y analizada.—Librar al creyente ya justificado y regenerado de absolutamente todo aquello á que puede aplicarse con propiedad la palabra "pecaminoso," conducirle á la posesión de cada atributo personal que puede señalarse con la palabra "santo," y al estado en que el amor perfecto para con Dios y el hombre reinará supremo en su corazón y en su vida: he aquí la obra de la divina gracia que, según nuestro propósito, puede servir para formar una perfecta definición de la perfección cristiana. Esta obra representa la cooperación del hombre con Dios; el creyente debe cumplir su parte del contrato, y Dios cumplirá la suya.

Tenemos pues: (1) *La obra de la perfección cristiana:* (*a*) en su aspecto negativo, que consiste en deshacerse de todo pecado y maldad, esto es, en descubrir pecados antes ocultos y desconocidos, sean de omisión

ó de comisión, y en suprimir hasta el exterminio completo cualquier residuo de la depravación que haya quedado después de la regeneración; y (*b*) en su aspecto positivo, que comprende la adquisición de todas las gracias cristianas necesarias para la perfección en Cristo. (2) *Cómo se afectúa la obra.* (*a*) ¿Qué se realiza como obra inicial en la conversión? (*b*) ¿Qué después progresivamente? Y (*c*) ¿Qué instantáneamente? (3) *Cuándo queda completa la obra.* (*a*) ¿En la conversión? (*b*) ¿Solamente en la hora de la muerte? ó (*c*) ¿en algún tiempo entre la regeneración y la muerte? En nuestro estudio de este asunto no nos comprometemos á seguir precisamente el orden ofrecido en este análisis; pero nos sentimos obligados á procurar que todas estas cuestiones y preguntas queden aclaradas en el curso de nuestro exposición.

El logro de la entera santificación, ¿obra de gracia progresiva ó instantánea?—Todos los cristianos creen en la santidad progresiva en el sentido de un crecimiento en la gracia desde la conversión hasta la muerte; pero mientras algunos opinan que el único modo de alcanzar la entera santificación es por una obra gradual y progresiva, negando que pueda obtenerse instantáneamente, otros por el contrario, aunque admiten teóricamente la posibilidad de lograrla mediante el crecimiento paulatino, sostienen que en realidad no se alcanza nunca por ese camino, y por lo tanto afirman que el único medio factible para ser "salvo de todo

pecado" es por una obra de gracia radical é instantánea. También hay quienes prefieren decir que la justificación y regeneración son una obra perfecta, esto es, perfecta en su género; que ella implica la salvación de todo pecado hasta entonces visto y conocido; que el alma recién nacida está, como tal, perfecta, es decir, como una criatura es perfecta; que, sin embargo, conforme adelanta y adquiere nuevos conocimientos, descubre defectos hasta entonces ocultos y latentes, de los cuales por la gracia divina se purifica al momento; que la vida perfecta, por consiguiente, comprende como parte esencial de su adelanto, no una sola salvación instantánea de pecado, sino repetidas manifestaciones de ese soberano poder. La gracia de Dios y la fe, unidas en el creyente, son suficientes para cualquiera eventualidad que puede sobrevenir en el curso de la vida espiritual. Ver el pecado es, para el cristiano, lo mismo que huir de él luego y quedar al propio tiempo libre de él por efecto de la divina gracia.

La salvación de todo pecado provista en la obra redentora de Cristo.—Con la mayor claridad demúestrase por los siguientes pasajes de la Escritura Santa que la salvación del creyente de todo pecado va comprendida en la redención hecha por Cristo: "Él apareció para quitar nuestros pecados. . . . Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Cualquiera que es nacido de Dios, no hace pecado." (1ª Juan 3.5, 8, 9.) "Nuestro viejo hombre junta-

mente fué crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea desecho, á fin de que no sirvamos más al pecado." (Romanos 6.6.) "Los que son de Cristo han crucificado la carne con los afectos y concupiscencias." (Gálatas 5.24.) "La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. . . . Él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad." (1ª Juan 1.7, 9.) "Si alguno se limpiare de estas cosas, será vaso para honra, santificado, y útil para los usos del Señor, y aparejado para toda buena obra." (2ª Timoteo 2.21.) "Cristo se dió á sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y limpiar para sí un pueblo propio." (Tito 2.14.) "Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre á los santificados." (Hebreos 10.-14.) "Porque la voluntad de Dios es nuestra santificación." (1ª Tesal. 4.3.) "Y el Dios de paz os santifique en todo; para que vuestro espíritu y alma y cuerpo sea guardado entero, sin reprensión." (1ª Tesal. 5.23.) "Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo por su propia sangre, padeció fuera de la puerta." (Hebreos 13.12.) "Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor." (Hebreos 12.14.) "Como aquel que os ha llamado es santo, sed también vosotros santos en toda conversación; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo." (1ª Pedro 1.15, 16.) "Santifícalos en tu verdad: tu palabra es verdad. . . . Y por ellos yo me santi-

fico á mí mismo; para que también ellos sean santificados en verdad." (Juan 17.17, 19.) "Y á vosotros multiplique el Señor, y haga abundar el amor entre vosotros . . . para que sean confirmados vuestros corazones en santidad, irreprensibles delante de Dios." (1ª Tesal. 3.12, 13.)

Imposible es dudar que la entera santificación, la santidad, la salvación de todo pecado, la perfección, están todas comprendidas en el ideal religioso propuesto en estos pasajes de la Sagrada Escritura. Examine con detención el lector por sí mismo cada uno de ellos. Si los hemos interpretado correctamente, enseñan que el llevar la vida perfecta y santa en ellos descrita no es propio de algunos cristianos solamente, sino que entra en la esencia del verdadero Cristianismo bíblico. Se trata de un género de vida el cual, por la gracia de Dios, está al alcance de todos, y que, por disposición divina, está impuesto á cada convertido desde los comienzos de nueva vida en Cristo. Llevar esa vida es "perfeccionar la santificación en temor de Dios." Tratando de semejante asunto nuestra única seguridad se halla en una fidelidad absoluta á las enseñanzas claras y terminantes de la Escritura.

Orígen de la doctrina de santificación instantánea enseñada por Juan Wesley.—Sería difícil exagerar lo que la Iglesia cristiana debe á Wesley por su exposición de las doctrinas referentes á la salvación personal. Desde la época en que él predicaba aquellos entusias-

tas discursos que llegaban hasta los más íntimos repliegues del corazón, la religión personal ha tenido para el moderno mundo religioso un significado nuevo y más profundo. Su propio despertamiento espiritual fué causa de que en las doctrinas bíblicas referentes á la religión personal viera un sentido íntimo que parecía haber pasado inadvertido á muchos de sus contemporáneos. Era sobre todo predicador bíblico. *Homo unius libri* es lo que decía de sí mismo, "hombre de un solo libro," y ese libro fué la Biblia. Pero no deja de ofrecer interés especial el que, mientras Wesley sacó de su estudio de las Escrituras ese ideal sublime y santo de la religión, y luego lo aplicó á su propia experiencia, carácter y vida, y á los de otros, encareciendo la necesidad de elevar la vida á la norma bíblica, sus ideas sobre la santificación instantánea se derivaron en primer lugar de ciertas persónas[1] que profesaban haberla experimentado, y después fué escudriñando el Libro Santo para ver si enseñaba dicha doctrina. Él creyó que sí, mas la exégesis por la cual llegó á ese criterio es considerada por muchos como violenta y en extremo dudosa. La fuerza de su elevada doctrina de la religión (justificación, regeneración, santidad, testimonio del Espíritu) estriba en las abundantes pruebas bíblicas, y en su fidelidad á una

---

[1] Véase el sermón de Wesley sobre "La Paciencia," y también la *Vida de Wesley* por Tyerman, Tomo II, páginas 417, 444, 461.

exégesis sana; la fragilidad de su doctrina de la "santificación instantánea" como segunda y necesaria obra radical de gracia posterior á la regeneración consiste, á juicio de muchos partidarios suyos, en la carencia de positivas pruebas bíblicas del punto capital en cuestión, y en la exagerada importancia que dió al testimonio de los que la profesaban, la mayor parte de los cuales, según el propio testimonio de Wesley, perdieron más tarde dicha bendición.[1]

[1] Interrogado una vez Wesley sobre qué sentía y qué sabía por experiencia propia con respecto á la santificación, recitó por vía de contestación aquel himno de su hermano Carlos que empieza con las palabras, "¡Oh tú que veniste de lo alto!" himno basado sobre el texto, "El fuego ha de arder continuamente en el altar; no se apagará." (Levítico 6.13.) La respuesta fué elocuente en extremo. No hay prueba alguna de que Wesley mismo haya experimentado ó profesado poseer lo que anunciaba como posible, y de lo cual aseguraba ser en algunos una experiencia no fingida. El Dr. Dodd, en uno de sus folletos, dijo: "Un metodista, según el propio Wesley, es uno que es perfecto, y que no peca por pensamiento, palabra ú obra." Á lo cual replicó Wesley: "Señor mío, ruego á V. me dé por excusado. He dicho ya á todo el mundo que *no soy perfecto*, y sin embargo admite V. que soy *metodista*. Le digo en los términos más enfáticos que no he alcanzado la perfección que predico. ¿Quiere V. hacerme á la fuerza perfecto?" Esta carta lleva la fecha de 26 de Marzo de 1767. En el año 1770 él mismo afirmó de los que profesaban haber obtenido la bendición de una santificación entera ó instantánea, que de treinta apenas uno la retenía. La misma observación hizo también en otra fecha. (Véase Tyerman. Tomo III, página 59.)

Verdades importantes y cardinales admitidas por todos. —Aquí será conveniente llamar la atención sobre algunas verdades importantes relativas á la santificación, las cuales son admitidas por todos: (1) No hay razón alguna porque un creyente no esté enteramente consagrado á Dios desde el mismo principio de su vida regenerada. (2) La gracia recibida por algunos convertidos posterior á su regeneración, ora sea llame *una* ora *la segunda* bendición, decididamente señala una mejoría notable en su vida religiosa, y por lo tanto ha de venir de Dios. (3) Muchos que profesan haber recibido la bendición de la santificación entera, según todas las apariencias no son, á juicio de la caridad cristiana, mejores, antes con frecuencia menos perfectos, que otros no profesando la doctrina de la "santificación instantánea," y que no creen siquiera en ella. (4) Todo aquel que tenga conciencia de no estar libre de todo pecado, debería buscar y obtener, mediante el arrepentimiento y la fe, su inmediata é instantánea salvación del mismo, prescindiendo de si está ó no previamente regenerado. (5) Como el arrepentimiento del pecado y la fe en Cristo son condiciones tanto de la regeneración como de la entera santificación; como en ambos casos, de lo que se anhela librarse es del pecado; y como en el uno lo mismo que en el otro la causa es el sacrificio de Cristo, y el agente eficiente es el Espíritu Santo, poco importa el nom-

bre con que se designe una obra cualquiera de la divina gracia con tal que seamos salvos de todo pecado y hechos santos y perfectos.

El punto importante.—No puede haber divergencia de pareceres con respecto á la necesidad de una obra radical é instantánea de la gracia divina, dentro y sobre la naturaleza moral de todo aquel que manifieste ó tenga conciencia de los varios pecados enumerados en los sermones de Wesley sobre "El Pecado en los Creyentes" y "El Arrepentimiento del Creyente," y en quien exista hasta tal punto la naturaleza carnal que "no puede hacer lo que quisiere." La diferencia de opinión se manifiesta exclusivamente en definir el estado moral del "pecador" culpado de estos defectos, y en calificar la obra graciosa que debe operarse en él. Unos lo juzgan (1) hombre salvado y en estado *normal* de regeneración; mientras que otros lo tienen (2) por uno que nunca ha sido convertido de veras, (3) por apóstata, y (4) por uno que se halla en estado *anormal* de regeneración, "bajo censura," condenado hasta cierto punto por sí mismo y por Dios, pero en tal situación que, si muriera repentinamente, podría sin embargo salvarse. Los que se atienen al primer juicio llaman el cambio moral que el "pecador" en cuestión necesita, "entera santificación;" el segundo criterio exige que se denomine "regeneración;" el tercero, "restauración," y el cuarto, un necesario despertamiento á la vida normal.

Ahora bien: sobre lo que quisiéramos llamar la atención es sobre lo siguiente: que todas estas divergencias se refieren á circunstancias relativamente triviales, y que en cuanto al punto de capital importancia, esto es, que tales personas debieran todas y cada una experimentar desde luego una obra radical de gracia y quedar salvas de todo pecado, todos están de acuerdo. Cúmplenos, por tanto, acentuar ese punto trascendental sobre el cual reina perfecta unanimidad, y no hacer hincapié, como lo hacen muchos, en cosas relativamente insignificantes que originan controversia, ocasionando rozamientos doctrinales del todo innecesarios. La gracia de Dios ofrece al hombre hacerle capaz de una vida exenta de pecado conocido, tanto externo como interno, las condiciones exigidas siendo el arrepentimiento y la fe; y es el privilegio así como también el deber ineludible de todo hijo regenerado de Dios vivir esa vida santa.

El movimiento llamado de "Keswick."—Á orillas de uno de los lagos en el noroeste de Inglaterra existe un pueblecito pintoresco que ha dado su nombre á uno de los movimientos más importantes de cuantos ha habido de algunos años á esta parte. Desde hace cuatro lustros dicho pueblo viene siendo cada año el sitio de reunión de un número siempre creciente de personas cristianas, cuyo único objeto es el fomento de la vida espiritual. Las asambleas se asemejan á las celebradas en Northfield, Mass., (Estados Unidos) bajo la

dirección del finado D. L. Moody. La nota dominante de este movimiento ha sido *la santificación por el poder del Espíritu Santo para el servicio cristiano.* Si bien otros movimientos en pro de una vida más elevada han dado demasiada importancia á ciertas *delicias extáticas* y á una especie de *voluptuosidad espiritual*, como privilegio de los que han sido favorecidos con esa bendición especial, los de Keswick y de Northfield han evitado semejante peligro relegando á su debido lugar el elemento emocional, é insistiendo sola y exclusivamente sobre la necesidad de la consagración para el servicio de Dios como evidencia suprema de una vida santa. Este movimiento no carece de cierta semejanza con algunos elementos de la doctrina wesleyana sobre la perfección, pero los directores de Keswick se han esforzado en evitar toda identificación de su obra con la propaganda conocida con el nombre de "la segunda bendición." Estas corrientes en dirección á una vida más elevada no han sido exclusivamente peculiares de una sola denominación ó Iglesia, sino que de una forma ú otra hanse manifestado en todas las Iglesias. Unos pocos han identificado esa vida más elevada con una experiencia especial y instantánea, haciendo de ella una segunda obra de la gracia divina, como la regeneración, mediante la cual se extirpa todo pecado, y cuyo cambio no necesita repetirse con tal que la vida se mantenga á esa altura.

Esta fase particular de dicha doctrina no encuentra

apoyo en otros, los cuales, sin embargo, creen que la vida religiosa necesita de vez en cuando adquirir intensidad y pujanza mediante nuevos actos de consagración y una nueva efusión del Espíritu Santo. "Fué precisamente esta idea de un encumbramiento espiritual, alcanzado sólo en virtud de un método particular, lo que indujo al devoto Spurgeon á sostener que mientras era privilegio de todo creyente gozar de sosiego, la pretensión á la titulada "vida más elevada" era un error funesto. En efecto, durante aquellos tiempos en que más ardía esta propaganda, se oía con frecuencia á los ministros cristianos alegar que posesionarse de la "vida más elevada" y sembrar cizaña y discordias era todo uno. Tan arraigada se hizo esta impresión que más de una vez conferenciantes en Northfield, como, por ejemplo, el Rev. G. Campbell Morgan, han declarado no saber nada de una "segunda bendición," ni de una tercera, ni de una trigésima, sino sólo que el Espíritu Santo suele conducir al alma por grandes crisis á encumbradas alturas. Y el sagaz Moody, quien sabía utilizar en el servicio del Señor á obreros celosos de muy diversas clases sin hacerse solidario de sus teorías particulares, solía decir que cuanto más cercanos á la perfección estaban los hombres, menos hablaban de ello."

Todo pecado voluntario no sólo inconsecuente, sino incompatible con el estado de regeneración.—Si es verdad, conforme enseña el calvinismo, que todos los creyen-

tes pecan diariamente por pensamiento, palabra y obra mientras viven, y que, no obstante, nadie, una vez regenerado, puede jamás quedar separado de Cristo, sólo en ese caso estaba cierto predicador calvinista autorizado para hacer la siguiente distinción entre lo solamente inconsecuente y lo incompatible con la vida cristiana; dice así:

Tendríamos mucho reparo en emitir el dictamen de que un hombre no puede ser cristiano porque ha hecho tal ó cual cosa. Pues ¿acaso existe pecado alguno del cual pueda decirse categóricamente que es á no dudarlo *incompatible* con el carácter cristiano? Todos los pecados son *inconsecuentes* con él, pero eso ya es otra cosa distinta. Si la tendencia uniforme de la vida de un hombre es pecaminosa, egoista, aferrada á lo terreno y á lo sensual, eso sí que es *incompatible* con el Cristianismo; pero á Dios gracias, ningún acto aislado, por grave ó criminal que sea, lo es, una vez que sea contrario á la corriente general del carácter y de la conducta. No nos toca á nosotros juzgar la perpetración de ningún hecho suelto como prueba de que su autor no pueda ser de Cristo. (Dr. Alejandro Maclaren.)

Este párrafo es tomado de un sermón que intenta reconciliar el adulterio y demás pecados de David con una no interrumpida permanencia en un estado de salvación personal; y esto á pesar de que se necesitó nada menos que un mensaje del profeta Natán para despertar en él la debida conciencia de su culpa. El citado autor va aun más lejos, y toma por su cuenta el demostrar que tales "pecados aislados" no son "incompatibles" con la carrera de la perfección y con un estado elevadísimo de santidad.

Ahora bien: como rechazamos las premisas teológicas que sirven de base á semejantes afirmaciones, también desechamos este método de reconciliar el pecado consciente y voluntario con un estado de salvación personal. Consideramos todo pecado voluntario no sólo inconsecuente, sino también incompatible con el estado de regeneración. Á los que han incurrido en tales delitos podemos ofrecerles la esperanza de salvación sólo con la condición de que vayan seguidos del arrepentimiento y del perdón, y no á título de ninguna obra de gracia efectuada antes de la comisión de los mismos. Admitamos, si es necesario y si en verdad tenemos que admitirlo, que *algunos* pecados son compatibles con la permanencia en un estado de regeneración, como, por ejemplo, los semivoluntarios, los de sorpresa, casos en que uno es "tomado en alguna falta," y de los cuales el alma, al recobrar su plena conciencia moral, se rehace y al instante busca con arrepentimiento y oración el perdón y la rehabilitación; admitamos que en semejantes circunstancias la rama, aunque doblada casi hasta el punto de romperse, no se ha desgajado de la vid; mas lo que es reconciliar ese "acto aislado, por grave ó criminal que sea" con un estado de gran santidad y con la carrera de la perfección, "ni aun se nombre entre nosotros." No puede ser, á menos que nos hayamos equivocado de medio á medio en nuestra teoría de la vida cristiana. "No hemos aprendido así á Cristo" y la vida espiritual.

La doctrina de San Juan respecto de la filiación cristiana. —"Cualquiera que permanece en él, no peca. . . . Cualquiera que es nacido de Dios, no hace pecado; porque su simiente está èn él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios." Estas palabras de San Juan dan á entender que el pecodo voluntario y la filiación cristiana son incompatibles el uno con la otra; que ningún cristiano puede á la vez pecar y permanecer en Cristo; que cometer pecado voluntaria y deliberadamente y perder la dignidad de hijo es todo uno.

Nada en la doctrina cristiana es más pernicioso que el intentar reconciliar pecado conocido y disposiciones perversas con la retención de la filiación divina y del favor de Dios. Muchos de los que han aceptado y enseñado la doctrina aquí expuesta del "pecado en los creyentes," han estado, en su conducta, de extremo á extremo distanciados del antinomianismo, y aun han explanado sus teorías en toda su intensidad con el objeto de ponderar la importancia y necesidad de deshacerse uno de todo pecado y de llegar á ser apto para participar de la herencia de los santos en luz; sin embargo, debemos insistir en que la doctrina tiende por sus principios al antinomianismo, esto es, á producir una vida delincuente, juzgándose quien así vive poseedor todavía y seguro de la salvación presente; de donde se sigue que semejantes ideas, sostenidas y propagadas por personas indiscretas ó de escaso juicio, son capaces de producir resultados muy perjudiciales.

Tú, oh Dios, me ves.—Génesis 16.13.

Cuanto soy y cuanto encierro
  Manifiesto es para tí;
Pues tu vista escrutadora,
  Oh Señor, penetra en mí.

Si se agita mi conciencia,
  Tú percibes su emoción;
Razonar ves á la mente,
  Meditar al corazón.

Ves mis dudas ó esperanzas,
  Mi sosiego ó mi inquietud,
Mis tristezas ó alegrías,
  Mi dolencia ó mi salud.

Y hasta el íntimo deseo
  Que en mi pecho se abrigó,
Sin que el labio lo expresara
  En tu oído resonó.

Ya despierto ó ya dormido,
  Me circunda tu poder;
Y es tu aliento que da vida
  El que aspiro por doquier.

Oh gran Dios! cuando contemplo
  Tu infinita perfección,
El asombro llena mi alma,
  Se confunde mi razón.

Y oigo un eco en mi conciencia
  Que me dice: "Puro sé
En deseos, lengua y obras,
  Porque Dios siempre te ve." Amén.

—*J. B. Cabrera.*

XXI

LA PERFECCIÓN CRISTIANA

POSIBILIDAD DE LA PLENITUD EN CRISTO

"El cual nosotros anunciamos, amonestando á todo hombre, y enseñando en toda sabiduría, para que presentemos á todo hombre perfecto en Cristo Jesús." "En él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente." "Y en él estáis cumplidos." "Y sobre todas estas cosas vestíos de caridad, la cual es el vínculo de la perfección." "Siempre solícito por vosotros en oraciones, que estéis firmes, perfectos y cumplidos en todo lo que Dios quiere." (Colosen. 1.28; 2.9, 10; 3.14; 4.12.)

"Sed pues vosotros perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto." (Mateo 5.48.)

"El discípulo no es sobre su maestro; mas cualquiera que fuere como el maestro, será perfecto." (Lucas 6.40.)

"Toda Escritura es inspirada divinamente y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instituir en justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente instruido para toda buena obra." (2a Timoteo 3.16, 17.)

"Por tanto, dejando la palabra del comienzo en la doctrina de Cristo, vamos adelante á la perfección." (Hebreos 6.1.)

"Tenga la paciencia perfecta su obra, para que seáis perfectos y cabales, sin faltar en alguna cosa." (Santiago 1.4.)

"Si nos amamos unos á otros, Dios está en nosotros, y su amor es perfecto en nosotros. . . . Dios es amor; y el que vive en amor, vive en Dios, y Dios en él. En esto es perfecto el amor con nosotros." (1a Juan 4.12-17.)

Para el artista que cree pintar con perfección no hay esperanza de que llegue á ser un gran pintor. Mas para el que, lleno de veneración y entusiasmo, contempla las obras maestras de las escuelas antigua y moderna y siente que exceden á todos los esfuerzos que hasta entonces ha hecho, y anhela obtener la habilidad suprema de los grandes maestros, hay la posibilidad de que llegue á ser un gran artista.—*M. J. Savage.*

¿Cuándo comprenderemos que proseguir la santidad no es otra cosa que seguir á Cristo? ¿Cuándo conseguiremos sustituir esa aspiración ficticia por un Amigo real? La santidad está en la índole; no en los humores: la divinidad mora en el corazón recto del hombre; no en el arrobamiento místico del alma.—*Enrique Drummond.*

CAPÍTULO XXI

LA PERFECCIÓN CRISTIANA

POSIBILIDAD DE LA PLENITUD EN CRISTO

HA sido práctica muy común en la teología cristiana identificar la entera santificación, ó sea la exención de todo pecado, con la perfección cristiana; tanto es así que ningún escritor puede ahora hacer caso omiso de tal sinonimia; pero la salvación de todo pecado no es sino una parte pequeña de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús á la cual es llamado el creyente. La vida de un hijo de Dios es de plenitud infinita. Cristo vino no sólo para vaciar de pecado el corazón del hombre, sino para henchirlo hasta el punto de rebosar de todo aquello que es lo opuesto al pecado. Vino para poner al alcance del redimido la posibilidad de poseer todas las perfecciones interiores, y de practicar en la vida exterior todas las virtudes que sirven para formar un hombre perfecto y cabal. El ser cumplido en Cristo, pues, el poseer todas las gracias y ejercer todas las virtudes cristianas, tal es el único ideal de la perfección cristiana que puede armonizar con las enseñanzas de la Sagrada Escritura.

Definínción de la palabra "perfección."—Varios son los significados que pueden darse al término "perfección."

Hay la perfección relativa y la absoluta, la finita y la infinita, la humana y la divina, perfección de género y de grado, perfección propia del principio, del crecimiento y de la madurez; una que es característica de seres terrenales en estado de prueba, y otra perteneciente sólo á los redimidos en la gloria. Por eso puede darse el caso de que uno afirme de un creyente regenerado ó "santificado" que es perfecto, y otro lo niegue, y de que ambos, sin embargo, tengan el mismo concepto de lo que es en realidad. El uno sin duda tiene en vista una perfección relativa, tal como puede atribuirse á un sér humano, finito, inmaturo, en estado de prueba; mientras que el otro se fija en la perfección absoluta del Dios infinito, ó á lo menos, en un estado de santidad propio solamente del cielo.

La palabra tiene dos significados, aun cuando se emplea con respecto á Cristo, quien, como Dios-Hombre, fué siempre perfecto, y no obstante, en un sentido importantísimo fué "consumado por aflicciones." Decir, pues, que personas de veras convertidas son perfectas, ó que puedan alcanzar la perfección en esta vida, son afirmaciones que serán atinadas ó erróneas según el sentido que se dé á este término. No sólo hay divergencias entre diferentes autores en el uso de dicha palabra, sino que, debido á la pobreza del lenguaje, un mismo autor rara vez puede evitar emplearla en varios sentidos. Juan Wesley y sus sucesores han enseñado siempre lo razonable y bíblico del tér-

mino "perfección cristiana," sosteniendo con firmeza que, bien definido, expresa con toda propiedad ese ideal de vida y experiencia propuesto á todo cristiano, y hecho asequible á todos mediante la gracia divina.

La perfección cristiana, doctrina bíblica.—"Perfección" es un término bíblico empleado por los escritores sagrados para describir á ciertos cristianos, y para definir cierta vida ó estado ideal propuesto á todos los hijos de Dios. Vivir esa vida, entrar en ese estado y permanecer en él, se ha hecho posible por la gracia de Dios á todo creyente, el cual, si en alguna circunstancia está autorizado para exclamar con confianza, "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece," lo está con respecto á esta materia. Más todavía; no es meramente una posibilidad y un privilegio llegar á esa altura, sino también un deber perentorio. Ningún caso se da en la Sagrada Escritura de un santo que se llame á sí mismo perfecto; pero sí, con frecuencia emplean los escritores inspirados este calificativo sagrado para describir á ciertos individuos de piedad excepcional y á cierto tipo ideal de carácter virtuoso. Y no es un ideal inasequible. Los teólogos cristianos, por lo tanto, no debieran tener escrúpulo alguno en hacer uso de este sublime término bíblico, ni dejar de encontrar lugar entre sus doctrinas referentes á la salvación personal para la perfección cristiana, que es verdaderamente la corona y la consumación de todas las doctrinas de la gracia. Para exponer lo que en-

traña esta doctrina, lo mejor será empezar por examinar el uso bíblico de la palabra "perfección" en su aplicación al carácter cristiano.

La doctrina de Cristo referente á la perfección.—¿Qué dice el divino Maestro sobre la perfección? Al abrir el Nuevo Testamento hallamos en su mismo comienzo, en el Sermón del Monte, estas palabras, nunca igualadas antes y jamás superadas después, como expresión del ideal cristiano: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto." Esto puede llamarse *el perfecto precepto del Cristianismo.*

Al joven príncipe acaudalado que acudió á Jesús preguntando lo que debía hacer para heredar la vida eterna, se le contestó: "Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dalo á los pobres; y tendrás tesoro en el cielo." Aquí tenemos *la perfecta prueba del Cristianismo.* Estas palabras y las que luego se pronunciaron sobre la dificultad con que los ricos entran en el reino de los cielos, demuestran que el ser "perfecto" está identificado por el gran Maestro con la ciudadanía en el reino de Dios y con la posesión de la vida eterna; en otras palabras, que el ser cristiano verdadero y el poseer la perfección cristiana, son una misma cosa. No puede Cristo admitir en su reino á nadie que se proponga consagrarse á medias. El que, en la esfera de la religión, en vez de ser y de hacer lo mejor que pueda, se contenta á sabiendas con una tris-

te medianía, no tiene derecho alguno á esperar que sean atendidas sus plegarias. Dios no favorece á nadie que aspire solamente al segundo lugar, ni admite en su reino á aquel que tenga el bien definido propósito de ser algo inferior á lo que pudiera. Mas cuando uno se allega á Él resuelto á sacrificar absolutamente todo cuanto se interpone entre él y el reino de Cristo, y cuya determinación es ser y hacer lo mejor que pueda, no verá fallidas sus esperanzas de una acogida favorable. Todo el poder infinito de Dios está comprometido en favor de aquel que se ha empeñado en llegar hasta donde sea posible; y esto es la perfección cristiana.

En el Evangelio según San Lucas encontramos *el perfecto dechado del Cristianismo.* "Cualquiera que fuere como el Maestro, será perfecto."[1] Cristo es nuestro modelo perfecto, y la perfección cristiana no es más ni menos que la semejanza á Él. Tener el "sentir que hubo también en Cristo," y hacer en todas las ocasiones de la vida lo que Cristo haría en idénticas circunstancias, es ser perfecto. La declaración de que el discípulo perfecto "será como su Maestro" hállase en relación inmediata con una amonestación contra el espíritu de crítica y censura, dando á entender que también en el Sermón del Monte los pre-

[1] La traducción literal del original griego es como sigue: "Cada uno, cuando se haya perfeccionado, será como su Maestro."

ceptos, "Sed perfectos," y "No juzguéis, para que no seáis juzgados," no obstante estar separados por todo un capítulo, forman parte del mismo contexto. Esto parece indicar que quienes se juzgan perfectos están muy propensos á formar un juicio desfavorable de los demás, y por consiguiente, equivale á decir que cualquiera manifestación en una persona de ese espíritu de dureza y de detraccion, es prueba contundente de que no es perfecta.

En la sublime oración que Cristo en calidad de sumo sacerdote nuestro elevó á Dios en el cenáculo, leemos de una perfección que resulta de la unión entre el Padre, el Hijo y el creyente. "Yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumadamente una cosa." (Juan 17.-23.) ¡Yo, Tú, ellos, tres en uno, sagrada trinidad! Pero eso no es hacer caso omiso del Espíritu Santo, pues Él mora en el corazón del creyente. El alma perfecta es una que está llena del Espíritu, y si se permite la frase, dictada con la mayor reverencia, incorporada, por decirlo así, en la misma Trididad divina.

La doctrina de la perfección que enseña San Pablo.—El único pasaje en que San Pablo habla de la perfección con referencia á sí mismo, es el que se encuentra en su carta á los Filipenses, y es tan fecundo en enseñanzas que forzosamente ha de citarse repetidas veces en cualquiera obra cuyo objeto es exponer las doctrinas relativas á la salvación personal y á la vida espiritual del hombre: "No que ya haya alcanzado, ni que ya

sea perfecto; sino que prosigo, por ver si alcanzo aquello para lo cual fuí también alcanzado de Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no hago cuenta de haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago; olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome á lo que está delante, prosigo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús. Asi que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos." Así, pues, el hombre perfecto está definido como el que, conociendo su propia imperfección, está siempre persiguiendo alturas de amor más encumbradas, regiones más sublimes de santidad, abismos más profundos de abnegación y sacrificio, y un campo más dilatado de servicio en favor de Dios y del hombre.

En la carta á los Colosenses hallamos las siguientes palabras: "Cristo en vosotros, la esperanza de gloria; el cual nosotros anunciamos, amonestando á todo hombre, y enseñando en toda sabiduría, para que presentemos á todo hombre perfecto en Cristo Jesús. . . . Siempre solícito por vosotros en oraciones, que estéis firmes, perfectos y cumplidos en todo lo que Dios quiere." Resalta en esta Epístola la idea de *integridad*, de estar completo y acabado, como esencial al concepto bíblico de la perfección cristiana; esto es, que, además de la posesión completa y práctica cumplida de toda virtud exigida por las circunstancias, no debe faltar ninguna gracia ó virtud de cuantas pertenecen al carácter cristiano; en otras palabras, que el

cristiano no es perfecto si no posee todas las virtudes juntas. Esta idea se expresa, quizás con más exactitud aun, en otra parte de la misma Epístola: "En él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente: y en él estáis cumplidos."

El Apóstol representa también al amor como vínculo áureo que liga todas estas "perfecciones" aisladas, las cuales, unidas, hacen que el creyente esté cumplido en Cristo. Un segmento cualquiera de un círculo puede ser perfecto, pero todos los segmentos han de juntarse en simetría y unidad para formar un círculo perfecto. Así sucede con el cristiano cumplido y acabado. El amor es el aro precioso que sujeta todas las partes y les da unidad. Esto es lo que quiere decir el Apóstol, en parte á lo menos, cuando exhorta: "Y sobre todas estas cosas vestíos de caridad, la cual es el vínculo de la perfección."

Algunos que profesan la piedad exhiben una especie de santidad esporádica; parecen ejercer perfectamente algunas virtudes, mientras que las demás faltan por completo en sus vidas. Mas el cristiano perfecto está *cumplido*, "sin faltar en alguna cosa," como el Apóstol Santiago lo expresa. Ningún cristiano verdadero, y mucho menos el perfecto, puede ser santo *á partes*, exhibiendo á la vez defectos y gracias; debe ser purificado por completo, lavado, emblanquecido del todo por la divina gracia.

En su segunda Epístola á Timoteo San Pablo decla-

ra que el designio de Dios en proveernos de las Escrituras inspiradas fué para que, mediante el debido empleo de las mismas, pudiésemos estar completos y cabales: "Toda Escritura es inspirada divinamente, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instituir en justicia: para que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente instruido para toda buena obra." No es fácil concebir como un Apóstol inspirado pudiera exponer una doctrina con más claridad y precisión que lo ha hecho San Pablo en estos y otros muchos pasajes de sus Epístolas con respecto á la perfección cristiana.

La perfección tal como está expuesta en la Epístola á los Hebreos.—En ningún libro del Nuevo Testamento hállase la palabra "perfecto" empleada con tanta frecuencia como en la Epístola á los Hebreos; si bien en la mayoría de los casos se alude á la consumación de Cristo por aflicciones, para que, mediante el poder así alcanzado y la redención así efectuada, pudiese perfeccionar al hombre, ya que la ley en sí misma era del todo incapaz de llevar á cabo tan elevado fin. Las palabras, "con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre á los santificados," no se interpretan por los comentaristas como refiriéndose á la perfección individual y personal, sino, como dice el Dr. Pope, "al perfeccionamiento objetivo de los medios provistos por Cristo en la redención." El autor de esta carta se lamenta del "desarrollo detenido" de sus lectores,

los acusa de permanecer en una como niñez espiritual, necesitando de alimentos flojos, cuando ya debieran ser hombres robustos y maduros, nutriéndose de viandas sólidas y fuertes. Con relación á esto dice: "Por tanto, dejando la palabra del comienzo en la doctrina de Cristo, vamos adelante á la perfección," ó como también puede traducirse, "á la estatura completa ó madurez." Ciertos creyentes son santos *á intervalos*, así como acabamos de ver que otros lo son *á partes.* Algunos hay que se encariñan con una vida piadosa, se enamoran, por decirlo así, de la santidad, y hacen, quizás, profesión de "entera santificación," pero una vez pasadas las causas externas que enardecieron su espíritu, pronto vuelven al mismo género de vida que antes. De esta índole eran algunos de esos cristianos hebreos. Tales personas necesitan aprender á "ir adelante á la perfección," para lo cual es esencial la firmeza de propósito.

En un pasaje notable se habla en esta Epístola de los perfectos como de los que han abandonado lo carnal y han llegado "á la congregación de los primogénitos que están alistados en los cielos," designándolos como "los espíritus de los justos hechos perfectos." La bendición con que termina la carta contiene una oración de excepcional sublimidad y alcance, la cual hace resaltar la acción de Dios en el procedimiento divino-humano de conducir al creyente á la perfección, procedimiento que requiere por parte del hom-

bre una voluntad en armonía con la divina, no menos que la aplicación eficaz de la "sangre del testamento eterno" por parte del Santo Espíritu: "Y el Dios de paz, que sacó de los muertos á nuestro Señor Jesucristo, el Gran Pastor de las ovejas, por la sangre del testamento eterno, os haga aptos [perfectos] en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea gloria por siglos de siglos. Amen."

La doctrina de Santiago: perfección por la paciencia y la perseverancia.—Al tratar de la perfección, Santiago se mantiene fiel á su carácter de Apóstol del Cristianismo práctico. No reconoce ninguna perfección divorciada de las obras buenas y de la conducta intachable, y de aquí que sean necesarias la paciencia y la perseverancia para alcanzarla. "La prueba de vuestra fe," dice, "obra paciencia. Mas tenga la paciencia perfecta su obra, para que seáis perfectos y cabales, sin faltar, sin ser dificientes, en alguna cosa." "¿No ves que la fe obró con sus obras [las de Abraham], y que la fe fué perfecta por las obras?" Asimismo define al hombre perfecto como el que no sólo sujeta y contiene su lengua, sino que también "con freno gobierna todo el cuerpo." Mientras que en la carta á los Hebreos sobresale la parte divina en el perfeccionamiento del hombre, Santiago hace hincapié en la cooperación humana en la misma obra.

La doctrina de San Pedro: perfección por el padecimiento.—En cuanto el autor de la Epístola á los Hebreos se refiere particularmente á la consumación de Cristo por aflicciones, San Pedro pregona la semejanza del creyente en este respecto á su Señor, exponiendo el lugar que ocupa el padecimiento en el logro de la perfección cristiana. "El Dios de toda gracia, que nos ha llamado á su gloria eterna por Jesucristo, después que hubiereis un poco de tiempo padecido, él mismo os perfeccione, confirme, corrobore y establezca." La perfección á que aquí se refiere, es la de la madurez y estabilidad del carácter cristiano. En toda la historia de la Iglesia son muy contadas las personas, si en efecto las ha habido, que hayan logrado sobresalir en piedad y provecho sin tener que pagar tributo á la ley del padecimiento. Por esta *vía dolorosa* han viajado muchas almas hacia la región de gloria y resplandor. El mal físico ó natural es uno de los medios más potentes y eficaces de cuantos emplea Dios para contrarrestar el mal moral. No son pocos los que han podido decir con el Salmista: "Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba: mas ahora guardo tu palabra." "Todo pámpano que lleva fruto, lo limpiará para que lleve más fruto." Y no una sola vez, sino cada año mientras dure la vid, la poda y limpia el hortelano. Los grandes santos, por lo general, han tenido que sobrellevar grandes aflicciones.

La doctrina de San Juan: amor perfecto.—Hemos vis-

to ya que Santiago no reconoce ninguna doctrina de perfección sin buenas obras; San Juan tampoco acepta ninguna sin amor. Nunca emplea la palabra "perfección" sin juntarla con la de "amor." Estas dos cosas son inseparables, son como cuerpo y alma, pues mientras la perfección representa el cuerpo, el amor le sirve de alma. La vid ideal, la más elevada que puede el hombre alcanzar, es la de amor perfecto. Otros de los Apóstoles inspirados acentúan otras condiciones y elementos de la perfección cristiana; mas la contribución especial que bajo la inspiración divina hizo San Juan á la definición bíblica y exposición de esta doctrina fué el manifestar su relación con la mayor de las gracias cristianas, con el amor. "El que guarda su palabra, la caridad de Dios está verdaderamente perfecta en él." Esto es, que la prueba del amor consiste en la obediencia, y que el amor perfecto se manifestará en la perfecta obediencia. Otra vez dice: "Si nos amamos unos á otros, Dios está en nosotros, y su amor es perfecto en nosotros. . . . El que vive en amor, vive en Dios, y Dios en él. En esto es perfecto el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo. En amor no hay temor; mas el perfecto amor echa fuera el temor: porque el temor tiene pena. De donde el que teme, no está perfecto en amor." ¿No podemos decir, pues, que la perfección del alma es un triunfo del amor?

El triunfo del amor.—Si jamás el alma llega á lo que por la bondad y condescendencia de Dios puede considerarse como la perfección personal, y se halla habilidad para vivir esa vida perfecta entre los hombres, será un triunfo del amor. No sólo Juan, sino también el divino Maestro, sus Apóstoles Pablo y Pedro, y cuantos han estudiado la filosofía de la perfección, dan al amor un puesto preeminente en el logro de la misma. Es la una cosa indispensable, que siempre ha de estar activamente presente en cada procedimiento que tenga por objeto la consumación en Cristo del alma de un creyente. Aun Moisés y los profetas, en aquellas remotas épocas en que vivían, descubrieron que el secreto de la perfección se hallaba en la supremacía del amor para con Dios y el hombre: "Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento; y á tu prójimo, como á tí mismo." Tal es la doctrina de amor perfecto enseñada en el Antiguo Testamento, y confirmada por Cristo en el Nuevo.

Si estudiamos el contexto anterior al precepto de nuestro Señor, "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto," hallaremos que allí está hablando más bien del amor que de la perfección, encareciendo el ejercicio de una caridad tan amplia que ha de hacerse extensiva á los mismos enemigos.

En el dicho de San Pablo tan á menudo citado, "El

cumplimiento de la ley es la caridad," tenemos una exposición casi inmejorable del principio del amor perfecto; y precisamente por ser el tema del Apóstol el poder y el triunfo del amor, el lenguaje del capítulo trece de su primera Epístola á los Corintios se remonta al punto más encumbrado de la elocuencia apasionada á que podría llegar todo un autor inspirado. Y otra vez en los últimos versículos del capítulo octavo á los Romanos se eleva á la misma altura, parapetándose, en aquella región excelsa de santidad, en la fortaleza inexpugnable del amor de Dios. Escuchémosle: "¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Tribulación? ¿ó angustia? ¿ó persecución? ¿ó hambre? ¿ó desnudez? ¿ó peligro? ¿ó cuchillo? . . . Antes en todas estas cosas hacemos más que vencer por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro." El amor es el único poder debajo de los cielos que podría vencer en aquella lid.

Y también en la "cadena de gracias cristianas" mencionada por San Pedro, la más hermosa "pirámide de virtudes" jamás levantada por arte inspirada, es de nuevo el amor el que lo corona todo y completa el monumento.

Lo que es el amor perfecto.—El amor que perfeccio-

na debe ser en sí mismo acabado. Al decir que el amor es perfecto, no hacemos más que afirmar su derecho exclusivo y supremacía en el corazón y vida del hombre. "No en la medida de su intensidad, la cual no cesa de acrecentarse durante la eternidad hasta llegar al grado máximo, si tal grado existe, de su fuerza en orden al hombre, sino en su calidad de único y soberano predominio, tenemos el colmo de la perfección puesto delante de él como asequible. Según lo interpreta la revelación divina, ese amor es perfecto que se lleva al hombre entero, con todo cuanto tiene y vale. Su perfección es negativa cuando no se concentra en ningún otro objeto ó en ninguna criatura aparte de Dios ó en comparación de Él; y es positiva cuando toda la fuerza de las facultades, en la medida y según el grado de su potencialidad sobre la tierra, se dirige hacia Él. Así interpretada, ninguna ley de la Biblia es más absoluta que ésta del amor perfecto á Dios. Por más que exceda á nuestras teorías y á lo que conseguimos, ella es y debe mantenerse como la norma del privilegio y deber cristianos."

La definición del amor perfecto dada por Juan Wesley es la mejor que hasta ahora se ha presentado:

La perfección cristiana no es nada superior ni inferior á esto: el puro amor hacia Dios y hacia el hombre; el amar á Dios con todo nuestro corazón y alma, y al prójimo como á nosotros mismos. Es el amor gobernando el corazón y la vida, influyendo en todos nuestros afectos, palabras y hechos.

. . . El amor puro imperando solo en el corazón y en la vida, he aquí el todo de la perfección bíblica. Implica salvación de todo pecado. . . . El cielo de los cielos es amor. Nada hay en la religión más elevado que esto; en realidad de verdad no existe otra cosa; y si anheláis y buscáis otra cosa que un aumento de amor, erráis el blanco, os apartáis del camino real. Y cuando preguntáis á otros, "¿Habéis recibido esta ó aquella bendición?" si por esto queréis decir algo que no sea mero amor, la pregunta es desatinada. Grábese, pues, en vuestros corazones este pensamiento; que desde el momento en que Dios os ha salvado de todo pecado, no habéis de aspirar á nada sino á un aumento de ese amor descrito en el capítulo trece de la primera Epístola á los Corintios. No podéis llegar más alto hasta que seáis llevados al seno de Abraham."

La perfección cristiana en su relación con el estado de regeneración.—Dice el Dr. W. B. Pope: "En estos tiempos modernos ha habido entre algunos propagandistas una tendencia á hablar de tal manera de la perfección cristiana, que parecería ser la entrada en un nuevo orden de vida, ó sea en una vida de consagración superior bajo los influjos del Espíritu Santo. Es indudable que esta vida superior es la clave de la consagración entera; pero no hay autorización en la Sagrada Escritura para convertirla en una nueva economía bajo la dirección del Espíritu, ó en una visitación pentecostal sobrepuesta al estado de conversión. La frase de San Pablo, "¿Habéis recibido el Espíritu Santo después que creisteis?" significa, bien traducida, "¿Recibisteis el Espíritu Santo *cuando* creisteis?" En otras palabras, la consagración entera es una ma-

nifestación más enérgica de un espíritu que existe ya en el creyente, y no un espíritu nuevo que ha de recibir de lo alto. Este reino de Dios está ya dentro del corazón, y sólo falta que le permitamos perfeccionarse. No hay nada en el original griego correspondiente á la palabra "después" en este pasaje, ni en Efesios 1.13, que en algunas versiones también se traduce erróneamente por "después que creisteis." Semejante doctrina tiende á minorar el valor de la regeneración, la cual es en sí misma una "vida escondida con Cristo en Dios."

Ensalcemos, al contrario, la justificación y la regeneración, y démosles su verdadero significado bíblico. El alma de veras justificada y nacida de arriba, está salva de todo pecado entonces visto y conocido; es santa, santificada, perfecta (esto es, perfecta como niño), y su crecimiento puede continuar siendo perfecto en todas sus etapas; y si bien en cierto sentido puede alcanzar la madurez cristiana, su desarrollo espiritual "irá adelante á la perfección" por los siglos de los siglos. Para cada hijo regenerado de Dios la perfección es ley vigente de esta vida, así como también una meta que va retrocediendo á medida que uno avanza.

La doctrina zinzendorfiana de perfección.—La teoría de perfección cristiana aquí expuesta no debe en manera alguna confundirse con la zinzendorfiana, la cual fué desechada sin contemplaciones por Wesley. La

doctrina de Zinzendorf fué que en el momento mismo en que el creyente arrepentido recibe la justificación y regeneración, alcanza el punto culminante de la perfección posible en esta vida. Pero la santidad que aquél tenía en vista como la única al alcance del hombre era la imputada. Estas son sus palabras: "Toda la perfección cristiana es imputada, no es inherente; Cristo es nuestra única perfección. El que va en busca de la perfección inherente, niega á Cristo. . . . No reconozco ninguna perfección inherente en esta vida. Este es el error de los errores. . . . Un creyente no es santo en sí mismo, sino solamente en Cristo." Él sostenía que con ser los creyentes tan santos en Cristo desde el momento de su regeneración como jamás podrían serlo, eran, no obstante, pecadores miserables. Con esta doctrina no tenemos afiliación ni simpatía.

El descontento espiritual.—Dice un antiguo proverbio: "Sólo á los pobres dan los dioses contento." Hay un contento, basado en la piedad, que es "grande ganancia;" es evidencia de riqueza espiritual. Mas ¿es la satisfacción siempre una virtud, y la conformidad con la pobreza siempre una bendición? Muy al contrario, es á veces un mal funesto. Hay cierto contentamiento con la pobreza material ó pecuniaria que retiene al hombre en la indigencia por cuanto ahoga las aspiraciones nobles, y no ofrece ningún estímulo á los esfuerzos loables; es sinónimo de la indiferen-

cia, de la pereza y de una innoble apatía. También hay un contentamiento con la pobreza intelectual que fomenta la satisfacción con la ignorancia, y es fatal al desarrollo de la inteligencia y á toda clase de adelanto. De igual manera existe un contento espiritual que conduce á cuantos están bajo su aciago dominio á la medianía moral y á la pobreza del alma. Los que más han adelantado en el reino de la gracia son los que menos dispuestos se hallan para quedar parados en su actual estado espiritual. Siempre están prosiguiendo con ahinco su carrera, resueltos á alcanzar algo todavía superior en la vida cristiana.

Los moralmente pobres, por el contrario, están muy satisfechos de permanecer tal como se encuentran, y su contento está proporcionado á su pobreza espiritual. Precisamente porque poseen tan poca religión y espiritualidad es porque se conforman de buen grado con su situación, y es digno de notar que entre los que profesan ser cristianos, los más contentos son siempre los que menos se distinguen por su piedad y buenas obras. El hombre que ha alcanzado un estado de gracia en que se resigna con permanecer *in statu quo*, sin duda alguna ha caído en una red del diablo. El mejor indicio de una espiritualidad creciente es un tal descontento con los alcances actuales, que uno se siente impelido á pretender con solícito empeño á un estado más elevado y más santo. Tal es el misterio de la gracia, que el descontento divino del cual habla-

mos va siempre acompañado de la paz más completa.

Ideales morales, alcanzados y no alcanzados.—El objeto de las aspiraciones de un hombre bueno se ve siempre más allá de lo que realmente es. El viajero que se ha propuesto llegar á la cima de una cordillera, descubre á cada etapa del camino picos elevados que no podía columbrar desde los sitios más bajos de la vertiente. Tan pronto como lo que en otro tiempo fué visto y perseguido como ideal posible llega á ser posesión actual, se hallará que el blanco ha avanzado, y algo todavía más elevado y más santo lo ha reemplazado en las aspiraciones del alma fervorosa. Decir que uno ha "alcanzado su ideal" es una frase falaz y dañosa si da á entender que ha llegado á un paradero donde en lo sucesivo no tendrá nada que hacer sino mantenerse firme. Los ideales pueden alcanzarse, y á menudo se logran; lo posible con frecuencia se trueca en lo actual, de otra suerte los ideales posibles no serían reales y existentes, pues la capacidad siempre limita la obligación, esto es, que uno está obligado á ser y á hacer sólo lo que puede. Pero, admitiendo todo esto, no deja de ser verdad que quien está persiguiendo victorioso la vida más elevada, siempre percibe más allá algo todavía superior. Mal negocio es cuando uno abandona su ideal por imposible, y ceja en su empeño de vivir á la altura del mismo; más le valiera tener que enterrar ál mejor amigo que inhumar ó arrojar su ideal. Pero poco menos triste y pe-

ligroso es alcanzarlo y contentarse con él, como si hubiera trepado ya á la cumbre más elevada, no teniendo delante otra más sublime aun para servir de blanco de una afanosa persecución.

Hemos llamado ya la atención del lector sobre la definición que da San Pablo del hombre perfecto, como de uno que no cesa de proseguir su camino, avanzando con tesón, y nunca contento de lo que ha logrado. "Todos los que somos perfectos," dice, "esto mismo sintamos." ¿Qué se ha de *sentir?* Volvamos á los versículos anteriores en busca de la contestación. Allí leemos: "No que ya haya alcanzado, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo. . . . Yo mismo no hago cuenta de haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome á lo que está delante, prosigo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús." En otras palabras, el alma perfecta, la que más ha conseguido y continúa logrando en el reino de la gracia, siempre tiene delante un estado más excelso y más santo de lo que se ha experimentado, y está tan absorta en la prosecución de lo superior, que no tiene tiempo ni ánimo de mirar con complacencia su posesión actual.

"Y si otra cosa sentís," continúa, "esto también os revelará Dios." El alma consagrada puede adolecer de defectos debidos á la ignorancia; mas en ese caso Dios ha prometido nuevas revelaciones que suminis-

trarán por grados, si no de una vez, el conocimiento necesario. Merced á esas nuevas revelaciones y á un aumento de luz, agúzase el sentido de pecado, sobre todo en cuanto á los de omisión y del excesivo regalo de sí mismo, y ensánchase el concepto de santidad, de amor, del servicio cristiano y del sacrificio; y cuanto más se acrecienta la luz y se adquieren más profundos conocimientos, á más encumbradas alturas sube el ideal de la perfección moral. Para algunos puede parecer un contrasentido la perfección definida por San Pablo; esto es, que el hombre perfecto es el que, conociendo su propia imperfección, siempre busca la perfección ideal, y que, tan pronto como logra su intento, se encuentra lanzado de nuevo á la carrera en seguimiento de algo todavía superior. Pero aquí no hay contradicción alguna; lejos de ello, este concepto está en completa armonía con toda verdad concerniente á la perfección cristiana. Cierto descontento santo, como hemos visto ya, siempre caracteriza el alma noble que ama con pasión la justicia y aspira á lo más sublime y sagrado en el camino de la vida perfecta; y que no sólo aspira á ello, sino que lo alcanza. Sus aspiraciones, sus oraciones y su actividad incesante, son pruebas evidentes de que es perfecta.

La perfección cristiana, una posibilidad, un privilegio y un deber.—Infiérese de lo dicho que nada menos que la perfección es el ideal de carácter y conducta propuesto en la Biblia al creyente regenerado, no sólo

como posible, sino también como privilegio y deber suyos. El discípulo cristiano puede compararse al alumno que aprende el arte de caligrafía, el cual ha de intentar reproducir la muestra acabada que encabeza la plana. No se le permite distraer la vista de ella y copiar los mal pergeñados renglones que puedan interponerse entre él y su modelo, comparándose consigo mismo, y juzgándose luego perfecto porque sus esfuerzos no se desdicen de los modelos imperfectísimos en que se haya fijado. Su única esperanza de llegar á ser pendolista de primer orden estriba en sujetarse con rigor absoluto al *modelo perfecto*. Así también la Sagrada Escritura propone al creyente un modelo acabado. El perfecto precepto á que debe obligarse es, "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto." El ejemplo perfecto que ha de seguir, es Cristo, según sus palabras: "Ejemplo os ha dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis," y "Cada uno, cuando se haya perfeccionado, será como su Maestro." Con estas palabras por lema, y con Cristo por modelo, cada hijo regenerado de Dios emprende la vida cristiana. Su obligación y el objeto que diariamente debe proponerse, ha de ser vivir á la altura de este ideal. El mandamiento de ser perfecto como nuestro Padre que está en los cielos es perfecto, significa, como hemos visto ya, que el cristiano tiene la obligación de realizar cada acto como Dios lo realiza, ó como Dios qui-

siera que lo cumpliese; en una palabra, obrar tal como Cristo obraría en semejantes circunstancias. Y á no ser esto posible, no se lo impondría como deber, pues la obligación moral se mide siempre por la capacidad moral, á menos que la incapacidad sea una falta voluntaria.

Y aun alcanzada esta perfección, queda otra más excelente, y de distinta índole; la del crecimiento perfecto, que termina en la cumplida madurez. Cristo, como acabamos de ver, perfecto ya en un sentido, sin embargo fué "consumado por aflicciones," y de igual manera deben sus discípulos perfeccionarse, por la vida y el servicio, por la abnegación y el padecimiento. Viviendo á la altura de este ideal, nos hacemos más y más semejantes al Maestro. Un esmero ilimitado, una vigilancia incansable en cuanto á cada detalle de conducta, el precaverse contra todo error posible, el hacer cada cosa, grande ó pequeña, tal como debiera hacerse, he aquí la condición y el precio de la perfección en toda esfera en que puedan obrar agentes racionales y libres; y la perfección cristiana no se sustrae en manera alguna á esta ley inexorable. No crea ningún cristiano que vaya á descender instantáneamente sobre él desde el cielo esta "perfección" en forma de una gran bendición. El grande y soberano cambio del pecado á la salvación viene, sí, de esta manera. Bautismo del Espiritn Santo, unciones divinas para el servicio y para el sacrificio, y señaladas bendiciones de muy diversas clases, pueden también reci-

birse de repente, y no una ó dos veces solamente, sino cuando quiera que se necesiten y se busquen con fe. Pero la perfección cristiana es ética; consiste en vivir libre por completo de todo pecado y en el cumplimiento fidelísimo de cada deber. Y esta vida está al alcance de todo creyente regenerado, se hace posible mediante la divina gracia, y viene á ser privilegio y deber suyos desde el momento mismo de su conversión. No hay necesidad de "profesarla;" se manifiesta en virtud de su propia luz, la cual "va en aumento hasta que el día es perfecto."

El lugar que ocupa la perfección cristiana en la teología é historia metodistas.—Los teólogos y sistemas doctrinales de las Iglesias en su mayoría han rechazado y condenado la teoría de una perfección cristiana que pueda alcanzarse en esta vida. Ciertos escritores han llegado al extremo de ridiculizarla. El metodismo, por el contrario, desde el mismo principio de su existencia como Iglesia, ha insistido humildemente á la par que con firmeza, en la verdad de dicha doctrina, por lo cual la puede considerar, en un sentido especial, cual precioso derecho de nacimiento, y cuantos son fieles á ese sistema doctrinal la aceptan, la predican, y con modestia procuran practicarla. El retrato que delineó Juan Wesley de un verdadero é ideal metodista fué el de un "cristiano perfecto," y no hay necesidad de retocarlo. Si la retención de esta doctrina atrae algún oprobio, es el "vituperio de Cristo,"

y tal afrenta cualquiera Iglesia debe tenerlo á mucha honra sufrirla. Los únicos que son fieles á su vocación como metodistas son los que están siempre prontos á aseverar su creencia en la "santidad bíblica," y que reconocen su obligación de vivir la vida perfecta. Quienes abrigan en sus corazones el amor perfecto, lo anuncian con sus labios y lo practican en sus vidas, no han de avergonzarse de ser llamados gente peculiar, pues una de sus singularidades sobresalientes es un celo por las buenas obras, cuyo celo es "según ciencia." Estos son de los que se llaman "sal de la tierra." Poseen un gozo y un honor que los mundanos, dentro ó fuera de la Iglesia, ignoran por completo. Estos son los verdaderos santos, y ya en el púlpito, ya entre los congregantes, constituyen la propia vida espiritual de la Iglesia. La comisión que al parecer encargó Dios á la gente llamada metodistas desde su origen, á lo menos según la interpretó Wesley, fué la de "diseminar por toda la tierra la santidad bíblica;" y téngase presente que el calificativo "bíblica" no debe nunca olvidarse en relación con esta doctrina, pues el propagar otra santidad que la "bíblica," ó el enseñar otra doctrina de la perfección cristiana que la fundada en una exégesis verdadera y exacta de la Palabra de Dios, no puede menos de atraer bien merecidas críticas; mas correctamente definida, esta doctrina constituye una corona de gloria para la teología cristiana.

Grande es Jehová, y digno de suprema alabanza.—Salmo 96.4.

Señor, tú eres santo! yo adoro, yo creo:
  Tu cielo es un libro de páginas bellas,
Do en noches tranquilas mi símbolo leo,
  Que escribe tu mano con signos de estrellas.

Plegadas de espanto las trémulas alas,
  Delante del trono tus ángeles ves.
¿Quién sabe tus glorias? ¿quién cuenta tus galas,
  Si el sol es el polvo que pisan tus pies?

El mar á la tierra pregunta tu nombre,
  La tierra á las aves que tienden su vuelo;
Las aves lo ignoran, preguntan al hombre;
  El hombre lo ignora, pregúntalo al cielo.

Señor, tú eres santo! yo te amo, yo espero:
  Tus dulces bondades cautivan el alma.
Mi pecho gastaron con diente de acero
  Los gustos del alma vacíos de calma.

Son gustos falaces que pasan cual flores,
  Efímeras dichas, verdura en las eras,
Ah! dáme la vida de días mejores,
  Sin hoy, sin mañana, sin horas ligeras.

Concede á mis penas la luz de bonanza,
  La paz á mis noches, la paz á mis días,
Tu amor á mi pecho, tu fe y tu esperanza,
  Que es bálsamo puro que al ánima envías. Amén.

—*J. Arolas.*

XXII

LA GLORIFICACIÓN DEL CREYENTE EN LA HORA DE SU MUERTE

"Luego, el fin, . . . cuando habrá quitado todo imperio, y toda potencia y potestad. Porque es menester que él reine, hasta poner á todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será desecho, será la muerte." "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y la potencia del pecado, la ley. Mas á Dios gracias, que nos da la victoria por el Señor nuestro Jesucristo." (1a Corintios 15.24-26, 55, 57.)

"Á los que llamó, á éstos también justificó; y á los que justificó, á éstos también glorificó." (Romanos 8.30.)

"El Dios de toda gracia, que nos ha llamado á su gloria eterna por Jesucristo, después que hubiereis un poco de tiempo padecido, él mismo os perfeccione." (1a Pedro 5.10.)

¿Y ésto es morir? Pues es la misma bienaventuranza. La tierra retrocede; se abre el cielo; Dios me llama. Debo irme.—*Últimas palabras de D. L. Moody.*

CAPÍTULO XXII

LA GLORIFICACIÓN DEL CREYENTE EN LA HORA DE SU MUERTE

La "glorificación" es un término teológico que se emplea para expresar "ese cambio efectuado en los creyentes al morir, el cual se completa en la resurrección y cuyo efecto es habilitar á los fieles para la gloria." En lo que atañe al cuerpo, esa transformación sólo puede referirse á la resurrección; mas aquí deseamos tratar de aquel aspecto de ella que se relaciona con el alma, y que se realiza á la hora de la muerte. En los capítulos anteriores hemos intentado exponer en todas sus formas y períodos la obra de la divina gracia en el alma humana, demostrando cómo el hombre coopera con Dios en efectuar su salvación de todo pecado, y ha llegado ya la hora de preguntar si esto es todo lo que hay.

La gracia divina, ¿ejerce un poder santificador en los moribundos?—¿Hay todavía una obra de gracia efectuada en el alma del creyente al tiempo de la muerte? "El postrer enemigo que será desecho, será la muerte." "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Donde, oh sepulcro, tu victoria? Ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y la potencia del pecado, la ley. Mas á Dios gracías, que nos da la victoria por el Se-

ñor nuestro Jesucristo." Estos y otros pasajes de la Sagrada Escritura señalan la íntima relación que existe entre la muerte y el pecado, lo mismo que también entre aquélla y la salvación; y sugieren la pregunta: ¿Es la muerte la causa ó la ocasión de que el creyente regenerado se libre enteramente del pecado en un sentido hasta entonces no experimentado? ¿Existe en la gracia concedida á los cristianos moribundos algún poder transformador, en virtud del cual su alma se hace mejor, más santa y más perfecta de lo que es posible, ó á lo menos, de lo que generalmente sucede en esta vida? ¿Qué evidencia hay, ya en la Sagrada Escritura, ya en la razón, de que semejante obra se realice en la muerte? Cuestión es ésta de un departamento de la teoría religiosa en que es mucho más fácil hacer preguntas que contestarlas, y por lo tanto pertenece á la teología especulativa.

¿Cómo se libran del pecado original los que mueren en la infancia?—Que podamos ó no contestar satisfactoriamente á nuestras propias preguntas, el hacerlas obedece á muy justas razones, siendo una y muy principal el problema de la salvación de los niños. El caso se presenta de la siguiente manera: Todos los niños que mueren en la infancia indudablemente se salvan; en los que llegan al uso de la razón existe el pecado original, y del cual sólo pueden librarse mediante una operación de la gracia de Dios; ¿no poseen los primeros, mientras viven, y al tiempo de la muer-

te, la misma naturaleza pecadora? Por cierto no podemos suponer que estén libres del pecado desde su nacimiento, y por consiguiente no necesitados de la regeneración, los que mueren en la infancia, mientras que los demás, cuya vida se prolonga, tienen en su naturaleza el pecado original, y por tanto necesitan la regeneración. Tal diferencia sería del todo infundada. Parece, pues, que estamos en la obligación de creer que á la hora de la muerte produce la gracia divina alguna obra, aun en los infantes.

¿Se perfeccionan todos los creyentes regenerados al morir?—Al ladrón arrepentido que moría á su lado le dijo Jesús: "Hoy estarás conmigo en el paraíso." ¿No recibió aquél en sus últimos momentos transformación alguna que le hiciera capaz de su herencia celestial? Á ese ladrón moribundo se le puede considerar como representante de miles de personas no limpias, por cierto, de toda culpa y maldad, pero que de éstas se arrepienten en el lecho de la muerte, ó lo que es lo mismo, que mueren poco después de su conversión. Reconocemos que hay una grandísima diferencia entre los creyentes que mueren ricos en santidad y los que llegan imperfectos á la muerte. ¿Y nada obra la gracia divina, y nada necesita obrar en favor de estos últimos para disponerlos á la visión de Dios y á su eterna posesión en la gloria? Imposible es negar que la mayoría de los creyentes son en extremo imperfectos, lo mismo antes que cuando llegan al artículo de

la muerte. ¿Por ventura no serán más perfectos en el cielo de lo que vemos eran mientras moraban en la tierra? ¿Cómo podemos decir que los tales, en la hora extrema, al exhalar su último suspiro, ejercen una fe santificadora, y así alcanzan la perfección, habilitándose completamente para el cielo? ¿Cuáles son los principios evidentes que nos autoricen para deducir con lógica, que ese supuesto perfeccionamiento de los cristianos imperfectos tendrá su realización cierta en todos á la hora de la muerte?

Bien se puede contestar que ni la razón ni la Sagrada Escritura nos ofrecen una certeza indudable sobre el particular, y exceptuando algunos casos felices, ni aun del testimonio de los moribundos en general podemos inferir nada evidente. Indudable, sin embargo, parece que si una muerte violenta y repentina sorprendiese á muchos cristianos de vida ordinaria, de modo que súbitamente fuesen arrebatados al cielo, serían más perfectos allí que antes de su muerte.

Vale la pena de ver lo que algunos credos eclesiásticos y ciertos teólogos han dicho sobre el particular.

La purificación en el purgatorio, doctrina de la Iglesia Romana.—La doctrina de la Iglesia Católico-romana es que el bautismo borra todos los pecados á él anteriores; que los cometidos después se perdonan por el sacramento de la confesión, en que el sacerdote absuelve y ordena la correspondiente satisfacción, que junto con otras penitencias voluntarias puede y debe ser com-

pleta en esta vida, y aun sobreabundante, si con ellas y demás obras buenas se intenta lograr méritos supererogatorios. Si la penitencia no es completa al tiempo de morir, el alma del creyente bautizado debe ir al purgatorio y permanecer allí durante un período más ó menos largo hasta que los fuegos purificadores le hayan librado de toda culpa y pena de suerte que alcance la perfección y aptitud para la herencia de los santos en luz.

La doctrina de los XXXIX Artículos de la Iglesia Anglicana.—Los Treinta y Nueve Artículos de la Iglesia Anglicana reconocen al pecado como permanente en los cristianos mientras vivan; y la deducción lógica es que les es quitado en la muerte por acción de la divina gracia. El Artículo Noveno, "Del Pecado Original," dice así: "Esta infección de la naturaleza permanece aun también en los que son regenerados; por la cual causa esta inclinación de la carne . . . no se sujeta á la ley de Dios. Y á pesar de que no hay condenación alguna para los que creen y son bautizados, todavía el Apóstol confiesa que la concupiscencia y mala inclinación tiene de sí misma naturaleza de pecado." Otra vez dice el Artículo XV, "De Cristo el único sin pecado:" "Pero nosotros los demás hombres, aunque bautizados y nacidos de nuevo en Cristo, con todo eso ofendemos en muchas cosas; y si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos á nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros." En la au-

sencia de alguna provisión determinada para quitar tal pecado, estas afirmaciones hacen en buena lógica necesaria una obra de gracia al tiempo de morir, por la cual el creyente moribundo se habilite para la otra vida.

La doctrina de la Confesión de Wéstminster.—La Confesión de Fe llamada de Wéstminster, al contestar á la pregunta, "¿Qué beneficios reciben de Cristo los creyentes á la hora de la muerte?" responde: "En la muerte las almas de los creyentes se perfeccionan en santidad, é inmediatamente se trasladan á la gloria." Quizás no sería justo decir que con semejante lenguaje la Confesión de Wéstminster enseña la existencia de un poder santificador en la muerte misma; éste no se considera como la causa, sino sencillamente como la ocasión del perfeccionamiento del alma en santidad; si bien es verdad que la siguiente pregunta con su correspondiente respuesta parecen indicar lo contrario: "Siendo la muerte la paga del pecado, ¿por qué no son librados de ella los justos, ya que sus pecados han sido perdonados en Cristo?" Respuesta: "Los justos serán librados de la misma muerte en el día postrero, y aun en la muerte son librados de su aguijón y maldición; de manera que, si bien mueren, es por efecto del amor de Dios, *á fin de librarlos completamente del pecado y de la miseria*, y hacerlos capaces de gozar una comunión más íntima con Cristo en aquella gloria en que entonces entran."

Probablemente todos los cristianos darán su asenti-

miento á la declaración de que el cambio efectuado en la muerte hace á los creyentes capaces de disfrutar con Cristo en la gloria una comunión más elevada y más bendita de la que antes les ha sido posible; pero faltan las pruebas bíblicas para establecer la doctrina de que "en la muerte las almas de los fieles se perfeccionan en santidad," y de que la muerte sirve para "librarlas completamente del pecado." No obstante, la doctrina puede todavía ser verdad, con tal que no haya nada en las Escrituras que la contradiga.

La doctrina de Wesley.—Dice así Juan Wesley: "En cuanto al tiempo [esto es, del logro de la perfección por parte de los creyentes], yo creo que generalmente es al mismo momento de morir, un instante antes de que el alma se separe del cuerpo; pero también creo que el cambio puede ocurrir diez, veinte, ó aun cuarenta años antes. Juzgo que, por regla general, dicho cambio se realiza muchos años después de la justificación; mas no sé ningún argumento conclusivo para probar que no pueda ser dentro de cinco años, ó aun dentro de cinco meses." Otra vez escribe de esta manera: "¿Cuánto conceden aquellos de nuestros hermanos que se diferencian de nosotros con respecto á la santificación entera? Respuesta: Admiten (1) que cada uno debe ser enteramente santificado *en el artículo de la muerte;* (2) que hasta entonces el creyente crece diariamente en la gracia, acercándose más y más á la perfección; y (3) que debemos esfor-

zarnos de continuo en su seguimiento, y exhortar á todos los demás á hacer lo mismo. ¿Qué les concedemos nosotros? Respuesta: Admitimos que muchos de los que han muerto en la fe, y aun la mayor parte de los que hemos conocido, no se perfeccionaron en amor hasta *poco antes de su muerte.*"

Comparación de teorías diferentes.—Aquí nos llama la atención la semejanza aparente al par que la diferencia real entre la teoría de Wesley sobre este particular y la doctrina de la Confesión de Wéstminster. Dice ésta: "*En la muerte* las almas de los creyentes se perfeccionan en santidad;" dice Wesley: "En cuanto al tiempo, yo creo que *generalmente* es al *mismo momento de morir*, un instante antes de que el alma se separe del cuerpo." Según la primera, ningún creyente puede llegar á la perfección antes de morir; el parecer de Wesley es que la gran mayoría de los fieles no la alcanzan antes, pero que todos pueden y debieran lograrla más pronto. Es digno de notar que ni la Confesión de Wéstminster ni Wesley aducen argumentos sacados de la Sagrada Escritura ó de la experiencia cristiana para probar que efectivamente tal obra se realiza al morir; es la misma lógica de los pensamientos, son las exigencias de un sistema doctrinal, lo que en cada caso parecen reclamar que se precise esa transformación en el artículo de la muerte.

Los "enteramente santificados," ¿necesitan al morir una nueva obra de la gracia?—Esta teoría del señor Wesley

se refiere al caso de los fieles que antes de su muerte no han alcanzado su perfección completa; pero ¿qué debemos juzgar de los que al morir son ya "enteramente santificados?" ¿Necesitan una gracia nueva que los prepare debidamente para el cielo? ¿Existe alguna diferencia esencial entre los enteramente santificados en este bajo mundo y los redimidos en la gloria? ¿Se identifican la perfección en el cielo con el grado supremo que puede alcanzarse en la tierra? ¿No serán los santos en luz mejores, más apartados del mal, más puros y perfectos que la mayor parte de los cristianos en su muerte? Persuadidos estamos de que casi todos contestarán, diciendo: "Sí; aunque no podamos dar razones satisfactorias de nuestra fe sobre este particular, creemos que todos los fieles, aun los mejores que vemos y conocemos aquí, serán más santos y perfectos en el cielo que lo son acá abajo."

Si esto es cierto, se sigue que la transformación del ideal terreno de la perfección en el ideal celeste efectúase por operación de la divina gracia en la muerte. Las enseñanzas de Wesley no admiten otra interpretación: "Creo que no hay en esta vida tal perfección que excluya aquellas transgresiones involuntarias que juzgo ser consecuencias naturales de la ignorancia y faltas inseparables de la mortalidad. Por tanto la frase "perfección exenta por completo del pecado" no la empleo nunca, por temor de que en apariencia me contradiga á mí mismo." Diseminadas y muchas

veces repetidas en sus escritos hallamos frases como estas: "La perfección más elevada á que puede llegar el hombre *mientras el alma more en el cuerpo;*" "Ninguno es tan perfecto *en esta vida* que pueda," etc.; "Nadie puede esperar hallarse completamente libre de estas flaquezas hasta que *el espíritu vuelva al Dios que lo dió;*" de las cuales se infiere que aun en los más santos y perfectos se efectuará, mediante la gracia de Dios, otra transformación cuando mueran.

Opiniones de los doctores Raymond y Whedon.—De igual manera dice el Dr. Miner Raymond: "Permanecerán en la naturaleza del hombre algunos rastros de las hereditarias consecuencias del primer pecado, hasta que se le libre de las condiciones y limitaciones de su estado terreno, y preparado en cuerpo, alma y espíritu, quede admitido en su herencia celestial. Adhiérense á la naturaleza física, intelectual, moral y religiosa del hombre ciertas huellas de la caída, hasta que sean quitadas por la glorificación en el cielo."

Y el Dr. D. D. Whedon se expresa en términos parecidos: "La regeneración, tanto en los niños como en personas mayores, no quita en absoluto la depravación hasta que sea consumada en la glorificación. . . . Nuestra depravación inherente no la quita por completo la regeneración hasta que ésta sea perfeccionada en la resurrección."

Criterio del Dr. Mudge.—El Dr. Mudge, en su notable obra titulada "Crecimiento en la Santidad," dice así:

No pocos teólogos metodistas, sin razón alguna, dirigen acerbas censuras y sarcasmos á cuantos creemos que no podemos ser santificados en el sentido más elevado de la palabra hasta que el cuerpo quede deshecho, afirmando que creemos en un purgatorio llamado muerte, en una filosofía pagana, en la culpabilidad inherente de la materia, y acusándonos de la sustitución de algo que no es la sangre de Cristo como purificador del alma. Todo esto está enteramente fuera de propósito, y proviene del confundir cosas que se diferencian. Como se ve por la anterior cita, atacan en realidad, aunque sin quererlo de ninguna manera, á Wesley mismo. . . . Uno mayor que Wesley, nada menos que el grande Apóstol de los gentiles, ha declarado lo mismo. Véase Romanos 8.19–25. Estas palabras de San Pablo quedan sin sentido si no significan que ninguno de nosotros está completamente salvo, ni en el sentido más amplio del término, completamente redimido, ni perfectamente sano, ni, en su significado más completo y absoluto, enteramente santificado. Mas esta trascendental verdad de ninguna manera redunda en desdoro del poder de Cristo. . . . La muerte no es el agente de nuestra liberación, como si se le atribuyerán poder y virtud; sino que es la ocasión de ella. El poder es sólo de Dios. Sin embargo, no es ninguna irreverencia decir que tales son las necesidades del caso, que Dios no puede hacer por nosotros en esta vida lo que promete hacer en otra.

Juicio del Obispo Granbery.—Casi todos los creyentes regenerados son manifiestamente y á sabiendas imperfectos antes y en la hora de su muerte, y no podemos creer que sean igualmente imperfectos en el cielo. Aun los mayores santos de la tierra dejan en cierto sentido de satisfacer nuestras ideas de lo que es la per-

fección celestial. El Obispo Juan C. Granbery ha demostrado que en nuestra teología semejante obra de Dios en la muerte es una necesidad lógica: "No creemos que el discípulo inmaturo pase al cielo tal como era antes de morir, con la sola excepción de haberse librado del cuerpo. Creemos, al contrario, que Dios le perfecciona, á fin de que se halle completamente idóneo para esa vida gloriosa. . . . No citamos ningún texto en apoyo de nuestro parecer, pero estamos obligados á juzgar que los cristianos imperfectos necesitan todavía un ajuste, una purificación y un retoque antes de que puedan ser compañeros simpáticos y compatibles de las multitudes de ángeles y espíritus redimidos que moran en luz. Lo cierto es que muchos que nos regocijamos en la esperanza de la felicidad eterna, sentimos la necesidad imperiosa de una franca mejora en nuestro presente estado espiritual antes de traspasar esas puertas á semejanza de perlas. Indudablemente que no pueden culparse á la carne todas nuestras faltas y flaquezas. . . . Opinamos que Dios consuma la purificación, no "un poco antes de la muerte," según creía Wesley, sino en el mismo instante de ella. Algunos creyentes mueren de repente, de una afección al corazón, de un tiro de arma de fuego, ó debido á otro accidente cualquiera; otros, al exhalar su último suspiro, dan testimonio de la paz que reina en su corazón y de la esperanza segura que los

anima, pero sin aludir á la santificación entera ó á otro gran cambio en su experiencia. Dios no necesita tiempo para llevar á cabo su obra."

Unanimidad de pareceres.—Nuestro objeto en introducir todas estas citas no ha sido mostrar cuánto se diferencian los teólogos con respecto á la doctrina de la santificación ó perfección cristiana, sino más bien poner de manifiesto cómo teólogos de muy distintos pareceres en otras materias, se unen todos para afirmar la doctrina, ó al menos demostrar la necesidad lógica, de una obra de gracia en las almas de los fieles, ya inmediatamente antes, ya en el artículo de la muerte, mediante la cual obra se habilitan para su ciudadanía en el cielo y para la comunión con Dios, con los ángeles y con "los espíritus de los justos hechos perfectos."

Los beneficios de la redención trascienden el alcance de nuestra libre actividad.—No todos los beneficios recibidos en virtud de la redención dependen de nuestra libre actividad; muchos nos alcanzan sin ejercicio alguno de nuestra voluntad. El que un hombre llegue á ser cristiano, y el que continúe siéndolo hasta la muerte, dependen, bajo la gracia divina, de él mismo. El grado de su piedad, el que se haga más ó menos santo y perfecto aquí, también lo determina el libre agente regenerado. La santidad de carácter que aquí se adquiere, constituye una capacidad para el gozo y felicidad en el estado de gloria: cuanto más santos

lleguemos á ser en esta vida, mayor será nuestra capacidad para la dicha, y por consiguiente, superior será el grado de la misma en el cielo. Esta es la gran ley de nuestro estado de prueba bajo la gracia de Dios; ley que no se elude ni se contraviene en manera alguna al afirmar que en la muerte Dios obra graciosamente y de necesidad una transformación en las almas de todos los santos moribundos, desde el menor hasta el mayor, al efecto de habilitarlos para la gloria. Esta transformación realizada en la muerte es lo que se entiende por la glorificación del creyente.

Perfeccionamiento en la resurrección.—Algunos opinan que la perfección de la cual hablamos no se alcanza en la muerte, sino solamente en la resurrección que habrá al fin del estado intermedio; en el cual estado, aunque se supone ser de verdadera y reconocida felicidad, según esta teoría ni la perfección ni la dicha del alma son *completas* hasta la resurrección. Así opinaba el Obispo McTyeire, que se expresa de la siguiente manera:

Bajo la economía *mediatorial* ninguna salvación se completa hasta la consumación de dicha economía. El Mediador ha de reinar hasta que haya puesto todos sus enemigos debajo de sus pies, ya por conversión, ya por sujeción. La muerte, el último enemigo, ha de ser destruida. . . . Mas la perfección cabal comprende todo el cuerpo. El alma no puede menos de sentir cierta inclinación hacia su propio cuerpo, y la dicha no puede consumarse en absoluto hasta la restauración del mismo, dispuesto y apto para la unión sempiterna. . . .

Si, cuando Él apareciere. hemos de ser semejantes á Él, si el perfeccionamiento de alma y cuerpo en la resurrección depende de la manifestación del Hijo de Dios, entonces es natural que Pablo y cuantos se hallen en su condición, aunque en el paraíso, "amaren su venida." Estando aún en el cuerpo vió Pablo algo que era "mucho mejor;" y ahora, en el espíritu, algo "mucho mejor" es todavía el objeto de sus esperanzas, nada menos que la reunión de esa alma y de ese cuerpo en la gloriosa semejanza de su Señor.

Esto nos lleva á la consideración de nuestro último asunto, la consumación final de la salvación en el cielo.

Inclínate á él, porque él es tu Señor.—Salmo 45.11.

Al Rey glorioso de tierra y cielo
  Gratos rindamos adoración,
Y celebremos acá en el suelo
  Sus maravillas que eternas son.

Él es nuestro escudo, la fortaleza
  Donde radica nuestra salud;
Él oscurece con su belleza
  Los resplandores de la virtud.

Cuanto la tierra bueno contiene
  En sus entrañas y en su exterior,
Tu poderío creó y sostiene
  En beneficio nuestro, oh Señor.

De tus bondades, que son sin cuento,
  ¿Quién el tesoro podrá apreciar?
Flotan en nubes, lluvias y viento,
  Montes y valles, ríos y mar.

De humilde barro flacas hechuras,
  Corrido habemos de mal en pos;
Mas tú te muestras á tu criaturas
  Padre amoroso, benigno Dios.

Tu amor, cual deben, sólo en el cielo
  Los serafines saben cantar. . . .
Oh ¡si sus cantos en este suelo
  Nos fuera al menos dado imitar! Amén.

—*J. B. Cabrera.*

XXIII

LA CONSUMACIÓN DE LA SALVACIÓN

"Mas cuando venga lo que es perfecto, entonces lo que es en parte será quitado. . . . Ahora vemos por espejo, en obscuridad; mas entonces veremos cara á cara: ahora conozco en parte; mas entonces conoceré como soy conocido." (1a Corintios 13.10-12.)

"Lo que al presente es momentáneo y leve de nuestra tribulación, nos obra un sobremanera alto y eterno peso de gloria." (2a Corintios 4.17.)

"Os habéis llegado al monte de Sion, y á la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, y á la compañía de muchos millares de ángeles, y á la congregación de los primogénitos que están alistados en los cielos, y á Dios, el Juez de todos, y á los espíritus de los justos hechos perfectos." (Hebreos 12.22, 23.)

"Muy amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él apareciere, seremos semejantes á él, porque le veremos como él es." (1a Juan 3.2.)

"Esperamos cielos nuevos y tierra nueva, según sus promesas, en los cuales mora la justicia. Por lo cual, oh amados, estando en esperanza de estas cosas, procurad con diligencia que seáis hallados de él, sin mácula, y sin reprensión, en paz." (2a Pedro 3.13, 14.)

Para que nosotros, con todos los que han partido en la fe verdadera de tu santo nombre, consigamos nuestra perfecta consumación y felicidad, en cuerpo y alma, en tu eterna y sempiterna gloria.—*Ritual.*

(440)

CAPÍTULO XXIII

LA CONSUMACIÓN DE LA SALVACIÓN

Sólo en el cielo realizaráse la consumación de la salvación personal. Los propósitos de Cristo y su obra redentora en nosotros no se cumplirán en su perfecta totalidad hasta que seamos "presentados delante de su gloria irreprensibles, con grande alegría." No nos proponemos escribir ahora de aquella doctrina del cielo y de la vida futura que pertenece al terreno de la escatología, sino del cielo como perfecta realización y consumación de la gran obra de la salvación personal. Esta salvación plena, final, perfecta y eterna, que ha de ser posesión del cristiano después de la muerte, se nos presenta en todas partes del Nuevo Testamento como objeto de nuestra más grande y gloriosa esperanza.

La vida genuinamente perfecta, propia sólo del cielo.—Hemos visto ya que se habla en el Nuevo Testamento de tres salvaciones: (1) La que se efectúa en la conversión, "El que creyere, será salvo;" (2) la que continúa la obra así comenzada, "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es el que en vosotros obra así el querer como el hacer;" y (3) la que se gozará en la muerte y en el día del juicio final, "El que perseverare hasta el fin, éste será salvo."

Las dos primeras han sido expuestas ya detalladamente, y ahora llegamos á la tercera, esto es, á aquella con la cual el creyente se salva cumplida, final y eternamente. Aquella vida futura en que el creyente regenerado entra al morir, la llamamos "la vida exenta de pecado," y los que se salvan eternamente, los designamos con preeminencia "los santos" y los "espíritus de los justos hechos perfectos." Además hablamos de la exención de pecado, de la pureza, de la santidad, de la perfección del cielo, de tal manera que se deduce claramente que si bien estos términos pueden aplicarse á la vida y al carácter actuales, con toda propiedad y restricción sólo deben atribuirse á los que se hallan finalmente salvos en el cielo. El vocabulario del cielo no contiene sino términos de positiva excelencia moral; de los seres que lo habitan no puede decirse, á igual de los creyentes aquí, que uno es menos pecador que otro. Bueno, mejor y óptimo; santo, más santo y santísimo, son palabras que pueden indicar diferencias en el cielo; pero todo vocablo que indique algo inferior á la excelencia moral que la expresada por la palabra "bueno" debe calificarse de "anticuado" en el diccionario de los santos cuya salvación les es asegurada por los siglos de los siglos.

Diferentes grados de santidad en el cielo.—Si es cierto que una obra tal como hemos descrito se efectúa en la muerte, no se sigue que por ella queden reducidos todos los fieles al mismo grado y condición de santidad.

Al contrario, así como la gran multitud de creyentes, en todas las etapas del presente estado de prueba, aunque iguales en la salvación, se diferencian en gran manera en su desarrollo espiritual y en las gracias que adquieren, así también en la vida del cielo "una estrella es diferente de otra en gloria," y cada uno será premiado, no por causa de sus obras, sino según ellas, "según lo que haya hecho estando en el propio cuerpo."

Las diferencias en felicidad y gloria en la otra vida serán determinadas infaliblemente por las diferencias en piedad y santidad aquí. Esta santidad, propia de las criaturas humanas y de un estado de prueba, que se hubiere alcanzado acá abajo, infundirá en el alma y constituirá por sí misma una capacidad para el logro de felicidad en el estado de gloria. Todos los salvados se hallarán juntos en un mismo cielo; pero así como en una vasta biblioteca ó galería de bellas artes, cada uno de cuantos las visitan percibe de cuanto le rodea placeres muy diversos según sus respectivas facultades, así también de las almas glorificadas obtendrán unas en la vida del cielo más dicha que otra.

La santidad, condición de la felicidad en el cielo.—La santidad, pues, y no la felicidad, es el concepto primordial del cielo; primero la santidad, después la dicha, en la relación de causa y efecto. Los santos no lo son porque están en el cielo, sino que están allí por el motivo de ser santos. La santidad constituye el cielo. Un alma sin ser santa en la gloria, no podría ser

feliz. La dicha propia de aquel sitio no procede meramente de las circunstancias externas, sin más particularmente de la adaptación á ellas; esto es, del carácter, de un corazón puro y de una naturaleza santa. Cuanta más santidad posea el alma, mayor bienaventuranza le proporcionará el cielo. Los grados de la dicha eterna no son determinados por una disposición arbitraria de Dios, sino sobre todo por los varios grados de santidad alcanzada por los fieles en su estado de prueba. Muchos hablan del cielo como si su felicidad se derivara exclusivamente del ambiente en que se vive, de tal suerte que si un alma pecadora pudiera por ventura introducirse en él, sería necesariamente feliz. Muy al contrario, lo más probable es que en presencia de ese Dios que para los pecadores es "fuego consumidor," se sentiría más desgraciada que en su propio lugar entre los perdidos. Una persona depravada y viciosa, ¿busca en esta vida comunión con los hijos puros y santos de Dios, y encuentra en ella su felicidad? ¿No es verdad que el supuesto "deleite del pecado" pretende suavizar sus penas buscando á los suyos y asociándose con almas de igual catadura y depravación? Y si esto es cierto en lo referente á esta vida, no lo es menos con respecto á la venidera.

La miseria de las almas perdidas en el infierno no proviene solamente de sus circunstancias, sino más bien de su propia depravación y perversidad. De igual manera la bienaventuranza del cielo procede y

es inseparable de la santidad de corazón y espíritu, obtenida durante este estado de prueba por medio de la divina gracia y con auxilio del Espíritu Santo. Sobre muchas cosas referentes al cielo y á la vida futura de los redimidos la revelación divina ha vertido escasa luz; pero es indudable que los finalmente salvados en la gloria no tendrán pecado; serán enteramente santos, y su dicha será medida sólo por su santidad. Lo que á la hora de la muerte falte al carácter de los verdaderos cristianos para hacerlos capaces de poseer la morada del Dios santo y de sus santos ángeles, el Señor lo suplirá entonces con su gracia. El cielo, sea lo que fuere, es la región de santidad, y por tanto el término de los deseos y de las aspiraciones del creyente regenerado, ó sea la consumación de la obra de salvación personal.

La gloria de Dios ensalzada por la santidad y dicha del hombre.—El principal fin del hombre es glorificar á Dios y gozar de él eternamente. Pero sin santidad es imposible glorificar al Dios santo, como también lo es poseer la santidad y no glorificarle. Asimismo es imposible gozar de Dios sin ser santo, y por otra parte una persona santa no puede menos de gozar de Dios y ser feliz. El principal fin del hombre no se conseguirá sino en el cielo, y eso por ser lugar de la santidad más alta y eminente, y no porque allí se encuentre la felicidad suprema. Se nos enseña á orar, "Sea hecha tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra."

Aquí no se hace la voluntad de Dios sino de una manera imperfecta; en el cielo se cumple perfectamente. Esta es la mejor prueba y evidencia de santidad en la criatura, el hacer cumplidamente la voluntad del Creador; y esto, más que otra cosa cualquiera, glorifica á Dios. No somos constituidos de manera que la gloria de Dios y el gozo más real y elevado de la criatura se opongan la una al otro. Es verdad que en el presente estado de prueba el placer y la delicia deben con frecuencia ser sacrificados por el hombre para la gloria de Dios; pero esto es debido á nuestra imperfección, y á que en esta vida sólo podemos consumarnos por aflicciones. No fué así en el estado primitivo de la raza, ni tampoco lo será en el cielo. Sólo lo que contribuirá á la mayor gloria del Señor es lo que puede asegurar el gozo verdadero y perpetuo del hombre; en otras palabras, la santidad.

Es imposible que la condenación y miseria de un alma glorifiquen á Dios, precisamente porque la perdición de los réprobos es debida, no á la voluntad arbitraria del Sér Supremo, sino entera y exclusivamente á la propia perversidad y obstinación del delincuente; y el pecado, siendo la desobediencia á Dios y la transgresión de su santa ley, no puede nunca glorificarle. Cuando decimos, pues, que Dios creó todas las cosas para su gloria, no debemos perder de vista el que esa gloria sólo puede ensalzarse mediante la santidad y dicha de sus criaturas, y que este gran fin lo

alcanzan cuantos lleguen á la salvación final y sempiterna; á esa gloriosa consumación que todos los hijos de Dios aguardan con fe y con esperanza ilimitada.

Prueba bíblica de esta doctrina.—Las Escrituras cristianas justifican ampliamente esta esperanza. "Muy amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él (ó, como lo traducen algunos, ello) apareciere, seremos semejantes á él, porque le veremos como él es." Este pasaje, según la interpretación más común, indica una perfección celestial y una semejanza á Cristo que serán posibles á los hijos de Dios sólo cuando vean á su Señor cara á cara, y moren con Él para siempre. "Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, los más miserables somos de todos los hombres. . . . Como trajimos la imagen del terreno, traeremos también la imagen del celestial;" y esa "imagen del celestial" que entonces llevaremos no debe limitarse al cuerpo de que nos revestiremos en la resurrección. "Cuando venga lo que es perfecto, entonces lo que es en parte será quitado. . . . Ahora vemos por espejo, en obscuridad; mas entonces veremos cara á cara; ahora conozco en parte; mas entonces conoceré como soy conocido." Al estado celeste se alude aquí como á "lo que es perfecto." La vista imperfecta y el conocimiento parcial son propios de todos los que están acá abajo; aun nuestra perfección más sublime es como imperfección, si se compa-

ra con la santidad de los bienaventurados en el cielo.

El sobremanera alto y eterno peso de gloria.—"Porque lo que al presente es momentáneo y leve de nuestra tribulación, nos obra un sobremanera alto y eterno peso de gloria; no mirando nosotros á las cosas que se ven, sino á las que no se ven; porque las cosas que se ven, son temporales; mas las que no se ven son eternas. Porque sabemos que, si la casa terrestre de nuestra habitación se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser sobrevestidos de aquella nuestra habitación celestial; puesto que en verdad habremos sido hallados vestidos, y no desnudos. Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos agravados; porque no quisiéramos ser desnudados, sino sobrevestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Mas el que nos hizo para esto mismo, es Dios; el cual nos ha dado la prenda del Espíritu." (2ª Corintios 4.17–5.5.) En estas palabras tenemos fundamento para las más grandes esperanzas relativas á lo que los fieles experimentarán en la vida futura. Las palabras "sobremanera alto y eterno peso de gloria" son significativas en extremo, y sólo á la luz del otro mundo podrán comprenderse su profundidad é importancia. Lo mejor que proporciona esta vida deja de satisfacer por completo al cristiano. Aspira á la inmortalidad, á cierto bien que la presente vida no puede ofrecerle. No es la "recom-

pensa," ni la mera "felicidad de la criatura" por lo cual suspira, sino por una vida espiritual más completa y exhuberante. En su interior columbra que no será cumplida la salvación hasta que éntre en otra vida superior. La revelación divina contesta á estos vehementes deseos de su alma, y le asegura que quedarán satisfechos en el cielo.

La "esperanza guardada en los cielos."—La Sagrada Escritura nos habla de "la esperanza que nos está guardada en los cielos" (Colosen. 1.5); nos dice que podemos "conseguir la salud que es en Cristo Jesús con gloria eterna" (2ª Timoteo 2.10), y que "tenemos una mejor sustancia en los cielos." (Hebreos 10.34.) "Dios nos ha regenerado en esperanza viva, . . . para una herencia incorruptible, y que no puede contaminarse, ni marchitarse, reservada en los cielos para vosotros." (1ª Pedro 1.3, 4.) "El Dios de toda gracia, que nos ha llamado á su gloria eterna." (1ª Pedro 5.10.) "Esperamos cielos nuevos y tierra nueva, según sus promesas, en los cuales mora la justicia. Por lo cual, oh amados, estando en esperanza de estas cosas, procurad con diligencia que seáis hallados de él, sin mácula, y sin reprensión, en paz." (2ª Pedro 3.-13, 14.) Estos pasajes del Libro Santo no nos mandan aplazar para la muerte y vida futura parte alguna de la obra que nos corresponde en nuestra propia salvación; antes al contrario, lo que determina nuestra salvación bajo la gracia divina es precisamente lo que

hacemos durante esta vida probatoria, la cual termina en la muerte. Pero ¿hemos de decir que la obra graciosa y bendita que ejecuta el Salvador en sus hijos redimidos termina entonces? De ninguna manera. El glorioso cumplimiento y feliz consumación de nuestra salvación lo tiene reservado para la vida venidera.

Realización del propósito de Dios en la salvación del hombre.—Dice el Dr. J. A. Beet: "El universo y la vida humana en él tuvieron su origen de una idea preexistente en el entendimiento eterno del Creador todopoderoso y bueno sin límites; y llegan á su perfección al realizarse aquella idea de una manera completa más allá del tiempo. El universo actual y la vida é historia humanas, conforme los conocemos, son el paso del pensamiento eterno á la eterna realización. En ese intermedio se nos permite y obliga á tomar parte. De nosotros mismos depende enteramente lo que nuestro papel será; y de nuestra actividad en el trabajo que ahora se efectúa depende lo que nos corresponderá en la realización del mismo."

La consumación en el cielo.—El término de la salvación humana en el cielo es la "causa final" de nuestra creación en el principio, como también lo es de la obra redentora de Cristo. Una causa final es lo primero que existe en el pensamiento, pero lo último en el cumplimiento y la realización. Lo que primero hubo en la mente del Dios Trino, fué una especie de seres libres, dotados de santidad posible sólo á criaturas in-

teligentes y libres, y cuya santidad fuese el principio de su dicha soberana. Estos seres, según la divina presciencia, glorificarán á su Hacedor por sí solos más que toda la creación entera. Por tanto, el designio de Dios en las obras de la creación, redención y salvación personal por el Espíritu Santo fué sin duda el asegurar un número de seres que así lograsen la libertad, la santidad y la felicidad perfectas; pero esa intención divina sólo se realiza en el cielo, por cuya certeza indudable demos al Señor incesantes pruebas de nuestra sincera gratitud.

Buscad las cosas de arriba.—Colosenses 3.1.

En las regiones
Inmaculadas,
Ricas mansiones
Que el Señor da,
Hay muchas cosas
Grandes y amadas
Y muy preciosas:
Cristo allí está.

Cielo provisto
De las delicias
De Jesucristo,
Cielo de amor:
Los convidados
Cantan albricias,
Siendo llamados
Por el Señor.

Sitio sagrado,
Do la ventura
Se ha conservado,
Sitio del bien;
Gloria inefable
Siempre segura
Y perdurable
Gloria de Edén.

Los que en tí esperan,
Dios santo y bueno,
Y te veneran,
Creen aquí:
Los que tú llamas,
Siempre en tu seno,
Porque los amas,
Gozan allí.

—*M. Cosidó.*

XXIV

LA VERDADERA TEORÍA DE LA VIDA CRISTIANA

"Y él mismo dió unos, ciertamente apóstoles; y otros, profetas; y otros, evangelistas; y otros, pastores y doctores, para perfección de los santos, para la obra del ministerio, para edificación del cuerpo de Cristo; hasta que todos lleguemos á la unidad de la fe, y del conocimiento del Hijo de Dios, á un varón perfecto, á la medida de la edad de la plenitud de Cristo: que ya no seamos niños fluctuantes, y llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que, para engañar, emplean con astucia los artificios del error: antes siguendo la verdad en amor, crezcamos en todas cosas en aquel que es la cabeza, á saber, Cristo: del cual, todo el cuerpo compuesto y bien ligado entre sí por todas las junturas de su alimento, que recibe según la operación, cada miembro conforme á su medida toma aumento de cuerpo, edificándose en amor." (Efesios 4.11-16.)

Busco dos cosas en este mundo, la verdad y el amor; quienquiera me ayude en esta diligencia es un amigo leal y verdadero.—*Juan Wesley.*

La ignorancia es una maldición de Dios: la ciencia, una de las alas con que nos remontamos al cielo.—*Shakespeare.*

CAPÍTULO XXIV

LA VERDADERA TEORÍA DE LA VIDA CRISTIANA

El verdadero pensador, según Mateo Arnold, es "el que ve racionalmente la verdad, y que la percibe en su integridad." En el orden ideal y en la práctica es inadmisible toda teoría que no presenta sus afirmaciones íntegra y lógicamente. Cualquiera que sea el asunto de que se trata, su enseñanza debe ser una serie de conceptos que el entendimiento por medio del raciocinio forma de él y de todas sus relaciones. La verdad es consecuente consigo misma. Todo lo verdadero está en armonía perfecta con las demás verdades del universo. El antagonismo es imposible entre dos verdades; y si alguna vez parece que existe, es por causa de haber falsedad en lo que se juzga verdadero.

Pero hay cosas que son verdades á medias, y son precisamente éstas la que más trastorno ocasionan en la esfera del pensamiento. El poeta Tennyson ha dicho: "Se puede hacer frente á una mentira que lo es del todo, y combatirla con tesón; pero más difícil es luchar con una mentira que es media verdad."[1] Los errores patentes pronto se descubren y rechazan; mas

[1] A lie that is all a lie
May be met and fought outright;
But a lie that is half a truth
Is a harder matter to fight.

aquellos que se presentan con el manto de la verdad son en extremo peligrosos. Lo que presta á las teorías falsas y á los sistemas erróneos poder para hacer daño es el elemento de verdad que en ellos existe. Gran parte del progreso en el orden del pensamiento humano consiste en descubrir el error oculto en lo que se juzga verdadero. El médico debe acertar la enfermedad y precisar el lugar de la misma para serle luego posible combatirla con éxito y curar al paciente. Los errores ignorados en todo el humano sistema de pensamiento pueden compararse á las enfermedades del cuerpo, y es preciso investigarlos y excluirlos, si se intenta abrir paso á la teoría verdadera.

Sólo de Aquél que fué á la vez el gran Médico y el perfecto Maestro de la verdad pudo decirse con entera propiedad: "Tomó al género humano enfermo; cada herida érale manifiesta, cada debilidad comprendida; puso su dedo en el lugar del mal y dijo: *Aquí* está la enfermedad—y *aquí*."[1] Mas en cierto sentido el mismo acierto y la misma obra pueden atribuirse al maestro cristiano que se inspira en su ejemplo y sigue sus huellas. Nuestra única esperanza de poder desterrar todo error y de llegar á una teoría verdadera de la vida cristiana consiste en una adhesión firme y

---

[1]He took the suffering human race;
He read each wound, each weakness clear,
And struck his finger on the place,
And said: "Thou ailest *here*—and *here*."

constante á la teología de Cristo. Semejante teoría no dejará de hacer gran caso de la persona del Salvador, lo mismo que de sus enseñanzas. Sea lo que fuere en otros sentidos, es preciso que su centro y alma sea Jesucristo. En esta esfera Cristo y la verdad, si no son idénticos, son á lo menos inseparables.

La teología cristiana, ciencia lógica.—La teología cristiana es una ciencia estrictamente lógica. Un sistema de doctrina que no reúne este requisito no puede ser verdadero. El calvinismo es un sistema lógico de teología; el arminianismo evangélico lo es también; pero un sistema cualquiera puede ser á la vez lógico y falso, siempre que no sean verdaderas las premisas que siente como principios. El calvinismo se ha erigido sobre esta premisa: "Desde la eternidad Dios ha preordinado *incondicionalmente* todas las cosas que acontecen ó acontecerán; y la misma verdad rige en cuanto á las voliciones de hombres y ángeles." Partiendo de tan falsa premisa, es imposible que las lógicas deducciones sean verdaderas. El punto cierto donde bifurcan los caminos respectivos del calvinismo y del arminianismo se halla en las diferentes respuestas dadas á la pregunta, ¿Cuya voluntad es la que determina quién ha de salvarse ó perderse? Dice el calvinismo que la voluntad divina desde la eternidad ha resuelto esta cuestión para todo hombre; mientras que el arminianismo afirma que cada agente libre determina por sí mismo lo relativo á su propia salvación.

Las doctrinas todas de uno y otro sistema pueden ser muy bien perfectas deducciones lógicas de cada contestación que se dé á la indicada pregunta. Mas el arminianismo evangélico ó wesleyano (y preferimos este término por el motivo que el arminianismo evangélico ó wesleyano se diferencia en algo de los antiguos *remonstrants* de Holanda) parte de estas dos premisas: "(1) Jesucristo por su vida y muerte expiatoria ha puesto la salvación al alcance de todo hombre; (2) cada hombre es un libre agente moral, con poder de eligir por sí mismo." Por consiguiente todo lo demás que enseña este sistema es, ó debiera ser, una deducción lógica de ambas premisas. En cuanto á los bien conócidos "cinco puntos" de divergencia entre el calvinismo y el arminianismo, no hay prácticamente diferencia alguna entre el arminianismo de los *remonstrants* y el de Wesley. Mas si bien aquél es sin duda racional y lógicamente cierto, en cambio es frío como un témpano de hielo, le falta vitalidad espiritual; y sin embargo, cuando penetró por primera vez en el entendimiento y en el corazón de Juan Wesley, fué por aquel varón depositado sobre el altar y, transformado y bautizado del Espíritu Santo, por decirlo así, difundióse por todas partes para realizar el plan divino de la evangelización del mundo.

El hecho de que ninguna rama de la Iglesia universal desde Pentecostés hasta ahora se ha formado en el mismo espacio de tiempo con igual rapidez y lozanía

como la que ha sabido presentar su sistema teológico tan lógicamente emanado de estas dos inseparables premisas, la ilimitada redención de Jesucristo y la verdadera libre actividad moral del hombre, es la mejor prueba de la vitalidad y energía espirituales que existen en el centro mismo de su teología.

Definiciones ilógicas, causa de rozamientos en la teología.—Posible es que un sistema doctrinal sea en su esencia lógico, y sin embargo contenga uno ó más conceptos ilógicos según se los define, los cuales serán en tal sentido irreconciliables con el sistema de que forman parte. Toda idea no bien definida ó en desconcierto con las demás, ocasionará siempre rozamientos y discusiones; y si se trata de una que es importantísima y cardinal, no cesará de constituir un centro tempestuoso de discordias doctrinales hasta que se esclarezca con precisión y se conforme con regularidad al conjunto del sistema cuya parte indispensable es. Podemos también asegurar que si alguna doctrina parcial produce y ocasiona discusiones, reveladoras siempre de divergencias en la opinión entre quienes están de acuerdo en lo general del sistema, indicio es cierto de que tal doctrina no está bien declarada.

Ahora bien: ¿hay alguna doctrina metodista á la cual puede imputársele esto; alguna que haya sido una especie de "centro tempestuoso" en la teología del metodismo desde el principio de su existencia como organización religiosa? Indudablemente hay una al

presente, y siempre la hubo, una sola, que se refiere á la "santificación" ó "perfección cristiana." ¿Y no puede aplicarse á este caso la arriba mencionada regla de lógica? Creemos que sí. La teoría de la vida cristiana que hemos expuesto en este tomo comprende en todas sus partes la doctrina referente á la salvación personal. De estas varias doctrinas no nos proponemos escribir más en particular. Sólo deseamos considerar ahora ese único punto principal de rozamiento, la doctrina que presenta señales de desconcierto con el sistema doctrinal de que forma parte, con ese sistema aceptado con unanimidad casi absoluta por los metodistas en todo el mundo.

En la medida en que logre alguno suavizar esta contrariedad de opiniones, en tanto habrá ayudado á aligerar de un gran peso aquella teología que por su sencillez, su conformidad á las Escrituras, su poder evangélico y la facilidad con que se acomoda á todas las inteligencias y naturalezas, con mayor título quizás que la sostenida y predicada por otra Iglesia cualquiera, puede considerarse como aquella á la cual el mundo cristiano tiende actualmente. Y no hay medio más eficaz de impresionar con esta teología al mundo entero que el de conseguir se acepte y predique por todos los cristianos evangélicos de tal suerte que ya no se la llame arminiana, ni wesleyana, ni metodista, sino sencillamente la verdadera de la Iglesia Cristiana. En esa Nirvana de perfecta unidad cristiana, al-

canzada mediante una misma fe y un mismo conocimiento del Hijo de Dios, el metodismo se regocijará contemplando como es disuelta y absorbida su individualidad propia.

Distinción entre la literatura teológico-dogmática y la ascética.—Hay una diferencia importante entre la teología y aquella forma de la literatura religiosa que tiene por principal objeto contribuir á la vida ética y espiritual del hombre. Bien definida, la primera se refiere á credos, á confesiones de fe y lo que se designa con los nombres de teología bíblica, dogmática y sistemática. Siendo como es de género puramente didáctico, se dirige en primer término á la inteligencia, y su objeto inmediato y primordial es instruir al lector en la verdadera teoría de la religión cristiana, mas su fin último es formar y estimular la vida y carácter cristianos, echando los cimientos de verdad racional y bíblica sobre los cuales descansan esa vida y ese carácter. Por eso no podemos menos de advertir que será en extremo fría é inanimada la obra teológica que no contribuya incidentalmente al fomento de la vida espiritual del lector. La teología, para alcanzar sus fines, ha de ser consecuente y lógica en todas sus partes, y cuando no lo es, degenera en estéril para lograr el objeto que le corresponde. Una obra cualquiera de teología pierde su valor y mérito, y queda expuesta á los rigores justos de los críticos, cuando algún defecto importante de lógica se deja ver en ella.

Con respecto á la literatura ascética el caso es distinto: y á esta clase pertenecen los sermones. Un teólogo forzosamente ha de ser lógico; cualquiera inexactitud, confusión de ideas ó falta de lógica en sus afirmaciones le pone á merced de los críticos, prontos y dispuestos á demostrar la parte falsa del sistema, y á dar razones para recharzarlo por imperfecto. El profesor de teología debe también atenerse á una exégesis sana y racional, porque establecer una doctrina sobre la interpretación errónea de las Escrituras es como edificar sobre arena una casa, la cual indudablemente se derrumbará ó será llevada por la violencia del primer turbión. No se exige tanto en el orador sagrado; es cierto que le conviene siempre ser lógico y fundar sus exposiciones doctrinales y textos aducidos en una exégesis fiel; pero la falta de estas cualidades, tan indispensables en el teólogo. no le privan de ser él un gran predicador y aun de ejercer, con su virtud y celo, grande influencia en los ánimos y vidas de sus oyentes. Un tomo de sermones puede pertenecer á un orden elevado de la literatura ascética, y constituir un precioso estímulo al par que un alimento nutritivo para cuantos lo lean, y no obstante ser muy defectuoso y poco satisfactorio si se emplea como libro de teología dogmática. Apliquemos ahora esta distinción á Juan Wesley como predicador y como teólogo.

La eminencia de Wesley como predicador.—Ninguna

historia de las doctrinas referentes á la religión espiritual puede escribirse sin mencionar con agradecimiento el nombre y la obra de Juan Wesley. De inestimable valor serán siempre sus trabajos, que tanto han contribuido á la riqueza literaria en ese orden teológico. Sentía una pasión por la justicia y santidad apenas igualada desde los días apostólicos, y de un modo excepcional imprimió en sus escritos este mismo celo. Es casi imposible leer uno de sus sermones, ó cualquier otro trabajo suyo, de carácter ascético, sin experimentar intensos deseos de mayor perfección cristiana. Esta es una prueba inequívoca para conocer la excelencia del predicador.

Los sermones de Wesley se extienden sobre un período de sesenta años de vida en extremo activa. Fueron escritos en su mayoría cuando su cerebro estaba candente y su imaginación inflamada por aquella fase particular de doctrina y religiosa experiencia que en tal ocasión ocupaba el primer puesto en sus pensamientos. Del primero al último manifiestan la consecuencia de un alma enamorada de la santidad y deseosa de recomendarla á todos y á cada uno de sus semejantes.

Brilla en todos ellos el sello característico de un escritor que buscaba la verdad, deseoso y pronto para aprender de grandes y pequeños, lo mismo en los soberbios palacios que en las humildes cabañas, ora en las obscuras minas de carbón, ora entre los lamentos de los encarcelados; admírase en todas sus publicacio-

nes la sencillez de un hombre que nunca fué demasiado anciano para escuchar al discípulo más joven, y que, á pesar de ser literato de una erudición nada común, jamás se consideraba tan instruido que se desdeñara de recibir enseñanzas del más humilde y pequeño entre los hijos de Dios. Resalta en aquellos sermones la fuerte lógica moral y espiritual de un hombre que dice: "Antes prefiero hacer bien que ser consecuente; más quisiera creer y enseñar lo que aquí y ahora siento ser la verdad, que detenerme á cada momento para preguntarme si lo que voy á decir ó acabo de afirmar concuerda exactamente con lo que en ocasiones anteriores he dicho ó escrito."

Esta es la dialéctica que deseamos ver en todo predicador ó escritor religioso, y ésta es la que hallamos en los escritos de Wesley. Mas ¿no hay en ellos también esa dialéctica propia de la teología doctrinal? Y si nos viéramos precisados á decir que no, ¿acaso quedaría por esa deficiencia rebajado su valor? Tómense esos sermones admirables, muchos de los cuales han llegado á ser obras clásicas en la literatura ascética, y entréguense al teólogo dogmático á fin de que reduzca todas sus declaraciones doctrinales á un sistema armonioso y consecuente de la teología cristiana, y ¿qué resultará? Si logra acabar su tarea, no podrá menos de privarlos de toda su vitalidad y de una gran parte de su poder moral y espiritual, y así quedan despojados de su verdadero mérito como sermones, á pesar

de que en poder espiritual no han sido superados en la literatura predicable de ningún tiempo. En otras palabras, mientras el perfecto orador especulativo será siempre absolutamente lógico en su teología y fiel en lo referente á la exégesis, otro en cambio puede en este respecto exponerse más ó menos á la crítica sin dejar de ser rectísimo y consecuente en todo lo esencial al desarrollo de la vida perfecta.

Wesley como teólogo.—En vista de lo expuesto debe concederse que los sermones de Wesley, si se examinan como sistema de doctrina cristiana, son en muchos conceptos inadecuados y poco satisfactorios, hállanse faltos de armonía, sugieren alguna que otra duda ý se exponen á la crítica. Muchos de los discípulos de Wesley han empleado dichos sermones como si constituyeran un sistema lógico y perfecto de teología evangélica. Presentarle, sin embargo, como teólogo y como autoridad en cuestión de doctrina es hacerle una gran injusticia y sujetarle innecesariamente á juicios desfavorables. De esta manera ha sufrido mucho á manos de sus propios amigos. Mas el mejor amigo de Wesley es el que, comprendiendo en qué consiste su verdadera grandeza, le presenta, no cual modelo y autoridad en teología, sino como maestro de la vida espiritual y gran reformador religioso.

Si tomara alguien los escritos de Wesley, y examinándolos como si fueran tratados de teología sistemática, buscara en ellos una exposición lógica y conse-

cuente de la doctrina sobre la santidad, no sería extraño se convenciera de la gran dificultad en que el autor podría verse en reconciliarse consigo mismo, ya que diseminados en aquellas obras hállanse juicios y declaraciones en desacuerdo con lo expuesto en otras partes de aquellas mismas. Á pesar de que empezó á escribir y publicar sermones sobre la religión espiritual muchos años antes de su propia conversión, y siguió haciéndolo durante su larga vida, la cual parecía estar realizando de continuo un maravilloso perfeccionamiento espiritual, según puede observarse por los diferentes tonos y matices con que presenta sus ideas en los sermones sucesivos de cada momento particular, más adelante coleccionó todos sus escritos, y volviéndolos á publicar sin modificación alguna, sostuvo que eran consecuentes y arminiosos. Y en efecto lo eran *tal como él los miraba*, ya que los percibía animados de un espíritu que con anhelo aspiraba á la más alta santidad de la vida cristiana. Mas el rozamiento lógico y la perfecta armonía dogmática y eológica no aparecen por cierto en ellos. Bien lo prueban las discusiones interminables que por espacio de cien años se han sostenido sobre la doctrina metodista referente á la perfección cristiana tal como se expone en los escritos de Wesley. El que con detención estudie la teología wesleyana descubrirá que en dichos escritos se hallan mezclados y confundidos dos conceptos distintos y opuestos respecto de la perfección cristiana.

Primer concepto: Identidad de la perfección cristiana y el ideal de la vida, propio de todo hijo de Dios.—Según este primer concepto atribúyese *la perfección*, en el sentido que á esta palabra da el Nuevo Testamento, á todo hijo de Dios cuando llega al estado ideal del creyente justificado y regenerado. Tiene por base la idea de que la perfección es la norma de la religión cristiana; que el cristiano genuino é ideal, según la definición bíblica, es santo, se halla libre de todo pecado, y tiene su corazón y vida dominados por el amor hacia Dios y hacia el prójimo; y que es impropio y opuesto al carácter del cristiano verdadero cuanto merezca el nombre de pecado. La justificación y la regeneración se consideran como aquellas operaciones de la divina gracia que, precedidas del arrepentimiento con la fe, y seguidas del testimonio del Espíritu, hacen del hombre un hijo genuino de Dios. Se dividen los hombres en solas dos clases, pecadores y cristianos, cuya diferencia tiene por causa el haber éstos experimentado una completa transformacion moral, que los demás desconocen.

Si algo reprobable se descubre que altere el estado interior ó los actos de uno que profesa ser hijo de Dios, no se juzga ese pecado como si fuese compatible con la vida y experiencia del alma fiel, sino que se le condena como absolutamente inconsecuente con las mismas; y si los que pretenden ser cristianos genuinos no llegan á esta norma, en vez de modificarla

ó rebajarla para que se acomode á su desvío, se insiste en la necesidad de elevarlos á ellos á la altura requerida, y entretanto que permanecen á ese bajo nivel, se niega resueltamente á tenerlos por creyentes normales é ideales.

Como quiera que este concepto dominó por algún tiempo el espíritu de Wesley, cuida éste de ensalzar la obra de justificación y regeneración; entonces identifica la santificación ó perfección cristiana con la religión en su estado ideal y normal, y por tanto no deja lugar ni reconoce necesidad para una segunda obra radical de la gracia posterior á la regeneración, á lo menos en el caso de uno que alcanza y retiene la vida y experiencia propias del cristiano sincero y genuino.[1] Los frutos del Espíritu que, según él, ostentan todos los creyentes que llegan á esta altura, comprenden en absoluto toda gracia y virtud que puede adornar la vida de un convertido de veras, á menos que se excluyan las que pertenecen sólo al estado de madurez.

Segundo concepto: La entera santificación, obra instantánea posterior á la regeneración.—El segundo concepto de la perfección cristiana la identifica con la santificación, y fúndase en que el ser de veras hijo justificado y regenerado de Dios no implica por sí sólo el poseer dicha perfección. Los cristianos genuinos se dividen en dos grupos esencialmente distintos, esto es, en los

---

[1] Esto será obvio al lector que se toma la molestia de volver á leer las citas de Wesley en las páginas 219, 242 y 268.

no santificados y los enteramente santificados, consistiendo la línea divisoria en una obra radical é instantánea de la divina gracia no experimentada por los primeros; sólo los últimos pueden ser llamados "perfectos." Aunque cuantos han pasado por la justificación y regeneración deben considerarse como cristianos verdaderos, genuinos y normales, y son salvos del pecado, sin embargo "el pecado inherente" no ha sido quitado aún y, por tanto, sintiendo en sí mismos disposiciones y pasiones pecaminosas, y manifestando voluntariedad, orgullo, resentimiento, amor mundano y otros parecidos humores, continúan siendo "carnales" hasta que experimenten una segunda obra radical é instantánea de la gracia divina, llamada "entera santificación," la cual los libra de todo pecado, les proporciona la perfección cristiana, y desde entonces reina supremo en sus corazones y vidas un amor perfecto para con Dios y para con el hombre. Este segundo cambio es incomparablemente mayor y más importante que el primero. Cuando este concepto de la perfección cristiana impera en la mente de Wesley, manifiéstase una tendencia clara, aunque tal vez inconsciente, á minorar la obra de justificación y regeneración hasta el punto de dejar carnales y pecadores á los creyentes, y así hacer absolutamente necesaria una segunda obra de la gracia para conseguir su salvación de todo pecado.

Á esta teoría de la santificación obliga la del "resi-

duo del pecado después de la regeneración" que Wesley sacó del Artículo Noveno de la Iglesia Anglicana, y en armonía con la cual escribió sus sermones sobre "El Pecado en los Creyentes" y "El Arrepentimiento del Creyente." Concuerda también con el testimonio de muchos de sus discípulos, los cuales aseveraban haber pasado después de su regeneración por un cambio gracioso y bendito que llamaban "salvación de todo pecado" y "el logro de amor perfecto."

Comparación de ambos conceptos.—Al parecer Wesley nunca se dió cuenta de que el adoptar la teoría de la santificación instantánea con todo lo que la acompaña, estaba introduciendo en su doctrina de la perfección cristiana un elemento lógica y teológicamente irreconciliable con la que había predicado desde el principio de su ministerio. Desde el primer sermón que publicó, "La Circuncisión de Corazón," hasta sus últimas palabras en público sobre este asunto, mantuvo con firmeza cierta doctrina sobre la perfección cristiana, circunstancia que siempre alega como si constituyese una prueba de que sus opiniones referentes á la misma perfección no las había modificado en lo más mínimo, y de que sus declaraciones habían sido uniformes y consecuentes durante toda su vida.

Pero tanto el Dr. Whitehead, que fué el primero en escribir la historia de su vida, como Tyerman, su principal biógrafo é intérprete, señalan[1] con pruebas

---

[1] Véase la Vida de Wesley, por Tyerman, Tomo II, páginas 417, 461.

la equivocación que padecía opinando así, y demuestran muy á las claras que cuando adoptó la teoría de la santificación instantánea con todas sus concomitancias, y eso sin fundamento alguno, ni bíblico ni de experiencia propia, y sí sólo apoyándose en la confesión de ciertos convertidos suyos, entonces fué cuando por primera vez introdujo en su doctrina ese elemento que ha sido tan fecundo en diferencias de opinión entre sus discípulos desde aquel día hasta la hora presente.

Ambos conceptos de la santificación exigen una obra progresiva y gradual que empieza en la regeneración y continúa hasta la muerte, de manera que no somos llamados á enseñar cuál de las doctrinas de Wesley relativas á la santificación progresiva y á la instantánea se debe elegir; pero forzoso es aceptar, ó la enseñanza de que ningún pecado conocido, sea el que fuere, es propio del creyente genuino en período alguno de su vida cristiana desde el momento de su justificación y regeneración hasta su muerte, ó la de que cierta clase de pecados, v. gr., el pecado inherente, malas disposiciones, etc., se encuentran con mayor ó menor fuerza en todos los fieles desde su regeneración hasta que experimentan una segunda obra radical é instantánea de la gracia, llamada santificación entera, mediante la cual quedan libres de todo pecado y se hacen completamente santos. En otras palabras, el carácter exento de pecado, que Wesley atribuye en un caso á todo creyente que á su juicio merece el tí-

tulo de cristiano bíblico, en el otro lo concede sola y exclusivamente á los que han experimentado una segunda é instantánea obra de la gracia posterior á su regeneración. En buena lógica es imposible aunar estos dos conceptos como si no hubiera entre ellos inconsecuencia alguna.

La diferencia se origina de un principio, y la aclaración de éste tiene una importancia trascendental. Si Wesley hubiera comprendido é indicado con precisión lo ambiguo que sus ideas ocultaban, además de no dar ocasión á que se le citase como autoridad por controversistas de ambas escuelas, habría logrado esclarecer y simplificar su propio "juicio asaz complejo sobre la santificación," como él mismo lo califica, y de esta suerte librar á sus discípulos, unidos por lo demás en su amor y veneración hacia él, de muchas discusiones inútiles sobre este problema perpetuo del metodismo.[1]

[1]Carlos Wesley, durante algún tiempo, creyó en la doctrina de la "santificación instantánea," y escribió no pocos himnos en consonancia con tales ideas. Más adelante, sin embargo, abandonó esa doctrina (no la posibilidad de alcanzar la santificación entera, sino solamente la creencia de que pudiese recibirse instantáneamente), y aun llegó hasta el extremo de escribir varios himnos para contrarrestar el efecto de los anteriores. Parece haberse convencido, después de detenida y madura reflexión, de que semejante teoría no podía conciliarse con aquel elevado ideal de vida y experiencia cristianas el cual, según él, sola y exclusivamente tenía el derecho de de-

La posibilidad de ser la entera santificación simultánea con la conversión.—Wesley concedía la posibilidad de que la santificación se efectuara al mismo tiempo que la justificación, mas opinaba que tales casos debían de ser en extremo raros y excepcionales, ya que nunca había dado con uno. Dice así: "Dios á veces abrevia su obra, haciendo en pocas semanas, y aun en una semana, en un día, en una sola hora, la obra de muchos años. Justifica ó santifica tanto á los que no han hecho ni padecido nada, como á los que no han tenido tiempo para crecer gradualmente en el conocimiento ó la gracia." Al examinar, en el año 1762, cincuenta y un casos de individuos que profesaban ser salvos de todo pecado, encuentra uno en quien el gran cambio se operó tres semanas solamente después de la justificación; en otros tres casos había un intervalo de solos ocho días; en el de una niña de catorce años el tiempo intermedio se redujo á dos días; otros dos profesaban haber recibido dicha gracia el día siguiente de su conversión, mientras que cierta mujer ofrecía la circunstancia extraordinaria de haber sido convencida de pecado, convertida y santificada dentro del corto espacio de doce horas.

"Con todo eso, añade Wesley, "aquí no hay nada increible, ya que un día delante del Señor es como

---

signarse con dicho término. Véanse la Vida de Carlos Wesley, por Tomás Jackson, página 595, y la Vida de Juan Wesley, por Tyerman, Tomo II, página 442.

mil años." Admitiendo como admitía la realidad de todos estos casos, no podía lógicamente negar que el perdón y la "salvación de todo pecado" pudieran ser concedidos al mismo tiempo. El Obispo Peck, partidario decidido de la doctrina de la santificación instantánea, dice lo siguiente: "En ciertos casos creemos que de tan poco tiempo ha precedido la regeneración á la santificación entera, que parecen simultáneas;" y añade, "algunos, en efecto, pasan directamente de un estado de culpa á la plena fruición de la pureza perfecta."

El Rev. W. I. Gill, otro defensor de este criterio, se expresa de la siguiente manera: "No niego que la regeneración y la santificación entera sean á veces coetáneas. . . . ¿No posee Dios por ventura el poder de santificar el alma al mismo tiempo que la regenera? . . . Muchos, al buscar la religión, tenían formado ya el concepto de que la posesión de ésta sería equivalente al logro de la santidad perfecta. . . . No encontramos nada en la Sagrada Escritura en pugna con semejante esperanza. Al contrario, la Biblia recomienda eficazmente á cada uno busque tal estado desde el principio, declara que las provisiones divinas para su logro son completas, y ofrece promesas de Dios que con perfecta claridad y amplitud llenan todos los requisitos del caso."

Ahora bien: si es factible que uno sea "salvo de todo pecado" al propio tiempo que recibe la justificación y la regeneración, es sin duda muy de desear que

esta salvación cumplida sea un hecho desde el primer momento posible. Y esta consideración naturalmente nos induce á preguntar cómo es que, dada la certeza de este concepto, tan pocos se salvan en toda la extensión de la palabra al tiempo de la conversión, y que la mayoría no experimenta sino una salvación parcial. La causa debe de estar en la exposición imperfecta del camino de salvación por parte del predicador, en lo defectuoso de las convicciones, arrepentimiento y fe por parte del pecador para llenar las condiciones de una salvación plena, ó bien en la sabiduría inescrutable de Dios, quien, por motivos que Él sabe, no hace todo lo que pudiera.

Whitefield lo atribuía á esta última razón, afirmando que así como Dios dejó en la tierra de Canaán á algunos Amalecitas con el objeto de enseñar la humildad á los Israelitas, así también deja algunos restos de pecado en el corazón de los suyos, después de haberse posesionado éstos de su herencia como hijos, á fin de que la humildad y otras virtudes cristianas se desarrollen en ellos. No podemos aceptar esta explicación, y nos vemos abligados á buscarla en uno ú otro de los demás motivos mencionados, ó en ambos á la vez, pues los dos pueden muy bien ir juntos; es decir que, si el predicador no cree en la doctrina de un salvación cumplida al tiempo de la conversión, y por tanto no la predica, los que siguen sus enseñanzas probablemente se

arrepentirán y creerán sólo según la luz que tienen, y así dejarán de alcanzar los beneficios de una salvación plena y perfecta.

Nosotros insistimos en que desde el principio de la vida cristiana no debe propenderse á otra conversión sino á la ideal, ó sea á la que implica la completa salvación de todo pecado. Y si esto es factible, ¿por qué no considerar esa conversión como la única normal y bíblica? En ese caso cada predicador debiera interpretar su ministerio como el más sagrado deber de proclamar á todos los hombres una salvación que es de todo pecado visto y conocido al presente, y encarecer toda santidad, virtud, verdad, amor y obligaciones que se revelan al presente en ló sucesivo puedan revelarse como partes integrantes de la vida cristiana.

Compendío hecho por Wesley del Artículo Noveno.—Desde hace mucho tiempo ha sido materia de discusión entre los que estudian la vida y teología de Wesley, la causa de haber suprimido en 1784 aquella parte del Artículo Noveno de la Iglesia Anglicana que en ocasiones anteriores había sostenido con tanta energía en su predicación.[1] Ven unos en ello cierto indicio de que en sus últimos años había abandonado como artículo de su propia fe la doctrina del pecado inherente en los regenerados; otros opinan que sostuvo hasta el fin esta doctrina, suprimiendo la parte discutible de dicho Artículo sólo porque en él se afirmaba

[1] Véase el Artículo citado en la página 351.

que tal pecado inherente implica culpabilidad moral y merece la condenación. Otros terceros atribuyen la omisión al hecho de que el movimiento en pro de la santificación entera é instantánea (movimiento que debía su origen á esta cláusula del Artículo) había producido resultados tan poco satisfactorios, que se determinó á dejar que se desvaneciese en silencio.

Entre los años 1759 y 1767 lo propagó con toda su energía, como lo testifican sus sermones, folletos, himnos, conversaciones y diarios; pero los que profesaban la santificación estaban frustrando de un modo lamentable sus más halagüeñas esperanzas. En el año 1770 escribió, diciendo que de treinta personas que profesaban haber recibido esa bendición, apenas una la retenía. Dos años después dirigió á su hermano Carlos las siguientes palabras: "Encuentro en casi todos los circuitos que nuestros predicadores, con contadas excepciones, han dado al traste con la perfección cristiana. Afirman creer en ella, pero nunca ó rara vez la predican. ¿Qué se ha de hacer? ¿Callaremos el asunto, ó insistiremos en él? ¡Oh, qué responsabilidad trae consigo la cura de almas!"

Tomás Maxfield y Jorge Bell, principales inauguradores del movimiento, habían dejado ya á los metodistas y hallábanse entre los más violentos adversarios de Wesley y de esta doctrina. Si consulta el lector el tercer tomo de la Vida de Wesley por Tyerman, lo mismo que los sermones, diarios y conversaciones de

Wesley publicados durante los doce ó quince años anteriores á su muerte, que acaeció en 1791, hallará contestada la pregunta hecha á su hermano Carlos en la carta arriba citada. Resulta que en efecto se decidió á "callar el asunto."

Esto no quiere decir que abandonara la doctrina, pues la mantuvo; lo que calló fué toda *insistencia* respecto de la santificación *instantánea*. De consiguiente sus escritos inmediatamente antes de 1784 y cuantos publicó después, contienen escasas alusiones al pecado inherente, y parece que desde aquel entonces consideraba la frase "toda transgresión voluntaria de una ley conocida de Dios" como definición única del pecado en estricta armonía con la Sagrada Escritura. Los pocos sermones predicados sobre este tema durante los últimos quince años de su vida, permiten bastante laxitud sobre el debatido asunto de si el logro de la santificación entera ha de ser repentino ó por grados; pero hasta el fin insistió en la posibilidad de alcanzarse por la fe durante esta vida. Esto lo tenía por el "depósito" que el Señor había confiado á los metodistas.

Corruptio optimi pessima.—De todas las corrupciones no hay otra peor que la que prende en las cosas más elevadas y santas. La doctrina más encumbrada y santa de todas es la que se refiere á la perfección cristiana, ó sea el amor perfecto; y no puede haber nada tan penoso como el verla desfigurada y degradada por

el fanatismo, por enseñanzas falsas ó por una profesión engañosa. Predicar de tal modo la doctrina del amor perfecto que se originen enemistades, rencillas y disensiones en el rebaño de Cristo; hacer de la doctrina de la entera santificación motivo de desavenencias en vez de vínculo de la perfección, creando así facciones contenciosas en la Iglesia; tomar equivocadamente la mojigatería por santidad; pronunciar con los labios palabras melosas de amor mientras el odio y el rencor anidan en el corazón; profesar la perfección personal y luego, á pesar de estas elevadas pretensiones, manifestar mal genio, iracundia, falta de caridad, perfidia, informalidad en los negocios, y otras evidencias de la naturaleza carnal del todo irreconciliables con cualquier tipo de carácter cristiano; éstas son algunas de las "peores corrupciones de cosas óptimas" que tenía á la vista el antiguo teólogo cuando acuñó la frase "corruptio optimi pessima;" y si alguna de ellas, ó todas, apareciesen en el Cristianismo moderno, sólo servirían para confirmar plenamente la verdad contenida en esta expresiva frase latina.[1]

---

[1] El Obispo McTyeire, en su sermón sobre "Los Testigos de Común Acuerdo," ha señalado otros casos de la peor corrupción de las cosas mejores. Los milenarios pretendían haber recibido el "testimonio del Espíritu," que les aseguraba ser correctas sus ideas respecto del fin del mundo; y otros, durante la guerra civil en los Estados Unidos, alegaban parecidas revelaciones divinas, que les daban por seguro el triunfo de su partido. Se encuentran otros casos también entre los propa-

El primero de los modernos teólogos metodistas en Inglaterra ha dicho:

Cierto fanatismo, fruto de la ignorancia religiosa, ha inducido á entusiastas en todas las épocas á tomar por una obra acabada de santidad meras efusiones pasajeras de influencia celestial. El entusiasmo religioso con frecuencia se adelanta á la discreción. . . . Siempre se ha probado que cuantos han pervertido el término "perfecto" para designar con él á sí mismos, han sido antinomianos en su espíritu y conducta. . . . El abuso fanático de dicha palabra ha tendido á desacreditar la frase "perfección cristiana." La apropiación de un título á esta perfección, y sobre todo el empleo del mismo, está condenado por el sano raciocinio del Cristianismo. Mas no debe alegarse esto como argumento contra la propia doctrina de una posible salvación de todo pecado.

No hubo época ni suceso en toda la carrera de Wesley como predicador y maestro religioso que tan á prueba pusiese su sabiduría y gracia como cuando Tomás Maxfield y Jorge Bell, los cuales, según hemos visto, tuvieron tanto que hacer con la inauguración del movimiento en pro de la "santificación instantánea" ó la "segunda bendición," entregáronse de lleno al fanatismo, se hicieron tan santos que tuvieron á Wesley por incapaz de enseñarles cosa alguna, ya que él mismo no era "santificado," empezaron á suscitar facciones en las congregaciones, luego obtuvieron una

---

gandistas de las tituladas "Ciencia cristiana" y "Curación por la fe," etc. La reacción de estos abusos y excesos con frecuencia lanza á sus víctimas al otro extremo, que es la incredulidad ó el ateismo.

"tercera bendición," salieron de la Iglesia con muchos de sus secuaces, y más tarde renunciaron por completo á la doctrina de la perfección cristiana, predicando abiertamente contra ella, y muriendo por fin uno de ellos ateo declarado.

Al mismo tiempo que Wesley estaba así procurando reprimir á los fanáticos dentro de la congregación, tenía que defenderse contra los críticos de fuera, todos los cuales declaraban ser falsa y contraria á la Sagrada Escritura su doctrina de la perfección. Fué un período que sujetó á prueba severa el temple de aquel virtuoso varón. La Iglesia y sus guías nunca necesitan más gracia y sabiduría que cuando son llamados á combatir el "fanatismo, fruto de la ignorancia religiosa," sobre todo aquellas formas del mismo que en la predicación, práctica ó profesión tienden á corromper la doctrina de la perfección cristiana. La luz es un remedio contra las tinieblas, pero no contra la ceguera; el conocimiento y la verdad ahuyentarán la ignorancia y confirmarán la fe, pero no pueden curar el fanatismo. Éste parece ser para la Iglesia una especie de "aguijón de la carne," el cual, si bien Dios da su gracia para aguantarlo, no lo quiere quitar, á fin de que esa Iglesia no "se levante descomedidamente" por causa de su prosperidad.

Posible base de acuerdo.—Creemos no incurrir en exageración al decir que los discípulos de Juan Wesley, en todo el mundo, están y siempre han estado más

unidos que los miembros de otra cualquiera denominación religiosa en el apoyo unánime que prestan á la reconocida teología de su Iglesia. Con sólo eliminar este único punto de rozamiento doctrinal, ¿qué no podrían conseguir durante el siglo veinte en su tarea de "extender por toda la tierra la santidad bíblica?" Mas si alguna vez se llega á común acuerdo, habrá de ser sobre las siguientes líneas:

1. Haciendo una distinción clara entre Wesley como teólogo y Wesley como predicador y escritor ascético, reconozcamos que es preeminentemente en la esfera de la vida religiosa y de la literatura ascética, en la cual puede pretender con mérito intrínseco y superior ser nuestro maestro y norma.

2. Reconociendo en sus escritos dos teorías distintas de la entera santificación, hagamos hincapié en el punto que él admitía como posible, esto es, que la "santificación instantánea," aunque por regla general se realiza más tarde, *puede efectuarse en la conversión*, y de este modo borraremos todas la diferencias que necesariamente y en el fondo existan entre ambas teorías.

3. Instemos á todos nuestros predicadores á que anuncien un arrepentimiento perfecto, una fe comprensiva y *una salvación plena de todo pecado*, ó sea un evangelio completo, y que insistan en todo ello desde los mismos umbrales de la vida cristiana, siendo tal conversión ideal el blanco de nuestros afanes.

4. En el caso de que algún convertido llegue á descubrir en sí mismo un rastro cualquiera de pecado, no vacilemos en declarar que necesita una nueva obra radical é instantánea de la divina gracia á fin de quedar libre de toda maldad, llamando nosotros dicha obra por el nombre que consideremos más á propósito.

5. No cesemos tampoco de predicar todos aquella doctrina de la santidad progresiva caracterizada por la exención de todo pecado conocido en todos los períodos de la vida cristiana, aquella obra gradual que, comenzando en la conversión, "puede crecer," según expresión de Wesley, "más y más hasta que el día sea perfecto."

¿No es ésta una teoría verdadera y consecuente de la santificación entera ó perfección cristiana á la vez estrictamente bíblica y del todo *wesleyana*, capaz de satisfacer y de unir con estrechos lazos á cuantos creen en los principios cardinales de la teología arminiana?

Puntos que más deben acentuarse en la teología cristiana.—La mayoría de los credos actuales de la Iglesia Cristiana han sobrevivido á su utilidad y eficacia. No queremos decir por eso que sean necesariamente erróneos, sino que son del todo inadecuados para llenar los requisitos de la fe cristiana en nuestros tiempos. Juzgamos, pues, que cuanto más pronto la mayor parte de ellos sean retirados como arcáicos, más provechoso será para la religión. Ellos se nos presentan cubiertos con los vestidos anticuados del siglo dieci-

seis, y respiran aquel aire metífico que exhala en su entrada el camino tenebroso de la edad media que logró abandonar el Cristianismo para vivir en regiones de luz y libertad.

Lo que ahora se necesita es henchir los pulmones de la teología cristiana con el aire más puro y vivificante que caracteriza el actual mediodía de la libertad y verdad evangélicas. Si no se hace esto, los vestidos se convertirán en mortaja, y la atmósfera, viciada por falta de ventilación, esparcirá gérmenes de enfermedad y muerte en vez de dar vida como en otro tiempo. Únicamente los que poseen una teología predicable, una teología á la vez racional y bíblica, pueden granjearse el respeto y la atención entre los hombres pensadores de nuestros días. El punto que en la teología debe acentuarse con más énfasis se ha trasladado de donde estaba cuando se redactaron nuestros credos del siglo dieciseis.

Á los que reconocen la verdadera libre actividad moral del hombre, y creen en la paternidad universal de un Dios de amor, en un Cristo Salvador de todos los hombres, y en la necesidad de trabajar para que el mundo entero se rinda á Él, á éstos, y sólo á éstos pertenece, de derecho moral, el privilegio de ocupar la vanguardia en la conquista moral del mundo. Á los que creen no sólo que Cristo ha redimido á todos los pecadores, sino que el poder intenso de su redención es, por obra del Espíritu Santo, tan profundo

como es ancha su extensión, á los que le atribuyen el poder de salvar perfectamente de todo pecado á todos los pecadores, á éstos, y sólo á éstos es concedido por derecho de fe el privilegio de predicar una salvación cumplida. Á los que abrigan la seguridad de que el amor de Dios y la redención por Cristo abarcan todo el género humano, llegan á las profundidades del pecado y, por otra parte, alcanzan los mismos cielos, á éstos, y sólo á éstos pertenece el derecho de proclamar, con la plena certidumbre de la esperanza cristiana, una salvación que, además de librar al pecador de toda maldad, le eleva á las encumbradas alturas de la santidad perfecta.

Por defectuosa que sea en muchos detalles de menor importancia, creemos confiadamente que no puede distar mucho de ser la verdadera una teoría de la vida cristiana que da la debida énfasis á cada una de esta sagrada cuaternidad de doctrinas evangélicas: á la libre actividad moral del hombre, al amor ilimitado de Dios manifestado en la redención por Jesucristo, al poder y á la promesa del Espíritu Santo de salvar de todo pecado, y á la posibilidad, mediante la gracia divina, de llevar una vida de amor perfecto.

El hombre es como un libro: Su nacimiento es la portada; su bautismo, la epístola dedicatoria; sus gemidos y llanto, el prólogo al lector; su infancia y niñez, el índice de las materias tratadas en la obra; su vida y hechos, el asunto; sus pecados y deslices, las erratas de imprenta, y su arrepentimiento, la corrección de las mismas. Ya sabemos que entre los libros los hay de diferentes tamaños, algunos siendo grandes infolios, otros pequeños en décimosexto, mientras que también los hay en octavo ó en cuarto. Además, algunos están encuardernados de lujo, y otros más sencillamente; aquéllos en pergamino ó piel; éstos en tela ó en rústica. Y mientras ciertas obras son piadosas y tratan de la santidad, otras en cambio son profanas, llenas de impudicia y de locura. Pero en un respecto todos los libros son iguales, pues en la última página aparece la palabra FINIS, *dando á entender que se acabó.*

Ricardo Grove, 1652.

Acabóse
de imprimir este libro
en Nashville, Tenn., en la Casa Editorial de la Iglesia
Metodista Episcopal del Sur,
á 10 de Junio de 1905.


BT
751